

G^o DE MUNICH P. 7



Le Passage! Le Schifffbruch.
The Shipwreck.

EL NAUFRAGIO.

(CUADRO DE PETERS.)

Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.

I.

La vida es una continua guerra en la que siempre sale vencedora la muerte. ¡Dichosos aquellos que triunfan de la muerte con el heroico valor de la resignacion, y teniendo fijas las miradas en la verdadera vida de la eternidad, cruzan el destierro de este mundo con la frente elevada hacia el cielo, donde existe la única paz!

Las adversidades abaten á las almas orgullosas arrojándolas en el abismo de la desesperacion, pero las almas débiles, que conocen con humildad que no hay en la tierra dicha perfecta ni cumplido deseo, son fuertes en la desgracia porque las cubre con una impenetrable coraza la esperanza divina.

La historia que vamos á contar es sencilla y oscura; es un eco de la vida real, desnuda de los adornos rozagantes con que encubren las imaginaciones privilegiadas esas obras que admiran y suspenden, pero que fascinan á veces y corrompen.

Sus personajes pertenecen á la clase de los pobres de espíritu, para quienes está destinado el reino de los cielos: son humildes criaturas que lloran pero tienen fé, y la esperanza en Dios les envia el benéfico rocío del consuelo.

II.

Era una tarde del mes de enero.

El cielo estaba cubierto con densas nubes de color de plomo que arrojaban á

intervalos de su seno una de esas lluvias heladas que el viento de la noche convierte en nieve hasta en los países meridionales. En una playa árida donde el mar extendía sus olas que retiraban bramando de ira, se veía apoyada en un montecillo de arena, una choza construida con el resto de una barca de pescador y algunas esteras y cañas secas. Aquella mísera mansion tenía la entrada vuelta hacia el mar, teatro de las luchas, adversidades y esperanzas de sus moradores, y se apoyaba en la arena, ocultándose á los ojos de la pequeña aldea que se descubría á algunos centenares de pasos, reclinada en una colina.

El cierzo pasaba silbando sobre su techo, que en otro tiempo cuando era el casco de una barca, oyó bramar los abismos del mar, y las nubes surcaban el firmamento como sombríos mensajeros que pregonaban las iras del invierno.

Triste era la soledad de aquella playa, y dentro de la choza reinaba el mas lúgubre silencio.

De vez en cuando asomaba en la baja abertura que servía de puerta una mujer, cuyo traje consistía en un sayo de lana, cuyo primitivo color había desaparecido bajo los numerosos remiendos de diversas telas que formaban un mosaico de harapos, y una capucha negra que solo permitía ver su rostro pálido y surcado por precoces arrugas.

Aquella mujer dirigía sus miradas hacia la colina donde estaba la aldea; pero sin duda no veía el objeto que excitaba su inquietud, porque exhalaba prolongados y dolorosos suspiros, movía convulsivamente los labios como quien ora, y miraba al cielo con expresión de espanto, ya porque las nubes borrascosas y la proximidad de la noche la hicieran temer alguna desgracia, ya porque implorase á Dios en sus oraciones.

La noche empezó á tender su negro sudario, y las gotas de lluvia se congelaron lentamente hasta convertirse en copos de nieve que cubrieron la arena como con una abundante escarcha.

En la cima de la colina que defendía á la aldea del viento del norte, había un matorral, donde crecían algunos arbustos y varios árboles, vestigios de una vegetación que había ido destruyendo la mano del hombre.

Las sombras luchaban con la última luz del día, seguras de un próximo triunfo, cuando salieron del matorral un niño y una niña, de unos diez años el primero y de ocho su compañera, doblegados ambos bajo el peso de manojos de ramas secas. El niño, cuya carga era mayor, iba descalzo, vestido con unos calzones harapientos y una blusa de lana de indefinido color, pero que en algún tiempo fué sin duda encarnada; no llevaba en su cabeza mas abrigo que sus rubios y rizados cabellos, que empapados por la lluvia, caían aplastados sobre sus sienes y mejillas; el color de su tez había adquirido ese matiz bronceado que imprimen el sol y las amargas brisas del mar; pero su rostro era agraciado, sus

azules ojos tenian una espresion melancólica y suave , su frente elevada y recta indicaba firmeza é inteligencia , y sus labios se contraian con una sonrisa burlesca que revelaba su ingenio y su malicia. La niña , que solo llevaba un manojito de ramas , era tan débil y delicada , que parecia una de esas flores que crecen en un terreno árido , sin luz ni riego ; su rostro , de facciones purísimas , podia servir de retrato á esos ángeles llorosos que pintan á los piés de la *Madre de los afligidos* , participando del dolor de la Virgen al pié de la cruz ; sus cabellos eran mas rubios que los del niño , sus ojos tenian ese matiz azul claro que ostenta el cielo en un dia sereno , y su boca era tan pequeña y de una espresion de tristeza tan profunda , que hasta al sonreirse parecia que lloraba. La pobre niña , vestida con un sayo y una capucha de lana , hollaba con sus piés descalzos las malezas del monte , y se paraba á cada instante para cobrar aliento.

Los dos niños eran hermanos.

—No te detengas , María , le dijo el niño que iba delante.

—No puedo mas , le respondió la niña con una voz tan triste que parecia un gemido.

—La noche se acerca y madre tendrá frio.

—¡Qué alegre se pondrá , dijo la niña animándose de pronto , cuando se caliente las manos al rededor del fuego que haremos con estas ramas!

—Y mientras estemos mirando la llama nos contará aquella historia que tanto nos gusta.

—¿La de la hija del pescador que se casó con el rey ?

—No , la del dragon que se comia todos los dias una doncella , y que mató aquel caballero que , segun dice mi madre , era San Miguel.

—Como que el dragon era el diablo...

—El diablo que sale á rondar por el mundo cuando se hace de noche.

La niña hizo un ademan de terror.

—¡Qué oscuro está el cielo , exclamó. ¡Si le encontraremos antes de llegar á casa! Tengo miedo , Juan.

Y la niña se paró sin poder seguir á su hermano , y arrojó el manojito de ramas.

—¡Qué haces , María ? le preguntó el niño.

—No puedo mas , dijo la niña sentándose , tengo miedo y frio.

El niño arrojó tambien su carga porque , á pesar de que animaba á su hermana , estaba tambien rendido de cansancio.

Desde aquella eminencia se descubria la playa y el mar , cuyo color aplo- mado apenas le hacia distinguir de las nubes. La nieve continuaba cayendo lentamente , pero el viento la remolinaba con agudos silbidos que se confundian con la sorda voz de las olas.

Los dos niños , impulsados por el miedo y el frio , volvieron á cargar sobre

sus hombros los manojos de ramas, y bajaron rápidamente y en silencio hasta la playa; pero la precipitación agotó sus fuerzas, y María fué la primera que cayó en la arena prorumpiendo en amargo llanto.

— ¡Madre! madre! gritó el niño con desesperación y arrodillándose al lado de María.

Pero solo le respondieron el sonido del viento y la ronca voz del mar.

La noche continuó envolviendo el mundo en sombras, hasta que no se distinguió ningún objeto. El mar aumentó su estruendo, y acometió las arenas con sus gigantescas olas, cuya espuma al estrellarse brillaba con luz fosfórica entre las tinieblas.

La mujer que habia asomado la cabeza por la puerta de la choza, no pudo contener su inquietud al extinguirse la última luz del día, y salió en dirección á la aldea con los ojos bañados en lágrimas, con anheloso aliento y murmurando preces que ahogaban los sollozos.

El viento trajo al fin á su oído una voz que penetró hasta el fondo de su alma estremeciéndola de gozo.

Pocos momentos despues estrechaba en sus brazos á los dos niños con delirante trasporte.

III.

La choza situada á la orilla del mar pertenecía á una pobre familia de pescadores compuesta de un anciano, antiguo marinero que habia servido á principios de este siglo en la armada española, de su hijo mayor que viajaba en un buque mercante, y de la madre y los dos niños que habia sorprendido la noche en la playa.

La aldea inmediata se hallaba en la parte mas desierta de la costa de Cataluña, y como su única industria consistia en la pesca, y estaba á larga distancia de las ciudades donde podian vender el fruto de su trabajo sus habitantes, la miseria reinaba en casi todas las rústicas casas que se estendian en la falda de la colina como nidos de aves acuáticas que apenas se alejan del mar que es su morada favorita.

Dos meses antes de la sombría tarde en que principia nuestro relato, el anciano marinero habia recibido una carta de su hijo que le anunciaba desde uno de los puertos de la América meridional que la fortuna le habia protegido en su último viaje, y que con el auxilio de un pequeño capital debido á una feliz expedición al mar Pacífico, habia establecido una casa de comercio con cuyo producto iba á asegurar su porvenir y el de toda su familia. Le decia además que se hiciese á la vela en un buque mercante que salia de Barcelona llevando algunas mercancías que iban á su cargo.

Aunque el tío Pablo , que este era el nombre del anciano marinero , apenas salia ya al mar y se limitaba á ayudar á los pescadores á sacar á la playa las barcas por una módica retribucion que á duras penas bastaba para que su familia no pereciese de hambre ; accedió al deseo de su hijo y partió á América.

Su esposa y los niños que dejaba en el abandono y la miseria , vertieron lágrimas de amargo dolor cuando les dió el último abrazo , y el rostro del anciano , bronceado por el sol y la brisa del mar , se humedeció tambien con el llanto al alejarse de aquella choza donde dejaba tres seres condenados á la miseria , y bajo el único amparo de la misericordia divina.

La esperanza le daba sin embargo aliento , y la idea de abrazar á su hijo le hacia sobrellevar las penalidades de una larga navegacion , devolviéndole parte del vigor que lentamente le habian ido arrebatando la pobreza y los años.

El tío Pablo confiaba en Dios , y su corazon estaba tan robustecido por la fé, que creia que el hombre es miserable en la tierra tan solo cuando no trabaja para alcanzar los bienes eternos. Era por consiguiente rico de esperanzas celestes , y en su rústico criterio , iluminado por la vivísima luz de la religion , deducia de la infinita bondad y misericordia de Dios que su esposa y sus dos tiernos hijos serian protegidos por aquel que da de comer hasta á las mas débiles avecillas.

¡Puro consuelo del que espera en Dios ! El soplo de la impiedad y el venenoso hálito de la indiferencia han apagado la antorcha que guiaba en otro tiempo á los hombres por el oscuro sendero de la vida , y los pobres de espíritu que tienen fé, marchan ya con paso mas seguro que los que van con la cabeza erguida , confiados en su razon y creyéndose dioses.

El tío Pablo pertenecia á esos hombres pobres de espíritu , y no sentia fatiga ni dolor. ¿No habia dejado á los seres que amaba bajo la proteccion del cielo ?

El buque que le conducia salió del puerto con viento bonancible , pero apenas habia llegado á la vista de las floridas playas de Valencia , nubes lejanas que aparecieron en occidente y un viento húmedo y frio que hinchaba las velas y rizaba las crestas de las olas , anunciaron una de esas borrascas tan comunes en el pacífico Mediterráneo durante el mes de noviembre.

El mar exhalaba desde sus misteriosos abismos su voz sorda como un trueno lejano , y cual si fuese la queja ó el grito de indignacion que lanza el elemento cuando siente sobre su superficie el látigo de la tempestad ; las olas iban creciendo y se perseguian unas á otras sin alcanzarse hasta las arenas ó los peñascos de la costa donde se estrellaban convertidas en espuma ; las nubes cruzaban por el firmamento como una bandada de aves gigantescas que huyen del viento y arrojan ráfagas de lluvia ó de granizo ; las gaviotas revoloteaban , sin atreverse á posarse en las olas y hasta se refugiaban á veces en los mástiles que cruzaban ; la nave corria por encima de las olas como un caballo desbocado , y todos los marineros estaban encaramados en la arboladura para recoger las velas y

dejar la nave á palo seco siguiendo el impulso del viento que por momentos se enfurecía y era casi un huracan.

El capitan del buque estaba sobre cubierta dando órdenes á sus marineros, pero á pesar de la serenidad de sus facciones, miraba con sombría espresion las densas nubes que se amontonaban en el horizonte y las altas olas que, ora alzaban la nave, ora la hundian invadiendo el puente con sus amargas aguas.

La noche fué horrible y sombría.

El buque empezó á hacer agua con un progreso tan rápido, que no bastaba para librarlo de un naufragio próximo, los esfuerzos de todos los marineros, que habian abandonado el buque á la discrecion del viento y se empleaban en las bombas.

Unicamente el capitan, en pié junto al timon, con el rostro azotado por la lluvia y el viento, disputaba su presa al elemento enfurecido, y oia crugir la nave bajo sus piés como si fuera á abrirse, cansada de la lucha.

El tio Pablo ayudó á los marineros hasta que se agotaron sus fuerzas; pero en vez de lanzar blasfemias y gritos de desesperacion, se arrodilló junto al palo mayor, abrazándose con él cuando las olas saltaban sobre la cubierta, y pidió á Dios que le conservase la firmeza y la fé hasta el momento supremo. Se acordó sin embargo de sus hijos, de aquellas débiles criaturas nacidas para el infortunio, y su imaginacion se las representó de rodillas en la choza solitaria, pidiendo por su padre delante de aquella imágen de la *Madre de los afligidos* que recibia todas las noches sus inocentes preces. Este recuerdo le infundió esperanza y consuelo. ¿Podria ser sorda tan misericordiosa intercesora á las súplicas de una madre desconsolada y de dos niños tan puros como sus ángeles?

El capitan, cansado de luchar con el agua que inundaba la bodega y averiaba las mercancías, cuyo peso iba á hacer naufragar el buque en medio de la noche, dió orden para arrojarlas al mar como una presa que se da á un monstruo enfurecido para calmarlo. Los marineros quedaron entonces tan rendidos de cansancio que dos de ellos, que se tendieron sobre el puente, fueron arrebatados por una ola que pasó sobre el buque bramando.

Oyéronse los gritos de los desventurados al luchar con la muerte; pero algunos momentos despues el mar se los habia tragado en su seno en medio de las tinieblas, y sucedió á sus ayes el silbido del viento y el ronco bramido de las olas.

Asomó la luz del nuevo dia entre los densos nubarrones, y los pobres marineros lanzaron un grito de alegría.

Véase hácia el oriente una costa desconocida, formada por tajados peñascos á cuyo pié se estrellaban las olas; pero era tan difícil su acceso que la esperanza de su salvacion se estinguió casi al mismo tiempo que vieron sus ojos la costa á donde el buque corria á estrellarse.

Distinguíanse sobre los peñascos de la orilla negros y robustos torreones de

una antigua fortaleza y algunos edificios, de donde salían presurosos hombres y mujeres á animar con gritos y ademanes á los marineros que desde el puente pedían su auxilio.

El buque se hallaba á pocos pasos de los peñascos cuando una ola gigantesca cubrió la mitad del buque y arrastró á un marinero. El tío Pablo continuaba arrodillado y abarcando con sus brazos el mástil, y no vió al capitán y á algunos marineros que se lanzaron con el bote al mar y huían hácia la costa. El pobre anciano continuaba orando, y pedía á Dios, no que le salvase del naufragio, sino que le recibiese propicio en su seno y velase desde el cielo por su esposa y sus hijos.

Algunos marineros habían llegado á nado hasta el pié de los peñascos, y asiéndose á una cuerda que les habían arrojado los habitantes de aquella costa ignorada, se encaramaron por el abismo, alentados por los gritos de sus libertadores.

El tío Pablo continuaba orando, cuando el buque se estremeció al contacto del peñasco y se abrió en dos pedazos.

Pocos momentos despues las olas pasaron por encima de los restos del buque, y solo se vieron dos robustos marineros nadando hácia el bote, el cual se estrellaba contra un negro peñasco que alzaba su cabeza sobre las aguas que la inundaban cubriéndola de espuma.

El tío Pablo había volado al seno de Dios.

Dos días despues se encontró su cadáver flotando sobre las aguas.

IV.

La noche en que la pobre madre había encontrado á sus hijos transidos de frío en la desierta playa, tres meses despues de la partida de su esposo, fué tempestuosa y sombría. El mar bramaba con voz airada formando un concierto horrible con los silbidos del viento.

Aquella afligida mujer acostó á sus hijos, encendió las ramas que los habían espuesto á la muerte, se arrodilló ante la imagen de la Virgen, y permaneció toda la noche rezando. Pedía á la madre del Redentor que velase por su esposo.

Al asomar la aurora se acostó junto al lecho mísero donde dormían sus hijos, y el sueño cerró blandamente sus párpados empapados de llanto.

Sonó entonces que la tempestad arreciaba; que veía lejos... muy lejos la nave que conducía á su esposo; que el viento traía en sus alas su voz triste y moribunda; que la muerte bajaba de la negra nube para arrebatarse el padre de sus hijos, y que este le dirigía una mirada de angustia con la que parecía decirle:— ¡Vela por ellos! Mi muerte les deja en la orfandad.

Despertóse lanzando un grito de dolor, y al abrir los ojos, vió en la puerta de la choza al cura de la aldea, anciano de aspecto venerable y bondadoso, que llevaba un papel en la mano.

La pobre madre se levantó, corrió hácia el anciano y le dijo con voz interrumpida por los sollozos:

—¿Con que ha muerto? ¡Murió... Dios mío!

El sacerdote permaneció inmóvil y silencioso.

—Lo sé, prosiguió la madre, le he visto morir en mi sueño.

—Está gozando en efecto de la eterna paz al lado del Dios de justicia y misericordia, dijo el anciano sacerdote.

La viuda prorumpió en hondos sollosos que despertaron á los niños.

Estos, al ver llorar á su madre, exhalaban también amargo llanto y se arrojaron en sus brazos.

—Llorad, llorad, hijos míos, les decia su madre imprimiendo en sus tiernas mejillas besos mezclados con lágrimas. Vuestro padre ha muerto... Nos ha dejado para ir al cielo.

El sacerdote lloró también ante aquel espectáculo de dolor supremo, y murmuró con voz conmovida y alzando al cielo sus ojos bañados en lágrimas:

—Dios misericordioso, sed desde hoy el padre de estos huérfanos. ¿No dijisteis un día: Bienaventurados los que lloran porque serán consolados?

V.

Transcurrieron cuatro meses. La primavera sonreía al mundo con sus flores, su luz, su cielo azul y sus aromas; las aves entonaban un himno de alegría á su Criador; las brisas olorosas agitaban suavemente los árboles cubiertos de flores y hojas nuevas, y el mar estaba tan tranquilo como un inmenso lago.

La choza de la playa formaba sin embargo un notable contraste con la alegría de la naturaleza. Sobre un lecho de paja y abrigada con harapos, se veía á la podre viuda, luchando con la enfermedad que la conducía á paso rápido hácia la muerte. Los dos niños estaban á su lado, y ella les contemplaba con profundo dolor... Iban á quedar tal vez solos en el mundo.

¡Pobres criaturas sin padres ni apoyo, condenados á la vida errante y misera del mendigo!

Y la enferma se esforzaba en sonreirse para animarlos, y pedia á Dios que velase por ellos ó no la quitase la vida.

La muerte se le aparecía como un negro espectro que la separaba de sus hijos con bárbara crueldad. ¡Si al menos los arrebatase al mismo tiempo que á ella!

Un día, cuando mas triste y abatida estaba el alma de la pobre madre, oyó

fuera de la choza una voz que penetró hasta el fondo de su corazón y estremeció todo su cuerpo, y un momento después entró un joven robusto, de tez bronceada, vestido con cierto lujo, que no podía andar porque Juan y María le tenían abrazado por las rodillas, y que al llegar hasta el lecho de la enferma lanzó un grito supremo de gozo y de ternura y exclamó:

—¡Madre mía!

La enferma se incorporó como movida por un resorte, le lanzó una mirada vaga, estendió los brazos hacia él y quiso hablar... pero la fuerza de la emoción ahogó su voz y se vio obligada á reclinarse en el lecho.

Aquel joven era el hijo que vivía en América y que regresaba á arrancar á su madre y sus hermanos de la miseria y la orfandad.

Habían transcurrido la primavera y el verano desde la desgraciada muerte del tío Pablo. Su hijo, luego que recibió la noticia del naufragio, se dió á la vela para su patria, llevando en el buque que le conducía la riqueza que había alcanzado en sus viajes, y Dios envió vientos tan propicios, que el joven llegó aun á tiempo para arrancar á su madre de la muerte y á sus hermanos de la miseria.

¿Quién podría pintar el alborozo que causó su llegada? La pobre anciana fué recobrando rápidamente la salud, como recobra sus colores y su lozanía una flor abrasada por el sol cuando bañan su tallo las aguas benéficas de un arroyo; los niños olvidaron sus penas con esa feliz inconstancia que en la tierna edad lanza un velo sobre lo pasado, y su hermano fué para ellos una providencia que les trajo un porvenir risueño y venturoso.

El hijo del tío Pablo, aunque vertía frecuentes lágrimas al evocar la memoria de su padre, de cuya muerte se acusaba con dolor, experimentó el mas inefable placer cuando vió á su madre en una modesta pero aseada casa de la aldea, rodeada de esas comodidades que tan gratas son para los ancianos y recordando la pasada desdicha para saborear mejor la dicha presente.

La alegría hacia derramar también lágrimas á la viuda, pero no eran ya amargas, sino suaves como un rocío, que rejuvenecía su corazón y acrecentaba el amor que le inspiraban sus hijos.

Pasaba largas horas rezando, y su alma se remontaba hasta el cielo, donde creía que moraba su esposo, gozando el premio que alcanzan allí los que sobrellevan con fé y resignación las penas de esta vida.

¿Quién sabe si el tío Pablo se sonreía en la morada celestial, si es que los bienaventurados se dignan dirigir su mirada á este valle de lágrimas, al ver á su esposa y á sus hijos libres del infortunio y cruzando la senda de la vida guiados por la virtud!

Algun tiempo después de la llegada del hijo del tío Pablo, el cura de la aldea entró un día en la casa de la viuda, y al ver la felicidad de aquella familia que

habia creido condenada á la desgracia, dijo á la anciana indicándole con la mano el cielo:

—Quien confía en Dios, tendrá su apoyo. El oyó vuestro llanto y lo ha enjugado. Así lo prometió al decir: *Bienaventurados los que lloran porque serán consolados.*

Gregorio Amado Larrosa.



Combat des coqs
Cock-fighting
Hochwachtung

RIÑA DE GALLOS.

(CUADRO DE HOUDEKOETER.) ⁽¹⁾

I.

Jardin ameno de distintas flores, el vasto campo de las artes, bien así como el espacioso de la literatura, ofrece gran variedad de producciones, desde la clase mas elevada hasta la mas modesta, desde la humilde margarita hasta la espléndida nymphaea; pero á la manera que toda flor con ser abyecta y comun, allega mil primores para el que sepa observarla, las producciones del humano ingenio dentro las condiciones del arte, allegan asimismo bellezas apreciables, ora se trate de un simple capricho de Goya, ora de una improvisada redondilla de Quevedo.

No todo el mérito estriba en la grandiosidad de la obra; al ingenio le basta un solo rasgo para enunciarse; á veces una pincelada maestra supera en valía al cuadro mas detenido. En la naturaleza sucede lo propio: un ligero accidente ó un golpe fugaz de luz, son preferibles en ocasiones á un paisaje de vasto horizonte ó á los esplendores de un dia sereno. Cuántos libros no se han escrito y cuántos lienzos no se han pintado, absorbiendo el trabajo y la vida de muchas capacidades, los cuales á pesar de su innegable mérito yacen en olvido, poster-

(1) Melchor Houdekoeter, de noble cuna, nieto de Gil Vinkembooms de Savery, nació en Utrecht el año 1636. Con su padre Gisbrecht, diestro en la pintura de aves, caza y otros objetos de naturaleza viva y muerta, adquirió habilidad en el mismo género, perfeccionándose despues al lado de su tío J. B. Weenix. Inclinado á los estudios religiosos, querian hacerle ministro, pero luego se casó, teniendo la mala suerte de dar con una compañera atrabiliaria, amen de dos cuñadas de igual pergenio, las cuales, á pesar de su bondad natural, lograron volverle la cabeza, ó como vulgarmente se dice, metérsele los calzones. Ya pudiera el bueno del artista haber tomado ejemplo del héroe que en este cuadro nos ofrece.—Sus obras gozaron grande voga; tenia buen color y una mano excelente en imitar el tornasolado de los plumages. Para mayor acierto, habia acostumbrado á un gallo á servirle de modelo, guardando la postura que queria. Desgraciadamente, aburrido en su casa, se dió á la vida haragana, y la crápula y el desórden consumieron su malhadada existencia en 1695.

gados á frívolos engendros , producto de una hora de buen humor , que en la gran corona artística chispean con las múltiples facetas de sus joyas mas preciadas !

Esto no es decir que una obra de escasa tendencia deba equipararse á otras de mas entidad , ni que en tésis absoluta el *género* liviano sea de la importancia del grave y concienzudo; pues si bien *todos los géneros son buenos* , menos el *que fastidia* , segun dijo Boileau , en las producciones de verdadero arte presuponemos una elevacion de miras á que en vano aspiran las que dejen de reunir condiciones para ello requeridas.

En cualquier trabajo de imaginacion ó de cálculo, cabe algo de mision civilizadora : el artista, al igual que el escritor, puede á su manera educar á las masas , y siempre que este objeto se propusiere auxiliándose de los grandes recursos estéticos , sus nobles tareas rayarán á la altura de las especulaciones del poeta y del filósofo.

Para todo sin embargo ha de haber lugar ; un trabajo sério admite treguas : la amenidad reside tambien en la variedad , y las producciones ligeras tienen en su línea un mérito y embeleso especiales, cuando oportunamente van mezcladas con otras de mayor empeño.

Nuestra publicacion, que en vistoso mosaico presenta reunidos los tesoros de ricas galerías , todo cuanto ideó el capricho ó creó la inspiracion de eminentes ingenios , reconoce justamente la variedad por esencia , pues revoloteando cual pintada mariposa , saltea de lo sublime á lo trivial , de lo severo á lo risueño, de las altas y hondas concepciones á las de mero solaz y pasatiempo.

II.

El cuadro que motiva las presentes líneas , corresponde á esta última categoría. Su autor, convidado sin duda por la amenidad de las escenas campestres, y justo admirador de los encantos que ofrece la vida rústica al aire libre , bajo un cielo sereno, al amor de un sol esplendente, cuando las vivíficas emanaciones del bosque y de la pradera dilatan el pecho y vigorizan los sentidos , embriagando el espíritu ante el adorable cuadro de la naturaleza donde el Criador prodigó sus tesoros; en una de esas circunstancias seguramente , arrimado á algun poste de corral, hubo de observar los juegos y costumbres de la bulliciosa familia que anima de ordinario las dependencias de un cortijo, y sin mas cálculo que la impresion del momento, ni mas teoria que su sagaz observacion , trazó en el lienzo con mano fácil, uno de los muchos episodios que á su vista debieron presentarse.

Entre accesorios felizmente combinados, con la ventaja de no trascender á vulgaridad , dos campeones empeñados en fiera lucha constituyen el asunto principal del cuadro. Uno de ellos , y no el menos fornido, yace á medio caer, anun-

ciando una próxima desecha en su humillada posicion ; al paso que su adversario, osado y altanero, le oprime los ijares y le traba reciamente de una delicada escrescencia , sin que logren impedirlo sus muchos y desesperados esfuerzos. La saña de ambos se retrata fielmente en la agitacion de los movimientos , en la violencia de las posturas, en la ira de las miradas , en el trastorno de los cuerpos , en los despojos que cubren la arena. Entretanto las Orianas de estos Amadis , causa probable , y á la vez testigos , jueces y premio del combate , andan alrededor , unas azoradas y medrosas , otras suspensas como en espectacion del resultado, y no falta una madre cuidadosa que viendo el aturdimiento y poca aprension de su menuda prole , la separa del lugar del combate , cuyos lances y consecuencias es incapaz de estimar.

Y quiénes son estos rivales ensañados , estas damas y matronas doloridas? No hay que alarmarse: no se trata de la recuperacion de Dejanira, ni de la posesion de la célebre Elena: el giro vistoso, y las tornasoladas cambiantes del ropón que les cubre , los plumajes que les adornan y los penachos que les realzan, dicen bien á las claras su pertenencia á la muy honrada familia gallinácea. La riña tampoco parece de trascendencia : zambra pasajera de mucho ruido y pocas nueces , dará por resultado algunos rasguños y repelones , pero todo quedará ahí , y es probable que tras ese ligero desahogo, uno y otro contendiente, ajustadas las descompuestas esclavinas , vuelvan á departir mano á mano, ufanos en la plenitud de su *autonomia*.

El gallo sin embargo , despliega en sus acaloramientos un valor inusitado: erizadas las crines , inyectada la cresta , flameantes los ojos , crispados los miembros , todo él parece arderse en el fuego de la pasion , y batiendo sus alas , se lanza al enemigo hasta que lo debela. Cuando á puro molido agota sus fuerzas musculares , emprende una de picotazos , cuyas certeras descargas resuelven pronto la cuestion. Sucumbe al fin uno de los pendencieros , ó corre á devorar *al paño* la vergüenza de su derrota , y entonces el ganancioso , encaramado á las bardas corralescas , pregoná su triunfo á toda la vecindad.

Si conviene, conforme lo vemos en nuestro cuadro, no duda habérselas con el pavo indiano, aunque mas corpulento y grave, y por ende mas récio que él ; pero ¿quién se para en calcular las fuerzas de su antagonista , cuando andan de por medio el agravio ó el interés? Si el pavo es grueso, el gallo en cambio le aventaja en osadía y sutileza ; mas belicoso, conoce mejor los recursos de la estrategia: así, despues de aguardarle intrépido, le rodeará astuto, y consiguiendo fatigarle, podrá contar suya la partida. Acercaránse entonces relamidamente madamas gallinas á darle sus plácemes con gozoso cacareo, mientras á su vez la pava, que desde un cercano adarve habrá presenciado la derrota del camarada , podrá meditar resignadamente en los vaivenes de la fortuna que así abate al poderoso como enaltece al *pequeñuelo*.

III.

Como quiera, los animales en general no suelen llevar sus pasiones al último límite de exacerbación, y si bien el gallo es de los mas puntillosos en cuestiones de honra, sosteniendo á punta de pico y espolon sus fueros de amante y sus privilegios de sultan, pocas veces se compromete á un lance mortal como no sea estimulado por bárbaros impulsos ajenos. Al hombre, sér racional y presumido rey de la creación, quedaba reservado el triste privilegio de ensañarse hasta la muerte y aun mas allá, por cuestiones en el fondo baladí, descollando malogradamente en sus rencores con una superioridad que no deben envidiarle los seres menos enaltecidos. No contento con eso, hace lo que ninguna otra criatura, y es regocijarse á vista de los males ajenos; díganlo sino los gladiatarios, las lidias, los torneos y otras bellaquerías que en diversos lugares y épocas han constituido el plato mas sabroso de las diversiones populares: y cuándo? en ocasión de sucesos plausibles, de grandes borozos públicos, de advenimientos de reyes, de conmemoraciones y victorias.

Magnífico alegren para cien mil espectadores ver sacrificarse una ó muchas parejas de infelices, guerreros ó esclavos, pujiladores ó histriones, que á la mayor gloria de un pueblo ó para granjear una vil recompensa, sin causa plausible ni razón de particular ojeriza, se acometen, se asaltan, se lastiman y laceran, hasta que destrozadas sus carnes y mutilados sus miembros, van á espirar en medio de un charco de sangre, en las convulsiones de atroz agonía. Y aquellos cien mil monstruos racionales que, cada uno por su lado, están afectos al dolor, que saben lo que es padecer, y que para sí evitarán la menor sensación desagradable rodeándose de mil precauciones; aquellas fieras humanas aplauden con frenesí el golpe mas bien dado, aclaman con vítores al que mejor fenece, y á los resuellos de la víctima, á los estremecimientos de su cuerpo jadeante, responden con vivos manoteos, con risotadas y ahullidos!

Y no se diga que estas bastardas usanzas son propias solo de pueblos atrasados y sin fé: en tanto no es así, como que ni la civilización ni el cristianismo han logrado acabar con ellas. Qué eran los odiosos sacrificios decretados en nombre de esa misma santa religión, —religión de paz y caridad inaugurada con el sublime sacrificio del Gólgota, —justamente en la época mas célebre de nuestra historia, sino una horrenda esposición de escenas de tortura y muerte, á que desaladamente concurría una turba bulliciosa, bajo el auspicio de reyes titulados pios y católicos, los cuales sin embargo no reparaban autorizar con su presencia semejantes carnicerías, hasta desplegar en tales ocasiones una pompa inusitada y una cortesana magnificencia? Ahora mismo, la nación que pica mas alto, no

celebra las hazañas de dos bravucones de esquina, que en mitad de un corrillo de bodoques se aporrean de lo lindo, y tras lijeros preliminares cuyo menor piropo es saltarse un ojo de la cara, se envían de una zancadilla al hospital ó de un encontronazo á la eternidad? Y esas peleas constituyen un arte, y ese arte tiene profesores y adeptos, y el *gentleman* mas flemático sacude su apatía para contemplar con embeleso y aplaudir con entusiasmo una brava puñada del británico *boxer*.

Hay mas: no contento el heredero de Cain con la vista de semejantes miserias dentro de su propia especie, ha inventado, —oh refinamiento de gusto!— ha sabido crear como materia de regocijo las riñas de animales, ha explotado para un vil recreo, las inclinaciones instintivas de esos pobres bichos que el Supremo Hacedor puso en la tierra, no al objeto de que ruinmente abusara de ellos, sino al de que los estimara como don celeste, y en sus necesidades los utilizara discretamente y á los fines para que fueron criados. El hombre sin embargo, —empezando por *John Bull*, para no abdicar de su primacía, — tuvo la peregrina ocurrencia de convertir en *espectáculo*, entre otras cosas, la riña de gallos — ya que de gallos se trata, — espectáculo que los españoles vamos aclimatando, no satisfechos aun por lo visto con las famosas corridas de toros que tal crédito nos granjean á los ojos de las naciones cultas.

IV.

Con todo, el gallo, dista mucho de ser un animal despreciable, insinuando la idea que nuestra glotonería abusiva nos acostumbra á formar de él. Ved lo que á tal propósito dice un elegante escritor del vecino imperio: Salomon, el mas prudente de los reyes y el mas sábio de los hombres, despues de hartas investigaciones, logró descubrir dos grandes verdades; la primera, que todo es vanidad, y la segunda que nada hay privilegiado en la creacion, y que el cedro y el hisopo, el elefante y el arador, allá se van en igualdad de méritos. Mas el prurito de escuela, introduciendo clasificaciones y preferencias, ha hecho que aun los talentos despejados rindan homenaje á la rutina, sucediendo que todo profesor de historia natural desdeña el hisopo con el nombre de *planta pequeña*, y se emboba ante el cedro, haciendo exclamaciones y aspavientos, como si el segundo hubiese costado á Dios mas trabajo que el primero, ó como si la diminuta pequeñez del uno fuese menos prodigiosa que la corpulencia magnífica del otro!

Las obras de la creacion todas son asombrosas por igual, y aunque en concepto utilitario demos á algunas la preferencia, siempre resultará que la semilla invisible llevada en alas de los vientos para ir á germinar en el hueco de alguna peña, será en sus arcanos tan misteriosa y sorprendente como el injerto del duro

roble y de la fuerte encina, pues en la balanza del Hacedor lo mismo pesa un grano de arena que el Cáucaso ó el monte Blanco.

Segun prosáica definicion de los diccionarios, el gallo es *una ave doméstica; el macho de las gallinas*. Nuestro autor lo califica, —y se funda,—de noble bípedo, mas ilustre que todos los animales, pues ha merecido casi honores divinos; mas famoso que algunos héroes, pues le han celebrado los poetas; mas valeroso que el leon, pues intimida á este con su canto; mas sagaz que la raposa, pues advina y previene sus arterías, y por fin, mas solícito y vigilante con su familia que muchos bien reputados padres y esposos.

Atributo á la vez de Minerva, Marte, Mercurio, Baco y otros dioses olímpicos, el gallo era asimismo el emblema nacional de los galos, como el águila lo fué de los romanos, y el leon de los cartagineses y españoles. En Persia se le consideraba principio de la vida, elevándosele á la categoría de hijo del sol. Los caldeos, pueblo esencialmente astronómico, hacian de él gran caso, y en verdad no podian menos de honrar al pregonero de la alborada, que saluda al sol naciente como la estatua de Memnon. En su *Teogonia* Hesíodo lo consagra al astro del dia, á semejanza de aquellos pueblos que en defecto de revelacion rendian culto al mismo. Entre los griegos era símbolo de salud y de vida, y por eso en toda dolencia lo sacrificaban á Esculapio. Hoy mismo los salvajes del gran desierto entre el Fezzan y la Nigricia, le veneran al igual de la serpiente, sin duda porque aleja de su vecindad al terrible rey de los animales.

Si de sus nobles timbres descendemos á sus buenas cualidades, cuánto no habrá que decir en alabanza de la dignidad, de la sobriedad, de la fuerza, de la vigilancia, del celo y solicitud del que reina en los gallineros? Toda su estampa desde la cresta á las uñas, es un vivo dechado de gallardía y arrogancia: aquella cimera natural que le decora, nunca pierde su rubicundez; en el andar nunca vacila, en la defensa nunca duda, en el ataque nunca cesa. Si á hurtadillas saltea algun grano, es solo para atajar las exigencias de la naturaleza; pero observad como luego se irgue, contoneándose, sacude sus alas espléndidas, y resuella ó canta en son provocativo, como protestando de gastrónomo ó blasonando de apercebido.

Y sin embargo, á pesar de su tren bélico, nadie hay mas aficionado á los placeres de familia. Quereis verle contento? dejadle consagrarse holgadamente á sus caseras atenciones. Tiene empero el infeliz un acerbo presentimiento del destino que le amaga; conoce la dura suerte que amenaza á todos los suyos: por eso anda siempre cuidadoso é inquieto, puesta la mira á cualquier accidente que saque verdaderos sus recelos; —prueba de que ni aun las dotes mas apreciables bastan á conjurar las adversidades de este pícaro mundo!

Grandes, en efecto, y poderosos motivos tiene el gallo para estar sobre aviso: primeramente la cuchilla de Dámocles cuelga sin cesar sobre su cabeza; pero este

riesgo, como individual, sabe despreciarlo. En segundo lugar un decreto de exterminio culinario comprende irrevocablemente á las bellas de su harem, sin perjuicio de otros enemigos subalternos que las codician para plato de sus banquetes. Así, tan temibles son de día las entradas por la puerta, como de noche las invasiones por la rendija.

En aquellas solemnes horas en que todo viviente calla de miedo, duerme de fatiga ó vaga por necesidad, el gallo es el único que interrumpe el universal silencio con su brillante cavatina, agena de petulancia, como diciendo á los mortales desde el seno de las tinieblas, que él vela por la salud general. Pero en aquellas mismas horas, un zorro goloso se acerca rastreramente para minar los apaches del corral: favorecido de la oscuridad, su sordo trabajo se incoa, prosigue y adelanta con rapidez; el suelo es blando y fácil de remover; la zapa, incansable; el asalto, inminente. Qué hacen en tanto las pobres gallinas, blanco de tan ruines manejos? con el pico debajo del ala, descansan tranquilas en la dichosa confianza de la estupidez. Y el gallo? oh! el gallo es otra cosa; su vigilancia no se desmiente; atraído al primer eco de la obra misteriosa, anhelante sigue sus progresos, atento espera sus resultados; inmóvil, con un pié en el aire, no chilla por no alarmar, no pide auxilio porque sabe que solo ha de contar consigo: pero así que la mina estalla y el ladrón nocturno aparece, sembrando do quiera el espanto y la confusion, nuestro centinela que pudiera haberse largado, precipítase sin vacilar sobre el raposo, le araña, le hiere, le pisotea, le pellizca hocico y ojos, le golpea á aletazos, le gruñe con ronquidos guturales, mas propios de una fiera que de un avechucho, y tanto se bulle y agita que logra por fin aturdirle, obligándole á despejar mas que de prisa, rabo entre piernas, mohino y arrepentido, jurando no volver á gallinero que tenga su dotacion de gallo.

V.

Puede dudarse que en esta familia, todos los realces la gracia, la hidalguía y la hermosura recaen á favor del llamado por antonomasia *sexo feo?* sin embargo qué marido entre los hombres, ni qué hombre entre los maridos, está con sus *mitades* tan fino como esa avecilla despreciada?

Pero seamos justos: tambien la gallina se lo vale por su disciplina, por su obediencia, y por su lealtad, cualidades poco aventajadas en la humana especie, y mas aun se lo vale considerada como madre.

Acercáos á observarla durante sus tres semanas de empolladura: miradla cuán enferma y macilenta, y con todo cuán olvidada de sí propia y del mundo, para dar vida al embrión que la cáscara encierra; ved con qué perseverancia sigue echada, sin apenas acordarse de comer, enteramente consagrada á sus deberes.

Necesitando los huevos para su incubacion un grado igual de calor, si de un lado se enfrian, con el pico les da vuelta; si están demasiado calientes, levántase un rato dejándolos airear, y aunque los tenga á docenas, no perderá ninguno por descuido ó por incuria. Al sazonzarse el pollo, le ayudará á salir picando cuidadosamente su cascara sin equivocarse, por la punta donde tiene la cabeza, y adviértase que á los veinte y un dias precisos, ella misma empieza á llamarle. Este prodigioso instinto de los animales no revela por cierto una admirable providencia?

Pero sigamos adelante: ved ya nacidos los polluelos; ved cuán pomposa y ufana marcha rodeada de su enjambre de pantes. Todas las amarguras se tornaron alegrías: los chillidos de la golondrina al asomo de la primavera, no son mas expansivos que su arrullo, henchido de amorosa solicitud: su único cuidado es ahora abrigar los desnudos cuerpos de los pequeñuelos y buscarles un alimento adecuado á su edad. A este fin, invitándoles sucesivamente, sin permitirse distinciones ni preferencias, picotea por derecha é izquierda, escarba la tierra y desmenuza á sus piés el insecto ó el grano demasiado grueso que de sí no podrian romper. Si van cansados, los cobija debajo sus alas, y aunque alguno por capricho se le suba encima, no se meneará un ápice por temor de derribarle.

Quereis admirar de una vez toda la solicitud de que es capaz esta buena madre? Suponed que ocurre un percance cualquiera; que el milano por ejemplo, cruza los aires, trazando círculos en disparado vuelo. La gallina, cuya mirada penetra hasta los confines del horizonte, lo descubre al momento: azorada y trémula, esconde presurosa bajo el pecho su menuda prole, y conociendo que el menor gesto ó ademan podria hacerle traicion, agáchase sin menearse, aunque por eso ni un momento pierde de vista al rapaz contrario, antes le sigue en sus evoluciones, de frente, de reojo, al esquinco, de todas maneras y en todas direcciones. Y acaso esta calumniada gallina abandonará su puesto cobardemente en lance tan apurado? No es madre? Venga el milano, y vereis cómo se defiende; vereis cuán briosamente disputa la presa, ó cuán noblemente, para evitar la pérdida de su tesoro, se anticipa al sacrificio. Si por dicha cesa el riesgo, alejándose el temible raptor, no dejará su actitud é inmovilidad hasta cerciorarse de la completa desaparicion del mismo.

Por qué, pues, siendo tan apreciiables estos animales, formamos de ellos tan mala idea? porque á fuer de utilísimos y necesarios, son muy comunes, y el hombre no suele hacer caso de lo que es comun. A do quiera que vaya, síguete en pos la animada caterva gallinaria: para ella no hay rincon inaccesible; en todas partes se la encuentra, pues en todas fácilmente se aclimata; conócenla los pueblos mas lejanos; recuérdanla los monumentos mas antiguos, y su genealogia se pierde en la noche de los tiempos. En nuestra soberana petulancia calificamos de viles á estos indispensables agregados domésticos, que sin embargo tan buenos

son, tan simpáticos, tan amables y confiados, y correspondemos á sus atenciones con cebarlos traidoramente para inmolarnos á capricho y sangre fría. Al cabo, dirán marmitones y cocineras, enristrada la fatal cuchilla, este es su sino: enhorabuena! pero dado que una vil muerte haya de ser el pago de tamañas prendas, no abusemos de nuestro poder, no seamos tiranos con los débiles, y no pagueemos con atrocidades á los que nos vuelven bien por mal.

VI.

Qué ley ni razon pueden cohonestar esa barbaridad que los zánganos de todas épocas introdujeron á título de diversion, esas riñas, no ya de ahora, sino conocidas de los chinos en remotos siglos, quienes las enseñaron á los indios, estos á los griegos, los griegos á los romanos, y los romanos á los ingleses en tiempo de Julio César? Los mismos que ponian el gallo sobre el casco de Minerva, y que habiéndole consagrado á los dioses de la guerra y de la elocuencia, le señalaron, por decirlo así, un lugar en todas las solemnidades del Olimpo, sin sujetarle á otro predominio que el del amor; estos sin embargo, ó sus descendientes, le armaron para una liza, donde irremisiblemente, por no morir, ha de matar á su semejante.

La supersticion antigua hizo de él un semi-dios: la *ilustracion* moderna lo ha transformado en gladiador.

Que entre griegos y romanos se conocieron las peleas de gallos, es cosa acreditada por numerosos testimonios; pero Atenas, que segun trazas fué la primera en adoptarlas, tuvo para ello á lo menos motivos de política y religion. Yendo Temístocles al encuentro de los persas, vió por el camino dos gallos en lucha: —Soldados, exclama, volviéndose á los suyos; pensais que estos riñen por la gloria, por la patria, por la religion, por la libertad, por la familia? nada de eso; solo por no ceder á un rival! —Comprendiéronle los soldados, y habiendo llegado á las manos, pelearon con esfuerzo y vencieron al enemigo. A su regreso, Temístocles quiso consagrar por una institucion legal y pública, el fortuito incidente que diera tema á su arenga, y en efecto la ley lo sancionó; pero aquel espectáculo nacional vulgarizóse pronto, haciéndose repugnante.

Así como en Roma habia espectáculo de gladiadores, en Pérgamo lo habia de gallos, segun testimonio de Plinio, quien supone esta costumbre vulgar en su tiempo; pero no dice cuándo, ni en qué ocasion fué adoptada.

A Inglaterra pudieron llevarla los romanos cuando su conquista; sin embargo es necesario descender al siglo XII para hallar testimonios fehacientes, que en Francia existen desde el XI.

Y por qué raro fenómeno el inglés, tan grave, racional y concienzudo, debe llevarse la palma en la invencion ó restauracion de semejantes riñas? Vanamente

querreis averiguarlo; nadie os lo sabrá decir. El pueblo de las sociedades de templanza, el pueblo que dió la ley *Grammont* para guarecer al animal contra el hombre, que patrocina los intereses del gato y del perro, que impone correcciones al auriga desapiadado; ese mismo pueblo tan entrañable con los irracionales, no encuentra reparo en autorizar la matanza de un gallo por otro gallo, y aun tarifa á dos chelines el regalado gusto de presenciarlo! Lástima no se batan igualmente sus caballos!... verdad es que las carreras de New-market tienen algo de lidia y de sacrificio; pero conviene hacer distincion entre animales y animales: los hay mas respetables unos que otros. Luego, el gallo no pertenece á la aristocracia!...

Bajo Enrique II, tan solo á los estudiantes, —y eso una vez en el año— el martes de carnaval, eran consentidas las riñas pollescas: el aula misma servia de arena; los maestros, eran los jueces de campo. Buen comentario á Galeno y Puffendorf!

De las aulas subió la aficion á los palacios, y de estos pasó á la casa real. En White-Hall hubo un circo ex-profeso, como mas adelante en Drury-Lane y en diferentes lugares. Si algunos reyes se pronunciaban en contra, otros la dispensaban todo su favor; baste decir que Cromwel con todo su puritanismo, si bien la prohibió con decreto especial, nada pudo recabar: una rechifla en varios tonos fué la respuesta á su impopular ordenanza.

VII.

Mediante el escote susodicho, cualquier hijo de vecino tiene hoy ingreso en unos establecimientos muy *fashionables*, arreglados á guisa de teatro, donde las celebridades del *turf* y del *sport*, el grave *gentleman* y el almibarado *dandy*, alternan sin melindre con la gorra del marino y la blusa del obrero, para darse en buena compañía un hartazgo de lidia galesca. En mitad de un gran círculo de butacas *confortables*, repartidas en localidades mas ó menos preferentes, rodeadas de galerías y palcos á los que tambien asoma la vaporosa *lady*, álzase un redondel barandeado, especie de glorioso escabel ó mejor, ara sacrificatoria, en cuya breve arena va á representarse un asalto entre dos implumes campeones.—Decimos implumes, porque regularmente, al efecto de que las heridas sean mas aprovechadas y nada cause obstáculo, se saca desplumados á los reñidores, escepto la cola y algun otro apéndice. Con igual objeto se les afila de antemano el pico y las uñas, se les aguza los corbejones, y como si esta arma natural no fuese aun asaz terrible, suele adherirse una aguda lanceta, con la pia intencion que cabe argüir. Propínaseles á mayor abundamiento un brebaje estimulante, que despues de abrasarles el gáznate y las tripas, les infundirá si carecen de valor el arrojo de la embriaguez ó la exacerbacion del frenesí.

Donosa vista por cierto la de aquellos animales, en su escueta anatomía, pelados al vivo,—digna pregustacion del martirio que les aguarda,—y en consecuencia despojados del lindo ropaje que tanto realza su apostura, tiritando á la vez de fiebre y de frio, de angustia y de horror, en el presentimiento de su acerbo fin. Incitados por artificio á una saña que no albergan, si vienen uno contra otro es con valor prestado, pues su verdadera situacion, conforme llevamos dicho, es el miedo ó el aturdimiento en vista de esos acerbos preliminares que les auguran todo lo exasperado, inusitado y desapiadado del trance.

Por lo menos resultará una lucha noble, donde á vueltas de trágicas peripecias se admire la esbeltez de formas, la gracia de ademanes, la soltura de movimientos, la destreza en atacar, la habilidad en defenderse, todos aquellos lances y suertes improvisadas que sino cohonestan, esplican en algun modo el interés de semejantes situaciones. Nada de eso: todo se reducirá á un monótono juego de picos y calcañares, entre paradas grotescas ó arremetidas insulsas, mezcladas de saltillos y aleteos, pellizcos y sacudidas. La sal y pimienta de la funcion estriba en lo recio é incisivo de ella: cuanta mas laceria y sangre ofrezca, mayor será el saborete. Lo bueno es que á cada pinchazo se interese un órgano vital, que á cada repelon se destrize media pelleja: el bocado magnífico es el que arrastra consigo la mitad de una cresta, ó el que deja vacía una de las cuencas visuales. Aférrense, acogótense, respinguen y apuren su travesura los dos héroes de gallinero; eso es lo que demanda el ilustrado público concurrente, eso lo que celebra la vocinglera turba de admiradores (1).

Para designar los incidentes, hay un lenguaje cómico y de circunstancias, á semejanza de la fraseología tauromáquica: este gallo tiene *buena salida*, aquel se *reboza*; ese es *bravucón*, el otro *de sentido*; uno se *tapa*, otro se *descubre*; aquel *da gollete*, este *hiere por alto* etc.

Entretanto los míseros pollejos, en la imposibilidad de hacer otra cosa, se reducen á menuda pepitoria. Rotos, maltrechos, rielando sangre por sus cuellos estirados, se arremolinan en agonizante empuje, se revuelcan hasta consumir sus fuerzas, y cuando el mas débil exhala sus postreras boqueadas, digno de una corona de mártir, su antagonista poco menos exánime, subido sobre él, simula decantar con débil voz la triste victoria que á tan duras condiciones acaba de obtener. Y entónces es cuando la turba espectante se regodea de satisfaccion; entónces cuando la algazara sube de punto, y entre gesticulaciones animadas, los mas salados apóstrofes se confunden con vivas y *hurras* atronadores.

No omitiremos una particularidad que da fisonomía á estas escenas, acre-

(1) Entre los ingleses se usa igualmente una lucha de á treinta y dos gallos, que llaman *wels-mein* ó batalla real. Encarados unos con otros, la mitad han de quedar en el campo; despues se encara á los sobrevivientes, siguiendo el combate de ocho á ocho, de cuatro á cuatro, de dos á dos, y finalmente de uno á uno; y la sangre no cesa de correr hasta que el postrero canta su triunfo á costa de treinta y una víctimas.

ciendo notablemente su animacion. Cada gallo representa un bando: su duelo no solo es cuestion de sangre y muerte, sino tambien de interés. El público se divide en dos partidos, bajo la bandera de otro de los bichos en cuya cabeza suelen aventurarse grandes sumas. Todo espectador verdaderamente aficionado, hace causa comun con el *retinto*, el *giro* ó el *rojo*, contra el *jabado*, el *pio* ó el *ceniciento*; y sin mas razon que la esperanza en su bizarria, fiando del avío, estampa y otras buenas partes del favorecido, crúzanse apuestas de bando á bando ó de persona á persona, sobre el resultado de la pelea.—Como si no bastára el cruento atractivo, hubo de añadirsele la avidez del lucro: júzguese pues con qué ansia no se espiará el chirlo mas ruinoso ó el pinchazo mas decisivo, para el rápido y seguro despacho del rival representante!

VIII.

Véase en qué términos un ingenio de la corte describe las riñas de gallos, hace poco establecidas en el circo de Recoletos (1):

Saltó un gallo al redondel,
colorado y muy derecho,
y un giro de pelo en pecho
salió á medirse con él
dentro del recinto estrecho.

Miráronse frente á frente
con miradas muy feroces,
y se embistieron á coces,
con desprecio de la gente
que allí estaba dando voces.

Pasó el giro á su contrario
al comenzar las subidas;
y hubo esperanzas perdidas
en aquel público vario,
y apuestas no recibidas.

Pero como se pasára
por sobra de corvejones,
recogiendo los alones
hirió al contrario en la cara
con entrambos espolones.

Hubo de saberle mal
al colorado la fiesta,

pues con cólera funesta
volvió sobre su rival
y le ensangrentó la cresta.

El giro con tal fiereza
respondió al sentirse herido,
que dió *golpe de sentido*
al contrario, en la cabeza,
y se lo dejó tendido.

Y en el estadio sangriento
aun pugnaba por luchar,
vuelto de su aturdimiento,
el que hubieron de apartar
gallo color de pimiento.

Fué la segunda pelea
tambien de un giro real
contra un rojo, en peso igual,
para que la lucha sea
peso á peso y tal á tal.....

Al punto salió un *jabado*
contra otro rojo tambien,
y en el rudo quien á quien,
quedó el claro despicado

(1) Tambien en Cuba son populares las riñas de gallos, que tienen lugar en un circo llamado *valla*, semejante á nuestras plazas de toros, con su tendido, gradas etc., siendo el precio de entrada un real de plata. Nada hay comparable, dice el señor Ortiga Rey, de quien tomamos esta noticia, al entusiasmo, al desprendimiento, al placer que siente el cubano cuando se halla en el centro de esta diversion que lo distrae de sus obligaciones, que lo separa del lado de su familia, que le hace malversar una gran parte de su caudal con las exorbitantes sumas que pone á favor de este ó de aquel combatiente; diversion, en una palabra, de la que se ha creado una necesidad de primera clase. Añade haber conocido en 1840 y 1844, en Santiago de Cuba y en la Habana, dos familias que por la perniciosa afición de sus gefes á las *luchas de gallos*, se hallaban en la miseria mas espantosa.

en un decir santiamen.....

Perdió el rojo, y sale un giro
contra otro retinto y fiero:
gran fama tiene el primero,
pero se vé al primer tiro
que va á perder el dinero.....

Y empezó el careo quinto
con dos gallos desiguales,
porque tres onzas cabaes
le llevaba el mas retinto
al de rubios carcañales.

A los primeros pecheos
conoció la diferencia

el gallo lleno de ciencia,
que salió dando rodeos
dictados por la experiencia.

Mas ¡ay! que aquella cautela
le trajo daño infinito,
porque yendo á toda vela
le entró la contraria espuela
por el *bocado exquisito*.....

Y se marcharon las gentes
á la fiesta de novillos;
que si la hubiese de grillos,
tambien fueran concurrentes
hombres, hembras y chiquillos (1).

Esta última copla encierra harta verdad, reasumiendo oportunamente la idea que nos propusimos desarrollar. Entre varias anomalías, la generalidad de los hombres tiene maligna inclinación á lo dañino, sin que los consejos de la razón, ni muchas veces las lecciones de la experiencia, basten á ahogar tan mala semilla, resabio sin duda del pecado original. Por eso de niño rompe cuanto sus manos alcanzan, sin hacer distinción de juguetes y bichos semovientes; pues así descabeza una muñeca, como tortura á un cuadrúpedo ó espachurra á un réptil. Sin mejorar con la edad, las travesuras crecen en razón de su malicia, pudiendo asegurarse por punto general, que el bromazo mas sabroso es el que mas daño trae consigo.

El afán de predominio arroja á petulancias que satisfacen la vanidad, y como para dominar es preciso ser fuerte, para blasonar fortaleza se hacen víctimas. De otra parte, como la acción del poder siempre hiere, el que se entrega á su ejercicio, necesita y gusta naturalmente de que algo lo atestigüe.

Hay asimismo una razón de arte para explicar esta ruin complacencia á vista de cuadros *fuertes*. La grosera impresión de los sentidos es mucho mas vigorosa y accesible á las masas, que las delicadas fruiciones ó los modestos solaces del alma: por eso cuanto ofrezca peripecias violentas y dramáticas, será siempre para el vulgo un manjar apetitoso; por eso cualquier novedad palpitante, ya sea reyerta, combate ó ejecución, tendrá el valor de un curioso espectáculo; por eso despues de asistir á la riña de gallos, todo el pueblo, *hombres, hembras y chiquillos* concurrirá gustoso á toros, novilladas, y si los hay, á otros duelos y combates. ¿Es esto, sin embargo, lo que debe desearse de una sociedad creyente y morigerada?

J. Puiggari.

(1) *Museo universal*, número de 43 de febrero de 1859.

EL CIRUJANO.

(CUADRO DE EGLON VAN DER NEER.)

Eglon van der Neer, que era un excelente pintor de género, vivia en París antes de fijar su residencia en la corte electoral de Dusseldorf.

Tenia entre sus discípulos uno que se llamaba Rulans y que era hijo de un rico droguero de la capital de Francia.

Era un joven galante, decidido, entusiasta, que nunca hubiera llegado á ser mas que una medianía como pintor, pero que sabia caracterizarse muy bien, disfrazarse mejor, fingir cualquier clase de voz, tomar el acento ó modales que mas le acomodaba, y remedar perfectamente á cualquier persona, lo cual le hubiera hecho á propósito para ser un excelente cómico.

Cuéntase de este joven discípulo de Van der Neer la siguiente historia, que tiene muy inmediata relacion con el cuadro cuya copia representa la lámina adjunta.

Cierta noche, Rulans, despues de haber pasado una agradable velada en compañía de unos amigos, se dirigia á su casa, siendo ya la una de la madrugada. En su camino tropezó con una joven de belleza deslumbradora, á la que tomó por una aventurera, y le dirigió la palabra por medio de algunas frases vulgares y propias de semejantes casos:

—¡Hola, perla! ¿Tan tarde y solita?—¿A dónde vais á estas horas, niña?—¿No teneis miedo de perderos?

—No señor, contestó la joven; conozco bien mi camino.

—¿Quereis que os acompañe?

—Me prestariais en ello un buen servicio, caballero.

Rulans se ratificó en su opinion al ver la facilidad con que la desconocida

G^o DE MUNICH P. 10



Le Chirurgien
The Surgeon *Der Chirurg*
Chirurg

accedia. Ofrecióle el brazo , que ella aceptó , y por el camino fué arrojándole todas las flores que se arrojan á una muchacha amable y bonita. La jóven no contestaba , y cuando Rulans le dirigia espresiones equívocas ó de doble sentido , parecia no comprender.

Cuando hubieron llegado al sitio á donde la desconocida se encaminaba, soltó el brazo de su acompañante y le dijo:

—Caballero , si la paciencia con la cual os he escuchado os dió de mí una opinion desventajosa , es preciso que sepais que , á pesar de este paseo nocturno , soy una mujer honrada. He salido de casa para ir en busca del médico para mi madre que se ha puesto repentinamente enferma , y á cuyo lado he hecho quedar la criada , creyendo que yo pondria mas diligencia en llevar á casa al facultativo. Si al dirigiros á mí os he aceptado por caballero , á pesar de vuestras galantes palabras , ha sido porque tenia miedo de seguir sola mi camino , pareciéndome hallar en vos algo de grave y honrado. Gracias pues , por vuestra compañía , caballero , y buenas noches.

Quiso alejarse dicho esto , pero Rulans , á quien su modestia, al par que su belleza, habian fascinado , se ofreció á acompañarla cuando regresara á su casa, suplicándola diera al olvido las palabras ligeras ó inconvenientes que hubiese podido dirigirla. Escusóse ella diciendo que el médico mismo la acompañaria; é insistió él, pero siempre en vano. Pidióle entonces permiso para visitar su casa, y la jóven le dijo que , aun cuando le veria en ella con placer , no se lo permitirian la severidad y rigidez de costumbres de su madre.

En una palabra , Rulans no pudo conseguir nada de lo que deseaba , y la jóven se despidió de él entrando en casa del médico; no tardó en volver á salir acompañada de éste.

Rulans les esperaba oculto tras de una esquina , y fué siguiéndolos á cierta distancia , hasta que logró saber cuál era la casa en que vivia su hermosa y seductora desconocida.

Al dia siguiente , por informes que tomó con astucia en la vecindad , averiguó que la jóven se llamaba Isabel y que era hija única del marqués de Cyllon, muerto hacia poco tiempo en un estado muy próximo á la miseria. El difunto habia dejado una viuda orgullosa y coqueta , que trataba de casarse ella misma mejor que casar á su hija.

Supo tambien que madre é hija iban todos los dias á oir misa á San Eustaquio. Desde aquel momento , la iglesia de san Eustaquio no tuvo ningun devoto tan asiduo como Rulans , que se pasaba las mañanas enteras en el templo.

Sin embargo , durante los primeros dias , las cosas no pudieron marchar á medida de sus deseos , porque Isabel ni su madre iban al templo , continuando aun la enfermedad de la última.

Un domingo , cuando ya comenzaba á desesperar nuestro jóven héroe , las

vió entrar á las dos en la iglesia para asistir á la misa mayor. Aunque imposibilitado de hablar á su bella, Rulans se dió por satisfecho con verla y contemplarla de cerca.

De aquel dia en adelante la vió en misa todas las mañanas.

El jóven se decidió por fin á dar un paso, el que acostumbran á dar todos los enamorados, desde que hay enamorados en el mundo, ó mejor desde que hay en el mundo papel y tinta, ó mas bien aun, desde que los enamorados saben leer y escribir.

Se decidió á enviarla una carta, un billete amoroso, por conducto del anciano mendigo que ofrecia el agua bendita á la puerta de la iglesia.

Un dia, Isabel, que habia tomado por costumbre el ver siempre inmóvil á pocos pasos de ella al galante Rulans, advirtió que se alejaba antes de que ella lo hiciera y antes de concluirse la misa. En medio de la devocion con que ella asistia á la ceremonia religiosa, no pudo menos de volverse para seguirle con la vista. La devocion no quita la curiosidad.

Vióle pues acercarse al mendigo del agua bendita, hablar con él, y hasta le pareció ver como le daba un objeto.

El corazon de Isabel latió mas apresuradamente que de costumbre.

Creyó haber comprendido.

Al salir de la iglesia, hizo que su madre pasara delante y le dejó tomar el agua bendita la primera, acercándose ella luego á su vez. El mendigo entonces, en lugar de ofrecerle el agua, le alargó el billete, diciéndola en voz baja que se encargaba de ser portador de la respuesta cuando la hubiese.

Así que estuvo en su casa, Isabel se encerró en su cuarto y leyó la carta apasionada y conmovedora que le dirigia su respetuoso adorador.

Carta recibida exige respuesta.

Isabel contestó, y contestó que no era insensible á las predilecciones de que se veia objeto, advirtiéndole á su galan que pues era imposible que se hablasen, trataria de facilitar las ocasiones para verse. A este objeto le hacia saber que al dia siguiente por la tarde debia ir con su madre á casa de un tendero llamado Gautier, para comprar algunos objetos que les hacian falta.

A la mañana del dia siguiente, Isabel, como de costumbre, fué á misa en compañía de su madre, y Rulans, que se habia anticipado y estaba en acecho, tuvo como cosa de buen agüero el ver á su amada entregar algo al mendigo del agua bendita. Adelantóse inmediatamente para recibir el mensaje, tomó la carta en cuestion, y no hay que decir si recompensó con largueza al que con ella le diera la felicidad.

Hombre enamorado, hombre al agua.

Rulans, que hacia ya mucho tiempo que apenas asistia al taller de su maestro Van der Neer, acabó por dejar de ir completamente.

En lugar de dirigirse al taller, se fué en derecha al salir de la iglesia á casa Gautier, tendero y negociante en ropas de seda.

— Vengo á haceros una proposicion, le dijo. Permitidme que esta tarde me convierta en mozo de vuestra tienda, y dejadme vender á ciertas damas las telas que pidan al precio que á mí me convenga. Despues, yo os abonaré la diferencia y á mas os recompensaré generosamente por haberme concedido este permiso.

El viejo Gautier, que era avaro y hombre campechano al mismo tiempo, aceptó y dió en consecuencia las órdenes necesarias.

A la una de la tarde pasó Rulans á la tienda, se disfrazó con esa rara habilidad que tenia, en mozo de almacen, se hizo mostrar las mas bellas telas, enteróse del precio, y lo dispuso todo para su proyecto.

No tardaron en aparecer Isabel y su madre. La muchacha no reconoció al pronto á su galan, á quien esperaba encontrar en cualquier parte mejor que allí. Hasta estaba un tanto contrariada de no haberle hallado por el camino, reprochándole secretamente su falta de asiduidad. La especie de inquietud que experimentaba, hizo que en lugar de ponerse á examinar las telas, dirigiese sin cesar las miradas hácia la puerta para ver si entraba el que era ardientemente esperado por ella.

El disfrazado dependiente, despues de algunos instantes, desplegó una pieza de seda extraordinariamente rica, que la madre de Isabel hizo retirar diciendo que era muy cara para ella.

Rulans, en medio del afan con que desplegaba la pieza, notó la inquietud de la jóven, y dijo:

— Permitid, señora, que vuestra bella hija se fije en esta tela, porque, si le está destinada es justo que la vea para que juzgue.

Estas palabras llamaron la atencion de Isabel, la cual, volviéndose, reconoció á su amante á pesar de su disfraz. Púsose encarnada como la grana, y para ocultar su rubor y disimular su sorpresa, se inclinó manifestando entregarse por completo al exámen de la pieza. Invitada por el fingido dependiente á que diese su parecer contestó entonces que era en realidad una tela magnífica y de sumo gusto, pero que por su parte tomaria la que tuviese á bien escoger su madre.

— Enseñadnos otra tela, dijo ésta que no quiso preguntar el precio de aquella por creerlo naturalmente muy elevado.

Rulans desplegó otra pieza mucho mas basta y de un precio sin embargo muy subido; en seguida mostró otras piezas, pero con la particularidad de que los precios parecian elevarse al mismo tiempo que las telas parecian disminuir en lujo, en gusto y en calidad.

Admiróse de ello la marquesa y dijo:

— Pero si el precio de esas telas es tan subido , ¿cuál será el de la primera que nos habeis enseñado , y que es por cierto muy superior en belleza ?

Rulans , que esperaba esta pregunta , dijo el precio , fijándolo á mucho menos de la mitad de su valor real.

La bondad y belleza de la tela , y lo módico del precio , pusieron término á las irresoluciones de la madre. Ofreció tres francos menos por vara de lo que pedia Rulans , y éste , que se solazaba ya con la idea de ver á su amada vestida con tan bello traje , solo se opuso lo suficiente para desempeñar bien su papel , y acabó por cerrar el trato y dar la tela al precio que por ella le ofrecieron.

Las damas pagaron y se fueron.

Una amiga de la casa , á quien aquella misma noche la marquesa enseñó su compra , admiró la belleza y la estimó en doble precio del que habia costado , asombrándose cuando supo su baratura.

Otras señoras , enteradas del caso , pidieron muestras de la tela á la marquesa , pero cuando fueron al almacén de Gautier , se encontraron con que el precio era mas del doble de lo que se les dijera. Hiciéronse entonces aquellas damas acompañar á la tienda por la madre de Isabel , pero se les contestó que la pieza estaba ya despachada.

Una vez en el camino de los disfraces , Rulans no se detuvo ya fácilmente. Su atrevida imaginacion le facilitó medios para ver á su amada y hablar con ella , ó para hacerla algunos regalos que la recordaran su amor.

Cierto dia se introdujo en casa de la marquesa bajo el disfraz de mercader ambulante , cargado de cajas de chucherías , dijes y adornos de tocador ; otra vez que la marquesa habia enviado á buscar al zapatero para que hiciese unas chinelas á su hija , en lugar del maestro se presentó un dependiente suyo á tomar la medida. Era Rulans , Rulans el afortunado , el feliz , que tuvo así ocasion de arrodillarse ante su bella , de estrechar su lindo pié entre sus manos , de besar al inclinarse la orla de su vestido.

La audacia y la picardía dan cierto aliciente al amor. Isabel se prendó tanto del carácter emprendedor de su galán , que aumentóse su pasion por él.

Las cosas no habian llegado sin embargo á su fin.

Rulans veia todas las mañanas á Isabel en la iglesia. Los amantes se miraban , se sonreian y vivian en esa atmósfera embalsamada del amor.

Era moda entonces en París llevar las señoras unos brazaletes lisos , á estilo griego , con la sola diferencia de que las damas ricas los llevaban de oro puro y las otras de metal imitando al oro.

Rulans fué á encontrar á un ladronzuelo y le ofreció seis ducados si se apoderaba diestramente del brazalete que llevaba Isabel. El otro prometió hacerlo el dia que en la iglesia hubiese bastante gente , para poder llevar á cabo su deseo entre los empujones.

Al domingo siguiente, poco antes de terminar la misa, Rulans recibió el brazalete, que inmediatamente cambió por otro exactamente igual en apariencia, pero de un valor extraordinario, pues que era macizo y de oro puro.

Terminada la misa, Isabel reparó en la desaparición de su brazalete, se lo dijo á su madre, y entrambas empezaron á buscar por los alrededores del sitio en que se hallaban, manifestando claramente en sus ademanes que algo se les habia perdido.

Un caballero se acercó entonces políticamente á ellas.

Era Rulans.

Informado este de que buscaban un brazalete, les dijo haber hallado uno á la puerta de la iglesia, mostrándoselo en seguida. Las dos damas se dejaron engañar con la semejanza del brazalete, que aceptaron sin ceremonia, dando las gracias al desconocido caballero.

Rulans, al entregar el objeto perdido, tuvo ocasión de tocar la mano de Isabel, y esto le recompensó sobradamente de todos sus afanes y malos ratos.

A los pocos días, las dos damas, madre é hija, supieron á qué atenerse sobre el valor real de aquella joya. La marquesa sobre todo, no podía comprender por qué extraño milagro los objetos que pertenecían á su hija se transformaban en joyas de precio.

Rulans quiso por fin probar si podría salir airoso en sus deseos; pero demasiado prudente y cauto para echarlo á perder todo de una vez, presentándose directamente ante una madre egoísta y orgullosa, esponiéndose así á una negativa cuyas consecuencias podrían ser lamentables, escribió á la marquesa, preguntándole si permitía á un joven pintor, favorecido por una regular fortuna, presentarse en su casa para pedirle la mano de su hija.

Rulans no se habia engañado en sus previsiones. Recibió una respuesta al-tiva, y se le dijo que un hombre de su clase no debia nunca atreverse á formular semejante demanda.

El joven supo á qué atenerse desde aquel momento sobre el carácter de la marquesa, y como estaba ya preparado para este caso, se fué inmediatamente á ver al médico de aquella dama.

Este, mediante una suma respetable, acabó por acceder á lo que el joven artista le pidió, y prometió hacerse reemplazar por Rulans en cualidad de médico cerca la marquesa de Cyllon. El pintor puso por condicion que el médico le haria pasar por un rico lord inglés llamado de Mornay, que se habia entregado por gusto al estudio de la medicina, llegando á ser célebre en Lóndres. En su consecuencia, dió las órdenes para que se le enviara recado, siempre que la familia Cyllon pidiera al médico.

La ocasión anhelada no se hizo esperar. La marquesa envió á buscar al médico para su hija enferma. Rulans acudió á la casa henchido el corazón de

gozo, explicando su presencia en términos elocuentes y persuasivos y diciendo, en un tono grave y en un acento inglés que le sentaba admirablemente, su nombre, su título y sus relaciones con el doctor.

Si bien la madre no concibió la menor sospecha sobre la cualidad del extranjero, la hija le conoció sin pena. Intimidada por la severidad habitual de su madre con respecto á ella, Isabel se desmayó á la presencia inesperada de su amante. La doncella se echó á llorar al ver en aquel estado á su querida señorita, y la madre misma demostró su inquietud. Rulans puso su mano sobre el hombro de la jóven, le tomó el pulso, le hizo aplicar algunos remedios ordinarios para semejantes casos, y al cabo de algunos instantes, Isabel abrió los ojos y volvió en sí.

El amante halló ocasion de deslizar algunas palabras al oído de su amada, suplicándola que se prestase á aquella comedia y que cobrase ánimo.

Isabel se calmó visiblemente. El fingido médico aconsejó el reposo y distraccion á la bella enferma. En seguida, para justificar una nueva visita á la casa, deslizó algunas palabras sobre la vocacion que habia abrazado, y que honraba al alto rango que él ocupaba en la sociedad. Añadió á este propósito algunas ligeras lisonjas sobre el nombre noble de la familia de Cyllon, diciendo que tendria sumo placer en continuar prestando los consejos de su experiencia á personas de su rango.

La marquesa agradeció el cumplido, y se sonrió. Rulans por su parte le dirigió algunas miradas significativas, y al despedirse se inclinó ceremoniosamente, pidiendo permiso para renovar la visita, permiso que le fué concedido.

Así es como el fingido lord tuvo pretesto para volver á la casa, aprovechándose de las ocasiones que se le ofrecieron para hablar á su amada, á quien dió ánimo demostrándole un amor inalterable y comunicándola su intencion personal. Juráronse entrambos un amor á toda prueba, y convinieron en unirse á despecho de su madre.

Lord Mornay, por lo demás, no dejó de demostrar consideraciones muy particulares á la vieja marquesa, que cada dia le acogia mas amablemente. Para probar de una manera evidente su fortuna, y hacerse aun aceptar mejor, alquiló una casa en frente de la de la marquesa y la hizo amueblar con toda suntuosidad, servida por lacayos con soberbia librea.

Las cosas marcharon á medida de los deseos del pintor. Este era diestro, astuto, galante; la marquesa vieja, coqueta, tonta. Las visitas del opulento inglés fueron cada vez mas frecuentes, llegando á ser el favorito, el comensal de la casa, no tardando él en reparar que la marquesa, creyéndose objeto de sus atenciones, esperaba con impaciencia el instante en que se declarase francamente como aspirante á su mano.

Esto era precisamente lo que el artista queria.

—Señora mia, le dijo una tarde que estaba solo con ella, no puedo por mas tiempo permanecer indiferente á vuestro lado, y debo confesaros todo el amor impetuoso que abrigo por vos en el fondo de mi corazon.

Una graciosa sonrisa de la marquesa le dió ánimo para proseguir.

—Si he tardado tanto en confesaroslo, es porque tengo un carácter naturalmente inclinado á los celos. Vos, señora mia, teneis una hija que se halla ya en edad de casarse, y todos sus pretendientes se me figurarán siempre que vienen aquí por vos. Esto me inquieta para el porvenir. Casad á vuestra hija, y entonces nuestra union no hallará obstáculo. Viviremos libres y felices, y os llevaré á mi palacio de Lóndres.

La marquesa se mostró satisfecha y coordinó en seguida su plan. Dijo al pretendido lord que se daría por muy contenta de vivir con él, y que por lo que miraba á su hija era un obstáculo fácil de allanar, pues que el hijo de un rico mercader, pintor por gusto, habia ya pedido la mano de Isabel. La marquesa se mostraba dispuesta en aquella ocasion á derogar de su orgullo de raza, segun dijo, en obsequio del lord. Solo faltaba tomar informes acerca de las costumbres y posicion del pintor.

Lord Mornay se encargó de tomarlos.

Fácil es de comprender que serian brillantes los informes del pintor Rulans tomados por lord Mornay.

Por encargo de éste, la marquesa escribió á Rulans de una manera digna, pero favorable á sus miras. Le dijo que consentia por fin en su enlace con Isabel, pero le impuso la condicion de que no se presentaria ante ella, sino despues de ser el esposo de su hija, advirtiéndole que tenia que resignarse á tomar una esposa sin dote.

Mornay fué quien dictó la carta y quien se encargó de enviarla á su destino.

No tardó en participarle á Isabel el consentimiento de su madre, y se pusieron de acuerdo para quedar en lo que habia que hacer.

La marquesa por su parte, ciega por lord Mornay, cuyo rango y título le seducian, le instaba á cada momento para que hiciese apresurar el casamiento de su hija, suponiendo que tras de aquel vendria el suyo.

Algunos dias despues, la marquesa, su hija y el lord se hallaban sentados á la mesa, llegando por fin el momento del desenlace por todos tan ardientemente esperado.

Isabel pidió á su madre permiso para ir á la vecina iglesia de San Eustaquio en donde, segun dijo, se celebraba la boda de una amiga suya.

La marquesa estaba enterada de todo por lord Mornay y sabia que esta boda era la de su propia hija. Mornay le dijera que todo habia sido dispuesto por sus cuidados, que aquella tarde debian casarse los jóvenes, y que luego irian á arrojarse á los piés de la marquesa para pedirle su bendicion, contentándose Ru-

lans con no presentarse á su vista , siguiendo sus instrucciones , hasta despues de haberse ennoblecido casándose con Isabel.

La marquesa, haciendo como que no sabia nada, consintió en lo que Isabel le pedia, diciéndola que se hiciese acompañar por su doncella.

Isabel se retiró á su cuarto á vestirse, y á la hora convenida se dirigió á la iglesia.

Poco despues se retiró lord Mornay pretestando á la marquesa que iba tambien á la iglesia para presenciar el enlace de aquellos jóvenes , de quien él se convirtiera en protector, aun cuando no fuese sino porque de su enlace, dijo, dependia su propia felicidad.

La marquesa estuvo esperando un buen rato al lord que no volvió. Impaciente por su ausencia prolongada , mas que por la de su hija , envió á casa del inglés á preguntar por él, pero le contestaron que no habia regresado.

En esto, una pareja afortunada recibia la bendicion del sacerdote en la iglesia de San Eustaquio. Aun cuando Isabel de Cyllon no se resolvió sino despues de muchas instancias á ejecutar el plan proyectado por su amante, comprendió por fin que este desenlace era el único medio que se presentaba para triunfar de la oposicion de su madre á aquella boda. El amor lo vé todo fácil y pasa por todo. Rulans , á mas , decia con razon que la madre acabaria por ceder á una necesidad inevitable y con el tiempo se allanaria.

Una hora despues de la boda, la marquesa recibia una carta escrita en estos términos:

«Señora : no debeis sorprenderos si estas líneas , escritas por una mano amiga , son un reproche dirigido al corazon de una madre. La dureza que habeis mostrado constantemente con respecto á Isabel y la circunstancia de no haber dado vuestro consentimiento á su enlace sino por motivos interesados y por puro capricho, todo esto reunido, hace que vuestra hija no se atreva á presentarse á vuestros ojos con el que ya es su esposo ante Dios y los hombres.

» Yo os pido que un perdon generoso haga encontrar á vuestra hija en el corazon de su madre el tierno amor en lugar de la fria indiferencia que en él ha encontrado hasta hoy. Dentro pocos dias, porque hoy no se atreve aun , se presentará á vos acompañada de su esposo.

» Por lo que á mí toca personalmente , debo añadir que una carta importante me llama precipitadamente á Londres donde mi fortuna se encuentra comprometida á consecuencia de un siniestro que ha anonadado mis títulos de nobleza haciendo que desapareciesen entre las llamas. Ya no me queda otra cosa que el árbol genealógico de todos los hijos de Adan, tan vulgar, que os suplico tengais á bien condenar al olvido al que fué vuestro apasionado

LORD MORNAY. »

Fácil es de juzgar el efecto que esta carta estraña produjo á la marquesa.

Por nuestra parte renunciarnos á pintarlo.

Algunos dias despues , los nuevos esposos se presentaron inopinadamente en su casa. Isabel abrazó las rodillas de su madre, y Rulans estuvo muy hábil para hacerse perdonar su falta comun , haciendo resultar de paso las ventajas que con su boda llevaba á la familia. La madre se dejó enternecer y cedió.

No dejó de notar la marquesa la estraordinaria semejanza que habia entre Rulans y lord Mornay. Parecian uno mismo. La sola diferencia estaba en que los ademanes de Rulans eran activos y desembarazados, hallándose todo su cuerpo en movimiento siempre, mientras que lord Mornay era un hombre grave, de movimientos pausados y académicos. Rulans reia á cada paso , mientras que Mornay no reia jamás. Rulans llevaba el pelo corto, mientras que Mornay llevaba una larga cabellera doctoral, lo cual le comunicaba un aire de mucha mas edad. A mas, Rulans no tenia aquel acento pronunciado que en Mornay revelaba al inglés constantemente.

La marquesa no pudo menos de preguntar por el lord.

—Le conozco desgraciadamente, dijo Rulans , pues que he sido su víctima. Me demostraba mucho cariño y amistad en razon á la semejanza que, segun pretendia, tenia yo con él. El caso es que me hizo saltar una gran suma de dinero, y desapareció la noche de mi casamiento enviándome una carta en que me decia que me abandonaba el mueblaje de su casa para reembolsarme en parte de los adelantos que le tenia hechos. Yo os aseguro, señora, que si alguna vez vuelve á presentarse en París , se acordará de mí.

Jamás se volvió á hablar de lord Mornay.

Los nuevos esposos vivieron felices, y su madre, curada de su coquetismo y de su altanería, contribuyó á la paz doméstica de aquel afortunado matrimonio.

Rulans trató de representar en un cuadro la escena en que se presentó por vez primera en casa de la marquesa bajo el nombre de Mornay, ocasionando su presencia el desmayo de Isabel ; pero como la vida ociosa y los bienes de fortuna no son propios para el cultivo de las artes, encargó esta escena y este cuadro á su maestro Van der Neer.

Este trasladó la escena al lienzo con el retrato de los personajes.

El cuadro en cuestion, que hoy pertenece al museo de Munich, lleva por título *El cirujano*.

TANCREDO EN LA SELVA ENCANTADA.

(CUADRO DE TIARINI.)

Tiarini, autor de este cuadro, se presentó en el mundo artístico de una manera muy notable, y sobresalió en dibujar y formar grupos armoniosos y bien acabados. Su carácter le inclinó al género fantástico y sentimental, y su completo conocimiento de los recursos del arte le permitió realizar de una manera notable y plástica lo que concebía; y hé aquí porque las hermosas actitudes de sus figuras escitarán siempre la admiración de los conocedores. Jamás figuró una situación trágica sin añadir la sublimidad de la poesía, y su objeto final fué constantemente la agradable impresión de lo bello. Por desgracia ni su paleta ni su pincel supieron nunca dar fuerza y encanto al colorido, y sus cuadros han sido muy deteriorados por el tiempo en cuanto respecta al color; pero son preciosos para el grabador, que encuentra tipos correctos y bien marcados. En sus mejores tiempos fundó una academia, y en su juventud fué discípulo de Fontana y de Cesi, habiendo pasado después á la escuela de Domingo Passignano. Nació en 1537, y murió á la edad de 91 años. Su imaginación, inclinada al género melancólico y fabuloso, le sugirió esta graciosa representación de la escena, en que el Tasso conduce á Tancredo á la selva encantada.

Los trabajadores de Godofredo de Bonillon y los cruzados que iban en su custodia, habían ya intentado en vano penetrar en la selva encantada por los sortilegios de Ismeno, cuando Tancredo, lleno de pundonor y pareciéndole empresa digna de su ánimo acometer lo que otros habían intentado con tan mal

G^o DE MUNICH P.28



Fanciul
(in the Enchanted Forest) (im bewauberten Walde)

Fanciule
(dans la Forêt enchantée)

Published for the Proprietors by A. J. [illegible] in London

éxito, sale de la tienda y va á la selva para probar si romperá el encantamento. Pero dejemos hablar al mismo poeta, aunque sea trasladando en prosa las hermosas octavas dedicadas á este objeto.

Lánzase Tancredo en medio del incendio en que la selva ardía, mas no le pareció sentir bajo su armadura el calor natural de un fuego intenso; y por otra parte no le fué dable juzgar en un momento si aquellas llamas eran verdaderas, porque de repente, apenas las hubo tocado cuando aquel simulacro desapareció; y en su lugar presentóse una densa nube que traía oscuridad y frío, y también el frío y la oscuridad se desvanecieron en un punto. Quédase Tancredo estupefacto, pero no menos animoso; y cuando lo ve todo tranquilo, pone con seguridad el pié en aquella profana tierra, y espía todos los lugares secretos de la selva. No encuentra cosa alguna inusitada ni estraña; ni obstáculo ni estorbo alguno en los senderos, sino la maleza y la oscuridad del follaje, que impiden tal vez el paso ú ocultan la vista.

Al fin descubre un ancho espacio en forma de anfiteatro, en el cual no hay planta alguna, á escepcion de un ciprés, que cual escelsa pirámide se alza orgulloso en el centro: encamínase allí y nota que en el tronco estaban grabados muchos signos, semejantes á los geroglíficos que en lo antiguo usó el misterioso Egipto. Y entre esos signos observa algunas voces de la lengua siria que él conocia muy bien, y pudo leer las siguientes palabras: « ¡ O tú, guerrero audaz, que osaste penetrar en los claustros de la muerte, sino eres tan cruel como valiente, no turbes este secreto recinto: perdona á las almas de los que ya no ven la luz; que no debe el viviente guerrear á los finados. » Procuraba el héroe comprender lo que esas enigmáticas palabras significaban, y mientras tanto oía bramar el viento entre las ramas del bosque, y parecióle que de ese ruido salía un sonido semejante al débil susurro de sollozos y suspiros humanos, y era un no sé qué confuso que despertaba en el corazón piedad, dolor y espanto. Saca la espada y con gran furia hiere el árbol altanero, y... ¡ oh maravilla! la rasgada corteza arroja sangre, y se enrojece la tierra que lo circunda: se horroriza el mozo, y sin embargo repite con nuevo furor el golpe, y resuelve ver el fin de aquel espantable suceso, cuando oye salir, cual si fuera de una tumba, un doloroso gemido, que convertido luego en voz le dijo: « ¡ Ay de mí! Demasiado me ofendiste, Tancredo, detente; tú me lanzaste fuera del cuerpo que por mí y conmigo vivió, y fué para mí un albergue dichoso; ¿por qué destrozas el miserable tronco á que me pégó un cruel destino? ¿Aun quieres, cruel, ofender á tus enemigos en sus sepulcros? »

Si continuáramos la traduccion de los hermosos versos del poeta italiano, pasaríamos mas allá de la escena que se propuso representar el artista, la cual es precisamente el momento en que Tancredo hiere el árbol, y suena en sus oídos la voz de la mujer á quien tanto habia amado.

Lejos de nosotros la pretension de criticar bajo el aspecto artístico el cuadro que presentamos; pero séanos lícito decir que el traje de Tancredo dista mucho de la propiedad que hubiéramos querido ver en el mismo. La armadura de un cruzado es demasiado conocida para que sea necesario describirla: cualquiera ve que Tancredo no la lleva, y sin embargo Tancredo fué uno de los mas aventajados caballeros de la primera cruzada que conquistó la tierra Santa, y que fué capitaneada por Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, y se apoderó de Jerusalem en julio de 1199. El traje de Tancredo es mas griego que otra cosa, y el corto pedazo que se ve del puño de su espada es tambien griego ó romano, pero de ningun modo propio de la larga espada de un caballero de la edad media. Si el ejemplo de otros grandes pintores puede excusar este anacronismo de Tiarini, está completamente perdonado, porque pecados de esta naturaleza los hemos visto en cuadros de los mejores artistas del mundo. En una de las mas ricas galerías de los Países Bajos, en donde hay tantos y tan escogidos, vimos no ha muchos años un magnífico cuadro en que el troyano Hector estaba representado con bata de terciopelo y un casquete griego, como el mas elegante de nuestros petimetres, y en el cuadro de Juan Van-dik que se halla en una capilla de la catedral de Gante, y que es para nuestro gusto el mejor cuadro que hemos visto en el mundo, con haber visto muchos miles, y entre ellos no pocos del mismo Rafael, se ve al Padre Eterno tomando la leccion de lectura á la Virgen María que tiene en las manos un libro ricamente encuadernado. Hay en el cuadro otras muchísimas impropiedades tan mayúsculas como esta, y si quisiéramos ahora dar un poco de tormento á nuestra memoria, sin duda se nos ocurririan otros ejemplos de la misma clase, que harian mas perdonable la impropiedad de Tiarini.

Los pintores de su siglo y aun de otros se contentaban con ser grandes pintores, y descuidaban los estudios auxiliares que tanto pueden hermohear y ennoblecen las obras del arte. Y este cargo no solo puede echarse en cara á los pintores, sino que tambien lo merecen algunos poetas, y sino ahí está una comedia, no recordamos ahora si de Calderon ó de Lope de Vega, en donde se dice: Sale Alejandro con escopeta, etc. Esto es hermano de Hector con bata, y de la Virgen dando leccion de lectura en un libro encuadernado. *Pictoribus et poetis quilibet audendi semper fuit aequa potestas*. A buen seguro que Horacio no pudo figurarse nunca que ese atrevimiento llegase á tanto.

Juan Cortada.

G^o DE MUNICH P. 40



Théâtre de la Cour

Moniteur

Paris

Le 10 Mars

EL MÚSICO DE ALDEA.

(CUADRO DE TENIERS.)

Desde que Orfeo, sin mas lazos ni escopetas que las cuerdas de su lira, logró amansar las fieras y hacer que los mismos tigres depusieran su feroz índole, y corrieran á lamerle los zancajos, quedó hecha para siempre la apología de la música, y aseguradas la fama y las glórias de esta arte encantadora. Despues acá siempre ha habido músicos, é instrumentos que no esperaban sino manos que con destreza los tocáran, para despedir sonidos capaces de despertar todos los afectos de nuestros corazones. Y tampoco esas manos han faltado; de suerte, que desde entonces hemos tenido música, y tocadores de instrumentos, que en la paz y en la guerra, en el hogar doméstico y en la plaza pública, en los templos y en los teatros, de noche y de dia, han rivalizado para alegrar á los hombres, y entristecerlos, calmarlos y enfurecerlos, amilanarlos y darles valentía, y hasta atronarles los oidos y fastidiarlos, segun se les ha antojado á los tocadores. Léjos de mí pasearme ahora por los antiguos siglos y por las naciones que ya no existen, á fin de demostrar que en todos ellos y ellas se han conocido la música y los instrumentos, y que por consiguiente se han experimentado los efectos de esa invencion de Orfeo. La sagrada Escritura está llena de pasajes por los cuales se viene en conocimiento de que el pueblo hebreo sabia música y tocaba instrumentos; y allí mismo encontramos á un mozo que despues fué rey, y que antes de serlo ya calmaba con la música las rabietas de otro monarca. Los griegos tambien entendian de música, pues en los juegos olímpicos se daban premios á los buenos cantores y á los buenos tocadores; lo cual prueba que en ese culto y elegante pueblo, la música era tenida por lo menos en tanta estimacion como las puñadas, los cestazos, las guantadas, y la destreza en dirigir un carro. Pues no se

habian quedado en zaga los egipcios, en cuyos obeliscos y lápidas han descubierto los orientalistas y anticuarios instrumentos de música de varias clases: entre los cuales sostienen algunos que figura el crótalo, progenitor legítimo de nuestras castañuelas, aunque menos vocinglero y escandaloso que estas. De los chinos no puede quedarnos duda que son músicos é instrumentistas, pues en las telas y en la porcelana que de ese país nos vienen, se ven pinturas que acreditan lo uno y lo otro, y como esa gente de cien siglos á esta parte hacen lo mismo, por fuerza son músicos y tocadores desde tiempos muy remotos. Música conocían y tuvieron tocadores los romanos, aunque si hemos de deducir sus adelantos en esta materia por la copia del trompetero que precede á la guardia romana en las procesiones de Semana Santa, es preciso confesar que fueron muy chapuceros.

En la edad media, los músicos y los instrumentistas llegaron ya á formar una clase, y entre ellos figuran con mucha gloria los trovadores ambulantes, que con el arpa á las espaldas iban de castillo en castillo, de corte en corte y de boda en boda, alegrando todas las fiestas y desempeñando el cuádruplo cargo de poetas, cantores, compositores y tocadores.

No hacen otro tanto los músicos ni los poetas de nuestros tiempos, ni aun los premiados en los Juegos florales. En la edad media encontramos tambien en las iglesias los órganos, verdadero epílogo de todos los instrumentos, lo cual nos da pié para creer que todos eran conocidos y que el órgano los recogió todos en una haz, para que dos solas manos pudiesen desempeñar el múltiplo papel de una orquesta.

Todo lo indicado hasta ahora, ¿quién hay que no lo sepa? Hé aquí porque he dicho que no llevaba intencion de pasearme por los siglos y por las naciones pasadas: pues ocioso fuera contar al cabo de la jornada, lo que nadie ignoraba antes de emprenderla. Tras la edad media ha venido la moderna y despues la contemporánea, y en las dos, y particularmente en esta, es en la que juzgo yo que ha habido y hay mas música, mas instrumentos y mas tocadores que en ninguna de las pasadas, y quizás que en todas juntas. Ahora estamos en una época en la cual es muy difícil pasar un día sin oír música de una ú otra manera. Esto nadie lo negará de seguro: como nadie negará tampoco que entre los tocadores de instrumentos, los hay de habilidad muy grande y los hay que tienen muy poca; los hay que honran el instrumento, y otros de quienes puede decirse que lo desacreditan: en una palabra, hay en materia de tocadores una escala tan larga como en materia de cantores, de los cuales escribí un artículo á propósito no hace muchos dias para otra lámina de la coleccion á que la presente corresponde. No vayas á figurarte, lector amigo, que ahora pienso endilgar un largo escrito para recorrer de grado en grado esa larga escala, como de los cantores lo hice: nada menos que esto, me fatigué subiendo aquella y no estoy de humor de

nuevas subidas. Luego, que aquí la cosa está ya muy concreta, pues el protagonista del cuadro es un tocador de violin, y no sé yo si vendria muy al caso hablar de trompas y flautas, cuando en rigor solo debe tratarse de violines. De estos creo que sin faltar al tema podria decir cuanto quisiera, y esto que hay que decir mucho y bueno, pero no está la Magdalena para tafetanes: no tengo humor de violines, ni aun sabria cómo salir del paso de una manera honrosa. El violin tengo para mí que es materia muy delicada de tratarse, porque no pertenece á ninguna clase á puro de pertenecer á todas. No hay ni puede haber grande orquesta sin violines; no hay orquesta, por mezquina que sea, en que no figuren violines; y cuando en un corro de soldados y criadas se oye cantar, es seguro que ese canto tendrá un violin por acompañamiento. Solo falta que aparezcan violines en Marruecos para asegurar que es instrumento cosmopolita, pues en todas las otras regiones del mundo campea ufano desde la mas aristocrática soirée, hasta la reunion mas humilde. No me atrevo á resolver el difícil problema de si el violin es anterior al violon, ó si este ha resultado del otro; y aun creo que para la gloria del violin es mejor dejarlo en duda, porque si resultase que procede del violon no podria blasonar de muy ilustre prosapia. Los tocadores de violon en tiempos antiguos desafinaban de continuo, de donde ha venido decir, toca el violon, de cualquiera persona que hable con poco acierto ó que diga muchos disparates. De manera que yo opino que el tal violon es un indigno hijo del violin, el cual pasa por ser el instrumento que presenta mayor dificultad de ser bien tocado. Por esto sin duda son tan aplaudidos los buenos violinistas, y aparecen en épocas indeterminadas, cual un cometa, no anunciando guerra y pestes, sino buenos ratos y buenas entradas en los teatros. Es entre otras una prueba irrecusable de la escelencia del violin, el que en las orquestas la direccion está siempre á cargo de un tocador del mismo, que sin embargo de que toca poco porque se ocupa en dirigir, violinista es, y siempre violinista, y á él están sujetos todos los demas tocadores, y el violinista es reputado como el alma de la orquesta, como el tipo de la afinacion y del compás, y el regulador de los tiempos, de los pianos y de los fortes, pianísimos y fortísimos. Tanta es la importancia del violin, y tan reconocida está por todos los tocadores de instrumentos. El director, colocado en asiento mas alto, en el centro de la orquesta, que cuanto mas numerosa mas conocimientos y habilidad exige su direccion, teniendo á la derecha todos los demás violines, á la izquierda los instrumentos de aire, y allá á lo léjos en uno y otro lado los atronadores timbales, tambores y bombo, y en último término los violones, sus descendientes ó sus progenitores, empuña con la izquierda su Estradivarius, ó su Amati, y con la derecha esgrime el arco, que entonces es instrumento parlante, y á sus movimientos responde la orquesta toda con obediencia ciega: y en aquellos momentos en que está seguro de que su impulso directivo producirá los efectos que se ha propuesto,

en los instantes solemnes de un fortísimo y de un tutti, entonces aplica el arco á las cuerdas, y sube y baja hasta que considera necesaria alguna otra indicación que haga marchar en regla á la masa general de tocadores. Diga el hombre menos músico si esa no es una posición envidiable, y si el violin tiene ó no importancia y justa preminencia. Y como hemos nombrado á un Estradivarius y un Amati, y podría suceder que para algun lector esos nombres fuesen nuevos, de justicia les debo una explicación que será breve.

Hubo en el siglo XVI grande afición al violin, y esto produjo constructores de buenos violines; entre ellos figuraron Haldeuf, Gosmith, Estazenk y otros, pero á todos sobrepujo en Alemania el maestro Estradivarius, cuyos violines, no diré precisamente que tocaran por sí mismos, pero sí que dejaban airosos á todos los tocadores. Cincuenta años mas tarde aparecieron en Italia famosos constructores de violines, y omitiendo los nombres de muchos que podríamos citar, basta que nombremos á Amati, que fué el mas distinguido de todos ellos. Desde entonces, tomando la obra por el autor, dicen los músicos un Estradivarius, un Amati, para indicar un violin construido por esos grandes maestros. Uno de esos violines es una alhaja que se compra á muy alto precio, y que raros violinistas llegan á poseer, ya porque se encuentran pocos, ya porque en general los lucros de un violinista, aunque sea director de orquesta, no bastan para hacer el desembolso necesario á fin de adquirir uno de esos instrumentos. Casi todos están en manos de grandes concertistas ó de lores ingleses, no porque esos lores sean violinistas, sino porque gustan de tener cosas raras y costosas, aunque no hagan de ellas otro uso que privar de su posesión al que conoce mejor su mérito, ó que sacaría de ellas mas partido que tenerlas prisioneras en un rico armario de madera de la India. Terminada la explicación que exigian los ilustres nombres de Amati y Estradivarius, prosigamos lo que íbamos diciendo antes de ese extravío.

Para satisfacer el amor propio creo que la mejor situación de un violinista es dirigir una orquesta, y el amor propio quedará tanto mas colmado cuanto mas numerosa sea la orquesta y mas entendidos los profesores que la componen. Comparables son con esos directores, aunque en mi concepto están un escalon mas bajo los concertistas, que paseando todo el mundo de ciudad en ciudad, tocando delante de los reyes y ante las mas brillantes cortes, granjean muchos maravendises, y son los que llegan á poseer esos carísimos violines que tanto auxilian al tocador. Los concertistas en rigor no son lo que se llama un *suonatore*, un tocador de instrumento, sino un ser anfibio entre músico y actor, porque el concertista no figura en la orquesta sino en las tablas, en donde puesto en pié cerca de las candilejas, empuñando el violin y meneando el arco, toca composiciones de este ó del otro maestro, variaciones sobre un tema, y algun capricho ó fantasía que pasa por composición propia; mas todo esto lo toca acompañándole la orquesta, viniendo con esto á parecer un cantor, y quedando sea como fuere subordi-

nado al director, pues si este no dirigiera bien, la orquesta se iría por un lado y el concertista por otro, viniendo á terminar la cosa con un plumazo que no dejaría de fastidiar al concertista. De manera que aun los Ole-Bull y los Paganini, al decir de los inteligentes grandes violinistas y concertistas, estaban subordinados á los directores de orquesta, con lo cual se viene á demostrar claramente que el supremo escalon de la escala música de derecho está ocupado por el violinista director de una orquesta.

La omega de esa alfa, esto es, el pié de esa escala, cuya cúspide ocupa el director de orquesta, es el violinista de la legua, el pobre tocador de violin que va de aldea en aldea, tocando en tabernas y figones, acompañando acaso el canto de algun carretero ó fregona en posada pública, y atendido á obedecer las órdenes de los presentes que le mandan tocar esto ó lo de mas allá, para recompensar á la postre su trabajo y su saber con una ó dos piezas de calderilla. A esta humilísima clase pertenece el protagonista de esta lámina, que si bien está colocado muy alto, el pedestal donde sienta los piés es una cuba, para que no dudemos que está tocando en una bodega ó taberna. Su rostro es macilento, y á no equivocarme toca de mala gana, á lo menos puede asegurarse que su manera de tocar no arguye grande génio ni maldito el entusiasmo, bien que regularmente no lo necesitará tampoco la pieza que desempeña, la cual á lo sumo no pasará de contradanza. La reunion es decente, aunque bodegonaria, y en verdad que sentimos no poder decir lo mismo de la actitud de todos los personajes que la componen. El cuadro es magnífico, y la figura del amo de la casa que en pié cerca del tocador y con las manos cruzadas encima de los riñones parece estar oyendo con suma atencion las armonías del tocador, es muy mucho interesante. Los dos personajes que bailan son del mismo género que los otros dos que vimos en la lámina de *La boda de una aldea*, y todo el cuadro es de aquel mismo género y gusto, como obras de un autor mismo. Autor que por cierto es famoso en esta clase de cuadros, y para los cuales no hay duda que tenia un gusto y una habilidad muy notables. En este mismo hay rostros de una verdad y una expresion admirables, y en segundo término ese grupo, en que hay mucho que ver y muchísimos pormenores que merecen ser minuciosamente observados.

Juan Cortada

LA OFREND A.

(CUADRO DE MAES.)

I.

Los adelantos que ha hecho modernamente la teoría de la belleza y el afán con que esclarecidos escritores llevaron al terreno del análisis sus mas importantes problemas, han dado origen tambien á que fueran sustentados por algunos ciertos principios erróneos aunque deslumbradores y que son evidentemente otras tantas paradojas del orden estético. No falta en nuestros tiempos una escuela — que podríamos llamar materialista si esta palabra no tuviera hoy por hoy mas baja acepcion de la que en nuestro caso le atribuimos — que cansada de oír preconizar y repetir lo mucho que en la esfera del arte han influido ciertos acontecimientos políticos y ciertas trasformaciones históricas, dulcificando la naturaleza subjetiva del hombre, abriendo á su espíritu nuevos horizontes, levantándole de la postracion intelectual é introduciendo relaciones mas suaves é íntimas entre las familias y los pueblos, mantuvo por boca de Goëthe que *en arte la ejecucion lo era siempre todo*, sin que la idea inspiradora, el objeto que preside á una creacion artística sea parte á añadir el mas ínfimo quilate de valor al mérito é importancia extrínsecos de la concepcion; ó en otros términos, que la destreza, la habilidad, el afiligranamiento en los detalles, suplen por sí solos la ausencia de sentimiento, de sentido moral ó de miras elevadas y trascendentes en el terreno del arte. Por nuestra parte comprenderíamos perfectamente esta doctrina ya que fuese la belleza una cualidad de todo punto existente fuera de nosotros, con formas y caracteres fijos é inmutables, ó nada se hubiese adelantado hasta nuestros dias en

G.^o DE MUNICH. P. 27



L'Offrande
The Offering *Die betende Römerin.*

el estudio de la manera como influye la belleza sobre el hombre. Pero cuando los mas profundos pensadores, así alemanes como de la escuela de Edimburgo (1), hacen gala de profesar y aceptan en su mayor parte una luminosa teoría sobre el modo con que se produce en nuestra alma el sentimiento de lo bello, teoría segun la cual las impresiones que experimentamos en la contemplacion de la belleza no son producto de ninguna calidad intrínseca ni física de los objetos, sino del recuerdo ó concepcion de otros que se asocian en nuestra imaginacion con los presentes evocando gratas emociones ó despertando los dormidos gérmenes de amor, veneracion, piedad y demás que Dios depositó en el fondo del corazon humano, no comprendemos que pueda sostenerse con mediano éxito la paradoja que hemos apuntado. Demás de que, nadie ignora la clasificacion tan generalmente admitida entre las artes por razon de su objeto final en *Nobles artes*, ó ellas cuando se proponen dignificar al hombre y rendir á la sociedad un beneficio moral; *bellas artes* en sentido estricto, ó el arte mismo cuando solo quiere agradar en el concepto menos bastardo de la expresion, y *voluptuaria* ó el arte ya en su mayor grado de envilecimiento prestándose á las refinaciones sibaríticas del lujo y haciéndose esclavo del placer sensual. Con efecto: trasladada la belleza al terreno subjetivo y admitiendo que el juicio estético del hombre se apoya siempre en una asociacion moral de ideas, lo que es meramente agradable queda ya perfectamente deslindado de todo lo bello y se establece cierta solidaridad inquebrantable entre la belleza, la verdad y la virtud.

Enhorabuena, diremos nosotros refutando la proposicion de Goëthe, que todo lo humano, como no estraño á nuestra naturaleza, pueda revestir una forma hasta cierto punto artística y que la realidad objetiva de las concepciones del género conmueva nuestras fibras y nos cause honda impresion; pero aun así, ¿quién habrá que suponga que en nuestra alma todos los asuntos que revisten una expresion artística, los mismos sentimientos morales, obran de idéntica manera y que el corazon humano siente con igual intensidad la accion de cada uno de ellos? Asimismo, quién habrá que desconozca las influencias etnográficas, morales, civiles, históricas, políticas y sociales que determinan nuestra educacion artística y nuestra aptitud en un tiempo dado para apreciar y ceder al influjo de algunos de los mismos sentimientos? — De todo esto se desprenden, pues, naturalmente dos consecuencias: primera, que en los juicios estéticos entra por mucho el elemento personal, segun la susceptibilidad orgánica y moral del individuo para hacerse accesible á cierto orden de ideas y de sentimientos; y segunda, que con relacion al artista, aparte del mérito plástico de ejecucion, hay tambien un mérito no menos recomendable en dar á las concepciones sentido moral, en saber descubrir las armonías y consonancias que mantiene el arte con el espíritu humano, los sentimientos que eficazísimamente obran sobre el individuo y que mas

(1) D. Pedro de Madrazo. — Art. «Estética» de la Enciclopedia española.

susceptibles son de espresion artística, y finalmente el órden de ideas que, con prescindimiento absoluto de las influencias de lugar y tiempo, alimentan siempre regaladamente el ánimo y le dán en todos tiempos elevacion y dignidad. Ahora bien; á la luz de este criterio, ¿quién será que estime de igual importancia producciones heterogéneas, y compare las vaporosas y místicas obras de Murillo con las entretenidas y primorosas láminas de la escuela flamenca, los fantaseos bucólicos de Virgilio con la divina comedia de Dante, y los palacios de Florencia con el Vaticano ó el monasterio del Escorial?—Entre unas y otras concepciones, siquiera raye muy alto en todas la perfeccion puramente artística, la dulzura de ciertos versos de Virgilio desaparece evidentemente ante la grandiosidad de la epopeya de Dante, como la habilidad de los artífices flamencos ante la espiritualidad y elevacion de Murillo, y la elegancia inimitable de ciertas construcciones civiles de Italia ante la magestad incomparable del Escorial ó del Vaticano. Es decir, que siendo todas las obras artísticas fruto legítimo de un levantado impulso y seguro manantial de ruiciones y complacencias, no todas las obras de arte tienen igual importancia y transcendencia, sino que las hijas del génio, cuando á la elaboracion delicada y paciente allegan la existencia de verdadero sentido moral, cobran nuevos quilates de merecimiento y valen casi tanto como una accion virtuosa, si se nos permite esta elegante espresion de la baronesa de Staël. Hé aquí cuán destituida de fundamento estimamos la singular teoría á que ha prestado el ilustre Goëthe todo el tributo de su autoridad y de su talento, siquiera la hallemos lógica y congruente en el gran poeta aleman cuya educacion y espíritu hasta cierto punto paganos llamaron mas de una vez, y con justicia, la atencion de la crítica moderna.

Sentado, pues, que para nosotros la alteza del sentimiento que inspira las obras artísticas añade siempre condiciones de ventaja al mérito real y positivo de la ejecucion, se comprende perfectamente que hemos de ver con particular fruicion como campea lozanamente el genio del artista en los asuntos religiosos, elevados y trascendentales de suyo, que tan hondamente conmueven las fibras del corazon y tienden á enaltecer y regenerar nuestra deleznable y pecaminosa naturaleza.

Bajo este supuesto vamos ahora á formular unas breves consideraciones sobre el asunto de la obra de Maes que sirve de epígrafe al presente trabajo.

II.

Personas que desconocen las levantadas miras de la Providencia y que por lo tanto maldicen de ellas, al sentirse heridos por la dura mano del infortunio, blasfeman del Sér Supremo hasta acusarle de injusto. Criados para la felicidad, dicen, unos saborean anchamente sus encantos, y otros gimen azotados por la

tribulacion y la desdicha. Reverenciamos á Dios, ponderamos diariamente las infinitas mercedes que de su mano pródiga recibimos, y desde las apacibles regiones meridionales hasta las abrasadas llanuras del trópico, desde las sábanas del desierto á las regiones boreales, desde el *Clan* de Escocia á la ranchería de Argelia, desde las mansas ondas del Tíber á las arremolinadas corrientes del Océano, del Rhin al Orinoco, un plañidero clamor puebla los aires, y el sufrimiento arranca melancólicas y sentidas vibraciones de la lira de los poetas. El ansia hidrópica de placeres, la ambicion, la codicia, el mal querer y la falsía de los hombres anublan los mas puros goces de la vida: el deseo emponzoña las límpidas corrientes de nuestra juventud: á la virilidad la asedia el hastío de las naderías y decepciones mundanas, y el remordimiento estiende siempre sus negras alas cabe el lecho del moribundo. Títulos de gloria y laureles inmarcesibles, ruidosos merecimientos y pindáricas victorias, no son parte á llenar el pobre corazon humano: hablamos de felicidad, de bondades y de reconocimiento, y vivimos devorados por una fiebre importuna, y la ruga del pesar sulca en edad prematura nuestras frentes. Así hablan los impíos escritores á quienes nos referimos. Pero, ¿es esto posible? Donde la armonía preside á todo lo creado, donde todas las cosas é intereses hacen juego y realizan la unidad mas perfecta, ¿el dolor será una fuerza repulsiva, discordante, un elemento extraño, una pieza dislocada en la tabla armónica de la creacion?—Reflexionemos. El alma humana rechaza constantemente el vacío: cuando logra desasirse de creencias efímeras y confianzas perecederas, se abre á ciertas influencias mas poderosas, se apacienta de pensamientos levantados, convierte sus ojos á Dios, y se halla en el caso de aquilatar mas acertada y perspicuamente la sabiduría del Hacedor supremo. En cambio, el ópio enervante del placer trae de callada el adormecimiento de los sentidos, embarga nuestras facultades, y el alma humana, incapaz de remontarse á etéreas regiones desde el limo de la tierra, se atiene ceñidamente á lo material y deleznable, y acaba por desconocer al mismo Dios. El dolor, pues, que no es otra cosa que el desvanecimiento de esperanzas mal cimentadas y de ilusiones primerizas, nos regenera lentamente, nos eleva á lo alto, nos traza seguros derroteros en el océano de la vida, y nos anuncia otra felicidad menos fastuosa y brillante, aunque mas pacífica y duradera. Por donde bien podemos aseverar que el dolor es eminentemente moral, que contribuye á hacer efectivas las inescrutables miras del Omniponte, y dilata su conocimiento por la sobrehaz de la tierra. ¿Y podia dejar de ser así, exclama Donoso, cuando el pesar es el compañero inseparable de la vida en este valle oscuro lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos, humedecido con nuestras lágrimas?

Por esto la religion cristiana, que como ninguna traduce y penetra los misterios del corazon humano, santifica el dolor y tiene eficaces lenitivos para nuestras penalidades é infortunios. El fatalismo de la antigüedad, pesando como

una losa de plomo sobre las inteligencias y ahogando las legítimas expansiones del espíritu, era poco favorable al elemento afectivo de la naturaleza humana, mantenía la aherrojada incesantemente en un estrecho círculo, contrariaba sus instintos y cerrábale todas las avenidas del perfeccionamiento y de la civilización. Comprueban plenamente esta verdad, entre otros datos, la subalternización de la personalidad humana, la condición social de la mujer y las relaciones que se establecían entre Dios y los hombres por medio del culto externo. La iniciativa individual, el arbitrio humano, desaparecía ante el poder incontrastable de Júpiter, que con el mas leve movimiento, *cuncta supercilio movens*, á su placer agitaba y revolvía la tierra: la mujer solo ostentando recio temple y firmeza varonil, ora se llamase Porcia, ora Lucrecia, podía llegar algun día á conciliarse el respeto de todos, y á rasgar el sambenito de inconsideración en que su sexo la envolvía; y del mismo modo, los sacrificios que el hombre tributa á lo alto, eran en la antigüedad vergonzosos y repugnantes, como que no solo en las edades míticas y fabulosas, sino en épocas históricas, hallamos repetidamente que para aplacar la cólera de los númenes celestes, se inmolaban víctimas propiciatorias, se hacía pública ostentación de crueldad, y se enrojecía de sangre el ara de los dioses. Pero por fortuna, disípanse, aunque lentamente, las sombras de la barbarie, marcha la civilización, y la reforma provocada por el cristianismo borra hasta las huellas de época tan ignominiosa para el espíritu, y de recordación tan triste para la dignidad humana: el individuo por ventura es reintegrado en las condiciones de su genuina personalidad, la mujer quebranta los lazos de un avasallamiento ominoso y degradante, y el culto religioso, depurado de sangrientas y bárbaras reminiscencias, destácase por su sencillez y espiritualidad, responde cumplidamente á las exigencias del corazón del hombre, mueve nuestra alma á generosas y levantadas aspiraciones y enlaza con doradas cadenas el cielo y la tierra. ¡Religion sacrosanta! tú atiendes solícita al necesitado que te invoca sin cesar para que restituyas la calma á su angustiado seno; tú alientas á los tibios y enfervorizas al vacilante; tú santificas el trabajo y las virtudes domésticas; tú repartes con mano pródiga dones y larguezas; tú amparas al justo contra las asechanzas del astuto y serás el padredón de los pueblos en el porvenir.

Nuestros padres, combatidos por corrientes opuestas, sintieron un día los vértigos del escepticismo: con el reboamiento y crecida de ideas que promueven siempre las reacciones, tal vez experimentaron un estremecimiento de temor por la suerte futura del catolicismo, y abrieron su corazón á esperanzas impías, llegando á aceptar como cosa dudosa la posibilidad de armonizarse el genio de la religion cristiana con la perfectibilidad gradual y sucesiva de los pueblos. Nuestra generación mas avisada, sin embargo, vuelve hoy en mejor acuerdo: de cada día la idea religiosa ahonda su raíz en los espíritus, y la ciencia moderna, curada

de desvariados propósitos racionalistas y añejas preocupaciones, tiende á conciliar la fé con la razon y á restituir su perdido resorte al gran elemento civilizador de las sociedades. De forma que, haciendo ligeras variantes en cierta frase célebre de Enrique Heine, bien podemos hoy decir, con el ánimo henchido de contentamiento y ufanía, que el principio cristiano prevalecerá en lo porvenir, y «la Catedral de Colonia será terminada.»

Pero sin querer nos hemos ido desviando del primitivo propósito, y hora es ya de encaminar el rumbo de nuestra péñola al importantísimo asunto cuya ilustracion se nos ha encomendado.

III.

Las ofrendas ú oblacones que rendimos al Omnipotente en accion de gracias por las reiteradas mercedes que nos dispensa, como tambien los presentes y tablas votivas que al cielo dedicamos cuando ruedan los tiempos desapacibles y borrascosos, constituyen una de las usanzas mas especialmente características del catolicismo y que llenan el alma de satisfaccion y consuelo. Y al decir esto no pretendemos, ni mucho menos, fijar el origen cronológico de tales oblacones en la venida del Redentor del mundo, ni vincular la costumbre en los pueblos que han saludado el lábaro divino: que tal proposicion seria abiertamente contraria á las enseñanzas de la historia ya que los romanos desde muy antiguo las ejercian y tambien el pueblo judío solia con alguna frecuencia practicarlas: aparte de que los eruditos arqueólogos y viajeros modernos, que andan siempre á caza de investigaciones recónditas, han descubierto reminiscencias de tal costumbre en casi toda la redondez de la tierra. Ni cede tampoco en el menor desprestigio de nuestras creencias que fuera de ellas existan ciertas costumbres que el cristianismo ha acogido y regularizado á su vez; antes bien para el hombre pensador es este un testimonio importante de la consonancia y armonía que ellas guardan con la naturaleza humana y las hondas raíces que tienen constantemente en la pública conciencia. En los pueblos paganos donde el hombre aparece siempre sojuzgado por una fuerza incontrastable y el arbitrio racional no existe, las relaciones del hombre con Dios, como hijas del temor y cimentadas en una grosera dependencia, carecen de la poesía y consoladora eficacia de las cristianas que, no fundándose en una medrosa susceptibilidad, crean lazos de union é íntima confianza entre Dios y la criatura convirtiendo al primero en paño de lágrimas del infortunio y ángel custodio de la vida. Hé aquí, pues, porque, sin ignorar nosotros las tradicionales costumbres de los pueblos de la antigüedad, no hemos vacilado en señalar el rendimiento de oblacones ú ofrendas á la divinidad como otro de los rasgos característicos de la iglesia católica: hé aquí porque, familiarizados con los datos que sobre el mismo punto nos suministran anticuarios y *turistas*, busca-

mos, á pesar de todo, en nuestra religion el verdadero carácter de esas regaladas expansiones que hinchén el ánimo de sanidad y dulcedumbre. ¿Qué es ver á la pobre madre devorando prematuramente las angustias de la viudez; al huérfano sin amparo ni defensa acá en la tierra, al varón indolente encanecido en saturnales y placeres, al que fué criminal y siente clavado en su pecho el aguijón del remordimiento, dirigir sus pasos hácia el fondo del santuario donde al ronco clamor del bronce herido rinden al cielo flores y frutos en prenda de sumision y acatamiento? ¿Qué es ver al curtido y membrudo marinero que cruzó animoso el Océano y arrostró contrariedades sin término, á la tierna esposa á cuyos brazos llega de luengas tierras el marido codicioso, á la solícita y fervorosa madre cuyos pequeñuelos presa de una enfermedad horrible entrevieron un día los umbrales del sepulcro, al padre que combatido por las iras de la adversidad se ha visto mas de una vez en el duro trance de negar á sus hijos el pan que le pedian, volar, no bien ha pasado la hora del peligro, á orar devotamente ó hincarse de hinojos ante la enguinaldada imagen de la Virgen, á ofrecer un cirio en sus altares ó á colgar de ellos el rústico aunque significativo ex-voto que pregone la grandeza de Dios y la gratitud de las almas ardientes y bien nacidas? ¿Qué es ver á los reyes y potentados de la tierra andar en religiosa romería á puntos apartados sufriendo contrariedades y mortificaciones para tributar un justo homenaje á la reina de los ángeles y deponer una respetuosa ofrenda en sus altares?

¡Institucion sublime la que tiene para cada dolor escondidos manantiales de consuelo y salud para los enfermos de corazón, auras refrigerantes para el alma lacerada y alientos para el flaco y desabastecido! Si ganosos de felicidad buscamos en la tierra el modo de realizar una completa armonía entre las facultades de nuestro espíritu, la religion nos abre sus brazos y compensará con usura nuestros esfuerzos. Si mellado el corazón por los recios embates del dolor y perdida la confianza que nos conducia á mejores destinos tratamos de cauterizar nuestras heridas coloquémonos á la sombra de este árbol de diez y nueve siglos plantado por J. C., y al amparo de su santa doctrina rebrotarán las ilusiones y reverdecen las mas dulces esperanzas. Si por acaso turba nuestros sueños la imagen de un pasado sombrío ó el deseo inquietador de legar á nuestros hijos un preciosísimo heredamiento que les ponga á cubierto de los tiros de la suerte, infiltremos en su ánimo el espíritu del Evangelio, y serán inaccesibles en su tribulacion á los amagos del escepticismo y del desaliento. Si empujados por un noble deseo ansiamos de todas veras que la libertad se difunda en la tierra y esconda el despotismo su faz innoble y vergonzosa, sigamos el sendero que nos traza la religion, espárzase por donde quiera la simiente de aquella santa doctrina, y—no hay que dudarlo—nuestra libertad será completa. Si dolida el alma y quebrantada nuestra constancia nos sentimos cansados en medio de la carrera de la vida anhelando por el remozamiento de nuestro espíritu y la purificacion de la conciencia, el ángel de la fé nos abre sus brazos desde el

frontispicio del templo para que convirtamos hácia él todos nuestros pasos, y á su sombra germinará nuestra esperanza y veránse cumplidos nuestros deseos. Sí; hay algo en el cristianismo que llena de dulzura el espíritu y satisface colmadamente el corazon humano; y pues los rudos pesares y angustias de esta vida de miserias azotan sin piedad nuestro corazon desfallecido, abracémonos del madero sacrosanto: invoquemos á la religion que nunca cierra sus oidos á nuestras fervorosas plegarias, bien así como tampoco los cierra la tierna madre á las reiteradas exigencias de sus hijos. Ahora bien; este sentimiento de gratitud que al cielo nos enlaza, ¡cuán susceptible debe ser de elevada espresion artística! Nada mas digno que él ciertamente en el terreno del arte (1), siendo tanta su grandeza y sublimidad que difícilmente podria hallarse un asunto mas simpático ni accesible á nuestros corazones que trasladar al lienzo, bajo cualquiera de sus formas, la expansion de gratitud y piedad que nos mueve á tributar á Dios el homenaje de nuestro reconocimiento.

Averiguar ahora si Maes acertó á sacar todo el partido que tan espiritual y noble asunto le ofrecia, cuáles sean las bellezas del cuadro, si la forma elegida es la mas elevada y digna, si la ejecucion corresponde á la idea y si algun defecto del grabado debe atribuirse ó no al original, ni es de nuestra competencia, ni ha entrado remotamente en nuestros planes al poner mano á estas reflexiones. Por nuestra parte solo nos toca recomendar á los artistas que huyan siempre de bastardear y prostituir sus buenas dotes poniéndolas al servicio de innobles y mezquinas pasiones: que, aparte de la religion, hay en todos los pueblos un area santa de tradiciones y recuerdos, de nobles sentimientos y elevadas ideas, una comun diadema de glorias y de infortunios, un rico abolengo de acciones heroicas y de grandes caracteres. Unos y otras reclaman hace tiempo el pincel de nuevos Ticianos y nuevos Murillos.

Hoy por hoy, en que han tramontado el Pirineo las doctrinas filosófico-panteísticas de Alemania y se pregonan á campana tañida sus escelencias, hay quien cree que el arte está destinado á ser el propagandista de las nuevas ideas y á empujar las generaciones futuras hácia su realizacion: no de otra manera que si fuese posible ingertar el elemento teutónico en el tronco de la nacionalidad española y como si el arte pudiera dar dias de gloria cuando solo se templa é inspira en las heladoras y abstrusas elucubraciones del filosofismo y vive divorciado del sentimiento popular. Utilitaristas del arte los parciales de tal doctrina sustentan que la belleza debe quedar subordinada á la nueva ciencia, y recusan las concepciones de la escuela místico-purista por yertas é inverosímiles en nuestra época, siquiera reunan dotes de subido quilate y levanten un eco en la pública conciencia de estimacion y de simpatía. Pues bien: nosotros que estimamos siempre

(1) D. Pablo Piferrer.—Pensamiento de la revista periódica, *La Discusion*.

el arte por el arte sin ver en el mismo un vulgar recurso de secta ó un mero instrumento de propaganda, recordamos aquí á los artistas españoles aquellas bellísimas palabras que Fernan Caballero dirigia á los poetas: — «Si quereis ser grandes, aprended menos en las aulas y algo mas del pueblo que sencillamente cree y siente!»

José Leopoldo Feu



La Dame à sa toilette

The Toilette Die Dame am Putztische

Toileta

UNA DAMA EN SU TOCADOR.

(CUADRO DE GERARDO DOW.)

I.

A este cuadro va unida toda una historia. Y como esta historia encierra una preciosa lección, no resisto al deseo de contárosla.

Lo único que siento es que la historia lo sea de amores: yo no soy aficionado á tocar estos asuntos. Hay sentimientos que pierden mucho manoseándose.

Pero yo no escojo el argumento, porque, ya os lo he dicho, lo que voy á relataros es una historia.

La protagonista es esa bella dama que en el cuadro se está contemplando al espejo, interin una donosa camarera realza con el tocado la hermosura de su dueña.

En esa pintura todo es copia fidelísima del original; en prueba de ello voy á citar el nombre de la dama: se llama, ó mejor, se llamaba Ana Blount.

Ana Blount era de una estatura regular, de tez blanca, cabello rubio, y ojos azules, tres circunstancias que en todos los países constituyen una mujer de regular belleza, y que en Alemania forman el tipo de la mujer perfecta.

Tenia además otra circunstancia: era viuda, y una recomendacion, era rica.

Su difunto marido, que en su vida habia cometido otra torpeza que la de casarse treinta años demasiado tarde, la habia dejado única heredera de sus vastos dominios y numerosos vasallos, y Ana habia establecido su domicilio á algunas leguas de Leida, no muy distante de aquel punto en que el Rhin se pierde entre las arenas del mar del Norte.

La joven viuda se encontraba en una de aquellas situaciones envidiables y envidiadas realmente por muchos : el único pariente que la acompañaba en la quinta era un tío de Ana , hombre bonachon á lo sumo , para quien la suprema dicha del presente consistía en una jarra de cerveza y una pipa bien repleta de tabaco, y su ambición para el porvenir se cifraba en ver casada á su sobrina con el respetable Cornelio Slonthorst , galán que por desgracia no tenía que agradecer muchos favores de Ana. Y no era ciertamente Cornelio mozo despreciable : á una figura bastante notable reunía un criterio muy sólido ; tenía alguna inteligencia en bellas artes , y se había batido con muy buen éxito contra las tropas de Mauricio y Federico Enrique de Nassau, lo cual no fué un obstáculo para que deplorase la paz de 1647 , sin lo cual se hubiera batido ciertamente con los neerlandeses contra los españoles.

Esto que , á primera vista , parece una contradicción de principios , vulgarmente llamada traición , no lo era si se atiende á que Cornelio era de sangre española por su madre , y neerlandesa por su padre. Fruto de un matrimonio clandestino, por causa de la enemistad que reinaba entre ambos pueblos, apenas nacido emigró de Holanda con su madre , y educado en un convento de Toledo adquirió una austeridad de principios, una especie de rudeza de carácter , que mal interpretada por Ana Blount dió lugar á que Cornelio suspirara con la ardencia de un español y al mismo tiempo aguardase el término de los desaires con la impasible calma de un holandés.

Ana tenía motivos bastante poderosos para no pasar á segundas nupcias.

En primer lugar, su primer matrimonio había sido poco feliz, y yo no dudo que en Alemania haya algún refrán que á su manera venga á decir : gato escaldado huye hasta del agua fría.

En segundo lugar tenía la cabeza un poco ligera y gustaba poco del continente grave y del temperamento filosófico de su amante. En nuestros tiempos quizás la hubiéramos tachado de cierta propensión á lo novelesco , gusto de bastante mal género y muy peligroso para las mujeres.

De este retraimiento por Cornelio Slonthorst que Ana no escondía por cierto, nacieron frecuentes altercados entre tío y sobrina.

— Cornelio es buen mozo , decía el buen holandés.

— Tanto equivaldría lo contrario , puesto que no es de mi gusto.

— Es sabio.....

— Yo no trato de aprender.

— Es valiente.....

— Yo no quiero que mi marido me cause miedo.

— Es.....

— Es vuestro protegido , y por esta razón os le presentais adornado de todas las perfecciones humanas. Hacedle marido , y os le encontrareis convertido en otro hombre.

El altercado continuaba bajo este pié, y á menudo era interrumpido por la presencia del mismo pretendiente, que con una constancia á prueba de desdenes, acudia todas las tardes á presentar sus respetos en los propios términos y á una misma hora.

Una circunstancia rara, un encuentro inesperado, vino á alejar el cumplimiento de los deseos del tio de Ana, poniendo á ruda prueba el amor de Cornelio.

(Aquí me apercibo de que el nombre del amante no es muy agradable que digamos; pero cercenar el nombre verídico de un personaje histórico por la sola razon de llamarse Cornelio, equivaldria á cambiar el parecido de un retrato por el mero hecho de ser feo el original.)

Volvamos á Ana Blount. Paseaba cierta mañana por las orillas del Rhin, contemplando con un interés á medias á los pobres pescadores que ordenaban las redes, los remos, el velámen, y los demas aparejos de navegacion y pesca. Pesadas nubes oscurecian el cielo, un viento calmoso impedia la dilatacion de los pulmones, la arena abrasaba los piés, y el estado de la naturaleza ejercia una influencia sobre Ana, como pudiera uno de esos narcóticos que adormeciendo nuestras fuerzas nos prepara la imaginacion á toda clase de sueños y delirios.

De repente detuvo Ana el paso, y contempló una escena, que no por lo sencilla dejó de producirle un grande efecto. Un jóven de buen aspecto, vestido con un balandran encarnado y cubierta la cabeza con un birrete adornado con una pluma de gallo negro, se ocupaba en trazar con la mano derecha el boceto de un pescador rapazuelo; y mientras, apoyaba la mano izquierda en el pomo de una espada hundida una buena parte en la arena.

Aquella actitud chocó á la linda viuda, como la linda viuda chocó sin duda al dibujante, pues ambos á dos cruzaron una mirada, aunque por de pronto Ana continuó observando pasivamente y el pintor prosiguió su trabajo sin dar muestras de distraccion.

Empero un instante despues púsose en pié el jóven, ciñó su espada, recogió su composicion, arrojó una moneda á su improvisado modelo, y se acercó á Ana sonriendo con picaresca significacion y saludando con fina galantería.

—Señora, ¿os dignais aceptar este incorrecto cróquis de un pintor ambicioso de una sonrisa escapada de unos labios de coral, ávido de la mirada que lanzan unos ojos de fuego como los vuestros? Poco digno de vos es el presente, y mas si considerais que el atlético bellaco que me ha servido de modelo para dibujar á Adonis, no es muy á propósito para inspirar á un artista ó interesar á una dama: sin duda por esto, la hermosa Venus prescinde del mancebo, y su atencion se fija con mas interés en el paisaje que la rodea.

El jóven pintor designaba al propio tiempo un hermoso boceto de la diosa del amor, colocada en segundo término, y en cuyas facciones se vió retratada

la linda viuda. Escusóse esta como pudo para no aceptar aquel presente tan impensadamente dedicado á su persona ; pero el artista, que sin duda no era corto de genio , la arrebató su pañuelo , envolvió con él su croquis , y devolviéndole á Ana , dijo :

—Fuerza es que vos acepteis mi dibujo, ó que yo me quede con vuestro pañuelo.

La bella dama rescató su prenda ruborizándose ligeramente, y contestó :

—Gracias mil por vuestra fineza , que me obliga á escoger un medio para recompensarla.

—Es muy fácil : pagareis con esceso el retrato si me permitís contemplar un momento el original.

Sin poderse explicar la causa , sentia Ana que aquel pintor ejercia sobre ella una influencia estraña. La elegancia de su figura y maneras , la amabilidad de su lenguaje , cierto no sé qué inseparable de algunas naturalezas privilegiadas que parecen nacidas para influir directamente en el destino de alguna determinada persona ; todo en fin contribuyó á que Ana se dejara arrastrar por esa sed de emociones que de continuo la impulsaba á romper la monotonía de sus costumbres.

Involuntariamente se vino á su imaginacion la memoria de Slonthorst, aquel amante tan tranquilo , tan filósofo , que todo lo sujetaba á los cálculos de la razon y que hacia el amor á la viuda con la misma seriedad con que pudiera resolver un problema matemático.

Ello fué que sin darse cuenta de sus propios sentimientos , la buena de Ana Blount encontró sumamente agradable y distraido aquel paseo que otras veces habia calificado de enojoso y monótono ; de suerte, que al encontrarse inmediata á los jardines de su deliciosa quinta , dijo con mas pesar del que era menester en presencia de un desconocido :

—Caballero , es preciso que nos separemos en este mismo punto : las gentes de mi casa no llevarian sin duda á bien mi familiaridad con un desconocido.

—Lo concibo perfectamente, señora ; pero no llevareis sin duda vuestra crueldad al extremo de privarme mucho tiempo de vuestra presencia y compañía.

La viuda permaneció un instante sin responder : tenia la vista clavada en el suelo, y al carmin de la sorpresa sucedió en sus mejillas la palidez del temor. Al cabo de un rato contestó con voz temblorosa :

—En mi situacion especial es muy difícil de cumplir el deseo que me estais manifestando. Tengo un tio que vigila mis pasos, y un pretendiente que cela mi conducta. Sin embargo , decidme dónde podré remitiros una muestra cualquiera de lo muy obligada que quedo á vuestra galantería.

—¡ Una memoria vuestra ! exclamó el joven ébrio de contento.

—Quiero dárosla.

—Y nunca mas volvemos á ver , nunca mas oiros hablar , nunca mas apoyaros en mi brazo.....

—Es muy posible que así sea.

—Entonces, señora, depositad esta memoria encima de mi tumba.

Ana se estremeció al escuchar aquellas palabras fatídicas en boca del artista; pero éste, sin cuidarse del daño que estaba causando á la viuda , prosiguió en tono melo-dramático :

—¿Comprendeis , señora , qué cosa debe ser una ausencia eterna para el hombre que os ha consagrado su existencia entera , para el amante que espia vuestras palabras , vuestras miradas , vuestros pasos ; para el artista que inspirado por la luz de vuestros ojos, os aguarda hora tras hora, dia tras dia, como aguarda el desgraciado la noticia de su dicha, como aguardaria el ciego la luz que le hubiera sido prometida ; para el jóven que se introduce en vuestros jardines á trueque de ser tomado por un ladron y arrojado como un villano , y permanece oculto hasta tanto que os ofreceis á su vista , hecha la íntima resolucion de no abandonar su puesto sin conseguir este inocente favor , aun cuando en su escondrijo debiera sufrir los tormentos de la sed y del hambre?... Comprendeis esto , señora ; y no teneis reparo en asesinar-me con vuestras palabras...

Mientras así hablaba el jóven pintor , se habia apoderado de una de las manos de la bella dama , y en su amoroso transporte , la apretaba contra su corazon , despues de haberla llevado repetidas veces á sus labios.

Ana tuvo la buena suerte de comprender el peligro á que se esponia , y retirando la mano , dijo :

—Caballero , estais abusando de una dama con la cual no os une lazo alguno de amor ni de amistad.

—Daisme la muerte, señora , con esas espresiones.....

La viuda desarrugó el entrecejo al oir el tono respetuoso y melancólico del jóven , y aquel movimiento de involuntaria compasion , decidió tal vez sus sentimientos. El hombre que logra hacerse compadecer de la dama á quien adora , tiene mucho , muchísimo adelantado para ser correspondido.

—Si vuestras protestas son leales , dijo Ana , no entrará sin duda en vuestras miras el comprometer la reputacion de la mujer á quien tanto manifestais amar.

—Jamás, señora: mi pasion puede vender en un momento dado mis nobles propósitos , pero nunca hacerse superior á la razon por mucho tiempo. Cuando os he dicho , por consiguiente , que no podia renunciar al placer de veros y al de hablaros , es porque tengo un medio seguro , infalible , de veros todos los dias sin el mas mínimo compromiso por parte vuestra.

—¿Qué medio es este? preguntó Ana con una curiosidad que revelaba grande interés.

—Muy sencillo: mandaos hacer vuestro retrato por mi ilustre maestro, el célebre Gerardo Dow. La lentitud con que el buen hombre pinta, la minuciosidad en todos los detalles de sus composiciones, hacen que sus retratos sean obras maestras, es cierto, pero largas al mismo tiempo. Yo soy discípulo de Dow, éste necesita siempre un ayudante para el trabajo, haré que me lleve consigo á vuestra casa, y de esta suerte os veré y hablaré semanas y meses enteros. ¿Qué os parece mi proyecto?

—Fácil de ejecutar ciertamente; con todo, yo ignoro si debo.....Vuestra galantería os abona, vuestro lenguaje seduce; pero, caballero, haceos cargo de que hasta vuestro nombre ignoro.....

Aquí se transformó por completo la fisonomía del jóven, dejando de ser el amante ardoroso y atolondrado: el alma del artista se manifestó por entero en el brillo de su mirada.

—Me llamo, dijo, Francisco Mieris. Dispensadme si pronuncio con cierta fatuidad este nombre harto humilde hasta el presente: algun dia será el de un grande hombre.

Aquel arranque de orgullo artístico acabó de poner en derrota la ya debilitada resistencia de la viuda, que acabó por consentir, á pretesto del gran placer que tendria con poseer su retrato debido al pincel de Dow, cuya fama era ya universal. Ana queria engañar á Mieris y se engañaba á sí misma: explicaba su consentimiento como tributo pagado al arte, y en realidad no era sino una concesion hecha á una exigencia de ese rebelde, siempre victorioso, que se llama corazon.

—¡Oh! gracias, señora: me devolveis la vida con la esperanza. Oid ahora un consejo: haced que el famoso Gerardo haga vuestro retrato en esa propia quinta; pedidle que os coloque en vuestro mismo gabinete de tocador. La operacion será mas larga, el cuadro será mas bello; y el arte y yo ganaremos mucho, con ese mayor trabajo de mi ilustre maestro.

Apenas acababa Mieris de pronunciar estas palabras, cuando se inclinó ante la bella Ana, saludóla con el mayor respeto, echó á correr hácia la orilla, saltó en un esquife, y bogó á través del rio.

La amable viuda siguió con la vista al jóven pintor, y su corazon cometió la imprudencia de mostrarse entristecido por aquella separacion. Harto conocia Ana las tretas de esa parte sensible del corazon de las mujeres; pero, es tan dulce acariciar á la esperanza siquiera sea quimérica!....

Ana no tenía noticia alguna relativa á Mieris; ningun motivo la obligaba á opinar de él mejor ó peor que de otro cualquiera; mas, ¿en qué consistia que el pintor habia conseguido en un momento lo que en vano habia pretendido Slonthorst durante muchos años? Consiste en que hay corazones simpáticos, como hay materias simpáticas; consiste en que en el orden moral, lo mismo que

en el orden físico, el fuego puede permanecer impunemente junto á la nieve, pero no junto á la pólvora.

Cuando Ana Blount entró en la quinta, ya la aguardaban su escelente tio y su pacífico pretendiente, á cuya vista no pudo la viuda contener un movimiento de fastidio, al cual siguió inmediatamente un prolongado bostezo. El hombre que no se retira cuando una mujer jóven y bella bosteza á su lado, ó es estúpido de nacimiento, ó debe de tener mucha cerveza en el cuerpo.

A las siete de la mañana del siguiente día, Pedro Slingeland, discípulo de Gerardo Dow y amigo verdadero de Francisco Mieris, ocupaba ya su puesto en el taller de su afamado profesor. Toda su atención se hallaba concentrada en su trabajo, que por cierto representaba una fuente de cobre llena de distintas verduras, y colocada encima de un banco de palo. Slingeland no estaba satisfecho de su obra: el cobre de la fuente era poco brillante, y lo que para otros hubiera pasado desapercibido, no podía serlo del discípulo aventajado de un hombre tan minucioso como Gerardo Dow: ensayaba el pintor la vijésima combinación de sus colores, cuando se abrió con estrépito la puerta del taller y penetró por ella Francisco Mieris, el cual despues de haber arrojado capa y espada, en lugar de encaminarse directamente á su caballete, se dirigió á la ventana, respirando el aire fresco de la mañana con ese afán del hombre que siente abrasarse su cabeza por razones que no son del caso explicar.

El bueno de Slingeland examinó el rostro de su amigo, y al observar en él las huellas de la crápula, díjole en tono entre dulce y agrio:

—Otra noche en blanco, otra noche pasada en la orgía..... ¿no es verdad? Francisco, amigo mio, esa vida de emociones violentas, de escesos continuos, acabará con tu existencia y con tu génio.

—¡Silencio, señor Slingeland! contestó Francisco. No está en el orden que os pongais á hablar de aquello que no comprendéis. Si supieras, amigo mio, qué descubrimiento acabo de hacer.... ¡Si la hubieras visto! ¿Cómo puedes culparme por haber estinguido con escelente vino la llama que amenaza estinguir todo mi sér? Figúrate que Clotilde, mi querida de anteayer, ha encontrado una rival; pero ¡qué rival! una ondina que ha salido de la espuma del Rhin, como Venus de la espuma del mar. Es toda una novela que, escrita espresamente para mí, he hallado junto á ese rio cuyas aguas corren con la misma lentitud que tus pinceles. Una mujer capaz de inspirar al hombre menos artístico, capaz en fin de sacar de sus casillas á nuestro ilustre maestro, con ser el hombre mas calmoso que haya bebido cerveza en Alemania. Pues bien, esa mujer vendrá aquí dentro de poco, vendrá desde muy léjos atraída por mi amor, vendrá en

pos de Francisco Mieris, el jóven mas apuesto y seductor que alumbra el sol en la Europa.....

—Y ¿en dónde has hallado ese portento de amor y de hermosura? preguntó el condiscípulo.

—En la orilla opuesta del Rhin, junto á una quinta solitaria, rodeada de jardines, con una chimenea forrada de cobre y rematada con una veleta en forma de dragon. Es el encuentro mas feliz de mi vida: á él deberé la inmortalidad de mi galantería, como á Gerardo Dow deberé la inmortalidad de mi génio.

Pedro Slingeland escuchó á Mieris con la sonrisa en los labios, y cuando éste hubo dado tregua á su amoroso arrebató, probó tranquilamente una nueva combinación de colores, y dijo sin soltar los pinceles:

—Francisco, eres un loco.

—Señor Pedro Slingeland, tened la bondad de no propasaros: vos nunca pintareis un tipo de pureza, de frescura y de candor como el de esa mujer cuyo pecho se ha inflamado por primera vez á mi vista, cuya inteligencia del amor y de los hombres han iluminado por primera vez mis elocuentes palabras.

Slingeland soltó una carcajada, y en seguida dijo:

—Repito que tu mala vida te va trastornando la razon: pues, ¿no sabes quién es tu aparecida? O tus señas son inexactas, ó no puede ser otra que Ana Blount, la cual lejos de abrir ayer los ojos á la luz del amor, es viuda, y muy al contrario de tenerte afecto alguno, está á punto de contraer segundas nupcias.

En honor de la verdad sea dicho, el fogoso Mieris no se trastornó poco ni mucho al escuchar la inesperada revelacion. Hizo un gesto como pudiera el gastrónomo que no encuentra el sabor de un guisado tan bueno como por el aspecto creyera, pero no se mostró dispuesto á tirar el bocado medio engullido.

—Bien, dijo, si es viuda tanto mejor para mí: estoy ya cansado de niñas inocentes, á las cuales hay que hacer el amor con el lenguaje de las flores medido en la cabeza; y si está para casarse, tanto peor para el novio: no sucederá sino que lleve calabazas de ella ó estocadas mias.

—En cuyo caso, Francisco Mieris conducirá al altar á Ana Blount....

—¡Yo! exclamó el jóven cual si se hubiera asustado de pronto, ¡Yo casarme! ¿Comprendes, Pedro, todo lo disgustante que encierra esta palabra para un jóven tan amante como Mieris de su libertad? Si en el camino de mi vida hallase una mujer que reuniera la hermosura de Venus, el talento de Minerva y la castidad de Diana, juro á Dios que Francisco Mieris permanecería soltero como el dia aquel en que vino al mundo.

—Entonces, ¿cuáles son tus proyectos tocante á esa viuda?

—Mis proyectos están muy por encima de la comprension de un pintor de calderos y zanahorias.

Mieris se equivocaba completamente: el buen Slingeland comprendia harto bien lo que el jóven hubiera dicho harto mal, y por lo mismo prefirió cortar una conversacion que repugnaba á sus leales sentimientos.

Ocupados se hallaban ambos discípulos en sus respectivos cuadros, cuando se abrió de nuevo la puerta del taller, y aparecieron en ella Ana Blount y su tío, acompañados del célebre Gerardo Dow.

El ilustre pintor era hombre de mediana estatura, ágil y robusto á pesar de sus años, y en los ángulos de su boca y en el contorno de sus ojos se echaban de ver desde luego esas líneas severas que revelan al trabajador infatigable. Vestía un traje turco-español, hechura de última moda en aquel entonces; su larga peluca y su poblado bigote se hallaban cuidados con mucho esmero, y aun cuando el conjunto de su figura era grave y severo, no carecia de esa buena apariencia que le atraía muchas amistades, mas robustas cuanto mas se cultivaba la del amable artista.

Cuando éste hubo puesto los piés en el taller, volvióse Dow hácia sus dos huéspedes, y les dijo presentándoles á Slingeland:

— Hé aquí al mas laborioso de mis discípulos, tan recomendable por su talento como por sus virtudes.

Slingeland hizo que no oía: su modestia no le permitió contestar siquiera. En seguida designó el maestro á Francisco Mieris, y añadió:

— Este es, señor, el mas atolondrado y salvaje de todos ellos. Es lástima, porque tiene genio.

Y pasando á examinar el trabajo del jóven que se ponía los pinceles entre los labios para que el maestro no le sorprendiera con la risa en ellos, prosiguió:

— Cien veces os lo he dicho, Mieris: teneis demasiada afición á las carnes: dejad esas mujeres desnudas para la escuela de los venecianos. La cabeza, la ropa, el mueblaje, estos son el alma de la pintura; una forma, un color, una combinacion de detalles revelan muchas veces incógnitos misterios, encierran á menudo la historia de toda una familia. Un brazo desnudo, por muy bien delineado que esté, nada significa, nada dice por sí solo; pero colocad en la mano de una mujer una sortija, en la mano de un hombre un libro; hé aquí que estos detalles dan que pensar, caracterizan á un personaje, califican una composicion. ¿Creeis, si así no fuera, que me pasaria yo dias enteros tocando y retocando un objeto al parecer insignificante? Sed mas minucioso, acabad mas vuestros trabajos, si quereis ocupar un puesto digno en el arte. Tal es mi modo de pensar, que por vuestro bien os comunico. Este horizonte carece de verdad; en este fondo no hay transiciones delicadas: pintais sin cálculo, y esto os hace olvidar que el claro oscuro es un fenómeno óptico, que no desaparece ni aun cuando la noche tiende sus sombras. Claro oscuro, señor pintor, claro oscuro; y si tan amante sois de la monotonía, sed monótono en vuestra laboriosidad, sed monótono en vuestra buena conducta, que es demasiado clara oscura por cierto.

Mieris y Ana, que no habian dejado de mirarse desde que estaban reunidos, se sonrojaron al oir las últimas palabras de Dow, que despues de haber terminado sus consejos, introdujo á sus huéspedes en su propio taller, dando á su continente un aspecto grave, cual si quisiera aleccionar á la dama, que no comprendia sin duda la importancia que tiene para un artista el retrete desde donde confecciona solo y olvidado las obras que el mundo admira. El taller de Gerardo Dow estaba dispuesto con la misma coquetería que una dama pudiera emplear en su gabinete de tocador, aunque con un poco menos de simetría, sino de orden.

El célebre pintor ofreció sillas á la viuda y á su tío, y habiéndose apercebido del mucho polvo que se habia pegado al flotante vestido de aquella, la dijo:

— Señora, el polvo es sin duda el enemigo mas temible que hay en el mundo, puesto que sin rumor causa tantos destrozos como pueda causar una revolucion ó una guerra. Estoy por deciros que no se conoce otra cosa mas voraz.

Tal debia ser con efecto la opinion del gran artista, cuando no solo tenia cuidadosamente cubiertos sus cuadros con una tela muy bien ajustada, sino que á mayor abundamiento guardaba encerrados en cajitas de distintas hechuras, hasta los útiles mas insignificantes de su arte. Únicamente encima del pecho de una ventana veíanse algunos pinceles sin concluir, trabajo que el pintor Dow tomaba siempre á su cargo, pues decia que ninguno como él componia aquellos interesantes instrumentos.

Despues de examinados algunos cuadros, notables todos por la sencillez del asunto y la minuciosidad y buena conclusion de los detalles, convino el pintor holandés en hacer el retrato de la linda viuda, y esta se retiró del taller contenta y satisfecha del feliz éxito de su picaresca expedicion. Sin embargo, un pensamiento venia á amargar las dulces sensaciones de su corazon mientras regresaba de la ciudad á la quinta. Las palabras de Dow y el aspecto de Mieris daban á entender que este último no era muy cuidadoso de su conducta; y en tal caso, Ana habia de ser muy infeliz en aquellos amores, porque siquiera su alma novelasca se complaciese en abrigar esperanzas destituidas de fundamento, sin embargo, su rectitud la ponía á cubierto de todo atentado contra los sanos principios de la moral.

Apenas puso los piés en los jardines de su bella habitacion, cuando la primera figura que hirió su vista fué la del constante tertulio Cornelio Slonthorst. Todo hombre que distrae el pensamiento de una mujer de la persona á quien ama, aun cuando aquel pensamiento no sea el mas favorable para el mortal afortunado, esté seguro de ser mal recibido. Ana apenas saludó á su imperterritito pretendiente, el cual segun costumbre arrimó su sillón al del buen tío, que encontraba sumamente amable y bien educado á Cornelio.

— No podeis figuraros, — dijo el tai tío, — qué curiosidad tengo de ver el complicado aparato de que, segun noticia, se vale el ilustre Dow para pintar

sus cuadros. Dicen entre otras cosas, que una vez dispuesto el lienzo, lo divide y subdivide en varios cuadritos enteramente iguales por medio de unos hilos, y que procediendo á verificar igual operacion con los objetos que trata de copiar, consigue por este medio una exactitud en los detalles hasta matemática. Es un pensamiento muy ingenioso ; como tambien me han contado que, para pintar retratos en miniatura , hace reflejar los originales por medio de unos espejos cóncavos , que reproducen los objetos de un tamaño á voluntad del célebre retratista. Es curioso; ¿ no es verdad, mi buen Slonthorst ?

El interpelado habia escuchado al tio de Ana con cierta sonrisa obligada de los inteligentes que oyen decir despropósitos , y contestó en el tono de maestro, que tanto disgustaba á la viuda.

— En cuanto á lo de dividir los lienzos en pequeños cuadros es cosa sabida nada menos que desde el tiempo de Miguel Angel; pero es procedimiento usado tan solo cuando se trata de reducir un cuadro á mas pequeñas proporciones, y puedo asimismo aseguraros que nunca Gerardo Dow ha utilizado este medio para pintar cuadros originales. Por lo que toca á lo de los espejos cóncavos , el ilustre holandés dibuja harto bien al simple golpe de vista para tener que recurrir á ese medio puramente mecánico é indigno de su talento.

— Ello , no obstante ,—replicó el tio de Ana, —es indudable que tal se ha dicho de Dow.

— Quien tal ha dicho, se ha engañado, —contestó Cornelio.—Este rumor ha empezado á circular merced á algunas pruebas hechas en este género por el discípulo del gran Gerardo , Pedro Slingeland , cuyos ensayos ha tratado de ridiculizar su mismo condiscípulo , un tal Francisco Mieris , jóven burlon y petulante cuanto quepa serlo.

Al escuchar estas palabras , soltó Ana un libro de estampas que estaba examinando por hacer algo , y preguntó á Cornelio con un tono que revelaba bastante despecho :

— ¿ Conoceis á Mieris para hacer de él semejante pintura ?

— No , señora ,—respondió el pretendiente con mucha indiferencia.

— Pues sabed que esta mañana le hemos visto en el taller de Gerardo Dow, y nos ha parecido algo mejor que algunos que pican de saber mucho y de valer mas.

El proyectil lanzado por la viuda fué recto al blanco ; pero Slonthorst tenia mucho aplomo y dominio de sí mismo, y se limitó á responder con mucha calma:

— Muchas veces las apariencias engañan , señora : su exterior puede haberos parecido muy bien , pero de los hombres habeis de mirar el alma , Ana ; el alma que nunca envejece , el alma que no es bonita ó fea , sino buena ó mala. Pues bien , descontad á Mieris sus talentos de pintor , y su alma se reasume en estas tres aspiraciones : el vino , el juego y las mujeres. Si con estas circunstan-

cias os ha parecido ó puede pareceros mejor que otro , muy buen provecho le haga.

Tambien las palabras de Cornelio afectaron á la viuda , y de tal suerte que se desconcertó para dar una respuesta. Mordióse los labios con despecho y se retiró saludando con mucha frialdad.

Slonthorst permaneció un momento triste y pensativo : amaba á Ana con todo su corazon , y su mayor desgracia consistia en no ser tan atrevido y mentiroso en amores , como muchos otros jóvenes insípidos cuyo mérito estriba principalmente en el lazo de la corbata ó en la soltura de sus movimientos *mazurcales*.

— ¿ Qué teneis , mi buen amigo ?—dijo el tio de Ana sorprendido por el repentino abatimiento de su protegido.

— Tengo ,—respondió Cornelio ,—lo que nunca hubiéramos presumido , un rival afortunado.

— ¡ Afortunado !—esclamó el excelente tio.—¡ Esto es horrible !

— No tanto , amigo mio , no tanto : ya vereis como al fin y al cabo me haré querer de Ana.....

Y Slonthorst apuró con toda calma un vaso de cerveza y encendió su tercera pipa.

Al dia siguiente , Gerardo Dow y su discípulo Francisco Mieris llegaban á la quinta de Ana Blount , provistos de cuantos utensilios eran menester para pintar el retrato de la viuda.

Ana tenia un presentimiento respecto á su nuevo amante : sentíase arrastrada á él con esa fuerza que conduce á la mariposa entre las llamas , que lleva á los rios á morir en el mar. Sin embargo , su corazon se ensanchó y respiró con mayor desahogo despues que su mirada se clavó en el jóven artista. Mieris vestia con extrema elegancia , y léjos de descubrirse en él huella alguna del jugador , del bebedor , del libertino , respiraba su persona toda , elegancia y cultura.

Despues de los cumplimientos obligados en tales casos y de largamente debatida la cuestion del traje que mejor sentaria á la bella retratada , dió comienzo Dow á su trabajo con toda la importancia y atencion que pudiera poner un ministro de estado en la redaccion de un documento diplomático.

Tocante al sistema observado por el ilustre pintor , Cornelio habia dicho la pura verdad : el célebre retratista holandés no se servia de aparato alguno ni utilizaba proceder mecánico de ningun género que pudiera menoscabar su reputacion de grande artista. Desde luego comenzó á bosquejar la cabeza , dirigiendo á su discípulo algunas advertencias respecto al contorno , y al claro oscuro , y á los fondos de los cuadros , y á otra porcion de objetos , cuyas advertencias ni siquiera

llegaban á oídos de Mieris , que tenia toda su atencion , alma y vida concentradas en la vista con que devoraba al hermoso original.

Y este original no parecia mortificado de aquella observacion continua , antes por tener el gusto de ser observada, daba treguas á la impaciencia natural en todos aquellos que se veian obligados á servir alguna vez de modelos al pintor Dow , tan minucioso en sus detalles como lento en pintarlos sobre el lienzo.

Así trascurrieron algunas semanas : Ana se manifestaba sumamente obsequiosa con Mieris , aunque siempre evitó cuidadosamente encontrarse á solas con él ; sin embargo no podia ocultar la interna alegría que experimentaba con la presencia de aquel jóven que habia hecho vibrar la cuerda sensible del corazon de la viuda. En cuanto á Mieris, hacia lo posible para no dar lugar á queja de ninguna especie ; pero su conducta no fué tan reservada ni tan irreprochable que el ojo perspicaz y celoso de Slonthorst no creyera descubrir cierta intriguilla amorosa entre el discípulo de Dow y la doncella de Ana , que por lo visto era menos esquiva ó mas tonta que su señora. El amante desauiciado guardó silencio no obstante : hubiera creído bastardo y de mal género aquel triunfo.

Y de esta suerte trascurrieron aun muchos dias , y en uno de ellos, paseando Ana una de las solitarias calles de los frondosos jardines de su quinta , oyó los próximos sonos de una guitarra, cuyas cuerdas, pulsadas por mano diestra, vibraban con melancólica espresion y dulcísima armonía. Terminado el preludio, una voz no muy fresca , pero sí muy bien modulada , entonó un canto de triste sabor : era una especie de queja arrancada por el tormento de un deseo al corazon de un amante.

Ana siguió insensiblemente el camino que la misma voz trazaba para llegar hasta el cantor , y empujando fascinada la puerta de un pabellon, oculto entre frondosos árboles, se encontró sin saber como en presencia de Mieris, cuya mirada brillaba con el siniestro resplandor del orgullo satisfecho.

¡ Pobre Ana !... Quizás el amor iba á ser mas fuerte que la razon; pero Dios no quiso que aquella vez las plumas del ángel se mancharan con el fango de la impureza.

De repente resonó en el oído de entrambos amantes rumor de pasos ; y Ana, lo mismo que Mieris, escaparon del pabellon, tomando distintas veredas. Al poco rato , la viuda encontró á su pretendiente , que procuraba en vano dominar su emocion. Ana le acogió con su frialdad habitual , y Cornelio la dijo solamente :

— Paréceme , señora , que teneis los colores muy encendidos.

La viuda hizo un movimiento de despecho y contestó :

— Procuraré tener siempre los mismos : Gerardo Dow ha dicho que son los que mejor sientan á mi rostro.

Aquí el bueno de Slonthorst cambió de espresion , y dando á su acento un tono sentimental, pero espontáneo , replicó :

— Ana, los hombres que aman de la manera que yo os amo, pueden consentir que la persona amada se burle de ellos, pero no que aquella sea víctima de las burlas de un miserable. Ana, andaos con mucho tiento; Francisco Mieris os comprometerá.

Pronunciadas estas palabras se separaron: Cornelio entró en el salón de la quinta, y Ana se retiró á su gabinete. La viuda comprendía muy bien todo el afecto que la profesaba Slonthorst, y alguna vez se sintió movida de compasión hacia aquel hombre de carácter tan dulce, de corazón tan bueno. Pero el amor de Cornelio le parecía muy calmoso, muy frío comparado con la ardiente pasión que tan bien espresaba el pintor Mieris, y el recuerdo de éste disipó el efecto que las palabras del pretendiente habían producido en la viuda. En cuanto al autor de todas aquellas desazones, cansado sin duda de representar una comedia que tan mal se adaptaba á su temperamento, empezó á arrojar su máscara de timidez y modestia, que únicamente recobraba en presencia de su maestro. Ana abrió los ojos á la luz, pero la luz hería los ojos de su corazón, y persistía en tenerlos cerrados por no sentir como aquel se le desgarraba; bien como los enfermos que prefieren la muerte al dolor de una operación aguda.

Un día, á la caída de la tarde, Ana y Cornelio se encontraban solos y de pie junto al caballete de Dow, contemplando el retrato de la viuda, que aun no estaba terminado: en pocos días habían perdido mucho el semblante de la dama y el del galán: uno y otro tenían marcadas las huellas de un dolor interno, de uno de esos sentimientos que carecen de expansión, y que nos matan por falta de desahogo.

Cornelio había hecho algunas reflexiones á la viuda, y ésta se había apercibido por primera vez de que la dulzura de su amante, la suavidad de sus maneras no dejaban de tener asimismo su encanto, grato como el de aquellos perfumes que no hieren bruscamente nuestros sentidos.

Hacia empero largo rato que se prolongaba el silencio de entrambos, cuando resonó en el jardín una estruendosa carcajada, que les obligó á asomarse á la ventana para tomar en cuenta al autor de aquella alegre manifestación. Fácil les fué satisfacer su deseo: el primer objeto que hirió su vista fué la persona de Francisco Mieris, puesto á caballo sobre un banco de madera y acariciando una enorme botella de vino, del cual había llenado una copa, no por cierto la primera. Cuando el joven pintor se apercibió de Ana y de Cornelio, dirigió á este una mirada insultante por lo irónica y prolongada, y en seguida contempló con igual petulancia á la hermosa viuda. No le bastó cometer esta imprudencia de mal género, sino que acompañándose con el choque del vaso y de la botella, entonó una canción, tan libre y descarada como pudiera el último de los cantantes de taberna. El cinismo que respiraban sus versos, la picardía con que acompañó el canto y la dedicatoria que hizo de él á Ana, fueron motivos mas

que suficientes para que esta sintiera en el rostro el fuego de la vergüenza , mal estinguido por las lágrimas del despecho que corrieron á lo largo de sus mejillas.

Slonthorst no perdió un punto su calma. Únicamente dijo :

— Esto es distinto : pase que se burle de mí ; pero que insulte una dama, no lo consiento yo de él ni de hombre alguno nacido.

Y salió de la estancia con el mismo aplomo que habia tenido al penetrar en ella.

En cuanto á la viuda continuaba llorando de vergüenza , cuando su tío, Dow y la doncella entraron en el aposento conduciendo á Slonthorst, cuyo traje estaba manchado en distintos puntos por la sangre que manaba abundantemente de su brazo. Ana lanzó un grito de sorpresa y sus lágrimas se secaron repentinamente.

— No os alarmeis , mi buena amiga,—dijo Cornelio.—El Sr. Mieris podrá ser un libertino , pero tira admirablemente la espada. Es un talento mas que yo me complazco en reconocerle. Por lo demás, no hay cuidado : Dios pone tiento en las manos de esos miserables.

— Poco á poco,—esclamó interrumpiéndole la doncella.—No trateis de esa manera á mi novio.

— ¡ Tu novio !—contestaron todos , sin exceptuar á la viuda.

— Sí, señores, mi novio: ayer mismo me dió palabra de casamiento, jurándome y perjurándome que yo era su único y primer amor.

— ¡ Pobre muchacha !....—dijo Gerardo Dow.—Lo que tú eres , el primer amor de su segundo centenar de queridas. No hay en este punto monstruo mas insaciable.

Hecha esta revelacion , todos hubieran reido del visaje compungido que puso la camarera , á no ser porque les llamó la atencion el estado alarmante de Ana, que vino desmayada al suelo.

Ninguno se manifestó mas inquieto que Slonthorst : despreciando el dolor que le causaba su herida , fué el que mas esfuerzos hizo para devolver á la viuda el uso de los sentidos perdidos , de suerte que cuando Ana abrió los ojos , tropezó primero con el semblante de Cornelio , lleno de inquietud y de vivísimo interés. La viuda habia ya obtenido cuanto deseaba : cerciorarse de que existia un alma impresionable debajo de la aparente indiferencia de Cornelio.

Entonces Ana volvió los ojos hácia Slonthorst, diciéndole :

— ¿ Sereis bastante generoso para perdonarme tantas locuras ?

— Perdonadme vos ,—respondió Cornelio,—por no haber tenido bastante talento para habéros las hecho reconocer antes de ahora.

— A vos , mi caro maestro,—prosiguió Ana dirigiéndose á Dow ,—os hago responsable del severo castigo que debeis imponer al atrevido.

— Yo os prometo que se ha de acordar por mucho tiempo del compromiso en que me ha puesto.

— Yo me opongo á ello, con vuestro permiso, —interrumpióle Slonthorst.— Compadecedle, pero no le castigueis. Puesto que la naturaleza le ha otorgado uno de sus mas raros y bellos privilegios, dejaríamos nosotros de ser entusiastas admiradores del arte, si le priváramos de una libertad que le es tan necesaria para el desarrollo de su genio. Nada de cárceles pues, maestro Dow; y si quereis prestar un grande favor á vuestro discípulo, suplicad simplemente á los magistrados de Leida que pongan bajo llave en la cárcel todas las botellas de vino y todas las muchachas bellas de la ciudad. Es el único recurso que os queda si quereis sacarle del mal camino.

Esta generosa intercesion de parte de un rival ofendido produjo un efecto admirable en la jóven viuda. Slonthorst redujo á proporciones microscópicas la figura de Mieris.

Gerardo Dow salió en busca de su discípulo; mas para dar con él hubo de llegar hasta la orilla del rio, en donde se lo encontró, fumando y emborrachándose en compañía de varios pescadores, á los cuales entretenia dibujando caricaturas en la arena.

La reprimenda fué dura, y á cualquiera otro le hubiera valido de seguro una estocada: pero Mieris, impertinente con todo el mundo, era sumamente respetuoso con su maestro.

Aquella misma noche quedó concertado el matrimonio de Ana y Slonthorst, y en tanto que los felices habitantes de la quinta se entregaban á la mas expansiva alegría, Francisco Mieris iba camino de Leida con orden de hacerse relevar por su condiscípulo Slingeland.

Dow terminó en paz el cuadro, cuya copia acompaña á este artículo.

Francisco Mieris murió en 1681, á los cuarenta y seis años de edad, admirado de todos por su talento, mal quisto con todos por sus vicios.

Manuel Angelon.

La Galerie de Medici



Marie de Medici

MARÍA DE MÉDICIS.

(CUADRO DE JUAN TASALO.)

Enrique IV que despues de abjurar el protestantismo subió al trono de Francia, acababa de promulgar el Edicto de Nantes, en que se concedia á los protestantes la absoluta libertad de conciencia, aunque no el ejercicio público de su culto, mas que á los caballeros de horca y cuchillo, cuando anulado por los delegados del Papa su matrimonio con Margarita de Valois, se casó con María de Médicis, hija de Francisco de Médicis, segundo gran duque de Toscana.

La familia de Médicis que salida de la clase popular y enriquecida por medio del comercio, acaudilló al pueblo florentino para librarlo de la tiranía de los nobles, acabó por representar en Toscana el papel de que habia despojado á la nobleza, y por influir de un modo muy eficaz en el destino de la parte mas civilizada de Europa. De esa familia salieron varios príncipes de la Iglesia, y un soberano pontífice: y en Francia mismo habia dejado una fama imperecedera la célebre Catalina de Médicis, madre de Carlos IX y autora de la horrenda catástrofe del dia de San Bartolomé. Enrique IV, agradecido á los favores que debia al cardenal Juan de Médicis, gran duque de Toscana, que le auxilió con dinero para conquistar su reino, se casó con María, que habia heredado de su padre el carácter orgulloso y dominante que en aquel reconocian todos sus contemporáneos.

La conducta harto galante de Enrique agrió mas y mas el carácter de María; y sembró la desconfianza entre ambos esposos, en términos que el famoso Sully muchas veces hubo de dejar los graves negocios del ministerio para restablecer la paz en aquel conturbado matrimonio. A los diez años de haberlo contraído quedó viuda María, gracias al asesinato de que fué víctima Enrique IV; y aunque los franceses no la amaban, el duque de Epernon tuvo bastante influjo para

lograr que fuese aclamada regente durante la menoría de su hijo, que fué despues Luis XIII y que á la sazón no contaba mas de nueve años. La regente tuvo tiempo de sobra para destruir todo lo que hizo Enrique. Este habia visto con desagrado el favor que la reina concedia al florentino Concini, y María le hizo casar con Leonor Galigai, su hermana de leche é íntima confidente. Enrique habia sido un formidable enemigo de la España y María ofreció la paz á esta potencia. Enrique habia otorgado una confianza absoluta á Sully, y María le puso en el caso de retirarse. Quería ser déspota, pero era incapaz de reinar sola y se puso á merced de Concini, quien la sostuvo contra los príncipes de la sangre y los principales magnates. Indignados estos contra el favorito, se unieron con los protestantes: pero Concini, lejos de apelar á las armas, creyó preferible tratar con el príncipe de Condé, que era su jefe: mas como otra vez los grandes apelaron á la revuelta, Concini se preparó para rechazarlos, y dueño del poder, colocó en el ministerio al obispo de Luçon, que mas tarde debia ser el famoso Richelieu y con este título derribarlo.

María y Concini habian colocado cerca de Luis XIII un paje, llamado Alberto de Luynes, con la esperanza de que seria un dócil instrumento de sus fines; mas el paje trabajó por su cuenta, se granjeó el favor de Luis y acabó por sugerirle la idea de que se deshiciese de Concini, y al fin fuese rey. Concini fué muerto, su cadáver arrastrado por las calles de París, galardonando á su asesino. Luynes recogió los tesoros del favorito desdichado, y el partido aristocrático aplaudió esa victoria sobre el pueblo y sobre la reina madre que fué desterrada á Blois.

Despues de varias discordias y de una época de confusion y de desórden que puso á la Francia en el borde de un precipicio, muerto ya Luynes se confirió el poder á Richelieu, cuyo ministerio, que con mas exactitud pudiera llamarse reinado, no puede ser objeto de este artículo. María de Médicis habia creído que Richelieu la ayudaria á gobernar, y se apercibió harto tarde de que el cardenal gobernaba solo. Despues de abatir á los protestantes, á la casa de Austria y á la nobleza, el ministro quiso alejar á María de Médicis que sin cesar le echaba en cara su ingratitud, y logró que el rey la tuviese presa, y luego favoreció el mismo su fuga á Bruselas, logrando de este modo que por sí misma se cerrase las puertas de Francia. En efecto, sin haber podido calmar el odio de Richelieu, murió en 1642, pocos meses antes que este implacable y entendido ministro.

Juan Cortada.

Les Galeries de Berlin.



LASP NETSCHER pinx.

Gem. Gallerie des Königl. Museums in Berlin.

A.H. PAYNE sc.

La cuisine
The Kitchen. Die Küche.

LA COCINERA.

(CUADRO DE GABRIEL METZU.)

Gabriel Metzú, autor de este cuadro, se formó en la escuela de Gerardo Dow y de Terbourg, y nos ha dejado una porción de obras. El inmortal pincel de este cándido artista se dedicó principalmente á pintar los vendederos de volatería y de caza, las cocineras y las mujeres de gobierno que van á la compra. La galería de Dresde posee el retrato de este pintor, que revela un hombre jovial y de mucha salud. Metzú pintó con una afición y una paciencia increíbles los animales y especialmente los perros; de suerte que un hombre inteligente descubrirá en esas pinturas un interesantísimo estudio acerca de la asombrosa variedad de la raza canina. Este gusto por los pormenores que tanto agradan lo debió á su maestro Dow.

Metzú formó también varios discípulos, y entre ellos son dignos de mencionarse Van Geel, Van der Neer, y Adriano Velding, que fué al mismo tiempo íntimo amigo suyo. También este se dedicó á pintar animales, mas prefirió las grandes dimensiones que permiten trabajar mas aprisa, y no tuvo la paciencia del artista, sin la cual no era posible hacer cosa buena en el género de Metzú. Opuesto en principios á este, le pedía consejos y en seguida se burlaba de él, bien es verdad que el tal Velding era una cabeza de chorlito. En Amberes se casó con una española, y se enceló de ella de un modo inusitado, lo cual dió ocasion á los sucesos que referirémos ahora y que juzgamos no desagradarán á nuestros lectores, y aun quizás no serán un relato perdido para todos.

Hallábase Metzú en su taller, sentado delante del cuadro que tenemos á la vista y que estaba ya terminado, para cuya ejecución le habia servido de modelo

su cuñada. Entonces se entretenía en retocar minuciosidades, mostrando con una natural sonrisa lo satisfecho que su obra le dejaba, cuando repentinamente se abre la puerta, entra Velding, al parecer algo afectado, y sin saludar se acerca al cuadro y exclama: con esta buena é inocente rubia debiera yo haberme casado, y no con aquella española morena, y tan casquivana que se muere de fastidio en nuestra patria. ¡Ay amigo! ¿por qué no tragiste á tu cuñada antes que yo marchase á Amberes para volver de allí con esta carga hartó pesada para mis hombros? Y si al menos estuviese seguro de que no ama á otro que á mí, le perdonaría todos sus caprichos. Pero hasta ahora, dijo Metzu sin alzar los ojos y continuando su faena, no tienes el menor motivo para dudar de la fidelidad de tu esposa. Hasta ahora, si he de decir verdad, no lo tengo, pero siento un triste presentimiento que es peor todavía: la incertidumbre me mata y á toda costa quiero saber á qué debo atenerme. Me he confiado á Ven Geel, que es mozo muy galante, y le he dado amplios poderes para poner á prueba la fidelidad de mi mujer. Creo que Geel le ha gustado, acaba de tener una larga conversacion con él, y despues de ella he dicho á mi mujer que me iba á pasar algunos dias en el campo para hacer estudios. De manera, dijo Metzu dejando la paleta, que para saber si te roban, metes los ladrones en casa. Hasta ahora no he tenido sospecha alguna acerca de la conducta de tu mujer, ni he dado crédito á tus palabras: mas desde este punto empiezo á inquietarme por tu suerte, porque del mismo modo que un artista no puede progresar sino teniendo fé en su talento, así no puede existir la felicidad conyugal sino con la confianza mutua. El que sin motivo se muestra desconfiado, merece que le engañen: mas el que prepara un lazo á su vecino caerá en él y recogerá el fruto de su engaño. Si quieres pues hacerme un favor á mí, y mas particularmente á tí, vuelve á tu casa, y procura llegar á ella antes que Van Geel.

— Dices bien, contestó Velding, pero guárdate el consejo, y déjame sufrir las consecuencias de mi conducta, porque la infidelidad será infidelidad, y seguirá su camino á despecho de cuanto se haga. Por otra parte, yo estaria muy contento si pudiese deshacerme de esta gorra y de este largo espadon que uso nada mas que para dar gusto á mi mujer. Esto es muy bueno en ciertas ocasiones, mas yo prefiero la sencillez holandesa. Voy á quitármelo y me quedaré aquí trabajando hasta que sepa lo que he de pensar de todo esto.

Metzu echó á pasear por el cuarto cantando:

Ay que Gante, ciudad noble.
Está en manos de españoles;
Cuyo color, cuya gracia
Vuelve á las gantesas locas.

— Bien, bien, dijo Metzu interrumpiéndose á sí mismo y sonriéndose con disimulo, quédate en buen hora, y te referiré un cuento: pues ahora ya no po-

dria trabajar : los italianos tienen unas ocurrencias de demonio. Adam Jeppen, ya sabes de quien hablo , aquel atolondrado que ha vivido mucho tiempo en Florencia , ha vuelto con la cabeza llena de esas historietas de Italia , que ahora están en boga , y las cuenta á cuantos quieren oirlas en la taberna donde le encontré ayer noche. Voy pues á referirte una , aunque no sé gesticular como él , que lo hace mejor que el mismo Teniers.

Azora , que era la esposa del persa Zadin , al volver un día de paseo , se presentó á su marido ardiendo en cólera , prorrumpiendo en exclamaciones de horror , de tal modo que su marido asombrado , le dijo : ¿ Qué tienes , hermosa Azora , qué es lo que te ha puesto de ese modo ? ¿ Qué ? exclamó ella , es una monstruosidad que no se ha visto igual en Babilonia. Si tú hubieras presenciado lo que yo , tu ira seria mayor que la mia. Iba á consolar á la jóven viuda Kosrú , que hace pocos días ha mandado levantar un mausoleo á su esposo cerca del rio. En el primer momento de su dolor prometió á los Dioses llorar al pié de ese mausoleo mientras el rio llevase agua.

— Oh ! dijo Zadin sonriéndose , era una mujer muy amable y que estimaba mucho á su marido.

— ¿ Si supieras lo que estaba haciendo cuando he ido á verla !

— ¿ Qué es pues lo que hacia , hermosa Azora ?

— Oh ! es horroroso.... figúrate que hacia cambiar el cauce del rio. Y dicho esto Azora vomitó invectivas contra la viuda , y las decia de veras.

Zadin , que tenia mas edad que ella y que estaba muy celoso , creyó que todo eso eran indicios de gran virtud. Esto le hizo mas celoso , y determinó probar á su esposa. Tenia un amigo llamado Hador , jóven muy agradable , y cuya compañía semejaba ser muy del gusto de Azora. Zadin le comunicó su secreto , se aseguró de su discrecion y le confió su proyecto. Por aquel entonces Azora habia ido á ver á una amiga suya á una quinta inmediata , y volvió al cabo de tres días. Los criados le participaron con gritos de la mayor desesperacion que su marido habia muerto la noche anterior , que nadie se habia atrevido á noticiárselo , y que el cuerpo de Zadin habia sido colocado en la tumba de sus predecesores. Azora derramó abundantes lágrimas , y se mesó los cabellos jurando que tambien moriria , cuando hé aquí que Hador pidió una entrevista para aquella noche , y habiéndosela concedido , los dos lloraron juntos. Al día siguiente lloraron un poco menos y comieron en buena compañía. Hador , á quien Zadin habia concedido poderes omnímodos , le refirió á Azora que el difunto le habia dejado gran parte de su fortuna : y cuando terminaron la comida , y hubieron bebido una copa de un néctar delicioso , le dijo que se consideraria como el mas feliz de los mortales si le permitiese unir su fortuna con la de ella. La hermosa lloró , se enfadó ; pero se fué calmando. La cena fué mucho mas larga de lo que habia sido la comida , en ella se habló con mucho mas gusto y abandono , y Azora

hizo la apología de su marido confesando no obstante que tenia algunos defectos que ella no supo conocer de pronto, y de los cuales Hador estaba exento. En lo mejor de la cena Hador se levantó quejándose de un violento dolor de estómago, alarmóse Azora, procuró con varios remedios triunfar del mal, se lamentó amargamente de que su médico estuviese ausente de Babilonia, y hasta tuvo la bondad de tocarle la parte que tanto dolor causaba al paciente.

—¿Soleis padecer esta dolencia? le preguntó mientras que con el abanico de plumas le frotaba la frente con el bálsamo de Semiramis.

—Sí, respondió Hador, es la única enfermedad que sufro, y que muchas veces me pone en el borde del sepulcro. Solo hay un medio de salvarme, y es medio que me indicó un anciano de Ninive, y que consiste en aplicarme sobre la parte enferma la nariz de un hombre muerto el día anterior. Es un remedio singular y verdaderamente extraordinario, dijo Azora. No es mas extraño, contestó Hador, que cualquiera otro de los medios de curacion fundados en la simpatía.

Esta razon, unida á las innumerables perfecciones del jóven, que ahora padecia, acabó de decidir á la hermosa que se dejó arrastrar por la compasion. ¿Acaso, exclamó, el poderoso dios Ophion-Saturno, negará el paso por el puente Tehinerapeel á mi marido, cuando se presente entre los bienaventurados, porque le falte un pedazo de nariz? No, ciertamente que no, y dirigiendo otra vez la vista á Hador, que permanecia agonizante, cogió las tijeras y corrió hácia el sepulcro de su marido. Lo bañó de lágrimas, acercóse al difunto que estaba tendido, se estremeció un momento, mas acordándose del jóven y hermoso Hador, se animó, inflamó su alma un afecto dulce, se inclinó resueltamente hácia el muerto Zadin entonces se incorporó lentamente, llevó por via de precaucion la mano á la nariz, y separando con la otra la fatal tijera. ¡Oh mujer! exclamó, no te irrites tanto contra la viuda Kosrú, porque venir á cortar la nariz á su marido es por lo menos una cosa tan mala como variar el curso de un rio.

Con esto Zadin adquirió la conviccion que buscaba, porque merced á sus órdenes vió la inconstancia de su mujer, que sin esa prueba quizás le habria sido fiel. Ya ves, Velding, á dónde conducen las sospechas, y el provecho que se saca de ellas.

—Bravo, bravo! dijo Velding encendiendo la pipa, y arrellanándose en la silla. Ya comprendo donde vas á parar con la tal historieta, pero yo quiero verlo: porque has de saber que tengo envidia á Zadin, él sabia á qué atenerse. Pero tú no has terminado el cuento, y callas por prudencia su desenlace, que tiene aplicacion á otro y no á mí. Tambien yo he oido contar á Adam Jeppen eso mismo, y voy á cojer el hilo de su relato.

Despues de lo sucedido Zadin sabia, como ya está escrito en el Zend, que el primer mes del matrimonio es la luna de miel, y el segundo es el mes de ámbar. Me he fingido muerto, dijo, para poner á prueba la virtud de mi mujer, y ella

me quiere cortar la nariz para medicinar á un rival. No has sabido resistir á la prueba, pobre Azora, y yo estoy amargamente desengañado. En efecto, poco tiempo despues hubo de separarse de la mujer con la cual ya no podia vivir; y entonces discurriendo consigo mismo acerca de lo que debia hacer, determinó estudiar la naturaleza como filósofo. Ningun mortal es tan dichoso, decia, como el observador inteligente que sabe leer en este gran libro de la naturaleza abierto delante de nosotros. Un hombre de esa clase está en posesion de la verdad, vive tranquilo y no teme que su mujer le corte la nariz. Lleno de estas ideas se fué á su casa de campo á orillas del Eufrates, allí se dedicó á calcular la cantidad de agua que por minuto pasa por debajo del puente, el número de gotas de agua que cae durante el mes de mayo, y otras particularidades de historia natural. A la vuelta de algun tiempo habia adquirido un discernimiento verdaderamente extraordinario, como lo prueban los dos sucesos siguientes. Paseábase un dia por los confines de un bosque y vió correr hácia él un paje de la reina con muchos otros oficiales de palacio; todos ellos parecian estar muy inquietos, corrian acá y acullá como si hubiesen perdido alguna cosa de importancia. Viajero, dijo el gran chambelan á Zadin, ¿habeis visto el perro de la reina? Quereis decir perra, que no perro, contestó modestamente nuestro naturalista. Teneis razon, dijo el chambelan. Es, prosiguió Zadin, una perrita de Bactriana, que cojea de un brazo, ha parido recientemente y tiene cuatro orejas muy largas. Segun esto la habeis visto, exclamó el chambelan: loado sea Dios. Nunca, repuso Zadin, y hasta ignoraba que la reina tuviese perra.

Como las desgracias nunca vienen solas aconteció que en aquel mismo dia el mejor caballo del rey se escapó de las manos de un palafrenero y echó á correr por la llanura de Babilonia. Los criados de la corte corrieron tras el caballo con la misma inquietud con que los otros iban tras la perra. Zadin los encontró como á los primeros, y uno de ellos le preguntó si habia visto el caballo del rey. Es un excelente caballo, dijo nuestro filósofo, tiene cinco piés, cascos muy pequeños, la cola de cuatro piés y medio de longitud, y lleva herraduras de plata. ¿Qué camino ha tomado? ¿En donde está? le preguntó un escudero. No lo he visto nunca, contestó Zadin, y esta es la primera vez que oigo hablar de él. Los criados de palacio persuadidos de que Zadin habia robado perra y caballo lo detuvieron, fué llevado ante el gran Desterham, y condenado á azotes y á destierro perpetuo: mas apenas se hubo pronunciado el fallo cuando fueron hallados perra y caballo. Los jueces hubieron de anular la sentencia, pero condenaron á Zadin por haber dicho que no habia visto lo que habia visto á una multa de cuatrocientas onzas de oro, y no pudo justificarse hasta que hubo satisfecho esa cantidad. Puesto entonces ante los jueces del Desterham habló en tales términos:

Astros de justicia, abismos de ciencia; vosotros que sabeis distinguir el esplendor del diamante del valor del oro, ya que me es permitido hablar con since-

ridad delante de esta gran asamblea, juro por Orosmodo que no he visto la perra de nuestra muy querida reina, ni el caballo de nuestro rey muy venerado. Paseábame por el bosquecillo, en donde hallé por casualidad al gran chambelan y á los demás servidores de palacio. En la arena habia visto huellas que conocí ser de un perrito: el largo reguero que habia en medio de esas huellas me indicó que era de una hembra que habia parido recientemente y que criaba. Otras dos líneas paralelas marcadas tambien en la arena me parecieron trazadas por las orejas de la perra y que debían ser muy largas: y como las huellas dejadas por los piés de la perra no eran igualmente profundas, hube de comprender que la perra favorita de la reina cojeaba un poco.

En cuanto al caballo, en el camino que conduce al bosque, habia observado huellas de un casco de caballo equidistantes, y dije para mí que ese caballo debia galopar perfectamente. A los dos lados de un estrecho sendero, y á tres piés y medio del centro del camino, tanto á la derecha como á la izquierda, se veia que el follaje habia sido azotado; y yo calculé que eso debia ser obra de la cola del animal, que por tanto habia de tener tres piés y media de larga. Algo mas léjos y en un punto donde las ramas enlazadas formaban una especie de arco encima del camino, ví hojas recientemente caidas, y sabiendo por experiencia que en semejantes sitios los caballos tienen la costumbre de encorvar la cabeza hasta ponerla al nivel del crucero, saqué la consecuencia de que el caballo debia tener cinco piés. Finalmente, la señal dejada por el pié del caballo en una piedra del camino, que ví era piedra de toque, me dijo de un modo claro que llevaba herraduras de plata.

Los jueces se quedaron asombrados al ver la profunda sabiduría de Zadin: su reputacion llegó á oídos de la reina y del rey: no se hablaba mas que de él en las antesalas de palacio, y en las salas de audiencia, y aunque muchos sabios de la corte fueron de dictámen que debia quemarse por brujo, el rey ordenó que se le devolviesen las cuatrocientas onzas de oro de la multa. En virtud de esta disposicion, los jueces, vestidos de gran gala, se trasladaron á casa de Zadin para restituirle las cuatrocientas onzas, únicamente se retuvieron trescientas noventa por las costas del proceso, y los empleados subalternos reclamaron una gratificacion. Entonces conoció Zadin que á veces tambien hay riesgo en saber demasiado, y en adelante se guardó de decir lo que sabia.

Bien pronto se le presentó ocasion de hacerlo. Estábase asomado á una ventana cuando pasó un prisionero de Estado que acababa de escaparse. Los dependientes del gobierno se dirigieron á él para que les diese alguna noticia, él no contestó cosa alguna: mas como luego se justificó que estaba en la ventana al atravesar el preso la calle, se le condenó á la multa de quinientas onzas de oro, y aun hubo de ir á dar gracias á los jueces, segun es costumbre en Babilonia. ¡ Gran Dios! exclamaba, ¿ á qué no está uno espuesto en el mundo? El

temor de un mal os conduce á otro peor: es un mal pasar por el bosque que han atravesado el caballo del rey ó la perra de la reina: es peligroso asomarse á la ventana, y tener mujer de cuya fidelidad se sospeche, de suerte que es muy difícil ser dichoso en este mundo.

Ya ves pues, dijo Metzu, que si Zadin fué digno de compasion por haber tenido una mujer demasiado amante, lo fué todavía mas por haber querido escudriñar los secretos de la naturaleza. Léjos de mí, contestó Velding, proponerme ser mas dichoso que él en cuanto á lo primero; mas por lo que respecta á lo segundo espero serlo mas, y si yo siguiese la marcha lenta y paciente que tú sigues cuando trabajas, seguramente no me desesperaria.

—Hasta ahora, dijo Metzu, estas historietas solo han servido para divertarnos, mas no para proporcionarnos enseñanza alguna; pues á decir verdad, no es muy clara la moraleja que de ellas se deduce. Dejémonos de todo eso, y léjos de seguir el camino de Zadin en esas expediciones que tienen mas de curiosas que de útiles, y que por lo mismo son arriesgadas, no nos movamos del arte, en donde podemos realizar nuestras ideas, y nuestros estudios, en donde hallaremos tranquilidad de espíritu, y alegría nunca interrumpida. Sigamos las reglas del arte, pero estricta y severamente, porque el artista que quiere emanciparse de ellas, se parece al navegante que se lanzase desde el buque á la mar para estar mas cómodamente. Pereceria allí, ó bien.....

—O bien, dijo Velding interrumpiendo, podria trasladarse á otro buque mas velero. Sábetelo, amigo, que no hay regla sin escepcion, cada uno tiene su carácter y sus inclinaciones. Yo abandono la pintura al óleo y voy á dedicarme á los frescos: allí podré sacar partido de mis primeros estudios de paisaje y arquitectura. Las grandes dimensiones disimula mis cortos alcances para los detalles que reclaman una minuciosidad que no es de mi gusto. Para mí es imposible pasarme tres dias, como haces tú, para pintar una pluma de gallo: voy á seguir otra escuela: me marchó á España ó á Italia, pero antes quiero tener alguna noticia de Van Geel; y mientras que no la recibo, aquí me quedo y trabajaré contigo. Metzu no se atrevió á contrariar la resolucion de Velding, y á la hora de costumbre la esposa y la cuñada de Metzu entraron en el taller, y saludando al jóven le invitaron á cenar con ellos. Se cenó alegremente, Velding elogió mucho la cocinera pintada por Metzu, pero aun estuvo mas galante con el original, que en realidad era muy agradable, y cuya candidez y frescura verdaderamente holandesas, gustaron mucho á Velding. Antes de acostarse Metzu llamó todavía á su amigo para rogarle encarecidamente que volviese á su casa, mas no pudo conseguirlo.

Hacia media mañana del dia siguiente, estando los dos amigos trabajando, recibió Velding una carta de Van Geel, en la cual este le decia: «Me ha costado muchísimo trabajo sondear á tu mujer, la cual ha no haberle yo revelado

»el secreto de que tú amabas á otra , no se hubiera decidido á dar un paso ca-
»paz de despertar tus celos. Esta mañana ha partido conmigo á Bruselas, dejan-
»do en tu casa una carta en la cual te dice que vista su desgracia se ha vuelto
»á Amberes á casa de sus padres. Puedes estar seguro de que dentro de poco
»te daré noticias mas interesantes, porque la belleza de Clara parece autorizar-
»me para suponerlo así. Por ahora solo puedo decirte que ella me ha confiado
»que encuentra en mí muchas ventajas sobre tí. Perdona esta claridad , mas tú
»sabes , hermano , que todo lo que hago lo hago por amistad hácia tú per-
»sona. »

—Hé aquí confirmados mis presentimientos , exclamó Metzu lleno de ira: fá-
cil me ha sido adivinar la ligereza de mi antiguo discípulo Geel ; pero amigo
mio , ten calma , calma por Dios. ¡ Calma ! dijo Velding : ¿ Acaso la necesita
uno cuando está alegre ? Héme aquí otra vez libre y venturoso , y cuento que
Geel y Clara lo serán igualmente , porque se adaptan muy bien el uno al otro:
él es galante , caballeroso , y gana cuanto quiere ; y ella es caretera , manirotta,
y amiga de la ostentacion y del lujo. Ya ves que no puede darse pareja mas
bien combinada. Héme aquí renacido á la vida : voy á mi casa, recojo mis avíos
y vuelo á Bruselas, no para castigar á los dos infelices, sino para darles mi ben-
dicion y dejarles completamente tranquilos. Me divorciaré , despues marcharé á
Italia , y cuando haya hecho los estudios que deseo , volveré para pedirte, si es
posible , la mano de tu hermana política.

Al decir las últimas palabras se detuvo delante de Metzu , le abrazó y sin
darle tiempo de contestar una palabra embozóse en la capa y echó á correr. Metzu
no sabia resolver si aquello era cosa de reirse ó de derramar lágrimas ; y hubo
de comprender que hay hombres escéntricos hasta un punto increíble. La mujer
de Metzu y su hermana nada reprehensible encontraban en el comportamiento de
Velding , porque las mujeres casi siempre se muestran hostiles á la parte perju-
dicada , y entre ellas nada se perdonan : así pues dieron toda la culpa á Clara.
Metzu al dia siguiente fué á casa de Velding para echarle todavía un sermon,
pero ya habia marchado.

En efecto, el jóven cumplió su palabra, se separó de su mujer sin enfadarse
con Van Geel, se fué á Bolonia para aprender la pintura al fresco , y logró su ob-
jeto aunque nunca pudo formar en primera línea. Al cabo de seis años de estu-
dios dió la vuelta á su país , y segun habia prometido, pidió á Metzu la mano de
su cuñada , á quien los años habian dado la esperiencia necesaria para ser una
buena ama de casa. En su compañía se fué á Bruselas, en donde encontró el tra-
bajo necesario para vivir holgadamente.

En cuanto á Metzu no fué tan feliz en el último período de su vida : habia
perdido la salud , y tuvo una muerte precoz á la edad de 42 años en el de 1658.
Su colorido tiene viveza y armonía , y en todos sus cuadros reina una entonacion

clara argentina. La luz blanca y pura de un sol que al través de un cielo enca-
potado hiriese una roca oscura y cubierta de yerbas, puede dar una idea de esa
entonacion.

Las composiciones de Metzu son de carácter calmoso, imágenes tranquilas de
la realidad bosquejadas en la cámara oscura de una observacion reflexiva. Su
dibujo es perfectamente correcto, y su pincel tan ajustado á las reglas del arte,
que bien puede vaticinarse á sus obras una inmortalidad segura.

Juan Cortada.

EL MUCHACHO Y EL PERRO.

(CUADRO DE G. TERBOURG.)

Vivia en Alemania un rico propietario muy estimado por sus virtudes y por la caridad que obraba con los desgraciados. Su esposa no menos virtuosa que él se complacía también en ejercitar la piedad cristiana: habíales dado Dios para consuelo de su vejez, perpetuar su descendencia y como prenda de su matrimonio un hermoso niño á quien amaban entrañablemente y rogaban á Dios incesantemente les conservase aquel ídolo de su cariño y le concediese el don inestimable de llegar á ser aplicado y cual ellos virtuoso, procurando al mismo tiempo darle una educación esmerada con el único fin de que algún día pudiese ser un hombre instruido, recto, probo y útil á la sociedad por todos conceptos. Luego que estuvo en edad de poder ir á la escuela lo confiaron sus padres al esclarecido doctor Valt, hombre muy venerado y sabio de aquella época, celoso por demás de la educación de la juventud, á la que dedicaba mucha parte del día con un celo tan esquisito y una bondad tan estremada, que mas bien parecia padre que maestro. La casi totalidad de sus jóvenes alumnos hacían rápidos progresos en el estudio de las primeras letras. Como conocía muy á fondo los caprichos humanos y el corazón del hombre por haber recibido su educación en la escuela de la desgracia y del infortunio, á la cual debía sin embargo su nombre y posición, su talento y virtudes, se desvelaba en experimentar las acciones mas recónditas de sus educandos, examinaba sus costumbres é inclinaciones, aconsejando despues á sus padres la carrera que debían darles como única en que podían hacer progresos, sin consentir jamás se violentase la voluntad de ninguno. El mismo les interrogaba con frecuencia qué profesión, arte ú oficio les agradaba mas, y segun le respondían, iba examinando las tendencias de cada cual para no engañarse en el juicio que habia formado. La seguridad con que nuestro buen doctor sondeaba



Le Garçon et le Chien
Boy & Dog. Kinabi & Hani
Chitpak a psem

el corazon de sus discípulos, y lo bien que sabia amoldarlo á los principios de una sana moral, dieron gran renombre á su reputacion, que rara vez se veia desmentida por la esperiencia, la opinion emitida en tal ó cual concepto; por cuya circunstancia los padres conseguian hacer elecciones acertadas. Mil veces se le veia derramar abundantes lágrimas de gozo, cuando los niños se acercaban á besarle la mano á la entrada y salida de la clase, encargándoles que aquel homenaje de respeto debían tributarlo también á sus padres como muestra de agradecimiento, puesto que el hombre jamás podrá pagar con nada del mundo lo que debe al autor de sus dias por los muchos desvelos y cuidados que cuesta especialmente en la niñez. No olvideis, amiguitos míos, los consejos de vuestros mayores como tampoco los servicios que en vuestra infancia os han prestado, los que os prestan aun y los que de ellos esperar debeis hasta que os podais hallar en disposicion de *gobernaros por vosotros mismos*. No hay mejor amor que el de unos buenos padres ni cariño alguno que sea comparable al de la madre. Sed generosos y agradecidos: porque no hay defecto mayor que la avaricia, ni vicio alguno que tanto degrade al hombre como la ingratitud. Debeis evitar el que os adulen porque al hacerlo tratan de pervertiros y engañaros. En los labios del que os aprecie, se posará la amarga verdad que ataca en el hombre la parte mas sensible, que es su amor propio, pero al mismo tiempo revelan males que no conoceis por falta de la debida esperiencia: y por el contrario, en los del que os aborrece vereis la lisonja siempre con fácil acceso pronta á penetrar en el fondo de vuestra alma para corromperla y pervertirla. Los necios desprecian la sabiduría, porque no pueden conocer lo que ella vale: y odian la instruccion porque una buena educacion les obligaria á hacer esfuerzos de que no son capaces.

Sus discípulos le escuchaban con el mayor placer, tanto porque amenizaba su conversacion con infinitos ejemplos morales y máximas que entretenia su infantil imaginacion, cuanto porque les demostraba un afecto parecido al que les profesaban sus padres, lleno de dulzura y mansedumbre, consiguiendo por este sistema grabarlos indeleblemente en el ánimo de aquellos á quienes instruia. Tantas cuantas veces se vió obligado á tener que aplicar algun ligero correctivo á cualquier niño incorregible, se le veia deshacerse en amargo llanto al considerarse precisado á ello para así refrenar aquella frágil humanidad propensa á cada paso á cometer errores y pronta por una fatalidad inherente á su naturaleza á pisar la senda del vicio y la corrupcion. Su pesar era tanto mas vehemente, cuanto que consideraba que no podia prescindir de adoptar aquella medida, porque no olvidaba que semejante el corazon á los tiernos arbolitos de un rico plantel que crecen por doquier descuella por aquí y acullá alguno plagado de sinuosidades que inauguran una existencia defectuosa y pervertida, que reclama con imperiosa voz la necesidad de corregirlo en su primitivo estado para conseguir mas tarde la rectitud en sus principios, formándolo, en vez de perjudicial, útil á los usos para que ha sido criado.

Este era el mayor cuidado del virtuoso doctor que se dolía constantemente sobre el desarrollo de las humanas pasiones, y habría dado gustoso su salvación por preservar á sus semejantes de la inevitable ruina á que los conduce los extravíos mundanales.

Federico, este era el nombre del niño, prestaba una estremada atención á los sabios consejos de su Dómine, y al principio fué muy apreciado del mismo y de sus condiscípulos. Con una facilidad admirable aprendía cuanto se le enseñaba y quizá por la primera vez en su vida se engañó el sabio doctor al juzgar su carácter y lo que podría dar de sí. A la edad de siete años en que se hallaba, no había ninguno entre sus compañeros que le aventajase; su dulzura y mansedumbre, al mismo tiempo que su carácter franco y amable, le captaron el singular aprecio de su preceptor y colegas, que en los ratos de recreo todos se disputaban el placer de estar á su lado y jugar con él, con una sencillez, amabilidad é inocencia que encantaba.

Federico era muy apreciado, no solo de sus padres, sí que tambien de cuantos le conocían por el simpático carácter de que estaba dotado. Poco tiempo, empero, bastó para cambiar completamente este cariño, no solo en amenazas y castigos por parte de sus padres y maestro, sino tambien en desprecio por parte de sus concolegas. La naturaleza parecia haber despertado en su imaginación un conocimiento y una comprensión extraña á sus pocos años, y él, que convencido de que era el objeto de las caricias de su sabio maestro y lleno de orgullo al verse distinguido entre sus restantes amigos, su inesperienza, no pudo disimular un impulso de vanidad que fué suficiente para acarrearle el desprecio de aquellos mismos que antes le honraban y distinguían con él. Sus padres y el sabio doctor, que notaron con asombro aquella instantánea mutación de sentimientos en su alma tan jóven, trataron de cortar el mal en su raíz, y no omitieron medio alguno para ello, valiéndose ya de las amonestaciones y consejos, ya del castigo, y aunque consiguieron hacerlo desaparecer de un todo, no pudieron sin embargo evitar uno de sus primeros y mas perniciosos efectos, que fué el de la desaplicación de Federico: antes se le veía disgustado si se le distraía del estudio, y ahora los libros le causan hastío y hasta le exaspera el sentir hablar de ellos, así como su asistencia á la cátedra. Muchos dias se pasaban así, y sus padres llenos de angustia no sabían qué partido tomar, ni se atrevían á forzarlo demasiado ni abrumarle con continuas y severas correcciones, porque sentían que se les desgraciara aquel hijo que tanto adoraban, llenos de fé y confianza en que el tiempo y la razón irían despertando en su alma la sana reflexión, de acuerdo con la noble emulación que unida á los buenos consejos, á los ejercicios de humildad y de virtud que continuamente trataban de inculcar en su corazón le volverían dócil, aplicado y virtuoso, sirviéndole su propio pundonor de estímulo para aplicarse cuando tuviera que rivalizar con otros jóvenes mas instruidos; circunstancia que le haría conocer

su torpeza y el ominoso abandono en que yacía. Así lo creían sus padres y lo esperaban, poniendo su confianza en Dios como único que puede tocar el corazón del hombre y cambiar en un instante la faz de su existencia.

Federico entretanto no cejaba un solo paso en el camino que había emprendido, sin que por eso disminuyese en lo más mínimo el cariño que siempre profesaba á sus padres. Había olvidado todo cuanto aprendió: de su memoria se iban borrando una á una las máximas de su preceptor, y no obstante de ir diariamente á la escuela no prestaba ninguna atención al estudio, pues su mente, fija en los placeres del juego, no se ocupaba de otra cosa que de buscar medios para satisfacerlos de una manera digna y cumplida cual lo exige la imperiosa voz de sus inclinaciones.

Por las tardes iba á pasear en compañía de su papá, quien no le perdía un solo segundo de vista con el fin siempre de aprovechar aquellos momentos en que estasiada su ardiente é infantil imaginación en la contemplación de algún objeto agradable le pareciese á propósito para inculcar en su corazón sabias y morales reflexiones. Cuantas y cuantas veces le puso de manifiesto la admirable conducta y envidiable aplicación de sus amiguitos, su afición al estudio, su docilidad y todas sus buenas cualidades que les merecían el aprecio de todo el mundo; pero nada bastaba á hacer variar á Federico, y su vida se deslizaba florida en el tierno vergel de sus pueriles ilusiones y pasatiempos. La mayor parte del día lo pasaba siempre jugando y acariciando un hermoso perro que había en su casa, animal muy dócil y estimado de sus padres á quien nuestro joven profesaba un acendrado cariño: nunca se separaban, y el animal, que comprendía cuanto le estimaba el niño, redoblaba sus halagos y concluyó por no recibir el pan de otras manos que de las de su amigo.

Así transcurrían los días complaciéndose en el juego, y no advertía el infeliz que cada acción de su vida que demostraba hastío al estudio ó poca aplicación al trabajo, menos docilidad y mansedumbre, era un nuevo puñal que desgarraba el corazón de sus cariñosos padres.

El sabio Valt, á la par que los padres de nuestro joven, sentía también en su alma una pena, un sentimiento tan inmenso al ver esterilizados sus esfuerzos para colocarle en la senda de la razón, que se desvivía buscando un medio seguro y eficaz con que sin violentar su inclinación, sin castigarlo de modo que pudiera perjudicar su delicada complexión, produjese no obstante un resultado satisfactorio en el que el mismo joven conociese su falta y tratase de enmendar su conducta, volviendo al camino que había abandonado haciéndose indigno del aprecio de su maestro y del afecto de sus amigos: para conseguirlo discurrió uno que le pareció el más á propósito.

La noche de Navidad había preparado un magnífico baile á fin de obsequiar á sus discípulos y con el objeto además que conocerán nuestros lectores. Aquella

noche debian asistir á el muchas niñas tan encantadoras como bien educadas, siendo uno de los concurrentes nuestro jóven Federico, á quien halagaba sobre manera la idea de lo mucho que se esperaba distraer en aquella tan deseada como brillante y escogida sociedad. El tiempo corre con una calma espantosa.... interminable, se decia el jóven : qué noche se me espera... tal vez la mas dichosa de mi vida; y en su semblante, sus acciones é impaciencia se traducia aquella expresion del alma que en el language del silencio se comprende sin embargo con suma facilidad.

Tocó por último en el reloj de su impaciencia la suspirada hora acordada para dar comienzo á aquella expansion dulce é inocente, llena de goces, que con doradas formas se presentaba á su infantil imaginacion y en que creia llegar al colmo de su dicha. Presentóse en ella el niño con una alegría inesplicable, con un placer indefinible y un gozo que cualquiera á primera vista habria conocido su decidida inclinacion al ocio y al juego.

Buenas noches, mi querido maestro, dijo Federico acercándosele y besándole la mano. El doctor le miró con rostro severo á la par que triste, y le condujo de la mano al asiento que debia ocupar al lado de sus concólegas que se encontraban entretenidos con las niñas, hablando unos de sus progresos en la lectura y escritura, y otros de los adelantos en aritmética y dibujo. Federico les saludó con cordialidad y le fueron devolviendo el saludo cada cual con una notable indiferencia que no le impresionó, y quiso no obstante tomar parte en la conversacion, pero sufrió una prueba que le llenó de confusion y vergüenza; nadie le hacia caso y todos parecian despreciarle. Aquellos mismos niños que dos años antes se disputaban el honor de distraerse á su lado en las horas de recreo y que le amaban entrañablemente tratando de rivalizarle en dulzura, modestia y aplicacion, ahora le despreciaban, se mofaban de él y procuraban separarse de su lado por temor de adquirir sus mismos defectos. Federico empezó á saborear el acíbar que encerraba el fruto que habia recogido del condenado árbol de su relajacion al verse objeto del menosprecio de todos. Abochornado, corrido y lleno de vergüenza se puso á llorar aunque con disimulo. Un rato hacia devoraba en silencio sus lágrimas cuando notó otro nuevo incidente que acabó de aterrorizarle. Cuando entró en el salon y se acercó á saludar á su maestro, se contentó el virtuoso Valt con darle á besar la mano sin que se dignase decirle una sola palabra, y ahora veia que no entraba niño alguno á quien no besare en la frente, prodigándole al propio tiempo mil caricias, y encomiando su aplicacion los presentaba á la señora marquesa de Vatemberg, que era la dueña de la casa, que les obsequiaba con aquel rato de distraccion.

Ella tambien besaba á su vez á cuantos le eran presentados, complaciéndose en hacerles mil preguntas á que ellos contestaban con la mayor prontitud y acierto, porque eran estudiosos y estaban siempre atentos á las sabias explicaciones de su querido maestro.

Inconsolable era en extremo la situacion de Federico al apreciar una dulce y tierna alegría en el corazon de sus compañeros que todos se disputaban la satisfaccion de abrazar el primero que entraba en la sala. Ellos eran el verdadero reverso de la medalla de Federico, pues mientras él lloraba recordando cuanto le querian antes todos, los otros, llenos de entusiasmo por los plácemes que recibian, gozaban de envidiable felicidad al ver recompensados así su mérito y su aplicacion.

Tan severa leccion trajo á su memoria el recuerdo de lo pasado, y hondos suspiros se escapaban de su pecho y exclamaba: ¡Oh! que distinto tiempo era aquel; antes feliz, dichoso y querido de todos, cuando hoy experimento efectos contrarios.

Conocida su falta, estuvo tentado para ir á postrarse á los pies del señor Valt, pedirle perdon y ofrecerle ser muy aplicado, laborioso y humilde; pero aquella variacion de sentimientos, aquella mudanza que sentia en su interior, ¿nacia de su corazon? No, aquel no era un propósito firme aun, le faltaba una prueba mucho mas terrible que sufrir para convencerse de que era necesario ser estudioso y deponer la holgazanería y el juego.

Aquella sensacion que experimentaba era hija del momento, transitoria, y no podia por lo tanto ni debia dar ulterior resultado. Los celos, la envidia eran las únicas causas que producian en su alma aquella emocion.

Por fin empezó el baile, y cada uno de los niños eligiendo pareja se deslizaban alegres sobre la alfombra que cubria el pavimento, al son de las acordes melodías de la orquesta. Todos respiraban alegría, gozo, felicidad; pero Federico no bailaba, sabia muy poco, apenas nada y le daba vergüenza tomar parte en una diversion en que habia de hacer un papel muy ridículo. A fuerza de reiteradas instancias de la señora marquesa, se levantó de su asiento y fué á buscar compañera, pero ninguna niña queria bailar con él, pues enteradas por sus amiguitos de su poquísima ó ninguna aplicacion, de su aficion al juego, todos le despreciaban. ¿Qué hacer pues en aquella apurada situacion en que todo era ocasion de bochorno para él? En llanto y desesperacion se convirtieron los dorados sueños de nuestro jóven Federico, y en donde creyó encontrar el gozo, la satisfaccion y la realizacion de su idea, halló el mas desesperado hastío, por cuya razon resolvió enmendarse en lo sucesivo.

Ya habian concluido de bailar una polka, y cuando iban tomando asiento para descansar, los criados colocaron en medio de la sala una gran mesa cubierta con un rico tapete, y sobre ella varias bandejas de dulces y refrescos; entre ellas habia una cubierta que escitó la curiosidad de la mayor parte de los niños, pues ninguno sabia lo que contenia.

¿A qué no sabes, Alejandrito, lo que hay en esa bandeja? dijo la marquesa á uno de los niños que era el mas estimado y que parecia manifestar mas viva cu-

riosidad.—Lo ignoro, señora, y lo siento en verdad.—Paciencia pues, amiguito, contestó la señora; lo único que por el presente puedo asegurarte es que os preparo una sorpresa la cual no dejará de seros grata causándoos una sin par satisfacción. Luego de colocados en la mesa invitaron á nuestro jóven para que se acercara tambien á ella, pues habia quedado solo aislado en un rincon sin que nadie notase su falta si esceptuamos el doctor y la marquesa. Federico creyó entonces que habian para él terminado sus congojas y que se le abria una nueva era de regocijos, pero se habia equivocado por desgracia. Se le iba á sujetar á una prueba en la que habia de ser pública su desaplicacion y torpeza, prueba en que iba á ser el blanco de la burla de todos los jóvenes, prueba en fin terrible para un jóven bien educado.

La señora levantó el paño que cubria la bandeja objeto de tanta curiosidad y distinto comentario, y aparecieron multitud de bandas de seda ricamente bordadas y con ellas una porción de medallitas de plata cuidadosamente cinceladas con destino á premiar el mérito, la virtud y el incesante desvelo al estudio; y para que el contento fuese general y no hubiese lugar á enojos, estaba acordado que se sorteasen, pues que de este modo todos quedarian satisfechos con lo que la suerte les deparase. Para el efecto se inscribieron en una porcion de cedulitas preparadas de antemano el nombre de cada niño en las unas y en las otras la clase del premio que debia recibir. Federico fué el elegido para estraerlas é ir leyendo en alta voz el nombre que contenia cada cual. Todos los jóvenes esperaban impacientes la señal para dar principio á aquella ceremonia: el gozo era general, indescriptible la alegría: cómo palpitaban de tierna emocion los corazones de aquellos inocentes en el instante mismo en que veian próximo el momento de recibir su premio, que les valdria la ternura y amor de sus padres, el aprecio de su maestro y el cariño de la marquesa! Cuántos besos, halagos y tiernas demostraciones del entrañable afecto iban á recibir de los autores de sus dias al presentarse ante ellos con aquella insignia que era el símbolo fiel, la franca expresion de su aplicacion, que traducia en su mudo silencio el don de laboriosos que demostraban á la sociedad al lucir sobre su pecho el premio de sus desvelos, de su asídua aplicacion! Sus inocentes y cándidas acciones indicaban la tierna y agradable emocion que á su pesar no podian ocultar. Oh! pura inocencia! cuán grata eres á los ojos de aquellos seres cuya alma no ha emponzoñado aun el fétido hálito de las mundanas pasiones! Edad dichosa en que todo se presenta risueño y grato á la infantil imaginacion; dia sin noche; existencia sin ansiedad en que todo es bello, sublime, heroico y encantador, y en que en fin, y para de una vez acabar, la maledicencia del mundo no ha turbado con el fuerte vendabal de sus mentidos placeres el agradable reposo en el vergel frondoso y florido de la primavera de la vida.

La señora marquesa, que presidia este solemne acto, hizo una señal á Federico,

quien al instante estrajo de uno de los dos globos que tenia á su disposicion la primera bellotita, y de dentro la cédula que contenia, cuya inscripcion apenas pudo leer con la facilidad que debiera y era de esperar, no obstante de ser el nombre en ella estampado el de uno de sus mejores amigos. A duras penas y despues de muchas dificultades pronunciólo, y en seguida tomó del otro la segunda, que estraida como la primera, le tocó en suerte una banda de seda carmesí primorosamente bordada que inmediatamente le fué colocada sobre el pecho por la marquesa, prodigándole un sin número de caricias. El niño lloraba de gozo al verse halagado con tan pomposa distincion, besando ora la mano de la señora, ora la del profundo abate Valt, á quien era deudor de tal merced por los adelantos que habia hecho en su carrera. Pasadas las primeras impresiones de alegría, codiciaba el presentarse á sus padres para que premiasen sus progresos con las caricias de que estaba ya necesitado. El doctor leyó en su corazon la pasion y el deseo que le dominaba, procuró tranquilizarlo, ordenándole, una vez conseguido, volviéndose á ocupar su lugar hasta que aquella ceremonia hubiese terminado.

Conocida la incapacidad de Federico, se dispuso que cada niño fuese estrayendo las dos bellotas de cada globo hasta que finalizó la operacion, recibiendo cada cual su premio en suerte y los mas cumplidos plácemes de la marquesa y el Sr. Valt. Todos los jóvenes de ambos sexos ostentaban sus divisas á cual mas lindas; uno solo se habia quedado sin condecoracion, y era Federico, á quien le devoraba el mas amargo pesar al ver á sus condiscípulos tan satisfechos y orgullosos con aquella distincion, símbolo y franca espresion de su aplicacion: él se hallaba solo sin galardón porque no lo merecia, y corrido de vergüenza quiso retirarse, pero no se lo permitió el doctor. Ya llegará la hora de que V. se retire, le dijo, y reuniendo todos los niños en el salon les hizo formar círculo colocándose con Federico en el centro. Todos guardaron profundo silencio y esperaban el resultado. El doctor, revistiéndose de energía, dejó en el fondo de su alma el sentimiento que le causaba aquella escena desgarradora pero necesaria: dirigióse á Federico, diciéndole: Qué le parecen á V. los premios de sus compañeros? son de delicado gusto, no es verdad? Y el de V. dónde lo tiene? qué ha hecho de él? Federico lloraba: el Dómine continuó. Ahora bien: y puesto que la desaplicacion de V. le ha hecho indigno tambien de ser premiado, no puede V. continuar por mas tiempo al lado de estos niños obedientes y laboriosos ni de participar con ellos de las diversiones que la marquesa tiene preparadas para obsequiar á quien lo merece: coja V. su gorra y el criado le conducirá á su casa, hasta tanto que variando de comportamiento, aplicándose y observando una buena conducta como ellos, se haga V., señor mio, digno otra vez de mi aprecio. Qué vergüenza! esclamaron todos los niños á coro, al notar que el criado acompañaba á Federico á su casa y era espulsado de aquella sociedad. Aquel acto tenia una importancia tan marcada que fué apreciada por todos los niños como merecia; no obstante su

corta edad, era una accion degradante, un desprecio tan solemne que produjo en el ánimo de cada cual un mágico efecto. Tan vivas impresiones produjeron en nuestro jóven una ligera indisposicion que le precisó á guardar cama por unos cuantos dias, siempre llorando, inconsolable siempre, no obstante que el sabio doctor le visitaba con frecuencia exhortándole á la enmienda con afectuosas expresiones, haciéndole ver cuan cara le costaba su desaplicacion: el niño, que sin perjuicio de su corta edad llegó á convencerse de la realidad, cuando abandonó el lecho se dispuso á ir á la escuela, y una vez colocado en su acostumbrado lugar pidió permiso al maestro para hablar y se espresó en los términos siguientes: Amiguitos, yo conozco que me hecho indigno de vuestra amistad y del afecto de nuestro buen preceptor; por lo tanto os suplico con encarecimiento me perdoneis, pues de hoy en adelante no pensaré mas que en estudiar para así recobrar vuestro aprecio. Acto continuo besó la mano al doctor que le tendió los brazos y estrechó uno á uno á sus compañeros. La buena marquesa no se descuidó tambien en hacerle su regalito, y en poco tiempo Federico consiguió con su aplicacion y modestia el mismo puesto que antes ocupaba, llegando á captarse otra vez el cariño de sus amiguitos. Algun tiempo despues tuvo ocasion de ensanchar é ilustrar su esperiencia en aquel perro que tanto habia querido. Desde que se levantó de la cama no echó nunca de la memoria la triste leccion que recibió en el baile, y esta misma le hizo olvidar de un modo absoluto y completo las caricias que prodigaba de continuo al generoso animal, castigándole cuando se le acercaba reconocido á las pruebas de afecto que le habia dispensado durante el período de su punible desaplicacion.

Una tarde de primavera se hallaba con sus padres en una hermosa quinta que poseian á cierta distancia de la capital: hallábase Federico asomado á una ventana leyendo, y vió llegar á la puerta balando asustado un hermoso cordero á quien queria con estremada solicitud por habérselo regalado su papá segun la costumbre que hay en Alemania de llevar cada niño al prado en la referida estacion uno de aquellos animalitos, que se tienen en grande estima en el susodicho imperio. Al momento que lo vió empezó á llamar á los criados para que le abriesen la puerta y viesen si habia recibido algun mal. Apenas concluyeron de examinarle, llegó el perro fiel todo cubierto de sangre y lleno de mordeduras tan grandes y profundas que daba lástima. Federico se conmovió al verle en aquel estado, y por la primera vez despues del baile, se dignó hacerle fiestas y corrió á avisar á su papá para que le curasen. Uno de los criados, que habia visto lo que pasó, dijo que hallándose paciando el corderito en uno de los extremos de la quinta que confinaba á un pinar espesísimo, vió venir un lobo que se dirigia al corderito para saciar la hambre que le devoraba: el criado, no atreviéndose á salirle al encuentro porque estaba desprevenido, empezó á dar voces por ver si podia espantarle haciéndole retroceder, lo que no pudo conseguir; pero el perro, que se

encontraba muy cerca de allí durmiendo entre unos romeros, despertóse á los gritos y le vió venir hácia el corderito cubierto con la espesura. Entonces abalanzándose á él se opuso á su intento dando fuertes ladridos, con lo que logró lo que no habia podido el criado; el corderillo atemorizado huyó precipitadamente al caserío, en tanto que le vió internarse en la espesura volviéndose en seguida á la casa aunque con muchísimo trabajo, pues mas tímido y menos fuerte que el lobo sufrió de él grandes mordiscos que le dejaron muy mal parado y lastimado. Este hecho, tan heroico en un animal, despertó muchos recuerdos en el alma de Federico, que ya conocia algun tanto el mundo por el prisma de la realidad, y uniendo esta circunstancia á lo ocurrido en el baile fueron afirmando mas y mas su corazon en la senda de la rectitud que nos traza el íntimo convencimiento. Sus padres, que eran ya bastante ancianos, le confiaron el cuidado de sus cuantiosos bienes cuando apenas contaba diez y nueve años; pero el estudio y la esperiencia habian formado en su corazon un fondo de criterio y una formalidad y discernimiento tan recto, que jamás se determinaba á una cosa sin consultarla y pesarla antes en la balanza de la razon.

El destino fatal, esa ley severa aunque justa á que nos sujetó el Criador cuando nuestros primeros padres traspasaron su divino mandato en el Paraíso, esa sentencia de muerte que pesa sobre nosotros desde el instante mismo en que abrimos los ojos á la luz de la vida, habia arrebatado al cariño de Federico los autores de sus dias; aquellas prendas de su cariño á quienes tanto veneraba habian sido borradas del libro de la vida para recibir de su Criador el premio de sus virtudes.

Federico, dueño entonces de una inmensa fortuna, sin tener quien le guiase entre los innumerables peligros que rodean la existencia del hombre, procuró siempre aumentar sus conocimientos; dedicándose con mas asiduidad al estudio; complacíase siempre en recordar é imitar las sabias máximas que habia aprendido de su maestro, y no podia recordar sin vergüenza, aunque con alegría, la noche del baile: á ella debia su honor y su elevada instruccion. Federico mereció despues un distinguido puesto en la corte de Alemania con que quiso honrar su talento su soberano, y fué un buen padre de familia.

El estudio y la virtud
forman el premio del hombre,
le alcanza gloria y renombre
su talento y rectitud.

Si quieres vivir en la historia
y respeto no te falte,
jamás del estudio apartes
y de la virtud, la memoria.

En azares de la vida
si nunca quieres errar
procura nunca olvidar
aquello que el necio duda.

Así bien podrás lograr
siempre vivir con el hombre,
y á mas de tu buen renombre
la gloria eterna gozar.

LA MAÑANA.

(CUADRO DE WYNAUTS.)

I.

Hay palabras que encierran en sí un poema, y una de estas palabras es sin duda *La mañana*. Dentro de las ocho letras que la componen, está, como encerrado en su marco, uno de los mas grandes cuadros de la naturaleza. La gran figura del cuadro es el sol; su campo el universo; en la composicion, entran los mares, la tierra y el cielo. El pintor de este cuadro es Dios. Los admiradores de la grande obra son todos los seres creados. Pero ¡ay! que existen entre estos seres, desgraciados que *tienen ojos y no ven, oídos y no oyen*, y estos, ni comprenden los himnos de alabanza de la naturaleza entera á la vista del sublime cuadro, ni alcanzan de la grande obra otra cosa mas allá de la palabra que la espresa!....

¡Triste es por demas que esos desgraciados se encuentren precisamente en la raza privilegiada, en aquella para la cual el grande artista hizo principalmente sus obras!

Yo encontré en el museo de Madrid un rústico labrador estasiado ante el *Pasmo de Sicilia*: acerquéme á él y le pregunté:

—Qué le parece, buen hombre, de esta obra?

—Que si esto es oro macizo, hay aquí una riqueza con esto solo.

Y señalaba con el dedo las magníficas molduras del marco dorado.

El labriego miraba el marco, y se separó de allí sin ver otra cosa del cuadro.

Pero hay seres mas desgraciados todavía. Estos son, los que con ojos para

Gr DE MUNICH P. 24



*The Mountain
The Morning. Der Morgen.
Dresden.*

Published for the Proprietors by A.B. Payne, Dresden & Leipzig.

ver y oídos para oír, pasan su triste vida entre tinieblas, atolondrados y ensordecidos por el estruendo de continua tempestad.

Dichosos ellos el momento en que un rayo de luz disipe las tinieblas de su triste noche; en que la dulce calma suceda al estruendo de su tormenta!

II

En la regalada Sevilla, en uno de sus barrios principales, y en otra de las mas suntuosas casas de la poblacion, vivia, retirado completamente del comercio, un hombre de cuarenta años, rico como un nhabab, mas achacoso que rico, y mas raro que achacoso. Habia hecho su inmensa fortuna en América tras largos años de improbables trabajos, de duras penalidades y á costa de toda clase de privaciones; y cuando su debilitado cuerpo, cansado ya, dejó de obedecer al agudo acicate de su alma avara, determinó volver á la patria de donde tan pobre habia salido, para indemnizarse en dias de paz y de felicidad los largos años de sufrimientos y sinsabores que habia pasado.

Pero ¡ay! que el desgraciado no tuvo en cuenta que la felicidad no siempre sigue á la fortuna material del hombre, y que muchas veces los medios que se han gastado para alcanzar esta última, se echan luego de menos hasta hacer imposible que se recobre la primera!

Antes de dejar España para partir á América, tenia veinte años; su corazon que rebotaba todo el vigor de la juventud, ardia en ese sentimiento grande que con tan poderosa fuerza se experimenta en esa edad; amaba pero no tenia medios para amar: su esbelta y agraciada figura, á la que tan bien hubieran sentado ricos trajes, se cubria con un miserable atavío; hubiera vestido, pero no tenia medios de vestir: en su humildísima mesa, si sobraba el apetito, faltábanle los manjares, y allá en la noche el exceso de sueño tenia que suplir á la blandura de su pobre y duro lecho. Cuando dejó la América para volver á España, contaba ya cuarenta años; volvía rico al pais de donde salió pobre; pero el ardiente sol del trópico habia secado la flor de su juventud; tenia medios de amar, pero su corazon no podia ya sentir amor; tenia ricos y lujosos vestidos, pero su cuerpo encorvado y achacoso no podia lucirlos; en su opulenta mesa sobraban los delicados manjares, pero le faltaba el apetito; y el plumon mullido de su fastuoso lecho, al recibir la pesadez de aquel cuerpo que de puro cansado no podia ya descansar, era insuficiente á cerrar aquellos párpados, de los cuales el sueño, tantas veces rechazado, se vengaba huyendo cruelmente.

Ocioso creo, despues de vistas las causas y señalados los tristes efectos, añadir una palabra para dar á conocer la angustiosa situacion de aquel hombre, en medio del desahogo que le permitian sus riquezas.

Debo decir, sin embargo, que uno de los tormentos que sintió primero, y el

que con mas fuerza vino á mortificarle al poco tiempo de su llegada á la península, fué el de la soledad: y no porque faltaran en su casa solícitos amigos que fueran á respirar el grato aroma de las flores de sus jardines en verano, ó á gozar de la templada atmósfera de sus alfombrados salones en invierno: en ninguna parte del mundo, y menos en una ciudad como Sevilla, está solo contra su deseo un americano cargado de miles; pero hay otra soledad fuera de la que está en la ausencia ó en el apartamento material de las gentes, y esta, cien veces mas terrible que aquella, es la soledad del alma que no encuentra otra alma entre la multitud de personas que en su derredor contempla.

El americano quiso salir y salió efectivamente de esta soledad.

Ya que no un sentimiento vírgen y generoso de su alma, una necesidad de su enfermo corazon le hizo buscar una compañera para el resto de su vida.

Solo, á pesar de esto, hubiera estado tambien al lado de una mujer que eligiera el cálculo antes que el sentimiento, y de quien no habia razon para que el marido exigiera mas de lo que él mismo le daba; pero la naturaleza quiso al fin otorgarle uno de los mas bellos favores, y dentro de breve tiempo aquel hombre, prematuramente viejo y caduco, se sintió renacer de las que podíamos llamar sus propias cenizas, y con toda la conciencia del hombre, se miró otra vez niño en el espejo de su hijo.

El amor de padre, brotando con toda la fuerza de sus primeras manifestaciones en aquel corazon, le llenó completamente, y, cual frondoso árbol nacido en páramo desierto, llamó á sí toda la savia escondida entre las cenizas de su pecho.

Desde el momento en que el padre se mira á sí propio en la persona de su hijo, está esplicada la tolerancia con que el primero deja satisfacer al último sus mas leves caprichos, al propio tiempo que perdona, cuando no enaltece, actos que hallaria punibles en los demás.

El padre no ve las faltas del hijo, porque nadie ve sus propias faltas; y ya hemos dicho que el primero se mira á sí propio en el último.

Y si esto sucede generalmente por esa ley de nuestra propia naturaleza que se llama egoismo; cuando las pasiones han permanecido sofocadas durante largos años en el pecho del padre, y este se encuentra luego, como nuestro hombre, con que la fuerza de espresarlas le falta cuando tiene los medios de satisfacerlas, júzguese de la libertad, de la licencia que permitirá á su hijo, un padre que dice: «yo no puedo ya; cuando podia, no tenia; mi hijo que puede y tiene, goce lo que no pudo gozar su padre.»

Ya tiene el lector con esto lo bastante para conocer como creceria el tierno Carlos, que este nombre tenia el hijo de nuestro americano. Este, además, en su calidad de padre, estaba en un error hartocomun en nuestros dias, error nacido del desigual consorcio de la fortuna y la ignorancia, en los hombres de este género.

Si se le preguntaba, por ejemplo, estando ya el niño en la adolescencia:

—Qué carrera piensa V. dar á Carlos.

—Mi hijo tiene ya su carrera, contestaba.

—Cómo!

—Sí señor; la de millonario.

Y así lo creía firmemente, sin advertir que un hijo necesita algo mas de su padre que las riquezas que puede dejarle á su muerte, y ese amor egoísta sin límites y sin trabas que todo se lo permite durante su vida.

Hé aquí, pues, todo lo que Carlos recibía y podía recibir de su padre: una libertad absoluta que le permitía contemplar, desde la elevada posición de su fortuna, el ancho y revuelto mar de la vida, y una magnífica nave para cruzar ese mar á placer suyo; pero, ¿y la brújula para regir la nave?

III.

A los sesenta años murió el americano dejando á su hijo de veinte.

El mar de la vida, con la magnífica perspectiva de sus horizontes llenos de luz, con la blanca espuma de sus revueltas olas, había de atraer naturalmente á quien con una imaginación de veinte años y con tan rica y preciosa nave lo contemplaba, libre de todo lazo á la tierra.

Carlos se lanzó en él completamente.

No nos detendremos á describir cuadros cien veces descritos de la vida de esos calaveras, que rompen todos los lazos, para fabricar con sus fragmentos, algunas veces sagrados, la vil cadena que les tiene esclavos de un mundo que no conocen; bastará solo decir que el inesperto Carlos entró en la milésima edición de todos esos cuadros, hasta que tuvo en el último la figura principal.

Era en una casa de juego. Al rededor de una mesa con tapete verde y en la que ardían dos bugías en labrados candeleros de plata, había siete individuos inmovibles como estatuas, mudos los labios y fijos los ojos en una baraja que tenía en la mano el único que sentado á la mesa se hallaba. Era el banquero en cuyas manos estaba el motivo del sepulcral silencio de todos: la suerte ó la ruina, pues, echado el primer albur, todos los jugadores habían tenido la misma corazonada, y habían cargado á una sota todo su dinero, contra un tres que era la carta contraria.

Una voz interrumpe de pronto aquel silencio.

—Copo!—dijo un joven recién llegado que se paró á cierta distancia de la mesa.

Todos volvieron la cabeza hácia el joven, sin pronunciar una palabra.

—A la cargada,—respondió seca y friamente el banquero.

—Lo mismo dá,—dijo el joven.

—Es la sota contra un tres.

—Copada,—concluyó el jóven.

Y todo volvió á quedar en el mismo sepulcral silencio.

Pocos segundos se pasaron, y un grito salido de siete corazones que estallaron por siete bocas, llenó la estancia.

—El tres!

Los individuos de la mesa se apartaron sin pronunciar mas palabra, tomando sucesivamente la puerta.

Habian quedado *limpios*.

El banquero recogió el dinero que tenia la sota, y fijando la vista en el rostro del jóven que no hizo el menor movimiento, permaneciendo en el mismo sitio, le dijo:

—Esta noche está V. de mala.

—Pseh! ¿Cuánto habia en la banca?—contestó el jóven negligentemente.

—Doscientos cincuenta mil reales.

El jóven se acercó, y sacando una cartera llena de billetes de banco, púsolos sobre el tapete, diciendo:

—Faltan veinte mil, pero ahí va esta sortija.

Y quitándose del dedo un magnífico brillante, lo dejó sobre los billetes.

—No hay necesidad....—observó el banquero, mirando ávidamente la sortija y con ese acento particular que contradice lo que significan las palabras.

El jóven no contestó, y se separó de la mesa tomando la puerta y bajando la escalera con el mismo silencio que los individuos de antes.

Sobre aquel tapete verde acababa de dejar en un momento quizá los últimos restos de una fortuna que consiguió su padre, despues de largos años de trabajos y privaciones.

IV.

Cárlos llegó á su casa repitiendo estas palabras: doscientos cincuenta mil reales!

Eran las dos de la mañana.

El criado le aguardaba como de costumbre.

Cárlos, al atravesar las salas, precedido del criado, dirigió una rápida mirada sobre la riqueza que en ellas se notaba.

—Hé aquí lo único que me queda,—exclamó para sí;—los muebles, las alhajas de casa. Vendido todo de una vez, podria proporcionarme una suma regular para buscar el desquite..... ¡qué diablos! la mala no puede durar tanto..... llevo ya muchos dias así, para que deje de venir la mia.

Y diciendo esto en sus adentros, se encontró sin advertirlo, y siguiendo maquinalmente al criado, en la sala que le servía de dormitorio.

Tiró el sombrero sobre un sofá, y se dejó caer en una butaca que había junto á un magnífico velador maqueado con incrustaduras de nacar y plata.

El criado encendió uno de los candelabros, lo puso sobre el velador, y salió de la estancia.

Cárlos se quedó solo con su pensamiento.

El mismo que le había asaltado al atravesar las salas, bullía aun en su mente. Sin embargo, á los pocos momentos de estar sentado, vino á contrariarle otra idea.

—Pero si vendo esto, el comprador, es natural que se lo lleve..... y ¡qué papel el mio ante la sociedad!

Desdichado! Cárlos, que no tenía inconveniente en que su fama de jugador y disipado volase libre por esa sociedad, se detenía y temblaba á la idea de que ella le contemplase por un momento sin el lujo y la esplendidez que le rodeaba!

Bien es verdad que la sociedad que admitía y adulaba al calavera rico y dispendioso, le hubiera despreciado y arrojado luego de su seno al verle pobre y arruinado.

Sobre el velador había algunos libros de puro adorno magníficamente encuadernados.

Cárlos llevó maquinalmente la mano á uno de ellos.

Le hubiera sido imposible conciliar el sueño, y abrió el libro y se puso á leer.

Era una novela de costumbres, y tropezó con las siguientes líneas de un párrafo en que el autor describía á uno de los personajes.

«Franco, leal, desinteresado y benévolo con sus amigos.»

—Mentira! —exclamó Cárlos, —no hay ningun hombre así! yo he tenido muchos amigos y no he encontrado uno como el que aquí se pinta!

Y pasó juntas diez ó doce hojas del libro, para encontrarse con estas otras palabras referentes á otro personaje:

«Clara, cuya pureza virginal la hacía mas bella !.....

—Mentira tambien! No he visto yo jamás esa virginidad y esa pureza en la mujer que no se encuentra sino en los libros.

Y volvió á pasar de un golpe otras cuantas hojas, deteniéndose en el principio de otro párrafo que decía:

«El traidor Ernesto, abandonó á su amigo así que este hubo disipado con él toda su fortuna, y la pérfida Eloisa cambió de repente en frio desdén las apasionadas protestas de un amor fingido, hijo del cálculo.....

—Esto es verdad! —exclamó Cárlos; —pero, ¡qué verdad tan horrible!

Y arrojó el libro lejos de sí.

V.

El pobre jóven se encontraba en uno de esos períodos de la vida de ciertos hombres en que, desalentado el corazón, desdeña, porque la cree mentira, la virtud que no ha conocido, y se espanta de la maldad cuando la desgracia se la presenta desnuda de la hipócrita máscara con que antes se cubría.

Poco rato permaneció sentado en el sillón.

Su estado de intranquilidad de espíritu era incompatible á su edad con el reposo del cuerpo.

Levantóse, dió algunos pasos por la sala, cogió el sombrero y salió.

El criado que aguardaba sentado en un aposento inmediato, salió también, y al ver á su amo con el sombrero puesto, se adelantó sin hablar palabra, abriendo las puertas, inclusa la de la calle.

Cárlos pasó la puerta.

¿A dónde iba solo y á aquellas horas de la madrugada? No iba á ninguna parte. Se levantó del sillón porque le faltaba lugar para espaciar su alma intranquila y oprimida, salió de la sala por la misma razón, y, una vez en la calle, echó á andar sin darse cuenta ninguna, sino al acaso y tomando la derecha de su casa como hubiera tomado la izquierda.

Andando así maquinalmente, llegó á una de las puertas de Sevilla, encontrándose luego en el campo.

VI.

Eran sobre las cuatro de una madrugada de mayo.

El cielo estaba claro y sereno: su limpio azul, en el que lucían las estrellas como un gran puñado de brillantes arrojados al espacio, se presentaba mas oscuro por la parte de occidente, tiñéndose de un pronunciado color de rosa hácia el oriente.

Era la luz de la aurora que empezaba á estender el rico dosel de grana, bajo el cual debia en breve presentarse el rey de la naturaleza.

Las plantas inclinaban ligeramente su tallo como preparándose á saludarle; exalaban las flores sus aromas; las abejas, sin abandonar aun la rama de la noche, volvían la cabeza dejando escapar notas aisladas del alegre canto con que saludan al nuevo día, y el céfiro, como saltando de su lecho de verdura, se levantaba de la tierra agitando blandamente las flores, las hojas de los árboles, y, llenando el espacio de su grato perfume, rizaba la tersa superficie del sosegado río.

Cárlos, sin que se apercibiera de ello su razón, empezó á respirar aquel aire

purísimo y embalsamado; su pecho se ensanchó en medio de aquella atmósfera nueva, y por una necesidad material llevó, también sin advertirlo, la mano al sombrero, y acarició su acalorada frente el aire fresco de la mañana. Hubiérase dicho que saludaba atónito y asombrado, entre aquel secreto placer de su cuerpo, y la no disipada intranquilidad de su alma, la imponente y brillante magestad que asomaba ya en el Oriente.

Como una flor, como una planta, como la misma avecilla, Carlos volvió la cabeza y su vista se encontró por primera vez en su vida con el magnífico espectáculo del sol naciente.

Renunciamos á describir lo que pasó en él ante esa maravilla siempre nueva y siempre admirable de la naturaleza.

Baste decir que era la salida del sol, y que la contemplaba por primera vez un hombre á los veinte años.

Notaremos, sin embargo, que su alma experimentó una emocion nunca sentida, mezclada de ternura y de alegría, y la cabeza se sintió como aliviada del peso que la oprimia, al asomar á los ojos dos lágrimas que brotaron del fondo de su corazón.

Si una armonía de Bellini, si un verso del Petrarca, espresiones del arte que es un remedo no mas de la belleza real, encantan y conmueven, ¿qué mucho que asombre la razon y transporte el alma cuando la naturaleza se presenta con ese todo de belleza verdadera, á que el labio no se atreve, abandonándola entera al sentimiento?

Carlos contemplaba enternecido el magnífico cuadro de la naturaleza, vuelta la vista al sol, cuyos rayos, ya mas fuertes, le obligaban á cerrar los ojos, confundiendo la debilidad hija de la pequeñez del hombre, ante la fuerza hija de la grandeza de Dios.

VII.

El sol, al iluminar el mundo, iluminó aquel dia la mente de Carlos, haciendo saltar en ella la comparacion de la sosegada calma de la vida del campo, con la afanosa inquietud de la vida de las ciudades.

Cuando volvió á Sevilla, las calles le parecieron mas estrechas, su atmósfera menos pura y casi irrespirable.

Entró en su casa, y al ver como la noche anterior la riqueza de los muebles y alhajas que aun le quedaban, volvió á ocurrirle la idea de venderlos; pero esta vez, no para echar una astilla mas á la devoradora llama del juego, sino para huir de la ciudad donde se pasan tan horribles noches, y vivir en el campo donde se goza de tan bellas mañanas.

M E D I O D I A.

(CUADRO DE VAN ROOS.)

Descansamos á la sombra de esas ruinas colosales, que todavía conservan bastantes velos de la noche, colgados de sus grietas, para respirar entre sus pliegues la brisa deliciosa exhalada de los bosques vecinos. Sentados al pié de esas obras de las generaciones pasadas, y sin mas ruido que el murmullo de los insectos y el rumor inesplicable de la tranquila naturaleza en la soledad, penetremos en el mundo misterioso de los espíritus.

Es la hora apacible, en que vagamos por un océano de luz y de colores; hora de apaciguamiento del corazon, en que los dolores del alma se van durmiendo con la misma suavidad con que desaparecen en una curacion feliz los dolores del cuerpo. El tráfigo del mundo se pierde en el seno de un turbillon de sensaciones nuevas, que se desprenden de la nube que pasa, del ave que cruza el espacio, de la flor que agita la mariposa, del árbol, cuya cabellera se mece por la brisa que enreda en ella sus alas. El pensamiento, doblegado antes por la pesadumbre de los recuerdos y de las ilusiones, se adormece voluptuosamente sobre las nubes doradas de un mundo desconocido, donde no puede percibirse la pisada del hombre, el grito de la humanidad, el resuello de las pasiones. Para vivir en esa esfera de deliciosa claridad, de ambiente perfumado y de sensaciones virginales, es preciso tener el cielo por techumbre, las plantas por lecho, las ruinas por sombra, el desengaño por almohada. Es preciso sentirse ahogado en la atmósfera que envuelve la multitud, y llevar la fé en el alma, los desengaños en la mente y la esperanza en el corazon.

¿Qué venís á buscar en esta soledad de ruinas y de flores, vosotros, que pro-

G^o DE MUNICH P. 67



Mede.
Men *Willing*
Plutarch

vocais la armonía del oro para sonreír, para poder beber? Vosotros, que necesitais arrumbada la cabeza por las emanaciones de las copas, para pedir al sueño un minuto de reposo, y trasportaros á la region de las perturbaciones y de los gemidos; vosotros, que invocais el tumulto, para caminar vacilantes por las sendas de la mentira, para reposar despues del último vagido de los placeres en esa fosa ávida, que el cansancio y la decrepitud moral abren para el hastío; vosotros, que creéis inerte la naturaleza, sin colores para los ojos, sin armonías para el alma, sin relaciones con el mundo de los espíritus; vosotros, que no podeis levantar el pensamiento mas allá de la altura de las moradas humanas y que no veis cruzar la gran sombra de Dios por el incomensurable espacio de la creacion, ni del gigante descarnado de la muerte, que va dejando las filácigas humanas esparcidas sobre los tronos, los altares, los palacios y los tugurios; vosotros, que no teneis sueños para mañana, ni flores agostadas para ayer, ¿qué venís á buscar en la soledad en esta hora de reposo?

Ese sol ardiente, que inunda con sus torrentes de luz las crestas de las montañas y los campos cubiertos de mieses; que permite al insecto arrastrarse tranquilo sobre los tallos; que convida al ave solitaria á entonar sus cánticos de amor y de libertad desde su flotante cuna; que derrama ese armonioso silencio de los bosques, que solo el grito del hombre puede profanar; ese movimiento delicioso que la brisa imprime al besar los pétalos de las flores; esas nubecillas fugitivas que se pierden en el espacio, como girones de una gasa arrojados en la inmensidad del mar; esa misma claridad, que os obliga á cerrar los ojos del cuerpo para hacer abrir los del alma; esas ruinas, en fin, que los muertos de otros siglos han dejado á la contemplacion de los vivos de la actual generacion, no pueden hablar su lenguaje místico á esas almas, que necesitan los órganos del cuerpo para sentir y pensar.

¡Oh! entre el alma del poeta y el alma del artista existe una comunicacion misteriosa, que conduce á los dos por un mismo camino á la realizacion de sus sueños dulcísimos: uno y otro se lanzan atrevidos en pos de esa belleza increada que representa la divinidad, y cuyas formas procuran uno y otro encontrar en las obras que dejó caer la mano omnipotente del Creador. Uno y otro se envuelven en los ropajes aéreos del espíritu, para pedirle al alma, en el silencio de la meditacion, la vida de la inteligencia y delinear esos cuadros en que hay algo mas que los objetos, algo mas que los colores, algo mas que las sombras. Uno y otro, estáticos delante de sus obras, ven mas allá de la letra y del colorido. El ojo de los profanos no conseguiria penetrar jamás en los caminos, que estos hijos de la belleza, depositarios de la armonía, se han abierto á través del mundo material, y contemplarse á distancia de siglos en una misma region Homero y Tasso, Zenxis y Rafael, la sonrisa del mundo primitivo y los rugidos con que llena hoy el globo el paso del vapor.

No vengais á despertarme del sueño que me concede la calma de la naturaleza en la hora del medio día. Delante de esa obra del idílico Van Roos, siento cerrar mis párpados, como heridos por la inmensa claridad del paisaje; me es grato respirar el ambiente á la sombra de ese templo derrumbado, sin altar y sin Dios; percibir flotantes sobre la frente las canas que cuelgan de la cabeza; es- perar la brisa que desciende lentamente y jugueteando de las frescas colinas, que se agrupan en lontananza; contemplar un sencillo cuadro de familia, tan ino- cente como las ovejas que sestan al rededor, y tan apacible como la mirada de Dios, descansando sobre la cuna del recién nacido y el sepulcro del anciano, muerto en brazos de la virtud.

A la vista de ese paisaje bucólico, paréceme escuchar la voz melancólica de Virgilio, que huyendo de los sangrientos campos, hollados por César y Pompeyo, huía á la soledad llamando, para consolarse, á los genios todos de las aguas, de las grutas, de los bosques y de los torrentes, pidiéndoles lágrimas y armonías. Contemplando ese cuadro, ¿no os sentís trasportados á los campos de nuestros padres, cuyas cenizas han sido tal vez aventadas por el huracan que levantan las alas del tiempo, que pasa devorando las generaciones? ¿No creéis topar en esas ruinas con los recuerdos de otro pueblo, que se agitó un poco, produjo ruido y bajó al sepulcro, sin dejar, en su paso, mas que esas piedras en que depositó sus creencias? ¿No hallais en ese grupo de tres personas la reminiscencia de las primeras familias, errantes por la solitaria superficie del globo, ó una escena de las descripciones poéticas de Sturm? ¿Por qué admiramos con tanto entusiasmo esos paisajes de la naturaleza, en que se dibujan agrupados los riscos, las ca- ñadas, los árboles seculares, la caída de las aguas, la variedad de las flores, y la atmósfera embalsamada con los perfumes de la montaña? ¿Qué es lo que nos atrae hácia esos sitios, donde no resuena la carcajada de los placeres, ni el tu- multo de la agitada sociedad?

Es que el alma, ahita de esas sensaciones, que, al espirar, solo dejan el do- lor y el remordimiento, busca en la calma de los bosques el reposo que necesita para escuchar la voz de Dios y el murmullo amigo de la conciencia. Es que el espíritu no descansa en los brazos de la perturbacion material de los sentidos, y se refugia con afan en el templo de la soledad, para descansar en Dios, su único reposo. El filósofo, el poeta, el artista y el hombre pensador vuelven con fre- cuencia sus ojos á la soledad, invocando la paz del corazon que puede embria- garse, pero no vivir tranquilo en el tumulto de las pasiones. Oh! qué seria del genio, si Dios no hubiera derramado en el silencio de la soledad ese encanto misterioso que inunda al alma con una lluvia de benéficas sensaciones! Asi como el Tasso, tan desgraciado como sublime, esclamaba al morir: ¡qué triste se- ria la vida, si no existiera la muerte! así el hombre que piensa, el hombre que siente, podria repetir con amargura á cada instante: ¡qué triste seria la vida, si fueran eternos los placeres!

Bendita sea la soledad y bendito el silencio de los bosques en esa hora de luz, de colores y de vida ! Bendita la enseñanza , que nos ofrece el libro de la naturaleza , donde hay pensamientos para Dios , para la poesía y para las artes ; donde se escuchan sonidos para todas las armonías y donde faltan solo palabras para espresar lo que se siente !

Contemplada bajo este punto de vista la soledad , es como se concibe el ardor religioso con que los cristianos del siglo iv y del siglo ix se lanzaron á las grutas solitarias de los Alpes y á los desiertos de la Siria y de la Mesopotamia , huyendo de la inmensa corrupcion primero , y del espantoso derrumbamiento despues del gigantesco imperio romano. El carro de batalla de los primeros Césares , el látigo de Tiberio , y las gnomonias de Heliogábalo habian deificado asaz la esclavitud , para que los mismos siervos , bahunos con el vino de Capri , no se avergonzaran de la impúdica sonrisa de las meretrices , que adormecian al pueblo-rey bajo la coyunda de su doble servidumbre de los placeres y de los emperadores. Cuando el inmenso pueblo romano , alumbrado por la luz oscilante de los tirsos de sus bacantes , exhalaba sus roncós gemidos de embriaguez , mientras acompañaba sus cantos al compás de las pisadas con que aplastaba la enmudecida humanidad , ¿ es extraño que los cristianos , hijos del Evangelio , hermanos por caridad , buscáran en los desiertos un asilo contra la esclavitud del espíritu y del cuerpo , y bendigieran á Dios desde el fondo de sus lauras , porque respiraban al fin las auras de la religion y el aire de la libertad ? Cuando Juliano el Apóstata , con su sagacidad y talento , arrojó su sátira y su filosofía en el seno de los grandes grupos de anacoretas , estos cristianos , estos hombres tan pensadores , como libres contestaron al emperador omnipotente con la sonrisa de la compasion. La soledad les habia enseñado á amar con idolatría el espiritualismo de la religion y la expansion dulcísima de la libertad cristiana. El látigo y las orgías del gobierno imperial no eran objetos que pudieran hacer inclinar la cabeza á los sostenedores de la ilustracion evangélica en las grandes estepas del Oriente , que escuchaba atónito la voz enérgica de Crisóstomo y de Basilio , delante de un déspota tan instruido como poderoso.

El ejemplo de aquellos defensores de la virtud y de la libertad en los desiertos de la Mesopotamia , embellecidos con las grandes ruinas de Babilonia y con los grandes cuadros de los ascetas , halló bien pronto imitadores en las salvages vertientes de los Alpes y de los Apeninos , donde se habian disipado ya las sombras de Coriolano , de Cincinato , de Régulo y de Scipion. El despotismo habia azotado sangrientamente el rostro del pueblo romano , y desde su lecho impúdico , sostenido por gladiadores y cubierto con las gasas de las meretrices , escupia su saliva contra el cielo , porque no tenia el poder de Dios para aniquilar la naturaleza misma. Cuando el hurra de Alarico y el bramido de Atila le hicieron volver el rostro , y vió aproximarse la inundacion de las hordas salvages , palideció ;

no pudo incorporarse sobre su lecho, y para ahogar el miedo, bebió la última copa de vino, dió un beso á las meretrices, y degolló á sus esclavos favoritos para respirar, muriendo, el hedor de los cadáveres de sus amigos.

Cuando las razas bárbaras convirtieron la mitad de la Europa en un océano de fuego, que dejaba apenas flotar sobre sus llamas los restos perdidos del imperio romano, los hombres de corazón y de espíritu salvaron en lo alto de las formidables cordilleras álpicas las leyes, la libertad y la religion, bajo el escudo de Casiodoro, entre los plañideros y lúgubres cánticos de Salviano, y las postre-ras agonías de Boecio. ¡Oh! ¡qué bella seria aquella soledad con sus precipicios, con sus abismos, con sus nieves perpétuas á los ojos de esos náufragos que depositaban al fin los despojos de la civilizacion en los altares de Dios!

Si las grandes catástrofes de la humanidad han llenado las soledades del antiguo mundo de hombres desgraciados y pensadores á la vez, existen hoy tambien náufragos infelices que tienen la suerte de escapar de las grandes tempestades del espíritu. Estos buscan tambien la soledad, porque no les faltan despojos que ofrecer en las aras de la virtud.

Hay almas solitarias, que necesitan mecerse en las auras de los bosques, para poder vivir; así como hay flores que existir no pueden mas que en los sitios salvajes y en las orillas de los grandes rios. Lejos de aquel silencio, de aquellas brisas, y de aquellas armonías, se marchitan y mueren. ¿Y quién no ha deseado alguna vez esos retiros tranquilos, ó atormentado por el tráfago del mundo, ó perseguido por los crueles desengaños, cuyas mordeduras dejan huellas tan profundas? ¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de verter una lágrima furtiva, temiendo que la sonrisa del hombre la sorprenda al rodar por las mejillas? ¿Quién no ha huido alguna vez de la presencia de los hombres, para sentarse á la sombra de un árbol, ó al pié de una peña solitaria, para respirar con mas completa libertad? ¿Existe un corazón tan duro, ó tan metalizado, que no haya gozado de un delicioso apaciguamiento ó entre las sombras de un templo ó en los mismos bosquecillos de un jardín? Tan bonancible discurre la vida, que no tenga que reclinar frecuentemente la cabeza en la almohada, para pensar en la existencia del corazón? Desgraciado del que no tiene un momento para vivir consigo mismo, ó que no puede hallarse solo, sin experimentar un secreto terror! ¡Ay del que no halle armonías en la soledad del templo y en presencia de Dios, ó en las prolongadas sombras de un valle, perfumado con las brisas de la mañana! No envidio ciertamente la existencia febril de esos seres egoistas é insensibles, que necesitan para vivir y pensar las carcajadas de las orgías ó el tumulto de las agitaciones sociales. ¡Oh! dadme á respirar las brisas de las montañas, la bruma del mar, y reclinar mi cabeza en el musgo que tapiza las márgenes de una fuente, á la sombra de unas ruinas, ante la luz dorada del sol, contento con mi conciencia y en la gracia de Dios. Es la hora de medio dia; hora de reposo: dejad pasar á los que van á la soledad.

Pensamientos de ayer, esperanzas de mañana, dadme una tregua, y permitid que se adormezcan mis sentidos, mientras el sol prosigue su carrera en el espacio infinito y las brisas de la tarde llegan con su fresco rocío á traerme la bruma del mar. Un momento de calma para mi espíritu atribulado! Una hora de reposo en esta lucha incesante en que se encuentra la carne y el espíritu! Venid, recuerdos de otros dias, pero dias de inocencia y de estudio; venid á disipar las sombras que hoy oscurecen mi mente, como un velo funerario: necesito veros otra vez, para contemplar la vida con menos amargura, y continuar mi camino, con el báculo del peregrino. Sol del medio dia, montañas solitarias, valle tranquilo, gente sencilla, derramad sobre mi alma, sedienta de paz, el sosiego de las horas de meditacion y de melancolía: el poeta os busca, el cristiano os bendice, el hombre os admira. Cuando mi cabello era bastante largo para enjugar con él las lágrimas de la juventud, os admiraba con indiferencia, porque vivia con otro amor; ahora que las canas se desprenden de la cabeza, como las hojas del árbol en el invierno, os amo con amor santo. Es que vosotros me enseñais abierto el libro de Dios; y cada página vierte un torrente de delicias, que el alma siente, pero que la lengua humana no logra explicar.

Vicente Bolx.

UNA SICILIANA MADRE.

(CUADRO DE LEOPOLDO ROBERT.)

¡Dios mio! ¿Qué será de mi hijo? ¿Qué será de esta criatura, huérfana ya en edad tan tierna? ¿Qué será de él? ¿Por qué nos habeis dejado huérfanos á los dos, sin apoyo, sin el único ser en la tierra que velaba por mí y por este dulce hijo mio? ¡Ay de mí desdichada! ¿Qué haré yo? ¿De qué manera alimentaré á este hijo de mis entrañas, cómo le enseñaré un medio de procurarse lo necesario para la vida? Parece que siente su desgracia; no se rie, no juega, no grita como antes; está triste, pensativo, cual si comprendiera que le falta el padre que tanto le amaba. Yo no me atrevo á mirarlo porque su reposo me mata. Acostumbrada á su inquietud incesante, me pasma verle en esta inaccion tan impropia de su edad y de su carácter. ¡Hijo mio! ¡Cuán pronto vienen sobre tí las desdichas de la vida! Tal vez te perderé en edad temprana para quedarme sola en el mundo: tal vez vivirás para que yo te vea desdichado. ¡Pobre madre! ¿Qué puedo hacer yo por tí, hijo mio? Estrecharte en mis brazos, cubrir con mis besos tus mejillas, calentarte en mi seno; mas esto te hará feliz pocos años: despues necesitas quien te dé consejos, quien calme tus pasiones, quien corrija tus vicios, y yo no sé si mis palabras bastarán para tanto. ¡Ay de mí! Quizás serás malo, y afligirás á tu desventurada madre; quizás serás bueno, y hallaré en tí un gran consuelo en mis últimos años. Mas antes que llegue ese tiempo, ¡cuántos dolores hemos de sufrir entrambos! Si la mano de la enfermedad no aprieta tu cabeza, si llegas á ser hombre, si tu madre á puro de trabajar logra sustentarte hasta entonces, tal vez entonces la suerte fatal te llamará á empuñar las armas para defender á la patria. La patria que los hombres dicen que tambien es nuestra madre. Mentira; tu madre es la que te ha llevado en sus entra-



La Mère Sicilienne.
The Sicilian Mother. Die Sicilianische Mutter.

ñas; la que te alimentó en su seno; la que por la noche velaba tu sueño, te alegraba los insectos durante el día, besaba tus mejillas, lavaba tu cuerpo, rebotaba de alegría á cada una de tus sonrisas; la que te enseñó á pronunciar ante todo el nombre de tu padre; la que gemía por tus dolores; la que esperaba con afán inesplicable ver asomar en tus encías el primer diente; la que no quiso entregarte á otra mujer cuando la naturaleza le negó el alimento que tú apetecías, y te daba á sorbos otra leche que suplía las escaseces de tu madre; la que cantaba al lado de tu cuna para adormecerte, y se irritaba contra el viento que removiendo las hojas de los árboles hacia un ruido capaz de despertarte; la que pedía á Dios una enfermedad cada vez que temía verte enfermo; la que derramaba gota á gota toda la sangre de su cuerpo para que no se vertiera una gota de la tuya: esta, esta es tu madre. ¡ La patria!... esa no es tu madre; la patria pide tu sangre y tu vida, y yo daría por la tuya mil vidas si las tuviera. ¡ Hijo mio! ¿ y es verdad que puede llegar un día en que te pierda? Puedes tu encontrarte en una batalla, verte herido, pisoteado por los caballos, moribundo, abandonado, abrasándote y muriéndote de sed, de calor y de cansancio, llamando á tu madre! ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! ¡ Qué horror! Esta idea me anonada, me mata. ¿ Por qué permites la guerra, Dios mio? ¿ Es posible, Señor, que no oigas los lamentos, ni mires las lágrimas de tantas madres?

¡ Oh! ¡ qué idea asalta mi imaginación! Este niño en quien idolatro, que no puede pedirme un sacrificio que yo no hiciera gustosa, este hijo puede ser ingrato, puede olvidar á su madre, puede abandonarla, y aun escarnecerla y maltratarla. ¡ Dios de bondad! arrebatádmela; llevadle al cielo antes que mi corazón haya de sufrir este horrible martirio... pero no, Dios mio, arrebatadme á mí, basta que yo muera para evitar ese tormento, cuya idea me estremece.

Mas si yo muriese ahora, ¿ qué sería de esta criatura desdichada? No, no me mateis ahora, Dios mio, dejadme vivir todo el tiempo que este niño me necesite, y despues, si ha de ser malo, arrebatadme á mí, no permitais que caiga sobre mi corazón la amargura de verme maltratada por un hijo. ¡ Ah! si pudiera yo adivinar que este hijo debiese ser ingrato con la madre que tanto le ama! ¡ Eterno Dios! Yo no puedo con la multitud de ideas que cruzan por mi cabeza; temores, esperanzas, pesares, angustias, alegrías, y tormentos y amarguras sin fin, todo me asalta á la vez, y todo trastorna mi alma, y este triste corazón mio que tanto ha padecido.

¿ Por qué te fuiste, Teodoro mio? Yo te lo decía, no te vayas, no te alejes de nosotros en busca de mejor fortuna; el trabajo tuyo bastaba para los dos y para nuestro hijo. ¿ A qué buscar mas dinero? ¿ Mis caricias y la sonrisa de tu hijo no valen mas que todo el oro? Pero tú fuiste sordo á mis consejos, te mostraste duro á mis lágrimas, y te fuiste para no volver mas nunca. ¿ Y es verdad que has muerto? ¡ Oh! Si fuese cierto lo que mas de una vez ha cruzado como

un rayo por mi entendimiento! ¡Si otra mujer te hubiese retenido en sus brazos! Así Dios me envíe la muerte antes que estar segura de tu ingratitud para conmigo, y de tu olvido para con el hijo de que me hiciste madre. ¡Otra mujer! Oh Dios! Borra esta idea de mi mente; es demasiado atroz para que pueda alimentarla y conservar la vida al mismo tiempo. ¡Bórrala, Dios mío! no puedo, no puedo soportarla.

Esta mezcla de afectos vemos en la mujer que representa esta lámina. Sus ojos parece que se dirigen á un objeto lejano, y en ellos hay cierta espresion de enojo, que no está bien definida, pero que deja adivinarse. El hijo realmente tiene un aire de quietud impropio de la edad suya, y en su rostro hay cierta espresion de tristeza mas impropia todavía que la quietud que hemos espresado.

Esta mezcla, pues, nos ha hecho ver que en la mente de la madre hay mas de una idea, en su corazon hay mas de un afecto palpitante. No sabemos si fué tal la intencion del pintor, pero nosotros vemos todo eso, y aun diremos que nos duele no ver un sentimiento dominante, único que hubiese sofocado cuantos puede haber en el corazon de una esposa y de una madre.

Nos parece que dar á este cuadro el título de *La madre siciliana* no está bien y que es mas exacto el de *Una siciliana madre*, pues una madre siciliana es como otra madre cualquiera, y la circunstancia de ser siciliana no modifica en cosa alguna su calidad de madre. *Una siciliana madre* dice sencillamente que el cuadro representa una mujer natural de la isla de Sicilia y que es madre. El cuadro no es regular que tenga título, y así el título que no aprobamos es el que se ha puesto en la edicion francesa.

El autor de este cuadro es Robert, en cuyo artista no puede pensarse sin que nos asalten á un tiempo el dolor y la alegría. Su genio habia de despertar la admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad; mas la Providencia dispuso que su vida fuese corta y desventurada. Ocupa en el arte un lugar aislado pero eminente, y si quisiésemos formar juicio del arte en general, diríamos que Leopoldo Robert ha sido el artista que ha manifestado mas talento en la pintura de género meridional, mirándola con respecto á la poesía y al carácter. Aunque inclinado á la melancolía, en sus composiciones no se nota el carácter lúgubre y antiestético de que echan mano tantos pintores á fin de escitar la compasion. Su tendencia era hácia el lado poético de la pena y del dolor: así es que este aparece en sus composiciones con una especie de calma noble y magestuosa. Su manera de espresar la pasion es graciosa é interesante, aun cuando pasa de la elegía al drama: los rostros y los miembros en su expansion dolorosa no tienen jamás aquel carácter contraído y de visage que tanto perjudica al arte.

Lo mismo observamos en este pintor con respecto á los caracteres, porque en la pintura de género es bastante natural representar el rasgo característico por medio de la caricatura, de la exageracion y hasta de la fealdad. Robert no sa-

crificó jamás la belleza á la manía de caracterizar , ni olvidó nunca la decencia y el buen gusto. El afecto del alma que en sus composiciones se manifiesta casi siempre bajo formas múltiples , es una especie de lamento acerca de la inestabilidad de las cosas humanas; y esa melancolía relativa á esa inestabilidad en que la tristeza está al lado de la alegría , se encuentra en todas las épocas de la civilización humana , tanto antigua como moderna. Robert tenía verdaderamente el sentimiento del gusto antiguo , y por esto en sus grupos se encuentra esa prudente economía que hallamos en los bajos relieves antiguos. Cada figura está en su lugar sin violencia de ninguna clase : cada personaje contribuye á la acción general sin turbarla ni perjudicarla ; circunstancia difícil por que muchas veces vemos que las figuras subalternas desordenan la acción final , del mismo modo que los personajes secundarios malogran una pieza porque se da á su papel mas importancia de la que le corresponde.

En el colorido , huyendo de la minuciosidad sistemática de los pintores modernos , y estudiando los decididos colores del cielo meridional , procuró constantemente idealizar la realidad : la sensualidad en sus cuadros es siempre varonil y está llena de gracia , porque sus cabezas , al paso que presentan el carácter de la pasión , dejan ver un reflejo de belleza moral. Nunca un cuadro de Robert ha representado el sensualismo grosero.

Tenia gran fuerza creatriz y mucha facilidad tanto en el dibujo como en el colorido , de modo que hubiera podido hacer muchos mas cuadros de los que salieron de su pincel ; pero sabia bien que en las obras de arte no se atiende al número sino á la calidad ; y penetrado de esta verdad trabajó lentamente , y siempre estuvo descontento de lo que hizo , de suerte que agradaba á todos y no sabia agradarse á sí propio. Esto no debe admirarnos , porque la satisfaccion de sí mismo es el patrimonio de los talentos mediocres que se admiran á sí propios. Los genios eminentes siempre quieren mas de lo que pueden hacer , porque en su alma hay un tipo de perfeccion que no puede ser realizado. Esto puede decirse de todas las artes : la creación del artista es una lucha constante hácia un término indefinido. Los hombres vulgares se satisfacen con facilidad , admiran lo que han hecho porque les pasma haber podido hacer alguna cosa tolerable. En las producciones literarias es todavía achaque mas comun , porque si un hombre ha leído muchos poetas , acaba por componer versos sin saber cómo , ni de dónde le vienen ; mas esos versos si bien tienen una especie de sello de buen origen carecen siempre de inspiración verdadera. Eso al fin no es mas que un eco , mientras que el artista creador , sintiendo lo que quiere decir , nunca lo dirá tan bien como él quiere , y por esto nunca quedará contento. Lo mismo viene á suceder en la pintura. Las Academias , cuya utilidad es por lo menos muy dudosa , admiten un crecido número de alumnos que tienen la vanidad de querer llegar á artistas , y los procedimientos de la enseñanza sin grande dificultad logran que el

jóven sepa hacer al cabo de cierto tiempo alguna cosa tolerable. Su cabeza se llena de copias que han hecho en la Academia; y ayudados por la rutina, componen impulsados por sus recuerdos, pero sin inspiracion propia. Por todo esto son mas dignos de admiracion los hombres que dejando el camino trillado se lanzan á la pendiente de su genio. De este número fué Robert, que miraba el arte como una musa severa, como el tema de toda su vida; y así es que todas sus composiciones son triunfos del arte sobre la naturaleza, triunfos difíciles, pero llenos de encanto y de atractivo. El pescador napolitano; Corina improvisando en el Cabo Chileno; unos labradores que vuelven de una fiesta; la muerte del Salteador de Caminos; el Hospital; los Suizos, y la Siciliana con su hijo, son sus cuadros principales.

Robert se presentó en la esposicion de París de 1831 con su obra capital *La vuelta de los segadores*, y su talento fué premiado con el éxito mas brillante. Desde entonces su fama quedó asegurada y siempre ocupará un distinguido lugar en el catálogo de los pintores de género.

Juan Cortada.

G. DE MUNICH. P. 13



Printed by

Le maître.

Die Himmelskinder. Die Jünger.

EL MARTINETE.

(CUADRO DE W. BURKEL.)

I.

Esperar para vivir.

Era una tarde, deliciosa como las horas de esperanza: una brisa suave y perfumada mecía los pétalos de las flores; y los tibios rayos del sol, que se reclinaba sobre lechos de nubes, teñía de nacar y oro las cimas del Montblanch. La estension del valle á donde trasportamos á nuestros lectores, ofrecia un paisaje tan pintoresco, como magnífico. En primer término se veía una choza rústica, con varias dependencias contiguas, cuyo aspecto revelaba una modesta medianía, pero al mismo tiempo una limpieza que hacia honor á los pobres aldeanos que la habitaban. Servia á la vez de casa de labranza y de molino, gracias á la corriente benéfica de una respetable cantidad de aguas, alimentadas por la afluencia de dos fuentes que nacian al pié de las montañas en que se hallaba construida esta pacífica morada. En segundo término, las pendientes del Montblanch, cubiertas de vegetacion, entre cuyos graciosos tapices asomaban sus forimas agrietadas y negruzcas numerosas rocas de proporciones colosales; y en lontananza elevaban sus altas cimas las cordilleras inmediatas, ocultas bajo las blancas y espesas capas de nieve. Aquí y allí se veían álamos gigantescos, encinas seculares que sombreaban un terreno desigual, poblado de tomillos, romeros, salvias y otras plantas tan olorosas, como inocentes.

Habitaba esta tranquila y deliciosa comarca una buena familia compuesta de

un padre sexagenario, pero rubusto como un hércules, una madre hacendosa y activa, como una matrona de los tiempos bíblicos, un jóven de veinte años, fuerte y ágil como un cazador de la Arabia y una jóven de diez y siete años, bella como un día de felicidad, de blonda cabellera, ojos azules, tez purísima y talle voluptuoso y flexible. Elina era en la choza el alma, la inteligencia, el encanto, la gloria y el consuelo. Todas las amarguras desaparecian delante de una de sus sonrisas, que calmaban sus dolores. Sus padres y su hermano vivian en su mirada, y pendian de su voz, como si su palabra fuera la inspiracion de una hada, ó de una sibila antigua. Elina resolvía todas las cuestiones, dirigia los mezquinos y preciosos intereses de la familia: el padre proyectaba, el hijo obraba y Elina pensaba por todos. Piadosa, dulce, sentimental, pero apacible siempre, era semejante á un ángel que recogia los deseos, las esperanzas, las alegrías y las necesidades de su familia, para elevarlas hasta la presencia de Dios, vestidas con la pureza de su alma, con las virtudes de su dulcísimo corazon.

Pero Elina no sonreía con tanta inocencia, como en los dias de su infancia: su sonrisa, siempre encantadora, revelaba sin embargo una agradable melancolía, tan bella como el recuerdo de las alegrías pasadas: y buscaba las orillas solitarias del torrente, con mas frecuencia que en la aurora de su vida. Elina alimentaba otro pensamiento, que le era querido como el lugar paterno y tenia otros sueños, que la trasportaban mas allá del valle en que habia vivido hasta entonces á fuer de paloma de las montañas. Varias veces se habian preguntado los padres la causa de aquella hermosa melancolía, que la hacia mas seductora: era la sonrisa lánguida del último crepúsculo, así como era antes la bulliciosa alegría de la aurora; pero no se atrevian á preguntar; respetaban su cambio con una religiosa deferencia, y hubieran creído ofender su alma, dirigiéndola una palabra que no fuera discreta. Sin embargo, la madre tenia la necesidad de consolarse, procurando descubrir el origen de aquellas ligeras sombras, que empañaban la deliciosa juventud de su hija, y esperó una ocasion con todo el afán de que una madre sola es capaz.

En la tarde á que nos referimos se hallaba la buena madre sentada á la puerta del molino, con los ojos fijos en la vereda, que servia de paseo á su hija. Ansiosa, triste y meditabunda, descubrió por fin á Elina que venia aproximándose con esa lentitud, producida por la gravedad y pesadumbre de un pensamiento fijo, inmutable, solitario y casi único que atormenta al par que dá la vida y que rodea los dolores con los encantos de una creída felicidad.

Elina deshojaba distraída un pequeño ramo de flores que acababa de recoger; y veía con la mayor indiferencia las débiles hojas de colores caerse á la corriente que lamía sus piés y desaparecer arrebatadas por el agua. El movimiento exterior no conseguía conmover su eterno pensamiento que la oprimia, como el manto de plomo del Dante.

Cuando llegó al lado de su madre y oyó su voz cariñosa, como la voz de toda madre, levantó la cabeza y dejó asomar á sus lábios suavísimos aquella sonrisa, que admiraría á un ángel y que haría estremecer á un justo.

—Ven, siéntate á mi lado, querida mia; dijo la madre, procurando dar á sus palabras y á sus ojos toda la dulzura que encierra el amor maternal.

—Con mucho gusto, madre de mi alma; respondió Elina acariciando sobre las sienes el cabello gris de su buena madre.

—Te ofenderán mis preguntas?

—Por qué? jamás; vuestras palabras suenan en mi alma, como las campanadas del Ave María.

—Es decir, Elina mia, que me perdonarás si te pregunto por qué estás triste?

Elina mostró, sin que lo pudiera remediar, un estremecimiento, que no se ocultó á la penetración de la madre. Pero ingenua y avezada á revelar hasta sus mas queridos pensamientos, contestó sin vacilar:

—Sí, madre mia, estoy triste, como las flores al caer el sol, como el valle en los meses de invierno, como vos misma en las noches que velais á la familia enferma.

—Tú, triste, vida mia, tú que no sabes lo que son dolores, que ignoras la amargura de los pesares? Tú que vives entre Dios y tus padres! Vamos, qué te aflige? Deseas ir á tu aldea? ¿te cansa esta soledad? Habla por Dios, hija de mi alma, tu tristeza llena de sombras nuestra casa, como si faltara el sol á los campos, como si faltara la madre al cabritillo de pocos días.

—Es verdad, madre mia: pero ha venido sobre mi frente un pensamiento extraño, porque mis ojos tuvieron una visión y mis oídos escucharon palabras nuevas, llenas de armonía.

—Qué te ha sucedido, amada de mi alma?

—Oh! Escuchad. Yo estaba sentada á orillas del torrente acariciando un cabritillo, mientras dormía sobre mi brial el pobre perro que me sigue á todas partes.

—Prosigue, hija mia, prosigue.

—Yo dirigía palabras cariñosas al inocente corderillo, que me lamía la mano, con envidia del perro, que de cuando en cuando levantaba su cabeza, me miraba, meneaba la cola, y volvía á meter el hocico entre sus patas. De repente me pareció oír el crujido de las hojas secas, levanté los ojos y ví á la otra parte del torrente á un joven cazador, apuesto como un héroe, y gallardo como un antiguo conde. Yo quise bajar los ojos, y lo conseguí dos veces, pero fué inútil, mis miradas se encontraron por último con las suyas, que se fijaron en mí, como las del ángel que anuncia á la Virgen su inmaculada concepción.

—Le hablaste? quién era? habla, Elina mia.

—No era aldeano, porque su trage era de un caballero; no era aldeano,

porque sus palabras eran hermosas, como los consejos del señor cura de la aldea.

—Le hablaste?

—Oh! sí, madre mia. El cazador me contemplaba silencioso, pero era dulce su mirada, estaba risueña su fisonomía, y deseaba oír su voz.

—El cielo os guarde, flor de estos valles, me dijo el cazador.

—Os habeis extraviado? le pregunté yo tímidamente.

—Oh! no; pero el cielo ha hecho aparecer una luz brillante para guiarme en estas soledades, si hubiera tenido la fortuna de perderme.

—Necesitais descansar? Allí está mi cabaña, hay para el peregrino un techo, un hogar y una caridad infinita.

—La caridad! exclamó el cazador. Tomando vuestra forma se la creeria bajada del cielo, para vivir entre los hombres. ¿Cómo os llamais?

—Elina, señor.

—Sois de la aldea vecina?

—Mi cuna se ha arrullado con las brisas de este valle.

—Hermosa sois, como un ángel, inocente como el cabritillo que halagais en vuestro regazo, y pura como estas brisas que descienden de la montaña.

—Muchas gracias, señor; procuro ser buena hija, como mi madre es buena.

—Permitís que descanse un momento junto á vos?

—Oh! no.

—¿Por qué, bella aldeana?

—Porque estoy temblando.

—Os causo miedo? me retiraré.

—Tampoco; es que vuestras palabras me causan mucha turbacion.

—Pues si no me temeis, dejadme vadear el torrente y os admiraré de cerca.

—No hagais tal; porque me siento mal. Proseguid vuestro camino, por Dios.

—Si lo quereis, me retiro...

—Os vais?

—Sí, hija mia: si vos temblais, yo estoy perdiendo la razon. Adios.

—El cazador, continuó Elina, se retiraba, lenta, muy lentamente; volvía los ojos para mirarme y yo me sentia triste, muy triste. De repente quiso salirse el corazon del pecho y sin querer, madre mia, di un suspiro que detuvo los pasos del cazador.

—Que no os vais? le pregunté yo.

—No puedo, hermosa niña. Siento que al marchar se queda aquí el corazon hecho pedazos. Oh! habeis sido una divina vision, que Dios ha levantado en mi camino, para consolar mi existencia.

—¿Sois desgraciado, señor?

—Mucho.

—Habeis perdido á vuestros padres?

—Sí, hija mia.

—Entonces sí que sereis desgraciado, porque no es posible vivir sin las caricias de una madre, y sin el apoyo de un padre.

Y quise llorar, porque me acordaba de vos y temia perderos.

—Concluye, Elina de mi alma, añadió la madre, respirando con profunda pena.

—Me he quedado huérfano, repuso el cazador, y me falta desde niño un amor, una sonrisa y una esperanza. Rico y opulento he buscado en vano la felicidad: todas las sendas que he cruzado me han llevado á la amargura; solo ahora, en este instante, delante de vos, inundado con la luz de vuestras miradas, he creido encontrar la misericordia de Dios. Nada temais, bellissima aldeana; ángeles como vos, se adoran solamente.

—Y no os marchais? le dije yo, con una voz que me parecia desfallecida y anhelante.

—Sí, niña angelical. Pero volveré.

—Cuándo?

—Todos los dias.

—No, no; que me haceis sufrir.

—Al fin tendreis compasion y os podré decir una sola palabra.

—¿Qué palabra, cazador?

—No os ofendais por Dios y os lo diré: Aldeana, yo os amo.

—Como mi padre y mi madre, no; pues ahora padezco... marchaos, pues me siento desfallecer.

—Adios... quereis que vuelva?

—Oh! sí; exclamé, sin pensar lo que decia.

—Gracias, gracias, Dios mio, aun puedo vivir porque puedo esperar.

Y el cazador miró muchas veces, me saludó con la mano y desapareció. Yo le seguí con la vista y aun pude distinguir su hermosa fisonomía, cuando me dió el último adios, desde lo alto de la roca negra.

—¿Y ha vuelto? preguntó la madre.

—Todos los dias, á la misma hora.

—Se sentó junto á tí?

—Nunca: me hablaba desde la opuesta orilla del torrente.

—Le has visto hoy?

—No, madre mia, cuatro dias hace que no he oido su voz.

—Y volverá?

—Oh! sí, porque seria un ingrato; pues yo deseo que venga.

—Vamos, Elina mia; cálmate y espera los consejos de tu padre. Es ya pe-

ligroso que salgas sola por el valle. ¿Tú no encuentras espinas en las flores que mas quieres?

— Muchas.

— Pues tambien hallarás espinas y mas dolorosas todavía en esas visitas que tan inocentes son hasta ahora. Escucha ; ahora mas que nunca necesitas orar ; retírate, hija mia, y pide á Dios que guie por buen camino tu entrada en el valle de las pasiones. Yo velaré por tí.

La madre besó la frente de Elina, la estrechó contra su corazon y la condujo hasta su modesto cuarto.

— Tengo ganas de llorar ! exclamó Elina, dejándose caer sobre una silla.

— Lloras , hija mia , llora ; esas lágrimas las bendice el Señor.

II.

Morir por esperar.

Pasó un dia y otro dia sin que Elina osára separarse de la cabaña ; si hubiera llevado sus pasos mas allá de la sombra que proyectaba su morada, habria creido ofender á Dios , porque ofendia á su madre.

Pero su melancolía iba en aumento : las enfermedades del alma conducen tambien á la muerte. La madre empezaba á temer las consecuencias de su justo rigor y sufría por ella y por su Elina.

Entretanto avanzaba la estacion de las lluvias y de las tempestades : el valle habia perdido su risueño aspecto , las noches eran mas largas , los dias mas sombríos y la tristeza de Elina mas profunda. El frio reunia ya junto al hogar á la inocente familia del valle para rezar á la Santa Virgen , oír la lectura de un libro piadoso y acostarse despues al rugido del viento y al rumor de la caída de las aguas.

En una de estas noches y despues del rezo ordinario , el padre y el hermano de Elina se recogieron sin esperar la lectura , y la madre y Elina se quedaron solas.

—Es extraño , Elina mia, dijo la madre , que no haya vuelto el cazador á visitar este valle. Casi deseo que vuelva.

—Oh ! ya no vendrá , respondió la jóven ; no viene la alegría siempre que se la llama ; no acude la fortuna siempre que la invoca el corazon del hombre.

—Se habrá olvidado de tí , repuso la buena mujer , procurando observar el efecto que producian sus palabras.

—Puede ser ; pero yo no me olvidado de él , como no olvido vuestras caricias , como no olvido mis deberes. Oh ! el sol prosigue su carrera y se ocul-

ta detras de los montes , sin cuidarse de los enfermos , que desean contemplar su luz porque les mata la noche. El cazador ha pasado por este valle , como el ciervo , saltando de risco en risco , para no volver jamás. Bendito sea Dios que me permitió verle algunas veces.

—No te aflijas, Elina; volverá, el corazon de una madre no se engaña cuando se trata de la ventura de sus hijos.

—El cielo os oiga , madre mia ; pero los ángeles no descienden á la tierra todas las veces que les invoca el hombre : necesitan el permiso de Dios.

Iba á contestar la madre , cuando vino á interrumpir estos momentos de santa confianza un golpe dado á la puerta de la cabaña.

—Llaman , madre mia.

—He oido el golpe , pero no me atrevo á abrir. Será el espíritu de la noche que pedirá otras oraciones.

—Oh ! no : será algun peregrino ó algun pobre que se habrá perdido en la fragosidad del valle.

Volvió á sonar otro golpe , que hizo despertar al padre y al hijo que se levantaron en seguida.

—Abrid , dijo entonces una voz : os traigo un mensaje del cazador.

—Loado sea Dios ! exclamaron á un tiempo madre é hija , mientras se apresuraron las dos á franquear la entrada al mensajero.

Era un jóven aldeano , cuya fisonomía revelaba valor y confianza .

—Buenas noches , señores , dijo el mensajero , sacudiendo su capa y arriando su escopeta al alfeizar de una ventana.

—Buenas noches , respondieron todos con la mas franca alegría.

—Podeis descansar , dijo el gefe de la familia ; os ofrecemos cena , vino , cama y buena voluntad.

Elina estaba impaciente ; la madre no podia contener su curiosidad.

—Muchas gracias , respondió el jóven : acepto un vaso de vino y vuestra buena voluntad ; pero antes de amanecer debo llevar la contestacion á mi amo. Tomad , señorita , concluyó entregando una carta que Elina recogió con señales inequívocas de su impaciencia ; tomad , y si es lo que yo me figuro , complaced á mi amo , que se muere de melancolía.

—¿ Está triste ? preguntó Elina fijando sus miradas en el mensajero.

—Como una noche de invierno.

Elina suspiró y sonrió.

—¿ Por qué no sale á cazar ? añadió Elina sin dar tiempo á que el aldeano bebiera el vaso de vino que acababan de presentarle.

—Por qué ! porque estaba enfermo.

—Enfermo ! exclamó la madre , mirando á su hija.

—Enfermo ! añadió Elina exhalando un suspiro como si hubiera dejado caer un peso que la abrumára.

—Enfermo de no sé qué; el médico no nos ha mandado á la botica.

—Pero está mejor? preguntó Elina con afán.

—Oh! sí.

—¿Cómo ha curado?

—Eso lo sabe Dios, y yo lo presumo.

—Hablad, hablad.

—Mi señor estaba pálido, muy pálido; no salía de su habitacion, y escribía cartas y venían cartas, hasta que esta mañana yo mismo le entré una que acababan de traer. Mi amo la cogió, la abrió, la leyó, dió un grito y añadió: toma por las albricias, tú llevarás mi peticion. Me dió una moneda de oro, díle gracias y me retiré. Al cabo de una hora me volvió á llamar y me dijo: toma la escopeta y dinero y vete al valle del molino y entrega esta carta á la familia que lo habita. Te espero antes de amanecer mañana. Ved, pues, si me dais contestacion y partiré dentro de una hora. Entretanto descansaré al amor de la lumbre.

El jóven se acomodó lo mejor que pudo y se quedó bien pronto dormido profundamente.

Elina, impaciente, abrió la carta y leyó temblorosa lo que sigue:

« Respetables amigos: rico, casi poderoso, huérfano, pero con parientes altivos por sus títulos y nobleza, he buscado una compañera de mi soledad. He tenido los palacios y he huido de ellos; he corrido los pueblos grandes y no me han satisfecho; pero he visto á Elina y he bendecido á Dios. El corazon se halla satisfecho. He conseguido la anuencia de mis deudos y me apresuro á pedirlos la mano de Elina. Ella será mi ángel, mi consuelo, mi alegría; en cambio, como caballero, como amante y como esposo, procuraré hacerla feliz. ALBERTO. »

—¿Veis, madre mia? no me ha olvidado: Dios bendiga las esperanzas, que santifica la virtud.

—Lo veo, hija mia; y si tú estás contenta, solo falta la aprobacion de tu padre.

—¿Qué he de decir yo, hija mia? Tú lo quieres, cúmplase la voluntad de Dios y la tuya. Así, pues, escribe que yo consiento, porque le creo capaz de no faltar á su palabra.

Elina, alegre, ágil y feliz acercó una mesilla al hogar y escribió la contestacion, que leyó en seguida á la familia.

« Puedes venir, hermoso cazador. El valle se alegrará con tu presencia. Mi buen padre y mi cariñosa madre consienten en que te llames mi esposo. Ven, pues, á recoger de mi mano las flores que he cultivado para tí. Aquí en mi corazon te guardo amor, alegría y bendiciones. No tardes, para que viva — ELINA. »

La madre sonrió al escuchar esta lectura; el padre quedó atónito y Elina se

apresuró á cerrar la carta , procurando dejar dentro la hoja de una flor silvestre , que llevaba clavada al pecho. En seguida despertó al mensajero.

—Toma, le dijo , la contestacion y corre por Dios á consolar á tu amo.

—Ah! tambien me consolaria yo si fuerais vos la que me mandára palabras de consuelo. Ea , pues , adios , señorita ; adios , señores.

Diciendo esto cogió la escopeta , se la echó sobre el hombro , y acompañado de todos abrió la puerta , miró al cielo y añadió :

—Mala noche ; pero yo conozco las veredas. Adios.

Elina no cerró hasta perder el eco de las últimas pisadas del aldeano ; en seguida cerró y acercándose á su madre la dió un estrecho abrazo y exclamó :

—Ya soy feliz.

—Así sea , contestó la madre.

El dia siguiente amaneció lluvioso ; grandes masas de vapores acumulados sobre el Montblanch arrojaban una lluvia espesa , mientras el horizonte se envolvía en oscuras nubes , amenazando con un nuevo diluvio. Un viento fuerte hacia oír sus rugidos en las ramas de las encinas y en las grietas de las rocas. Todo ofrecia el aspecto de una verdadera tempestad.

Elina , acostumbrada á estos grandes espectáculos de su valle solitario , pasó el dia saliendo cien veces á la puerta de la cabaña para escuchar el rumor de unos pasos , ó el canto de un cazador.

La naturaleza no la enviaba ninguno de los sonidos que esperaba con tanta impaciencia. Era ya entrada la tarde , cuando calculó que era la hora en que probablemente llegaria el cazador.

— Saldré á su encuentro , y guiaré sus pasos á la cabaña , porque él no conocerá estos senderos y podria caer en el torrente.

Llevada de este doble sentimiento de caridad y de amor , se cubrió la cabeza con un pañuelo , y seguido del perro tomó la senda por donde debia venir el esperado cazador. Agil como un cervatillo llegó en poco tiempo á la estremidad de una vereda , que seguia las sinuosidades del torrente , y se detuvo , procurando guarecerse en la cavidad del tronco medio carcomido de una encina. Al principio conservaba su alegría , porque conservaba la esperanza de ver en seguida al cazador. Pero pasó una hora , la lluvia arreciaba , crecian las aguas del torrente , y al observar el aspecto del cielo , empezó á desfallecer y temblar.

— No vendrá todavía , dijo , y es que no sabe que aquí le espero. Oh ! si se desatara el huracan , si se desbordara ese torrente , yo no podria volver , y mi pobre Alberto pereceria ahogado. Debe ser cosa terrible morir arrebatado por esa corriente impetuosa. Apresura tus pasos , Alberto mio , porque braman los vientos de la tempestad y se oyen los graznidos de las aves de rapiña. Ven y sálvate , Alberto mio , porque es la hora de la tempestad y se alegran los espíritus de las tinieblas. Dios guie al viajero extraviado ! Ven , Alberto mio , porque te espera tu Elina llena de amor.

Sus palabras se perdieron en el estruendo de las aguas, y Elina sintió los crujidos que daba el tronco del árbol en que se había refugiado. La vieja encina, débil ya para resistir el embate del viento, iba doblegándose lentamente, dejando escuchar los crujidos que exhalaba su pesado ramaje desgajado del tronco.

— Dios mío ! exclamó Elina, abandonando su asilo hospitalario. Me hallo en un grave peligro. Si podré salvarme ! Sí, sí, porque ahora no debo morir. He realizado una esperanza, y no es hora de perecer. Pero ¿ dónde refugiarme ? Ah ! se ha perdido la senda ; el torrente crece por este lado.... No puedo volver..... Y he de morir ! No, no : yo tengo miedo.... Virgen Santísima, ampara-me..... Madre de Dios..... socorro, socorro.....

Elina, aterrada, vacilante, se cayó, al mismo tiempo que la encina venia también al suelo derrumbada por último bajo la presión de una violenta ráfaga.

El perro aulló por tres veces. Elina hizo esfuerzos supremos para levantarse ; la corriente crecía por momentos y en vano se agarraba á las piedras y á las débiles ramas de la orilla, á pesar de las heridas que recibían sus delicadas manos. Destrozados los vestidos, suelto el cabello, la mirada errante y la boca ensangrentada, era arrebatada por las olas, que se sucedían con estruendoso fragor. El perro aullando, coleando, y sin separarse de su pobre ama, iba también corriente abajo.

— Virgen Santa ! piedad ! misericordia ! misericordia ! exclamaba la desventurada Elina. Hubo un momento en que la misma corriente la condujo al pie de un margen escarpado, donde se veían algunas raíces sólidas. Elina se agarró á ellas, respiró un momento, llegó á esperar y dió nuevos gritos. En aquel instante el perro, que había llegado hasta colocarse junto á su cabeza, fué arrebatado de repente : Elina volvió la cabeza y vió con terror una cascada que se precipitaba en una hondonada, levantando una nube de espuma que el viento se llevaba al pasar.

Elina, á la vista del peligro, dió uno de esos gritos que no pueden explicarse, pero que desgarran el alma. Sintió que le faltaba la vista, perdió las pocas fuerzas que le quedaban, abrió las manos y Elina rodó hasta el fondo, envuelta en una espesa capa de bruma. Vióse por un momento agitarse su cuerpo blanquísimo á través de las olas turbias de la cascada, y poco después apareció flotando sobre el agua, que inmóvil fué arrastrado hasta larga distancia, donde se hallaba ya el cadáver del perro.

La tempestad calmaba : el valle recobraba su acostumbrado silencio y solo se percibía algún silbido del viento en su postrera agonía ; la caída de las aguas, ya mas armoniosa, y algunos gritos lejanos que apenas se podían comprender.

Era la familia de Elina que salía en busca de su hija ; eran los gritos de Alberto que llegaba con el corazón lleno de esperanzas. Cada uno por su lado, corriendo á la ventura, llamaba á la desventurada Elina. Alberto, sin poder

cruzar el torrente, gritaba desde la opuesta orilla, pero sus voces se perdían en la soledad. Fatigado y deseoso de recobrar nuevas fuerzas se detuvo un instante, miró al cielo y vió una águila de colosales proporciones cernerse en las nubes, trazar círculos extraños en el espacio y descender lentamente hácia el fondo del valle. Alberto cogió su escopeta, siguió la dirección del ave de rapina, y cuando esta iba á desaparecer en el fondo del torrente, dispara Alberto, retumbó el valle con el estampido y vió el cazador rodar hendiendo el aire á la altiva víctima que acababa de bajar de las nubes para morir en el fondo de un precipicio. Alberto corrió y en pos de él los perros que le seguían. De repente la mirada del cazador se fijó en un objeto blanco como el ampo de la nieve: se detiene, examina y distingue á algunos piés de profundidad la figura de un cuerpo humano. Un triste presentimiento le hizo bajar apresuradamente, al mismo tiempo que llegaban también un hombre, una mujer y un joven.

Alberto se aproximó al cadáver, observó su rostro y dió un grito que resonó en toda la soledad.

— Elina!

— Elina! respondió la desventurada familia.

— Dios mio! Dios mio! continuó Alberto, hincando la rodilla; fuera de esta última esperanza, no queda á mi corazón mas que el amor de Dios. Benditos sean, Señor, tus altos juicios.....

Ninguno pudo hablar ya: hay dolores que nacen y mueren en el corazón: su consuelo queda reservado á la misericordia del Señor.

Vicente Bolz.

EL DESAYUNO.

(CUADRO DE MIERIS.)

La pasión del amor, uno de los resortes mas poderosos, uno de los sentimientos mas nobles del corazón humano, á pesar de haber dado pábulo á tantos partos de la imaginación y prestado asunto á tantas meditaciones filosóficas, tal vez no ha sido desarrollado lo bastante para satisfacer las necesidades del pensamiento y las exigencias de una profunda é imparcial filosofía. Unas veces confundida con las instigaciones del apetito, y considerada en la baja escala de los instintos, se ha presentado como uno de los fenómenos de nuestra organización en el orden puramente físico: otras, elevada á las regiones sublimes de un puro idealismo, se ha rodeado de una auréola tan gloriosa y aerea que casi se ha separado de la esfera de lo sensible, reduciéndola á fruiciones puramente espirituales, como si el hombre desprendido enteramente de la materia pudiese con los solos goces del espíritu completar la felicidad de todas sus facultades, aun bajo la doble acción de los dos principios que constituyen su esencia. Y mientras que imaginaciones ardientes y apasionadas han dado á la pasión del amor un culto casi divino, moralistas áridos y severos la han tratado como un extravío de la razón y hasta como una degradación brutal de la especie humana. Así es que, deslumbradas por las primeras las almas cándidas y sencillas, pero dotadas de exquisita sensibilidad, se han dejado arrastrar sin resistencia á la región encantadora de las ilusiones, sufriendo despues el amargo desengaño de una triste realidad. Y por el extremo opuesto, almas tímidas y asustadizas, aterradas por el rigorismo intransigente de una moral de hielo, no han visto mas que escollos y abismos sin fondo en ese tierno y delicado sentimiento que concedió Dios al hombre, como fuente inagotable de

GT DE MUNICH F 28



Maria Pinet

Alf. Ruyter

*Le Djeûneur.
Luncheon. Frühstück.
Invitation.*

puros placeres y principio de los dulcísimos é inocentes goces de familia. Así es como la pasión del amor, presentada casi siempre en uno de esos dos opuestos puntos, rara vez ha sido juzgada por el sano y justo criterio de la imparcialidad, viéndose elevada ó envilecida según el móvil que guiaba al observador, y el fin que en ello se proponía.

Cuando la fantasía se ha encargado de admitir al amor como á otro de sus hermosos sueños, todo sonríe en él á sus encantos : el amor es acá en la tierra la suprema felicidad, y hasta las propensiones que marcan la degradación del ser moral y las tristes miserias de la intemperancia aparecen cubiertas con un velo celeste como los misterios de Isis. La poesía se encarga por su parte de divinizar á ese ídolo de la materia, y el cinismo filosófico reclama para él los derechos de la mas desenfrenada licencia. Para neutralizar en lo posible los desastrosos efectos producidos por tan grosero error, así en el orden del individuo como en el orden social, otra especie de estoicismo filosófico, despojando al amor de todas sus ilusiones, le ha querido despojar también de la realidad de sus mas puras fruiciones, y ha opuesto al ardor de sus raptos el helado positivismo de la insensibilidad.

Es un hecho constante, aunque escape á la observación del indolente sensualismo que insensiblemente va cundiendo en la actual generación, que la pasión del amor adquirió una fisonomía del todo distinta desde que apareció sobre la tierra una religión de lucha continua entre las dos partes que constituyen el ser humano, el espíritu y la materia. Un profundo observador lo anunció á principios de este siglo, no como una idea nueva, pues ya lo había dicho muchos siglos hace el sagrado cantor de Idumea. Milicia es la vida del hombre sobre la tierra; y lo había declarado en términos mas espresos el divino fundador del Cristianismo, pero tal vez no lo había indicado aun con tanta precisión ninguno de los modernos filósofos. Lo que en nosotros se llama propiamente amor, dice, es un sentimiento del cual hasta el nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya base moral es la amistad. Aun la misma perfección de este sentimiento se debe al cristianismo porque este procurando de continuo purificar el corazón, ha llegado á espiritualizar hasta aquellas inclinaciones que parecían menos susceptibles de serlo. Y he aquí una situación poética que ha suministrado esta tan denigrada religión á aquellos mismos autores que la insultan. En una multitud de romances se pueden ver las bellezas que ha producido esta pasión semi-cristiana. El carácter de Clementina, por ejemplo, es una obra maestra de que la antigüedad no ofrece modelo. Lo que llamamos el amor apasionado, ni es santo como la piedad conyugal, ni tan gracioso como los sentimientos pastoriles; pero mas violento que uno y otro devasta las almas donde reina. No fundándose en la gravedad del matrimonio, ni en la inocencia de las costumbres campestres, ni mezclando con la suya ilusión alguna,

el mismo es á un tiempo su engaño, su locura y su sustancia. Esta pasion, ignorada del muy ocupado artesano y del sencillo trabajador, solo reina en aquellas gerarquías de la sociedad en que la ociosidad nos deja abrumados con todo el peso de nuestro corazon, con su inmenso amor propio y con sus eternas inquietudes. Esta grande enfermedad del alma se apodera con furor de los ricos de la tierra tan luego como se presenta el objeto que debe fermentar la semilla. El filósofo á que nos referimos pone por ejemplo de amor apasionado el de la reina de Cartago en la Epopeya de Virgilio, y realmente así en este punto como en otros el cantor de la Eneida es el que mas supo adivinar una Musa cristiana, en espresion de un moderno crítico. Sus sentimientos son de un temple mas delicado, mas religioso que las imágenes impúdicas de Cátulo y los muelles cantares de Tibulo y de Ovidio. No tan raudo como Horacio, es mas tierno y casi tan sublime como él, dejando en el corazon unas heridas mas dulces y mas profundas. En su magestuosa epopeya parece que llegó al punto mas elevado de verdad en la pintura de las pasiones sublimes y de los sentimientos fuertes, guardando un medio entre la energía á veces desaliñada de su modelo y el corruptor refinamiento de su siglo. En la sola persona de Dido se ven trazados todos los raptos de la pasion á la vez mas elevada y mas miserable dentro los límites de lo verosímil y aun de lo verdadero. Virgilio, sin remontarse á la region fantástica de un bello ideal inadmisibile, hace que el hombre triunfe de la pasion y que la mujer sucumba á ella: coloca el amor á los dioses y á la patria superior al amor de una mujer, que para un heroe vulgar hubiera sido irresistible. La pira que arde sobre Cartago, arrojando sus siniestros reflejos en la nave ya lejana del heroe fugitivo, es el último sacrificio de un amor sin esperanza, y la prueba mas alta á que puede llegar la decision de un hombre que huye de los encantos de una mujer coronada para obedecer al cielo y para fundar una nueva patria. ¿Qué mas puede pedir lo bello ideal en el orden de lucha interior y de sacrificio? El cristianismo creó, es verdad, para el alma una nueva grandeza, porque dió lugar á otras victorias; pero en el orden natural puede decirse que el vate Mantuano agotó los recursos del sentimiento, y en su Eneas y en su Dido nos trazó el mas bello cuadro de la antigüedad, así del triunfo del hombre sobre sí mismo y del deber y de la piedad sobre la mas formidable de las pasiones, como del triunfo de la pasion sobre la debilidad del sexo.

Si para conocer la idea que de la pasion del amor tenia la culta antigüedad nos separamos de Virgilio, la hallaremos todavía mas degradada, mas envuelta en el fango de la materia y destituida del puro aroma del sentimentalismo que le daba en los versos del poeta mantuano elevacion y magestad. Virgilio es un poeta religioso, y la piedad que dominaba en su alma descollaba tambien sobre el carácter de sus héroes. Hasta en el último delirio de una pasion desesperada respetaba siempre el pudor. Cuanto de su alma emanaba respiraba

cierta grandeza y hasta llegaba á engrandecer los númenes mezquinos de que tenia que echar mano para lo maravilloso. El alma de Virgilio, penetrada siempre de melancolía, se esplaya por lo comun en los contrastes entre la felicidad y la desgracia, el reposo de la noche y la llama de la desolacion, filosofía profunda, que es la historia secreta de las miserias é ilusiones de la vida. Sus pinturas no están limitadas á ciertas perspectivas de la naturaleza: tienen un no sé qué de grande é indefinido como la soledad de los bosques, el aspecto de las montañas, las orillas del mar, desde donde las mujeres desterradas contemplan llorando la inmensidad de las olas. ¿Cuál es el motivo de aquella tristeza secreta de Virgilio que dá el colorido á todas sus bellezas? Dicen sus biógrafos que tuvo en su juventud pasiones vivas á cuya satisfaccion pudieron obstar sus imperfecciones naturales. Ese vacío de felicidad que sentia pues en su alma, unido á la rectitud de su corazon, fué quizá lo que mas le acercó á los poetas cristianos, que nunca presentan el corazon saciado con los placeres; y el mayor de sus embelesos es aquella oculta melancolía que dejan percibir siempre en el fondo del corazon. Al contrario observamos en el génio de Ovidio, cuya pasion se presenta bajo un carácter mucho mas sensualista. Sujetando sus inspiraciones mas sublimes al capricho de sus favoritas, y sacrificando á su culto superficial y vergonzoso el porvenir brillante de gloria á que le llamaba el destino; dominado por una inclinacion múltiple de amor, y no por una pasion constante y profunda, servia á medias tanto al amor como á la gloria, y todo lo inmolaba á la veleidad de sus afecciones. No percibimos en él aquella dolencia lenta del espíritu, aquella honda melancolía que aqueja al corazon afectado ú oprimido por la magestad del sentimiento, ó por el pesar perenne de una pasion infortunada. Ovidio no se mostró ni grave ni interesante en sus sentimientos hasta que fué desgraciado. La prosperidad que le hacia versátil y víctima de su propia inconstancia, llegaba á desperdiciar lastimosamente las dotes de su corazon y de su ingenio, como él mismo lo confiesa. Por mas de una vez, aun en sus libros mas ardientes y apasionados, descubriase el hastío oculto debajo los mas deliciosos goces, la sierpe encubierta debajo guirnaldas de flores. Sus cortesanas sabian devolverle muy bien todos los males que él les hacia sufrir: si él era inconstante, ellas eran ligeras, y á sus engaños correspondian con perfidias. Y aunque el poeta fuese amado por su belleza, por su juventud, por sus gracias naturales ó por sus riquezas, no dejaba de haber mujeres que aceptaban el amor de Ovidio como un pedestal de su hermosura, ó como un pábulo de su vanidad; pues pareciendo decoradas con su gloria poética, se presentaban al pueblo, y los amantes seguian sus huellas. No ignoraba Ovidio que mas de una vez las beldades de Roma se ornaban con su ingenio y con sus versos; y mas de una le dijo: « Yo te amo » para que él volviese á decir á todos: Aquella me dice: Yo te amo. ¡ Cuántas veces hizo correr á los amantes siguiendo las trazas de una beldad ignorada!

¡ Cuántas hizo de moda una niña sin nombre , que ayer era su discípula y hoy era ya su señora ! Su génio poético convirtió quizás á muchas ingenuas en cortesanas , y á las que mas amaba , á fuerza de alabarlas las perdió. Así es como en su *Arte de amar* reflejó muy vivamente el cuadro asqueroso de la corrupcion romana , al par que en sus *Amores* retrató tambien muy al vivo la voluptuosa inconstancia de sus amorosas propensiones. Roma , hondamente depravada en sus costumbres , pero queriendo en su refinada hipocresía conservar una sombra de su primitiva severidad republicana , afectó escandalizarse por aquella descarada estrategia de la prostitucion , de la cual se tomó pretesto para desterrar al poeta , mientras que sus elegias amorosas le han dejado á la posteridad como un grande génio hundido en el impuro fango del mas grosero sensualismo.

Hé aquí pues la pasion del amor representada en la antigüedad bajo sus dos distintas fases en el cantor de Mantua y en el cantor de Sulmona , elevándola el primero al nivel de la piedad y del patriotismo , y haciéndola descender hasta el despecho , y reduciéndola el segundo casi exclusivamente al orden poco noble de puras sensaciones. La filosofía , sin embargo , en su trabajo lento y progresivo de investigacion analítica de los sentimientos morales , y bajo la influencia irresistible de una religion altamente espiritualista , ha buscado en la pasion del amor raices mas profundas de las que descubria en ella el sensualismo pagano ; y sin entrar aun en el orden religioso , ha dado al alma una parte mas principal así en sus goces como en sus tormentos. Nadie ha hablado con mas acierto de la pasion del amor que la mujer mas filósofa de nuestro siglo. Un corazon de mujer se necesitaba para presentar esta pasion cual es en sí , aun cuando fuese bajo el oropel de la filosofía. Compárense las breves páginas que ha escrito sobre el amor la señora de Stael con todo lo que sobre él nos ha dejado escrito la docta antigüedad ; y se verá el paso inmenso que ha dado el espíritu observador acerca el mas misterioso é inesplicable de todos los sentimientos humanos.

El verdadero language de una sensibilidad profunda y apasionada , como pinta esta misma escritora , es en extremo rara , aun entre los romanos del siglo de Augusto. El sistema de Epicuro , el dogma del fatalismo , las costumbres de la antigüedad , antes de establecerse la religion cristiana , desnaturalizan casi enteramente todo cuanto se refiere á las afecciones del corazon. Lo que falta á los antiguos en la pintura del amor es precisamente lo que les falta en ideas morales y filosóficas , y en tanto el talento expresa con mayor fuerza y calor las afecciones de la sensibilidad en cuanto la reflexion y la filosofía han dado mayor elevacion al pensamiento.

Cuando la filosofía con toda la frialdad del análisis y el aparato de la discusion se ha encargado de presentarnos la fisiología del amor , ha fracasado completamente. Le ha sucedido lo que á un pintor que para retratar á una persona se contentase con copiar estrictamente los contornos y perfiles del rostro , sin ha-

cerse cargo de aquellas gesticulaciones musculares apenas perceptibles y aquellos toques de colorido que son el alma y la expresion de la fisonomía. El análisis filosófico, indispensable para sondear el corazon, es por sí solo impotente si este mismo no le auxilia en sus operaciones. En la filósofa á que nos hemos referido, habla el corazon auxiliado por la filosofía. Al tratar del amor como passion, dice ella misma, he prescindido de la historia y del mundo, como lo hice al tratar de las otras; en esta me he abandonado á mis solas impresiones: mas bien he divagado por la region de las ilusiones que por la de la observacion, y solo puedo ser comprendida de los que sienten como yo.

Así que, para formarse una idea algo aproximada á la verdad de la mas inesplicable de las pasiones es preciso que se armonicen de concierto la reflexion y el sentimiento, porque para ello es indispensable explicar al hombre, en la intimidad misteriosa de sus dos partes constitutivas, la materia y el espíritu, dando siempre la preponderancia á la parte mas noble, á la mas imperiosa, á la que tiene cierto punto de contacto con lo infinito, y reduciendo á la parte inferior á las mezquinas y fugaces proporciones de una fruicion limitada, supliendo en lo posible la mezquina realidad de esta fruicion con el indefinido poder de las ilusiones.

Cuando el amor apasionado se ha querido presentar como la idea de una existencia celeste, sin duda se le ha concebido como una fruicion intelectual en que el espíritu tenia una superioridad incomparable sobre los goces efímeros de la materia. Si el Ser omnipotente, se ha dicho, al arrojar al hombre sobre este valle de quebrantos, quiso que concibiese la idea de una existencia celestial, es cuando permitió que en algunos momentos de su juventud pudiese amar con passion, y vivir en otro, que pudiese completar su ser, uniéndolo al objeto que adoraba. En aquellos instantes de delirio se interrumpió en cierto modo el curso ordinario de la vida, y todos los sentimientos y todas las percepciones vinieron como á perderse en un sentimiento delicioso de felicidad. Los encantos de la persona amada no tienen mas límites que los de la imaginacion; la propia existencia viene como á desaparecer ante el objeto que toda entera la absorbe. Gloria, fanatismo, ambicion, vuestro entusiasmo tiene intervalos: solo el sentimiento es el que embriaga en todos los momentos: mientras todas las sensaciones se perciben por el intermedio de otro, el universo entero se presenta bajo formas diferentes: la primavera, la naturaleza, el cielo son los lugares que él ó que ella ha recorrido: los placeres del mundo son lo que él ha dicho, lo que le ha gustado, los objetos que ha acariciado. Todo el mundo se divide en dos mitades, allí donde está el objeto amado y allí donde no está. Para el corazon no hay punto poblado sino el primero: todo lo demas es un desierto.

El absoluto sacrificio del propio ser á los sentimientos, á la dicha y al destino de otro como la mas alta idea de felicidad que puede exaltar la esperanza

del hombre es lo que puede dar una idea aproximada del amor. Y cuando este sacrificio llega en parte á realizarse, entonces el sentimiento de felicidad pasa ya á una region para nosotros desconocida: entonces el espíritu se halla como anegado en un abismo de goces inefables. Entonces solo la idea de la muerte es la que puede modificar en algun modo este esceso inmenso de felicidad.

En esta pasion (habla el corazon de una mujer) halla el ser sensible cierta cosa de soledad y de concentracion que inspira al alma la elevacion de la filosofía y el abandono del sentimiento. El alma se sustrae del mundo por unos intereses mas vivos que todos cuantos el mundo puede dar: disfrútase alternadamente y á pocos instantes de intervalo de la calma del pensamiento y del movimiento del corazon, y en la soledad mas profunda la vida del alma es mas activa que sobre el trono de los Césares. En cualquiera época de la vida en que la fantasia nos transporta al sentimiento que nos habrá dominado en dias mas bellos, no habrá un momento en el cual el haber vivido para otro no nos sea mucho mas dulce que el haber vivido para sí. ¡Cuán mezquino aparece el objeto de la propia ventaja comparada con el objeto de la dicha del otro! Presto nos cansamos de nuestra propia satisfaccion. Cuando la vida está consagrada á un primer objeto de nuestras afecciones, todo es positivo, todo está determinado, todo nos arrastra: ella lo quiere, ella lo necesita, esto la hará mas feliz, un instante de su vida podrá embellecerse al precio de tales esfuerzos..... Esto basta para dirigir todo el curso del destino: ya no hay vaguedad; ya no hay desaliento: esta es la única fruicion del alma que la llena toda, se engrandece con ella; y proporcionándose con nuestras facultades, nos asegura el ejercicio y el goce de todas. Si el mayor triunfo del genio es el adivinar la pasion, ¿qué será la pasion en sí misma? Los triunfos del amor propio, el último grado de los goces de la personalidad, la gloria misma, ¿qué valen al lado de la dicha de ser amado? Pregúntese qué se preferiria, el ser Tasso oyendo un suspiro de Leonor desde la lobreguez de su calabozo, ó el ser Tasso coronado sobre el Capitolio? Ah! todos estos sabios, estos grandes hombres, estos conquistadores soberbios se esfuerzan para obtener una sola de las emociones que el amor derrama como un torrente en el curso de la vida; años enteros de penas y de esfuerzos les valen un dia, una hora de aquella embriaguez que absorbe la existencia; y el sentimiento hace probar mientras dura una serie de impresiones tan vivas y mas puras que la coronacion del Petrarca y el triunfo de Alejandro. Así pues fuera de nosotros es en donde se hallan esos goces indefinidos. Si se quiere sentir todo el precio de la gloria, preciso es ver reflejado su brillo sobre la frente de la que se ama: si se quiere saber lo que vale la fortuna, preciso es el haberle dado la suya: en fin, si se quiere bendecir el don desconocido de la vida, si esta se aprecia en algo, menester es que ella necesite de nuestra existencia, que esta sirva ó coopere á su felicidad. Todo es sacrificio, todo es desprendimiento de sí propio en la pasion

del amor : la personalidad es lo único que envilece. Si hay en el universo dos seres unidos por un sentimiento perfecto y enlazados uno con otro por vínculos indisolubles , bendigan de rodillas á la Providencia todos los dias de su vida : miren á sus piés el universo y sus grandezas : pásmense hasta con sobresalto, de una dicha para cuya consecucion han sido necesarias tantas combinaciones ; de una dicha que les coloca á tan gran distancia del resto de los hombres ; sí , que tiemblen por una tal suerte que parece contrariar las leyes del llanto á que está condenado todo mortal sobre la tierra : parece que para ellos ha empezado ya el bien que esperamos en la otra vida : parece que para ellos no haya de haber inmortalidad.

Sí : cuando el amor se funda sobre la virtud del sacrificio, sobre el secreto y poderoso atractivo de los espíritus , no tiene mas límites que los de la vida , hasta que la muerte rompe unos lazos en el tiempo que parecian formados para la eternidad. ¡ Cuán bello es aquel sentimiento que bajo el peso de los años hace percibir una pasion tal vez mas profunda que en la juventud ; una pasion que reconcentra en el alma todo lo que el tiempo quita á las sensaciones ; una pasion que hace de la vida un solo recuerdo , y robando de su fin todo lo que tiene de horrible , el aislamiento y el abandono , nos asegura el recibir la muerte entre los mismos brazos que sostuvieron nuestra juventud y nos arrastraron suavemente en los brazos ardientes del amor ! ¡ Y qué ! está en la realidad de las cosas humanas la existencia de una tal ventura , y toda la tierra está de ella privada ! y casi nunca se logran reunir las circunstancias que les proporcionan ! Esta reunion es posible, y el obtenerla para sí es casi imposible ! Hay corazones que se entienden , y el azar , y las distancias , y la naturaleza y la sociedad separan sin remedio á los que se hubieran amado durante todo el curso de su vida, y estos mismos agentes unen existencias , ó indignas una de otra , ó que se repelen y que no se entienden.

Tal es el cuadro del amor bajo su aspecto mas bello ; pero fuerza es confesar que esta misma pasion es muchas otras veces la mas fatal para la felicidad del hombre. No siempre se encuentran y se unen los dos seres hechos el uno para el otro. No siempre este poderoso sentimiento está basado sobre la virtud, que es la pureza del sacrificio ; no siempre arranca de las mas puras y ardientes aspiraciones del espíritu ; no siempre el sentimiento conserva su dominio sobre la sensacion , el alma sobre la materia. Cuando la pasion tiene todo su arranque en el egoismo de la personalidad , cuando se extravía de su objeto y toma por término final lo que tan solo puede considerarse como una estreñida muestra del abandono recíproco de la voluntad , ó se toma por triunfo lo que no es mas que una flaqueza , entonces esta pasion sublime cuyo vuelo parece querer atravesar los límites del tiempo , y pasar á los confines de la inmortalidad , se reduce á proporciones mezquinas ; entonces no afectando lo mas

íntimo de nuestra existencia y lo mas elevado de nuestra sensibilidad y lo mas puro de nuestros goces, queda relegado en la esfera vulgar de las miserias del hombre, y puede llegar hasta degradarle y humillarle y hacer arrastrar por el fango la frente erguida del rey de la creacion.

Cuando el infortunio en el amor es producido por el exceso de su propia fuerza, cuando despues de haber tenido que romper obstáculos de hierro, sucumbe el pecho fatigado del ejercicio violento de su actividad, como un adalid que muere en medio del combate, en esos casos, no habiendo jamás perdido su dignidad, es grande en su misma desgracia, y esta grandeza le indemniza hasta cierto punto de su inmenso dolor. Es la gloria que irradia sobre la tumba de un guerrero: es la estatua de Heloisa sobre la tumba de Abelardo.

Otra de las desgracias que amenaza al amor, la última, la que hace temblar hasta el pensamiento, es la pérdida cruel de lo que se ama, es aquella separacion terrible que amenaza á cada momento todo lo que respira, todo lo que vive bajo el dominio de la muerte. Vislumbrar se puede muy bien que el hombre en su ser primitivo no pudo ser criado para esta desgracia inmensa, para este dolor supremo cuya intensidad casi incomprensible no compensa de mucho todas las fruiciones, todos los placeres que proporciona la mas feliz y dilatada existencia. Seria esto una contradiccion inesplicable, indigna del Creador soberano, el que el hombre fuese condenado á tan amarga prueba, á esa muerte anticipada del corazón que solo siente para percibir todo el horror de la soledad y todo el vacío de la nada. Sin duda que el hombre estaba destinado á la inmortalidad de sus goces y de sus dichas. Dotado de la facultad de amar, y de adherirse estrechamente al *hueso de sus huesos* y á la *carne de su carne*, debian ser para él eternos los goces del amor, é imperecedera la dicha de estar intimamente unido como en *una sola carne* con el ser que la Providencia le habia dado por compañía para evitar la tristeza de la soledad. Concíbese el amor como el mas bello don concedido al hombre antes que la muerte tuviese sobre sus lazos el funesto imperio de su guadaña impía. Mas despues de la degradacion de este semi-dios sobre la tierra, quedó el hombre con el don fatal de amar como con un estímulo peligroso é irresistible á la vez para hundirse anticipadamente en la tumba del infortunio antes de ser devorado por el sepulcro de sí propio. Cuando el corazón queda tan hondamente lastimado, que asiste por decirlo así á sus propios funerales, dejando una parte arrancada de sí mismo bajo la losa sepulcral que cubre los restos que animaban al ser amado, de qué sirve el vivir? Y sin embargo fuerza es que viva, y que devore el dolor de todos los instantes, doble víctima de la muerte que le arrebató la mitad de su ser, y de la vida que le condena á permanecer aun separado de ella.

«Oh mugeres, esclama la filósofa de que hemos hablado, dirigiéndose á las de su sexo, vosotras, víctimas del templo en que se os dice adoradas, escuchad-

me. » Y en realidad así la naturaleza como la sociedad han como desheredado esta preciosa parte del género humano : fuerza , valor , genio , independencian, todo pertenece á los hombres. Y si estos , dice , rodean de homenajes los años de nuestra juventud , es para darse despues el gusto de derribar un trono. Y si es verdad que el amor que las mugeres inspiran les dá un momento de poder absoluto, en el conjunto de la vida, en el curso del sentimiento su triste destino vuelve á recobrar su inevitable imperio. El amor, que es un episodio en la vida del hombre , constituye toda la historia de una muger.

Estas reflexiones nos las ha sugerido el cuadro cuyo testo se nos ha confiado : *El desayuno* La amable pareja que está como en dulce confidencia aprovechando algunos momentos favorables al amor , la copa que ella sostiene con una mano , y las manos de entrambos que descansan juntas sobre el provisto plato , la animada fisonomía del jóven que tan vivamente le sonrie chispeando en sus ojos el fuego que arde en el corazon, la atencion con que ella fija en él los suyos, todo indica que en esta íntima confianza domina un sentimiento apasionado, y pudiera tal vez creerse que escapa de los labios del animado jóven algun dulcísimo secreto , que no siempre se atreven á revelar. Esta interesante situacion , estas escenas semi-mudas que á veces deciden de la suerte de la vida y encierran en breves instantes todo un destino, nos han inspirado el considerar la pasion como fuente de las delicias y de los tormentos del alma. Para ello hemos tenido que evocar los recuerdos de nuestros mas bellos dias , cuya luz brillante pero menguada al través de los años ha reflejado sobre nuestro pensamiento como un pálido resplandor de lo pasado.

Joaquin Roca y Cornet.

EL PERRO DE CAZA.

(CUADRO DE STUBBS.)

Inter quadrupedes, canis fidelis:

Inter quadrupedes, canis voluptas.

J. MYLLIO. *Elogio de los Perros.*

Rasgos físicos del perro.

En otro lugar de esta coleccion hablamos de una ave de corral que, no obstante su humilde categoría en la escala de los seres creados, puede dar al hombre lecciones de algun provecho. Hoy, el bello cuadro del inglés Stubbs nos brinda á discurrir nuevamente sobre historia natural, en honra del quizá mas favorecido entre las individualidades cuadrúpedas, del que distinguido siempre por sus buenas cualidades físicas y morales, viene á ser un modelo que la naturaleza ofrece á los que, gozando de razón, distamos hartas veces de equivalerle en merecimientos.

Bajo el lado exterior y pintoresco, pocos animales allegan las circunstancias del perro: cabeza airosa, bien encuadrada entre ambas orejas, cuello gracioso y breve, robusta pechera, finos ijares, lomo rollizo y en extremo flexible, jarretes valentísimos, mano suelta, cola movediza; el mirar dulce, inteligente y simpático; el ademan decidido y arrogante; los movimientos fáciles y garbosos; qué mas se necesita para argüir el conjunto de nobleza, brio, esbeltez y gallardía que constituyen la hermosa pinta de este mamífero?

Acaso otros sobresalgan en alguno de los rasgos dichos, pero de seguro ninguno los presentará en tan cumplida reunion. El caballo es mas apuesto en globo, gracias quizá á la superioridad de su tamaño; el tigre mas gracioso, el leon

G^o DE MUNICH P. 17



Le Chien de Chasse!

Sporting Dog

Jagd Hund

Plas myśliwski

Published for the Proprietors by A. H. Young, Dresden, & Leipzig.

mas noble , el ciervo mas sutil y el mono mas elástico; pero semejantes bellezas distan de hallarse equilibradas con otras que este buen amigo del hombre reúne en justa proporcion y medida.

Prueba la belleza del perro la afición que donde quiera le han tenido los artistas , y el brillante papel que juega, ya como principal , ya como accesorio, en las artes decorativas y plásticas , desde la Circe de Apolonio y el Meleagro del Vaticano , hasta los caprichos de Goujon y Palissy , y las fantasías del moderno Landseer.

Sin ir mas lejos , la pintura que á las presentes líneas dá márgen , evidencia el mucho partido que, de asunto al parecer tan liviano, puede sacar un maestro familiarizado con la naturaleza viva. Un solo animal llena este cuadro , un podenco magnífico, en ademan de atisbar por las avenidas del bosque al débil gazapo ó á la recelosa perdiz, que inmóviles observarán las evoluciones de su natural enemigo : pero es tan feliz la composicion, tan oportuna la accion del perro cazador, tan viva su mirada , tan espresiva la cabeza , tan propio el juego de sus miembros , tan redondeado en fin , y bien modelado en totalidad y pormenores, que lo que daria materia á una larga disertacion, vése aquí resumido en solo cuatro pinceladas.

No todos los perros sin embargo ofrecen la bella figura del podenco. Entre la numerosa variedad de sus familias, haylos mas ó menos cabales , mas ó menos desarrollados, unos superiores , como los perros lobo , de pastor y de Terranova ; otros nobles como el pachon, el danés y el braco ; unos fornidos como el alano y el mastin ; otros escualidos como el lebel y el galgo ; algunos rechonchos cual el dogo ; otros lanudos cual el de aguas , pelados cual el chino, derrengados como el carlin , diminutos como el gozque, etc.

Segun clasificacion de Cuvier, todas esas especies pueden reducirse á tres principales , insiguiendo la mayor dilatacion de las sienes ó de la cavidad cerebral , y la prolongacion de cabeza y mandíbulas.

El tipo de la primera, por su depresion frontal, es el galgo, ya anteado ó negro como el de Europa , ya ceniciento como el árabe y el turco.

La segunda , mas inteligente , atendido el mayor desarrollo de las sienes, abraza los perros venatorios , los de Terranova , aguas y lobo , el danés , el pária ó nómada de Egipto que se halla estendido por la India y otras regiones , señalándose doquiera con tan rara inteligencia, que algunos naturalistas lo consideran la raza primitiva.

La tercera especie ó division, representada en el mastin , el dogo, el perro de S. Bernardo , etc., etc., caracterízase por la divergencia de las parietales, y por los condilos , ó articulacion de ambas quijadas , mas altos que las molares superiores.

A cada seccion agrúpanse varias especies mestizas ó cruzadas , efecto de la

gran mezcla en las crías, y de la facilidad con que unos á otros se reciben los perros.

Rasgos morales.

No son, dice Buffon, la arrogancia de talla, la soltura de miembros, la fuerza y robustez del cuerpo, ni todas las exterioridades juntas las que ennoblecen á un sér animado, pues así como en nosotros preferimos la razon á la figura, el ánimo á la fuerza y la elevacion de miras á la belleza corporal, así tambien en los irracionales las cualidades internas constituyen su mas cumplido realce. El sentimiento les eleva, gobierna, anima y comunica actividad, viniendo á ser el agente mas poderoso de su desarrollo, y el estímulo primero de su voluntad y su vida.

La perfeccion del animal está pues en razon directa de la perfeccion de su sentimiento. Cuanto mayor es este, mayores recursos y facultades aquel reúne, y mas se acerca al universal primor de la naturaleza. En algunas especies la perfeccion es tal, que se hacen dignas de alternar con el hombre, á quien comprenden, agasajan, valen y sirven, acertando á granjearse un amigo en el que debiera ser su tirano.

Si animal descuella por estas ventajas, es el perro. En estado salvaje, su índole bravía é iracunda lo hace feroz y terrible, pero reducido á domesticidad, sus malos instintos conviértense en felicísimas dotes y cualidades las mas apreciables.

Con todo, para hacer al perro debida justicia, es necesario amarle y haberle tratado con familiaridad. S. Pedro le llama la criatura mas proba de Dios: y es que sus buenas prendas no reconocen por norma el orgullo, á veces forzado origen de las humanas virtudes, ni el interés, á menudo móvil calculado de los actos del hombre.

Quién, en solo nombrar al perro, no recuerda alguna grata memoria? quién no se representa desde luego al alegre compañero de sus juegos infantiles, al avisado centinela de sus lares domésticos, al camarada indispensable en todo viaje ó correría, al defensor seguro, y si conviene salvador intrépido en caso de peligro, al camarada abnegado y generoso que gustosamente se asocia á las dichas ó desdichas de su dueño, viniendo á ofrecerle sumiso sus facultades, aguardando solo un gesto ó una mirada para ejercitarlas con cumplida decision?

Su inteligencia corre parejas con su probidad. Basta reflexionar un poco para echar de ver la gran sutileza del perro. ¿Cómo seria fiel si no tuviese idea de la correlacion de afectos, sumiso si no comprendiera el deber y la dependencia, reconocido sin advertir los beneficios, exacto sin memoria de lo pasado y previsor sin cálculo de lo venidero?

Cuvier abona esto mismo, diciendo en general de los animales inteligentes, «que si bien muy inferiores á nosotros, ejercen mentalmente operaciones análogas, pues muévense á consecuencia de sensaciones recibidas, son susceptibles de afecciones duraderas, adquieren por la experiencia cierta noción de las cosas, y á tenor de ella regulan su conducta, no ya mirando al placer ó desplacer inmediatos, sino al resultado definitivo. Bajo la sujecion de un dueño, aprecian su estado, y sabiendo que el mismo puede ó no castigarles, humíllanse cuando le ven enojado ó se reconocen culpables, arrastrándose y procurando ablandarle con el ademan mas compungido. La compañía del hombre, segun él sea, los perfecciona ó malogra, la competencia les estimula, el aplauso les alienta, el premio les complace y la injusticia les aflige. Si para determinados usos tienen un lenguaje peculiar, adaptado á la actualidad de sus sensaciones, el hombre en cambio les enseña otro, por el que aprenden á conocer su voluntad y se deciden á ejecutarla. En suma, los animales superiores tienen un grado de raciocinio con sus varias consecuencias buenas ó malas, que en cierto modo puede compararse al de las criaturas en su infancia.»

Esta última observacion no nos parece exacta. El animal aventajado, el elefante, el caballo, el perro, tienen algo á que no alcanza un inocente parvulillo: aquella dote que aun los hombres les envidiamos, aquella asombrosa facultad que á veces suple con exceso su defecto de razon, y que en ocasiones supremas hasta para nosotros es un precioso recurso y un auxilio sin equivalencia; en suma, el instinto! hé aquí lo que tienen de mas algunos irracionales privilegiados; hé aquí lo que hace otra de las escelencias del perro.

Demos por un momento, añade Buffon, que este animal no hubiera existido: ¿podria el hombre sin su auxilio domeñar á los habitantes de los bosques, hostigar á las bestias nocivas, descubrir y cazar á las que emplea en sus usos ó destina á su consumo?—No solo para vivir en seguridad, sino para sojuzgar á los otros séres, preciso fué buscar aliados al lende nosotros, y por medio de cariños y blandura conciliar la adhesion y obediencia de los mas simpáticos. Por eso el primer arte del hombre debió ser la educacion del perro, cuyo resultado fué la conquista y el pacífico disfrute de la tierra.

El perro, bien así como otros animales, recibió de la naturaleza sentidos agudísimos y medios particulares de ataque y defensa que nosotros distamos mucho de poseer; de consiguiente, haber subyugado una de las especies zoológicas mas adictas y sagaces, es haber adquirido poderosos recursos de los cuales en otra manera careceríamos. Cuántas máquinas se han inventado hasta hoy para perfeccionar nuestros órganos visuales, acústicos, etc., no equivalen de mucho á esas máquinas ya formadas que supliendo la flaqueza humana suministran en todas las ocasiones singulares auxilios para vencer y dominar.

El perro ejerce algo de este señorío por delegacion, ya en la granja cuando

mantiene el orden en establos y corrales , ya en despoblado cuando dirige y gobierna las reses confiadas á su tutela. Una circunstancia hay sobre todo , que brinda á este noble cuadrúpedo ocasion de desplegar todo su talento y superioridad.

Al ronco son de la bocina , júntanse venadores y monteros en medio de un extenso parque.

Los caballos piafan y caracolean ; la jauría retoza , en idea de la dispuesta cacería. Galgos , lebreles , sabuesos y bracos , como si para ellos se hiciere la fiesta , brincan bulliciosos revelando su impaciencia con demostraciones muy vivas , su deseo de lanzarse con gruñidos y baladros. Difícilmente varios picadores logran tener á raya al alborozado grupo canino.

Óyese de repente una señal. La batida se abre.

En un momento aquella numerosa trailla , lánzase al ataque de un solo bote , con un solo y prolongado alarido.

Los perros vuelan ; las reses huyen : ginetes y amazonas siguen en pos á todo el disparar de sus corceles.

Entonces debe verse la sutileza y artería desplegada de ese valiente cuadrúpedo , hostigador de alimañas.

En vano ellas , acosadas y en aprieto , inventan mil ardidés , maravillas de ingenio , para burlar á sus perseguidores.

El perro , con aquel tacto que le dan la educacion y la esperiencia , sobre todo con aquella percepcion finísima que le es inherente de suyo , sigue el rastro sin desviarse , antes desenredando el hilo de la enmarañada carrera del fugitivo , alcánzale por fin , le embiste , lo inmola , ciego de coraje y embriagado por el triunfo.

Servidor probo , inteligente y sagacísimo , es no menos tierno amigo y adicto compañero. El se goza con tener á quien amar : sin amar no puede vivir. ¿Y qué no hará para demostrar su correspondencia al que le crió y acarició por vez primera ?

Riesgos , fatigas , quebrantos é infortunios nada le importan si los sufre con él ó por él.

Los halagos de un perro son para muchos infelices el único lenitivo en su amargura ; la compañía del perro anima la choza del pobre , su amistad es un consuelo para los corazones lacerados.

En servicio de su amo desvalido , hará mas de lo que naturalmente puede ; arrastrará jadeando un carreton ó dará vueltas á una rueda mecánica. Con inaudito celo y eficacia desempeñará comisiones , llevará recados y hasta , para ahorrar al mendigo la vergüenza de pedir , alargará por él la hucha á los transeuntes. ¿Quién no ve sin emocion las atenciones y desvelos con que el perro lazarillo anda acompañando á un pobre ciego por los caminos mejores á las puertas mas conocidas ?

Ciertamente ningun criado le sobrepuja en solicitud y esmero, como ninguno le iguala en decision y sacrificio. Hacerse útil: hé aquí su gran deseo. Para ello, una sonrisa le sirve de estímulo, un cariño de recompensa.

¡Qué coraje el suyo si se trata de asistir á su señor! Por grande que sea el peligro, nada es capaz de detenerle: hasta que lo haya para arremeter con el agresor, cualquiera ó de cualquier clase que fuere; lucha intrépido y valeroso, y no cesa hasta que gane ó sucumba en la demanda. Con igual impavidez embestirá á animales muy superiores en fuerzas, como al ladron nocturno ó al bandido caminero.

Cuando no acertare á evitar una desgracia, vivirá para vengarla. Si al contrario, aun quedare esperanza, hará por el amo todo lo que pueda dar de sí. Herido, lamerá sus llagas, le alentará solícito, afanoso, desesperado, hasta que en su divagar prolijo encuentre quien vaya con él. Caído en el agua, le arrebatará nadando al furor de las olas. Precipitado en un abismo ó envuelto por una avalancha, lo atraerá á la superficie y tornará á la luz del dia. Es tal la abnegacion del perro, que olvida el instinto de la propia conservacion en beneficio de los que ama, y se deja perecer sobre su tumba cuando la muerte los roba inevitablemente á su cariño.

¿Y qué diremos de este buen animal considerado en el retiro doméstico? ¿Qué persona, no ya criado, sino amigo, hijo ó esposa, anda mas incansable en pos de su señor, le acompaña mas constante, le aguarda mas paciente, le distrae mas en el ocio ó le vela mas en el trabajo, contempládoselo sin cesar entre absorto y orgulloso, ya acurrucado á sus piés, ya reclinado á su cabecera?

La vida del amo es la vida del perro; su gusto el suyo; su voluntad, su ley. Por seguirle, dejará las mejores comodidades y rodeará los confines de la tierra. Amoldado á sus hábitos y casi previniendo sus deseos, ceñiráse puntualmente á las reglas y costumbres por él establecidas. Distinguirá á los deudos, conocerá á los familiares, obsequiará los amigos, recelerá de los estraños.

Él es el guarda de nuestro domicilio. Por eso los antiguos solian representar-le al umbral de sus habitaciones, y por eso los ministros de los dioses Penates vestian pieles caninas en el ejercicio de sus funciones.

El perro vigila mientras otros duermen: él sigue firme en su puesto, cuando otros quizá abandonan cobardes el suyo.

Tambien el perro recuerda lo que otros olvidan, y halla ó descubre lo que otros han perdido.

Generoso cual todo buen amante, lleva con suma calma las injurias y violencias que hartas veces son el pago de sus buenos oficios. Mas sensible á la blandura que á la dureza, sabe recibir los golpes sin exasperarse, olvidarlos sin resentimiento y perdonarlos con generosidad, ó si tal vez los recuerda, es para redoblar en celo y lamer la propia mano que le castiga. Todas sus venganzas se

reducen á humillarse , gemir , dolerse con la espresion mas tierna y dulce , como pidiendo gracia por faltas que á veces no son suyas.

Rastreado á los piés de su déspota , no hay cuidado que nunca rechace la fuerza con la fuerza , ni que proteste de hecho contra la tiranía , por grande que sea la injusticia ó barbárie del martirio. Podrá sucumbir á indignos rigores , como se han visto varios casos , pero aun así , su última mirada al espirar será una mirada de cariño y perdon.

Digámoslo de una vez : este noble animal es el único que junta la probidad á la inteligencia , que allega la inteligencia al sentimiento , que eleva el sentimiento á la delicadeza , y lleva la delicadeza hasta la renuncia de sí propio. Este es el único amante , desinteresado y leal á toda prueba ; el único aficionado á su amo , que lo llama con gemidos si le pierde de vista , y muere de dolor si lo pierde para siempre. Este es el único que se amolda al carácter y costumbres de sus patronos ; que desconfía de sí ; que entiende su nombre y reconoce la voz doméstica ; que en viajes largos hechos por vez primera , recuerda el camino y reconoce las veredas ; el único cuya utilidad es indisputable , cuya comprension es notoria , y cuya educacion siempre feliz.

« Aquí descansa mi único amigo , » escribió lord Byron sobre el monumento de un perro muy querido. No cabe decir mas en elogio de este nobilísimo cuadrúpedo.

Rasgos de perros célebres.

Si necesidad hubiera de afirmar con ejemplos las observaciones aducidas , un libro voluminoso podria escribirse con solo juntar historias de celebridades caninas ; pero ¿ quién no vió de cerca cosas asombrosas de la penetracion del perro , rasgos celebrables aunque no anden en historia , los cuales fácilmente graduaríamos de conseja á no sancionarlos la propia experiencia?

Desde el perro de Tobías , hasta el famoso Palomo , asociado á nuestros héroes de África , ¡ cuán brillante no es la epopeya del que los egipcios veneraron bajo el nombre de Anubís , del que los indios honran aun como á representante celeste , del que los griegos pusieron en el número de las constelaciones , y que la antigüedad situó á la entrada del Averno para consuelo de las almas lanzadas á aquella mansion de horror!

Solamente de canes guerreros ¡ cuánto no habría que decir ! Ya entre los cimbrós , una seccion de ellos era la única defensa de su campamento. Los colofonios y castabulenses , segun Plinio , llevaban traillas á guisa de descubridores. Tambien los celtas adiestraban para la guerra perros armados de collares y lorigas , cuyas embestidas mas de una vez decidieron la victoria á su favor. Los galos , en decir de Estrabon , empleaban con igual objeto unos dogos procedentes

de Bretaña. En la batalla de Mario contra los cimbros, halláronse perros defendiendo tenazmente las personas de sus señores. El rey de Cefalú poseía una jauría de doscientos, que formaban su mejor guardia, y el tirano Andrónico no satisfecho con sus cohortes, solía llevar un mastín de tal ferocidad, que vencía al león en la lucha y acogotaba á un jinete con caballo y todo. En el siglo XVI los croatas y dálmatas asistíanse de perros en sus correrías contra los turcos, y hacia la misma época los españoles conquistadores de Guatemala y Perú, no vacilaron en hostigar á los salvajes con dogos enormes, de los cuales dos, llamados Leoncillo y Becerrillo, dejaron triste celebridad. Recientemente los franceses hicieron lo propio en sus campañas de Argel, testigo el galgo Blanchete, que á la cabeza de varios canes, defendió una trinchera en Bugia contra las hordas de la Kabília.

Antiguamente la ciudadela de Corinto no tenía mas resguardo que algunos sabuesos, apostados dentro y fuera de sus murallas, los cuales al menor peligro daban una voz de alarma. En la edad media la isla de San Miguel en Normandía, hallábase asimismo presidiada de perros. Con la defensa de ellos hizo célebre la ciudad de San Maló bajo el gobierno de Richelieu. Aun ahora, en Constantinopla, en la Meca y en otras poblaciones moriscas, la familia perruna hace veces de guardia, ronda y policía.

Verdad es, dice festivamente un escritor, que el perro fué el primer gendarme de la sociedad. Sin él no hay civilización posible. ¿Por qué el oriente ha sido la cuna del orden social? porque ha dado origen al perro. Mediante su auxilio los patriarcas pastoreaban y lograron redondear su nacionalidad. Sin perros, los caribes, los mohicanos, los salvajes de Nueva Holanda, desconocen la ganadería y la caza, teniendo que devorarse entre sí por falta de subsistencias; al paso que con ellos, el esquimal, el lapón y el samoyedo, careciendo de los recursos del antropófago, son blandos y morigerados en el seno de su miseria.

¿Registraremos por ventura la abundosa crónica de los perros sábios? ¿á qué fin, si puede darse con ellos á cada tras cantón? Mímicos, acróbatas, coreógrafos é histriones tiene la especie canina, que harían raya con los Auriol y los Ratel. No han corrido muchos años que la capital francesa, emporio de semejantes notabilidades, se embobaba ante las maravillas de los dos Munito (perros *artistas*). Nosotros mismos hemos podido admirar al hábil Leon en el drama de la montaña de San Bernardo, y precisamente en esta capital, por el año treinta, conocimos un perro que si no bailaba ni representaba, era en cambio aficionadísimo á los espectáculos y la música. Todos pudimos verle en el teatro, donde invariablemente asistía para oír las mejores óperas, retirándose si la función era dramática, y su filarmonía le llevaba hasta á las iglesias en que se celebraban fiestas ó aniversarios á grande orquesta.

Ya bajo el imperio de Justiniano, un charlatan de Constantinopla enseñaba

un perrillo que tenia la habilidad de devolver á cada cual de los asistentes , formados en corro , los varios objetos que habian echado al centro.

En tiempo de Vespasiano, Zópico, perro de lanas, era el asombro de la corte por la naturalidad con que se hacia el muerto despues de tragar un fingido veneno , y simulaba las convulsiones y ansias de una acerba agonía.

¿Quiérense ejemplos de la rara inteligencia , vigilancia , astucia , prudencia , continencia , fidelidad , gratitud y otras virtudes del perro? Hé aquí varios , tomados al azar.

Érase en la primitiva época de la monarquía francesa.

En un confin de la isla de Nuestra Señora sobre el Sena , donde existe ahora la catedral de París , curiosas turbas agolpábanse á un redondel hecho de simple tablazon , á semejanza de aquellos palenques donde la juventud guerrera solia adiestrarse en el ejercicio de las armas.

El espectáculo esta vez nada tenia de hermoso. Tratábase de una apelacion sangrienta á la justicia de Dios , de uno de los llamados combates judiciares , que la bárbara legislacion de entonces autorizaba , librando la resolucion de casos dudosos á las contingencias de una lucha desigual.

En el presente, mediaba cierta particularidad que acrecia mucho su interés. El acusador era un perro lebel : el acusado un arquero , Roberto Macaire.

Por cuestion de juego , habia tenido este una acalorada reyerta con Aubry de Montdidier , camarada suyo , quien al dia siguiente amaneció asesinado en el bosque de Bondy.

Desde entonces el lebel perteneciente á la víctima , donde quiera que tropezase con Macaire , echábasele encima lleno de inusitada ferocidad , como señalándole y acusándole por matador de su amo.

Intervino la ley ; formóse proceso, y como el acusado estuviera negativo, no hubo mas remedio que apelar al combate.

Hallábase nuestro hombre en calzas y sayo , plantado con jactancia en mitad de la arena , empuñando por única arma un nudoso garrote. Al otro cabo habia dispuesto un tonel sin fondo , que debia servir al perro para guarecerse en caso de necesidad.

Dan los jueces la orden de empezar. El lebel embiste: el hombre esgrime su cachiporra.

La primera acometida fué desventajosa al perro , ya que no acertó á eludir un tremendo porrazo ; pero habiendo calculado mejor su ataque , simulando uno falso , logró pillar de flanco á su adversario , y mordiéndole en la garganta , á pocas sacudidas lo tumbó al suelo .

El caido se pone á gritar , pidiendo confesion.

Acuden los ministros y separan al perro. Entonces el lastimado arquero canta de plano. El público á su vez clama : la justicia de Dios ha sido hecha !

Fué juego de pocas tablas. El reo pagó su demasía en la horca : en cambio la fama del perro se dilató por las edades, en loor eterna y merecida prez de su especie (1).

Al lado de semejante historia palidecen todas las otras ; haylas sin embargo curiosas por mas de un estilo.

¿ Quién lee sin conmoverse la del perro de Ulises, descrita por Homero con la mágia de su estilo ?

Tras veinte años de ausencia , el rey de Itaca vuelve de la guerra de Troya, viejo , enfermizo , cubierto de harapos que le desfiguran á los ojos de sus mas próximos deudos.

Llega á palacio conducido por el ganadero Eumeo , en busca de la hospitalidad que se da á los mendigos , cuando al cruzar el zaguan , ve echado sobre un haz de estiércol , medio comido de insectos , un perro que en otros tiempos él recogiera y criara , y con el cual los mancebos de Itaca solian ir despues á correr liebres y perseguir gamuzas y cervatillos.

Ya nadie hace caso del pobre Argos , viejo y desechado como su dueño ; sin embargo al acercarse este , el animal alza la cabeza , menea las orejas en señal de reconocimiento , y aunque en vano , procura arrastrarse hasta sus piés. Ulises enternecido , vuelve el rostro enjugándose una lágrima , y dobla el paso para no hacerse traicion á sí mismo.

— Es lástima , dice, que dejen así abandonado á ese perro. Buena facha tiene , aunque ignoro sus cualidades , ó si es de aquellos que los señores mantienen por vanidad.

— El señor á quien pertenecía , responde Eumeo , ha muerto lejos de aquí. En tiempo de su vigor , ningun animal superaba á este en brio y gallardía. Sin recibir ahora las sólitas caricias , yace consumido de trabajos y años , á merced de criados que lo abandonan. En ausencia del dueño, la servidumbre olvida sus deberes ; pues ya sabeis que Júpiter quita á un hombre la mitad de su virtud el dia que lo hacen esclavo.

El perro cumplió su destino, de alegría de haber visto á Ulises. En efecto, pocos momentos despues , cerró los ojos y espiró.

Hé aquí otro rasgo de gran lealtad.

Lisímaco , rey de Siria , murió en el campo , en una batalla contra Seleuco. Un perrito que nunca le dejaba , y que la historia registra con el nombre de Hircan Durides , recostado junto á él exhalaba lastimeros quejidos. Durante las exequias , no hubo medio de alejar al perro, y cuando segun usanza antigua se le

(1) Este ejemplo de lealtad extraordinaria, por lo admirable se ha reproducido en varios tiempos, y por lo increíble se ha controvertido de varios modos. La opinion vulgar lo contrae al reinado del sábio Carlos V, rey de Francia , insiguiendo unas leyendas y pinturas que obraban en el castillo de Montargis , pero la crónica de Alberico , monge bernardo del siglo XIII , publicada por Leibnitz , hace ya mérito de este hecho , suponiéndolo acaecido en dias de Carlomagno. Plutarco , hablando de *los animales sagaces*, refiere una anécdota parecida, que dice tuvo lugar delante del rey Pirro.

vantó una pira para consumir los restos del príncipe , Hircan no temió el ardor de las llamas como no había temido el furor de los combates , y por quedarse al lado de su amo se dejó quemar vivo.

La propia hazaña se refiere de un perro de Hieron de Siracusa.

Florencio V, conde de Holanda , asesinado por unos malhechores yendo de caza, durante el funeral fué seguido de sus perros, los cuales rehusaron todo alimento mientras estuvo de cuerpo presente.

Sabido es el suceso de aquel oficial francés que en la guerra de la independencia española murió durante una refriega , seguido de su perro de aguas. Algunos rezagados viendo la cruz de la legion de honor que adornaba su pecho, quisieron arrancársela , pero el perro les hizo cara , tuvo á raya á los mas osados y se defendió con brío, hasta que pasado de un bayonetazo cayó exánime sobre la noble reliquia objeto de su solicitud.

Al descubrirse las ruinas de Pompeya , hallóse entre otras cosas el esqueleto de un perro abrazado al de un niño, en cuya compañía quiso morir por lo visto, antes que abandonarle en la espantosa catástrofe que causó la ruina de aquella ciudad.

El gran Federico de Prusia hallóse una vez en grande apuro. Seguido de cerca por los austríacos , tuvo que refugiarse bajo el arco de un puente, con un lebrellito italiano que era su ídolo. El menor gruñido del animal podia vender á entrambos , pero conociendo sin duda la gravedad de la situacion , estuvo quieto y sin chistar hasta desvanecerse el peligro. Federico , en agradecimiento, elevó despues un tumulillo á su memoria.

César, valiente dogo, defendió contra cinco bandidos á un tratante holandés que viajaba por las cercanías de Valladolid.

Rondin, humilde falderillo, libró igualmente de rateros á un pobre quidam, aficionado al mosto, que padeció la equivocación de tomar por su cama el arroyo de la calle.

El poeta Pope, inglés, gracias tambien á la solicitud de un perro de aguas, salvóse de un criado que intentaba asesinarle.

Quizá Enrique III hubiera escapado al puñal del fraile Clemente, á no haber alejado de su presencia al perro Lili, cuyos ladridos podian advertirle las villanas intenciones de su agresor.

Segun refiere Plutarco, Capparo, sabueso de gran fuerza , sorprendió á un ladron que entró de noche en el templo de Esculapio de Atenas , robando unos idolos preciosos, y fué siguiéndole hasta Cromion, donde le prendieron por efecto de los gritos y demostraciones del perro.

Justo Lipsio tenia uno de raza inglesa tan bien enseñado, que iba al matadero, pasaba delante de todos los compradores , tomaba la carne en una esportilla donde venia ya el importe , y volvíase á su casa derechamente, sin que nada pudiese detenerle.

El mismo autor dice de otro, que no alcanzando al aceite contenido en una redoma, fué echando escoria y piedras hasta que el líquido subió á conveniente nivel para poder sorberlo.

Uno de Lovaina servia de correo, llevando sus cartas á Bruselas y regresando el mismo dia, que son ocho leguas de camino.

Mas hizo aquella pobre galga á quien un chusco de mal género tomó sus cachorros para trasladarlos á dos leguas de distancia. En menos de cuatro horas esta madre anduvo catorce leguas, haciendo siete viajes de ida y vuelta para recoger otros tantos cachorros; pero la última vez, rendida de fatiga, espiró al llegar á la entrada de su chiribitil.

En el castillo de Holstein, un podenco encerrado por negligencia del guarda, dejóse morir de hambre antes que tocar á varias perdices, liebres y otras piezas de caza que estaban encima una mesa.

Un comerciante acababa de cobrar cierta suma.

Venia á caballo seguido de Mufti, perro de aguas acendradísimo en fidelidad, y durante el camino, sin notarlo, dejó caer un rollo de monedas.

Advirtióle el perro su distraccion por medio de saltos y ladridos, que solo hubieron de valerle un latigazo.

Cuanto mas avanzaban, mas crecia la ansiedad del animal: corria, volteaba, desgañitábase, hasta que desesperado y viendo no se comprendian sus demostraciones, empezó á arrojarle sobre ginete y caballo, al primero tirándole de la capa, y al segundo mordiéndole las piernas.

El caballero pensó ¡fatal equivocacion! que Mufti estaba rabioso, y le descargó un pistoletazo.

Al llegar á la posada, echa á menos la suma. Esto fué para él un rayo de luz. Retrocede.

El perro ya no se hallaba en el sitio donde cayera: solo un rastro de sangre prolongábase á gran distancia.

Siguiólo nuestro perdidoso, y júzguese de su dolor cuando vió á Mufti exánime, cubriendo con su cadáver el dinero que tanto empeño habia tenido en salvar!

A un funcionario parisiense sucedióle no ha mucho cierto lance análogo. Cruzando el pasage de la ópera, perdió de vista á un gozquecillo que nunca le dejaba y que era su diversion.

Volvióse atrás, sin esperanza de recobrarlo, pensando se lo habrian robado, cuando á lo léjos percibió su amistoso gañido.

Por qué Medor no viene corriendo á reunírsele?

En efecto, el perrillo aguardó que su amo fuese á cogerle, y entonces, saltando de alegría, descubrió un vademecum que el grave personaje hubo de hallar de menos en su faltriquera.

El animalejo habia dudado traérselo, previendo seguramente que otros se lo pudieran tomar sin que sus pocas fuerzas bastaran á la defensa.

Cooper, el célebre novelista, describe la siguiente galantería de otro can de su pertenencia. Paseándose á orillas de un estanque, vió un hermoso lirio de aguas que en vano trató de alcanzar con su baston. Al poco rato sale su perro ofreciéndole la flor, que acababa de coger y llevaba entre sus dientes.

El falderillo de Ninon de Lenclos era, pintiparado, un doctor Pedro Recio de Tirteafuera. No podia sufrir que su bella ama catase licores ni probase viandas fuertes, y cada vez que veia asomar el plato ó preparar la botella ilícitos, ponía el grito en las nubes, de suerte que no habia mas recurso que quitarle de en-medio, ó ceñirse madama á las rígidas prescripciones de su lanudo Galeno.

El año de 1846 un policeman fué asesinado en Kingstown (Labrador). Durante la informacion, los empleados notaron que un perro rondaba las oficinas pareciendo tomar grande interés por el resultado. Averiguóse entonces que aquel animal, algunos meses antes habia sido librado de las iras de otro mayor por un agente de policía, quedando de resultas tan agradecido al cuerpo y á sus individuos, que no perdía ocasion de darlo á conocer. En la presente, estuvo velando al infeliz esbirro hasta que lo llevaron al cementerio.

Oigase otro caso de extraordinaria sagacidad, consignado en las memorias de Dupont de Nemours. Habia en Paris un limpiabotas que solia ocupar el portal de la casa de Nivernais, calle de Tournon. Cuando flaqueaba el trabajo, proporcionábaselo un perro de aguas, que mojando sus patas en el barro de la calle, corría á plantarlas sobre el calzado de los transeuntes. Ya se ve ¡qué habian de hacer estos sino dirigirse al cercano limpiabotas?

En tiempo de Luis XIV, el caballero Sandolet estropeado en las batallas y mal pagado por sus servicios, vivió largos años de las cuestaciones de un perro, llamado el Capuchino, que iba por las casas recogiendo mendrugos de pan y relieves de comida. El celo de un simple animal, debió suplir las ingratas omisiones del rey y de su gobierno!

Entre los canes benéficos, merecen citarse el locuaz *Cipion* y el parlero *Berganza* de la Resurreccion de Valladolid, los cuales, segun su panegirista Cervantes, andaban de noche alumbrando con linternas á los hermanos de la Capacha cuando pedian limosna para el hospicio.

No son menos caritativos los del llamado de S. Bernardo, cuyo eficaz auxilio, verdadera providencia de los viajeros, es y ha sido la salvacion de muchos en aquel desolado páramo. Llevando al cuello sendos botijos de aguardiente, recorren la montaña en lo mas crudo del invierno, ó en lo mas recio de los temporales, y guiados por un instinto casi milagroso, arrancan al abismo sus víctimas, envueltas y enterradas en la nieve. El mas insigne de estos héroes, el perro Barry, inmolado por fatal alucinacion de un viandante, guárdase aun bajo cristales en el museo público de Berna.

Conforme estos son la providencia de las montañas, los de Terranova lo son

del agua. Hoy mas que nunca se conoce y precia á los arrogantes individuos de esta hermosa casta , y qué hazañas no podrian referirse de ellos? ciñámonos á una muy reciente.

Dos niños jugando al borde de un canal de Lóndres , cayeron dentro de él. Nadie se atrevia á salvarlos , cuando un perro de los indicados , pasando acaso y viendo su peligro , se sumerjió sin vacilar , los sacó uno tras otro , y despues de ponerlos en la orilla , habiendo sacudido sus melenas , retiróse luego; como quien , llenado su deber , con la modestia que tanto realza las buenas acciones , desea eximirse á los aplausos de la multitud.

Daremos fin á la apología del perro con dos hechos notables de adhesion singularísima.

Formaba parte del regimiento de los vélites en la division de Beauharnais , durante la campaña de Rusia , un italiano que despues de recorrer casi toda la Europa , se halló en la desastrosa retirada de Moscou y sucumbió como tantos otros en el paso del Berezina.

Desde Milan habia ido siguiéndole Tofino , perro mestizo , de ruin catadura , pero de tal manera aficionado á su persona , que era su sombra en las marchas , en las batallas y en los diferentes actos del servicio.

Cuando el animal vió pasar al ejército sin que pareciera su amo , estúvose largas horas llamándole desde el ribazo , ladrando tristemente , y lamentándose con aullidos de desesperacion.

Ultimamente convencido de la inutilidad de sus esfuerzos , resolvióse á seguir á las tropas , dando preferencia al grupo mas numeroso de vélites , como para rendir homenaje al uniforme que su amo habia vestido.

De esta suerte , venciendo los rigores de un clima que los animales del país resistian apenas , volvió á hacer sus ochocientas leguas de ruta , á través de la Lituania , la Polonia , la Prusia , porcion de la Sajonia , los estados del Rhin , la Baviera , el Tirol y los Alpes , hasta ponerse en Milan.

Era el verano de 1813. Apenas llegado , su primera diligencia fué visitar el cuartel del regimiento , y no encontrando allí lo que buscaba , voló á la garita donde tantas horas felices pasára en muda contemplacion de su querido dueño.

Desde entonces ya no volvió á separarse de aquel sitio ó de sus inmediaciones.

Así vejeteó dos años , melancólicamente entregado á la dulzura de sus memorias , atrayéndose por su indecible lealtad , la proteccion de las autoridades , el respeto del ejército y la admiracion de todo el pueblo , que orgulloso de él lo consideraba como una especie de animal sagrado , y solia enseñarlo á los forasteros como la mejor gala y adorno de la ciudad.

Esté episodio nos conduce por la mano á hablar del nuevo Tofino que , coronado á la par de nuestros héroes , fué no ha mucho acogido con vítores en la capital de las Españas.

Acababa de declararse la guerra á Marruecos , y la nacion en masa disponíase á vengar con inmarcesible gloria los agravios á su honra inferidos por un puñado de salvajes.

Mil y mil campeones acudian á las playas andaluzas , ganosos de reverdecer los laureles de Pavía y Lepanto , ansiosos de volar al litoral africano , mal contenidos en su impaciencia por la forzada lentitud de los bajeles que una mar contraria acorralaba en la bahía.

Otro de los cuerpos sorteados eran los cazadores de Baza , acantonados en Barcelona. Habiendo corrido que en la hueste se llevarian perros , ya para alcanzar á los árabes , ya para degustar las aguas y prevenir conflictos , uno de los cazadores adquirió en cambio de un pan , cierto perrillo , no mejor en la facha que el célebre milanés , pero mas firme y acendrado si cabe , como se verá por el suceso.

Al embarcarse la tropa , resultó que en los buques no se admitian perros.

Será preciso dejar á Palomo , cuyas precoces habilidades son ya el orgullo de su amo y el embeleso de toda la compañía ?

No hay remedio : la ordenanza es inexorable. El buen cazador , que impávido correrá á la muerte ante millares de bárbaros , tiene que enjugarse una lágrima y esconderse entre sus camaradas , para huir la vista del animal , que azorado y quejumbroso , se queda solo en la playa sin entender por qué lo rechazan.

Avívasele el sentimiento al pobre soldado , cuando , descendidos en Málaga , ve zanganear por el puerto mestizos de todo linaje que le recuerdan á su Palomo.

Uno de ellos , como si adivinára el motivo de esta afliccion y pretendiera remediarla sustituyéndose al perdido , acércase como buscándole deliberadamente entre los grupos ; pero , oh maravilla ! no es acaso el mismo Palomo ? No hay que dudarlo : sus manos levantadas rasguñando el poncho , su hocico hurgando familiarmente , en busca de las sólitas caricias , sus botes , su algazara , todo lo descubre antes que la atencion haya podido fijarse en él.

Quién explicará los trasportes de semejante reconocimiento , y mas que todo el asombro general cuando se empezó á reflexionar cómo y por dónde habria venido el perro , cómo seguido la derrota del buque , cómo adivinado el destino de las tropas , el punto á dónde se dirigian , la playa dónde debian desembarcar !

Desgraciadamente , tamaño rasgo de cariño y sagacidad iba á quedar infructuoso.

La separacion va á repetirse , y esta vez inevitable , irremediable , de seguro para siempre.

Zarpará la nave , y en breve un anchuroso brazo de mar quedará interpuesto entre ella y la tierra. Amo y perro se hallarán situados en diversos continentes.

El buque toma rumbo ; nuestro soldado se esquivo á tiempo para ahorrarse

un nuevo disgusto, y bien pronto las atenciones de una guerra acerba en país inhospitalario y enemigo, habrán absorbido toda su atención.

Una noche, á inmediaciones del Serrallo, vivaqueaba el regimiento con otros cuerpos recién llegados.

Había caído mucha agua; el cielo estaba negro y la tierra empapada.

Los infelices cazadores, mal abrigados en sus tenduchos, ni siquiera tenían el recurso de levantar fogatas, por no atraer á los árabes que como lobos rapaces andaban cerca del campamento.

El cazador amigo, colocado entonces á retaguardia, disponíase á tomar algún descanso, cuando creyó oír que arañaban el lienzo por defuera. Receloso de alguna novedad, echa un fósforo, incorpórase, y de súbito, será ilusión de sus sentidos? un animal, Palomo, el mismísimo, el fielísimo Palomo, se le arroja encima, le besa, le lame, le abraza, le manosea, loco, delirante, frenético de alegría.....

Hay cosas que aunque se ven, no pueden comprenderse ni explicarse. La sorpresa que experimentó el soldado en aquellos momentos, experimentáronla luego sus compañeros de armas, como la experimentamos despues nosotros y toda la nación.

Concíbese en efecto qué un perro, sin alejarse de su dueño, le siga á grandes distancias por caminos mas ó menos trillados; pero seguirle con intermediadas separaciones, mas allá del mar que no deja pista ni rastro, tal vez nadando, aunque ya escenderia los límites de lo creible (1); observar el derrotero de la embarcación, explicarse el objeto de su salida, presentir y averiguar el destino del soldado, y finalmente dar con él entre fatigas y riesgos que no pueden calcularse; es mucho mas de lo que á las perriles facultades cabe conceder; mucho mas de lo hasta hoy día celebrado en ese género; es cosa que negaríamos á no tocarla como quien dice, y que pone muy alta la capacidad del sagaz animal en cuestión.

Por esto tambien Palomo fué el dije del campamento; por eso al fallecer su amo como bueno en una de las salidas, le adoptó el batallón y se lo disputaron á porfía sus individuos, de cuyo lado ya no volvió á separarse, siguiéndoles á los lugares de mas peligro; por eso la primera cucharada de rancho era invariablemente para él; por eso, herido en alguna de las acciones, se le cuidó con igual esmero que á los enfermos racionales; por eso, al regresar las tropas vencedoras, participó de su ovación, marchando entre filas enramado y coronado de flores; por eso algunos dias mas adelante, un anciano labriego se presentó al

(1) Un perro de Terra-nova separado de su amo que se embarcó para Londres en Nueva York, fué siguiendo á nado la embarcación por espacio de tres días, hasta que el capitán, cejando en su tirantez inhumana y su rigidez inglesa, le admitió á bordo cuando ya el pobre animal no podía resistir esfuerzo tan heróico. En ello andaría el destino, puesto que habiendo el buque corrido una tormenta y estrellándose á dos leguas de la costa, el pasajero dueño del perro, fué el único que se salvó, gracias á su ayuda potente y valerosa.

coronel reclamando á título de padre del cazador este cuadrúpedo, fenómeno de adhesión, quizá para buscar consuelos en la correlación de sus afectos, y asegurar la suerte de un animal, consagrado en cierta manera por la buena memoria de su hijo.

J. Puiggarí.



Die Spinnerinnen. Ein. Lebensbild.

W. H. W.

EL AMOLADOR.

(CUADRO DE WEENIX.)

En una aldea de Francia vivia una pobre familia compuesta de marido, mujer y dos hijos, varon y hembra, de corta edad ambos, bien que los padres eran todavía jóvenes. Dedicábase Tomás á las faenas de la agricultura, y cultivando un huertecito propio delante de la casita tambien propia, y trabajando dos ó tres dias en cada semana para otros, mantenia económica y modestamente la familia, que era mas feliz que muchas otras de la aldea, no obstante de contar con mas abundantes dones de fortuna. Crecieron los hijos, siendo el varon un muchacho bonísimo, sencillo, sumiso á la voluntad de los padres, trabajador incansable; y cuyos lucros contribuian no poco al bienestar de la casa. Sus progenitores fundaban en él todas sus esperanzas y no dudaban que seria su consuelo y su auxilio cuando la edad viniese á imposibilitar á Tomás de dedicarse al trabajo. No podemos decir otro tanto de Amelia, cuyo carácter avieso y altanero se hizo conocer desde muy temprano. Por mas que la madre quiso acostumbrarla desde niña á la sencillez y hasta á la pobreza en el traje, Amelia no supo tomar esa costumbre, sino que mirando siempre á las mozas mas ricas del Lugar queria vestirse como ellas, y ya que no contaba con los medios de verificarlo, suplia con su habilidad y con cintajos lo que le faltaba, logrando siempre presentarse mejor ataviada de lo que en realidad correspondia á su escasa fortuna. La madre entrevió en eso una decidida pasion por el lujo que con el tiempo podia hasta acarrear á su hija la pérdida de la honra y otras desgracias, porque ciertamente cuando esa especie de pasion se apodera de una joven, con harta frecuencia no repara en los medios con tal que la conduzca al gusto de satisfacerla.

Ese era el único disgusto que se experimentaba en la familia, la cual sin el empeño de Amelia habria sido completamente dichosa. Pasaron los años, creció la niña, y fué aumentando ese desventurado frenesí de igualarse con las muchachas ricas, y de eclipsar á sus iguales, viniendo á juntarse á esa locura un carácter orgulloso y altanero, que contrastaba mucho con el de las demas personas de su casa. La madre transigia alguna vez con los caprichos de la hija, ya porque al fin y al cabo era madre y se dejaba ganar por el cariño maternal, muchas veces mal entendido, ya porque era mujer y por lo tanto débil, ya porque llevaba en ello una intencion excelente, pues creyó que cediendo un poco lograria evitar la exasperacion y los enojos de la jóven. Mas esta todo lo interpretaba por debilidad; y firme en su propósito ni se contentaba con lo que se le permitia, ni pensó nunca cejar un ápice en sus inmoderadas pretensiones. El padre no hizo alto en todo eso durante mucho tiempo: ocupado en sus faenas dejaba completamente el cuidado de las cosas domésticas y de la hija á la bondadosa consorte; mas al fin hubo de comprender algo, se enteró, se irritó muy mucho, gritó contra las transacciones de la madre, y mas de cuatro veces los dos esposos tuvieron disputas por esa causa. También el padre se incomodó con Amelia: y apurada ya la paciencia la amenazó con que si no se vestia cual á su estado y á su fortuna tocaba él la obligaria á verificarlo; pero de modo que le pesaria mucho haber llevado las cosas á ese punto. Todo fué inútil, y la hija viendo que en su casa y con los recursos de que podria disponer nunca le seria posible ostentar el lujo que ella deseaba, que por otra parte no tendria un momento de sosiego, y que su padre era capaz de tomar alguna providencia que le doliera, determinó ausentarse de grado ó por fuerza de la casa paterna, para irse á alguna ciudad en donde en calidad de camarera podria ser admitida en alguna casa rica, ganar un buen salario y satisfacer su pasion favorita. Parecióle que era mejor comenzar por pedir licencia á sus padres, resuelta no obstante á escaparse si esa licencia se le negaba.

La madre lloró desconsoladamente al oir la demanda de Amelia; mas el padre le concedió el permiso que solicitaba, como quien ya se habia persuadido de que su hija no renunciaria nunca á ese liviano deseo, y que no pudiendo satisfacerlo en casa apelaria tal vez á espedientes que la desgraciasen, cuando en el servicio doméstico si tenia la suerte de entrar en una casa de gentes buenas era posible satisfacer esa loca manía sin perjuicio de la honra. Esperaba además que en ese servicio doméstico se amansaria su orgullo, adquiriria conocimiento del mundo y podria mas adelante ser una mujer de juicio, hacendosa y entendida. Así pues, la licencia fué dada, y haciendo los padres un sacrificio la habilitaron de ropa lo mejor que pudieron, y aun deslizaron en su bolsillo algun dinero para que se mantuviese mientras encontraba amos. Bien deseaba la madre acompañarla, pero el padre no lo consintió de modo alguno, pues queria que desde el

principio experimentase los contratiempos y acaso las necesidades anejas al que abandona su casa donde está bien por la esperanza de estar mejor en la casa ajena. Partió pues Amelia prometiendo dar noticia á sus padres de cuanto le sucediera, asegurándoles que cuidaria de su honra, y despidiéndose de modo, que el último momento lo fué de una reconciliacion tierna, que sellaron todos con lágrimas abundantes. A los quince dias recibieron los padres una carta de Amelia en que les participaba que se habia acomodado de camarera en una buena casa de Tolosa, en donde ganaba un regular salario, añadiéndoles que cuando hubiese podido vestirse decentemente y cual su nuevo estado reclamaba procuraria enviarles algun auxilio. Todo contentó á los padres menos el que su hija no les dijera el nombre de los amos, pues con esto quedaban imposibilitados de escribirle y atentos á saber de ella cuando ella quisiera darles noticias suyas. Y lo hizo de manera que pasaron años y mas años sin recibir ninguna, y aunque el padre una vez y el hijo tres veces se trasladaron á Tolosa, todas sus diligencias fueron infructuosas y acabaron por creer que habia muerto, ó que quizás no habia conservado los sanos principios que desde la cuna habian procurado inculcarle y que era ya una mujer perdida. Largo tiempo les duró el desconsuelo; mas por último convinieron en no hablar mas de ella, y el padre y la madre devoraban en silencio el dolor de su recuerdo.

No duró mucho la ventura de aquella buena familia. La madre murió despues de una enfermedad corta; y cuando el hijo iba á casarse, como lo deseaba su padre, falleció de una desgracia, quedando Tomás solo y verdaderamente abandonado. Para colmo de desdichas el pais en que vivia sufrió unas inundaciones espantosas, y el arroyo que toda la vida habia corrido cristalino y murmurador entre las guijas y que derramaba la frescura y la lozanía en su huertecillo, se convirtió en un desbocado y atronador torrente, que en media hora se llevó el huerto, única hacienda de Tomás, y derribó la casa que despues de veinte años de economías adquirió su padre, en la que él habia nacido, en donde se casó y en la cual habia pasado en medio de la ventura mas grande los catorce primeros años de su matrimonio. Como la calamidad fué general, no solo en la aldea, sino en todo el pais á muchas leguas á la redonda, no hubo medio de que la caridad pública alcanzara á remediar todos los males, y el buen Tomás se quedó solo, pobre, viejo y traspasado de dolor por tantas causas, que hubo momentos en que estuvo muy próximo á entregarse á la desesperacion. Pero era buen cristiano, acudió á Dios, su misericordia le envió la resignacion que necesitaba, y conformado con su inmensa desventura, pensó en qué haria á fin de procurarse la subsistencia. Su padre habia sido amolador, y cual si la suerte le destinara á lo mismo, el impetuoso torrente que se llevó la huerta y la casa perdonó la rueda que fué de su padre y la dejó envuelta entre las ruinas. La sacó de allí, aprovechó el banquillo y cuanto mas pudo, consiguió que un caritativo car-

pintero se lo arreglase, y echándosela al hombro se despidió de su patria para ir de pueblo en pueblo á fin de llevar á la boca un trozo de pan, que habia esperado comer bien tranquilo en medio de una familia querida. Vertió una lágrima, alzó los ojos al cielo, y resignado y firme en su propósito tomó el primer camino que le vino por delante.

Empezó Tomás á recorrer los pueblos y las casas de campo, ganando la subsistencia, y grangeándose la amistad de cuantas personas hablaban con él, porque á su carácter naturalmente bondadoso se juntó cierta bondad de otra clase que llamaríamos bondad religiosa, debida á la resignacion cristiana con que supo sobrellevar las desgracias terribles que habian acibarado los últimos años de su vida. Sin duda ninguna á su carácter y á esa afabilidad debia el que los beneficios de su trabajo no fuesen tan menguados como él mismo temió al emprender el oficio; porque sus palabras dulces y resignadas, el relato de sus desventuras, su edad avanzada y sus cabellos blancos interesaban á todos, y todos eran generosos al satisfacerle el precio de su trabajo. De manera que el pobre Tomás, provisto de la paciencia y de la resignacion que supo encontrar pidiendo á Dios ámbas cosas, era mucho menos desgraciado de lo que habia temido. Cinco años pasaron desde que salió de su pueblo cuando un suceso inesperado cambió de todo punto su suerte, y vino á recompensar sus virtudes y su conformidad con las disposiciones de la Providencia; mas antes que refiramos ese acontecimiento, justo es hablar á los lectores de la suerte que le cupo á la jóven Amelia.

En efecto, esta muchacha habia entrado de camarera en una familia de Tolosa, compuesta de marido, mujer y dos sobrinas. Casáronse estas y quedaron solos los consortes, los cuales á la verdad no necesitaban entonces los servicios de Amelia, pero ésta habia sabido grangearse el afecto de sus amos de una manera muy notable. Aunque por de pronto echaron de ver su frenesí por vestirse con lujo, se lo perdonaron fácilmente y aun contribuyeron á fomentarlo dándole buen salario y haciéndole regalos continuos. Agradecida Amelia á las larguezas de sus amos fué una buena muchacha, sirvió con celo y asiduidad nunca desmentida, y como por fortuna pudo satisfacer por medios regulares su pasion favorita, le fué posible conservar la honra sin renunciar á la pasion que la dominaba. Visitaba con frecuencia aquella casa un caballero viudo, jóven, rico, sin hijos y que era algo pariente de los amos de Amelia. Interesóle desde el principio la figura de esta jóven, y enterado de sus buenas calidades, de lo muy hacendosa que era y no pudiendo dudar de su honradez se agradó de ella y pensó que podria convenirle para esposa. Los amos conocieron esa inclinacion del jóven, y juzgando que Amelia seria una buena esposa, y á impulsos de afecto verdadero que le profesaban, estimularon ese amor, y al fin consiguieron que se verificase el matrimonio, que convirtió á la camarera en una Señora rica y

de clase distinguida. Amelia durante los primeros años de su permanencia en Tolosa se habia olvidado completamente de sus padres : envanecida con vivir en una casa rica , con verse vestida con lujo , y aspirando á mejorar de posicion , corrióse de su familia y determinó no escribir ni acordarse mas de ella. Pero cuando su juicio estuvo mas sentado ; cuando á la grande fortuna que se le entró en casa precedió una declaracion formal á su esposo de lo que habia sido , del modo como se condujo con sus padres , y de cuanto hizo en su vida , volvió á acordarse de sus padres , é instada por su consorte , poco despues de casada comenzó á practicar diligencias para saber de la suerte de aquellos desgraciados. Desde luego escribió á su pueblo , y el Cura Párroco le dió circunstanciada noticia de las desventuras acaecidas á sus padres , de la suerte de su hermano , y de como Tomás , viéndose solo en el mundo , habia desaparecido sin que nadie supiera la direccion que tomó ni el objeto de su partida. Amelia lloró amargamente la desdicha de sus padres , no dejó de atribuirse una parte de culpa , y sobre todo se le partia el corazon al ver que habia tardado tanto en procurarse noticias , cuando si lo hiciera antes tal vez llegára á tiempo de impedir la desaparicion de su padre. Así pues la fortuna no satisfizo su corazon porque en él habia un gusano roedor que no le dejaba gozar con tranquilidad la extraordinaria ventura que la suerte le habia deparado. Dios le dió una hija , y cada vez que la miraba recordaba los tiempos en que ella tenia esa edad misma y ya comenzaba á manifestar su inclinacion aviesa , de que la niña á su entender daba tambien algunos indicios. Su marido la amaba , pero no tanto como ella hubiera querido , y en los ratos de indiferencia que en él observaba parecia Amelia entrever cierto arrepentimiento por haber unido su suerte á una mujer de clase inferior á la suya , ó quizás como un castigo del cielo por el olvido criminal en que habia dejado á los desventurados autores de sus dias. De suerte que en medio de las riquezas y de todas las comodidades imaginables , Amelia era infeliz , y ahora que podia satisfacer cumplidamente su afición al lujo , la habia perdido de todo punto , siéndole indiferente cuanto se rozaba con la ostentacion y la grandeza. Durante el invierno vivia en Tolosa : mas al asomar la primavera la familia se trasladaba todos los años á una magnífica quinta , tres horas distante de aquella ciudad , y cuyo solo aspecto revelaba la riqueza de sus dueños. Cierta que en la vecina aldea aguardábase con ansia la llegada de la Señora , que imitando en esto como en muchas otras cosas á la primera consorte de su marido derramaba limosnas á manos llenas y consolaba las aflicciones de todos ; pero si en esto habia para ella un grande consuelo , en su corazon quedaba siempre un vacío , y en el fondo de ese vacío hallaba el doloroso recuerdo de sus padres. Su corazon estaba envenenado y pensaba que ese veneno minaria lentamente su existencia privándole de un momento de completo reposo.

En tal estado se hallaban las cosas cuando habiendo bajado al patio con su

hija en una mañana de mayo en el instante en que su esposo venia de dar un paseo aconsejado por los médicos á fin de promover el sudor que necesitaba para conservar la salud, se presentó un amolador preguntando si tenian algun cuchillo, segur, tijeras ú otra cosa que necesitase de su habilidad. La señora al verle llamó á una doncella y esta sacó de la casa una porcion de chismes para que aquel buen hombre los arreglase. La niña se acercó al amolador y comenzó á entablar conversacion con él: mas como hacia mil preguntas, la madre dijo á la niña que callara, pues estorbaba á aquel buen hombre. Apenas este oyó la voz de la señora cuando lo mismo que si le hubiese herido un rayo paró de repente en su trabajo, y con un pasmo inesplicable comenzó á mirar á la que habia hablado. Aquel anciano era Tomás: la señora era su hija Amelia. Este fué el momento que escogió el artista para el asunto de su cuadro.

El reconocimiento fué mútuo, el padre conoció á la hija, la hija conoció al padre, el uno se echó en brazos del otro, y en el momento en que se abrazaban..... Padre mio, Hija mia, exclamaron este y aquella. El marido, cual si en él se hubiera verificado un cambio incomprensible, se desembozó, quitóse el sombrero y acercándose á Tomás: Padre mio! le dijo, perdisteis una hija y un hijo: aquí los teneis: no puedo restituiros vuestra esposa, pero en cambio os presento una nieta. Hubo un momento en que Tomás temió volverse loco, y acordándose de Dios en medio de la fortuna como acudió á él en medio de la desdicha, cayó de rodillas, levantó los ojos al cielo y dijo: Dios mio! gracias por vuestras inmensas bondades; ¿qué he hecho yo para que me las dispenseis tan completas? Basta, padre, dijo el marido, tranquilizaos, dad gracias á Dios y contad con que vuestros infortunios han terminado. Amelia continuaba llorando, y la niña cayó tambien de rodillas y besaba el rostro de los tres, y lloraba sin saber qué eran aquel llanto y aquel trastorno.

El cuadro es bellissimo, y el carácter de Amelia y el pasmo de Tomás están magistralmente representados.

Juan Cortada.

G^o DE MUNICH F. 38



*Le Chaudronnier
The Coppermith Der Kupferschmied
Kocher*

EL CALDERERO DE LEIPZIG.

(CUADRO DE SCHLEISSNER.)

La flemma, ó sea la calma en su mayor grado, es una de las cualidades distintivas del carácter de los ingleses y los alemanes: aquellos, sin embargo, distan muchos de estos en punto á eso que se llama sangre fria, y cuenta que de los ingleses se dicen cosas estupendas acerca de este particular.

En una ocasion, hallábanse cuatro de ellos en el mismo Londres, reunidos al rededor de una mesa, apurando unos tarros de cerveza y en variada y amigable conversacion. Vino esta á dar en la calma, ó, mejor dicho, la paciencia que pudiera tener cada uno, y, cosas de ingleses, al momento se hizo la cosa cuestion de amor propio entre dos de ellos y no se pasaron ni segundos que no hubiese ya la correspondiente apuesta de por medio, sobre quien presentaria de sí mismo un ejemplo de mayor paciencia.

El sentimiento del amor propio exajerado parece ser incompatible con la paciencia llevada al extremo, y realmente es así; pero los ingleses han dado con esto un bofetón á todos los demás países de Europa, sabiendo tener al paso que el amor propio mas ridículo, la calma mas irritante que pueda darse.

Establecidos los términos de la apuesta y constituidos en *jurado* para fallar los otros dos que fuera de ella quedaron, empezó uno de los primeros con el siguiente ejemplo:

— Señores, los tres que aquí estais, sabeis que yo ignoro completamente el latín.

— Efectivamente, dijo uno de los jurados mientras los otros dos convenian en ello bajando la cabeza.

Pues bien , prosiguió el primero , yo he aprendido de memoria toda la Biblia , de cabo á rabo y en latin , sin entender por consiguiente una palabra.

— Paciencia es ! exclamaron estupefactos los dos jurados á un tiempo.

Y dirigiéndose al otro contrincante, en cuyo rostro no se habia observado la menor impresion , le preguntaron :

— ¿ Qué decís á esto ?

— Que si no hay otra cosa, voy á probar que tengo yo mas paciencia , respondió tranquilamente.

— Decid.

— Yo soy casado : hace seis años que lo efectué con una mujer jóven y la mas hermosa tal vez de Lóndres.

— Es verdad , afirmaron los jurados.

— Pues bien ; la primera noche de novios, salta mi mujer de mi lado, abre una ventana, se asoma, y se está la friolera de tres horas hablando con alguien que habia debajo. Hace seis años que todas las noches sucede lo mismo y á la propia hora ; pues todavía no he preguntado nada á mi mujer , ni menos se me ha ocurrido asomarme á la ventana.

— Una pregunta , exclamó uno de los jurados.

— Decid.

— Mientras vuestra mujer vela (es de suponer que vela) vos dormís ?

— Como un liron.

— Habeis ganado la apuesta.

Con todo y lo dicho y mucho mas que pudiera decirse respecto de la calma de los ingleses , no llegan estos á los alemanes y mucho menos al calderero de Leipzig.

El calderero de Leipzig , no es un hombre en punto á sensaciones.

Es un ser que vive , sí , que piensa (porque en Alemania piensan hasta los caldereros) pero que no siente.

Es, puesto en medio de su tienda , donde está perenne todas las horas del dia fuera de las de comer y dormir , otra yunque que rechaza naturalmente, como aquella los golpes del martillo , todo cuanto pueda afectarle : es como si dijéramos otro de los témpanos de hielo que arrastran los rios del Norte , colocado en el taller de un calderero y al que no llega ni el fuego de la fragua.

Su padre, de quien heredó el oficio y el taller que tiene, vivia con cierta escasez y el hijo continuó en la misma , sin inquietarse un solo momento para aumentar su fortuna á costa de la tranquilidad de su espíritu.

Viéndose solo , pensó que debia tomar una compañía. Resuelto esto , examinó la clase de compañero que mas podia convenirle y de las razones que se presentó á sí mismo , resultó que la compañía debia ser una mujer.

Alejandro Hartzel, que todavía no habíamos dicho su nombre, buscó, pues, una mujer para casarse.

Esto no habia de costarle gran trabajo. En Alemania como en cualquier parte del mundo un hombre encuentra una mujer.

La dificultad está en encontrarla buena. ¿Pero es por ventura tan fácil encontrar un hombre bueno?

Alejandro encontró la suya y se casó. Su mujer se llamaba Teresa Schilman.

El matrimonio, si trae, como es indudable, economías á un hombre en un sentido, le ocasiona mayores gastos en otro; y estos pesan siempre en la balanza del matrimonio algo mas que aquellas.

Alejandro no tardó en experimentarlo así, y dentro de breve tiempo la escasez de su casa se hizo notar de una manera harto triste.

Un dia entró la mujer en el taller diciéndole:

— Alejandro, ¿no sabes lo que pasa?

— Qué? respondió él sin inmutarse, y sin dejar de limar la boca de un jarro de cobre que estaba rematando.

— No sé si es desgracia ó fortuna.

— Tú dirás.

— Somos tan pobres!...

— Es verdad.

— Pero aun así, yo me alegro, que quieres que te diga.

— Mira tráeme aquella lima mas fina que hay sobre el banco.

— Pero no haces caso de lo que te digo?

— Has dicho algo? pero habla que ya te escucho por eso.

— Pues has de saber, Alejandro, que no tardaremos en tener un Alejandrito.

— Sí?... Pero tráeme la lima, que si he de levantarme yo, tendré que dejar todo eso y voy á perder tiempo. El ama del padre Anton vendrá por el jarro esta mañana y es preciso que lo encuentre listo.

— Jesús! toma la lima.... parece que no te haya dicho nada!

— Has dicho que dentro de poco tendremos un Alejandrito.

— Sí, y la lima y el jarro importan mas que eso?

— No, mujer; no importan mas; pero hoy corre esto mayor prisa; mañana, cuando venga Alejandrito, él será primero que el jarro y la lima.

Teresa salió del taller con una especie de desconsuelo que no se explica y que dificilmente se comprende no pudiendo sentirlo sino otra mujer en su caso.

A todo esto, cuando con esa calma y esa indiferencia se vé á un hombre recibir por parte de su mujer la noticia del próximo advenimiento del primer hijo, se creará que tal hombre no puede guardar en su corazon sino el gérmen del mal y la perversidad!....

Pasemos adelante.

Teresa dió á luz un niño y, consecuencia del alumbramiento, tuvo una terrible enfermedad que la puso á las puertas del sepulcro.

Ya conoce el lector el estado de la casa de Alejandro, para formarse idea, evitándonos nosotros el trabajo de explicarla, de la suma escasez y los apuros en que se veía el pobre calderero para acudir á las apremiantes atenciones de su familia.

Alejandro pensó en el único recurso que le quedaba, y presto, sin disgusto, sin ninguna clase de sentimiento, cumplió lo que pocos meses antes habia dicho á su mujer, cuando la ternura de esta le reprendia porque atendia mas á un jarro y á una lima que á Alejandrito, y él la contestó que cuando este viniese al mundo y fuese necesario, seria primero que la lima y el jarro.

Llamó á uno de sus compañeros de oficio que gozaba de una posicion mas desahogada y le vendió todos los objetos que tenia hechos, mas algunas planchas de cobre que le quedaban, reservándose solo las herramientas necesarias para seguir trabajando.

En adelante haria remiendos no teniendo materiales para hacer trabajo nuevo; pero en cambio su mujer sanaria, teniendo con el producto de lo que habia vendido para los alimentos necesarios y lo que el médico mandase de la botica, y si Alejandrito no podia alimentarse al pecho de su madre, tendria una ama que le diese de mamar.

Teresa sanó felizmente.

Al levantarse de la cama y conocer el sacrificio que habia hecho su marido, el cual nada absolutamente le habia dicho durante la enfermedad, sintió uno de esos afectos que producen la gratitud y el dolor cuando en tan alto grado se encuentran á un tiempo en el corazon de la mujer, y sus ojos se arrasaron en lágrimas al pensar el estado triste en que se veía su marido.

En esta situacion se encontraba cuando entra el cartero gritando:

—Teresa Schilmann!

—¿Quién va? respondió la mujer.

—¿Sois vos Teresa Schilmann?

—Servidora vuestra.

—No me ha costado poco trabajo encontraros.

—Pues?

—He tenido necesidad de preguntar mucho. Sabia que existia una familia de vuestro nombre en el barrio de la Universidad, donde va dirigida la carta.

—Sí, era la mia, de la cual no queda ya nadie mas que yo.

—Por un vecino hemos sabido donde viviais. Aquí teneis una carta de América, que vale medio thaler (1).

—¡Medio thaler!....

—Sí.

(1) Como siete y medio reales.

—Es el caso..... si pudieseis volver..... tomad la carta..... porque ahora mi marido no está en casa y.....

—No hay necesidad de que me lleve la carta por eso: podeis quedárosla y ya pasaré por aquí.

Al cabo de media hora volvió Alejandro, el cual, sin pasar de la entrada, dejó una caldera que llevaba, poniendo fuego á la fragua para echarla un remiendo.

Al oír el golpe del martillo, Teresa salió diciéndole:

—Deseaba vivamente que llegaras. Mira, veas lo que dice esta carta de América que acaban de traerme; y que por cierto no he podido pagar.

Alejandro tomó la carta que abrió y leyó.

La carta decía así:

« Santiago de Cuba.

« Teresa: os escribo á vos porque vuestra madre es ya muy vieja. Sabed que en esta acaba de morir un riquísimo comerciante, soltero de 60 años que se llamaba Pedro Schilmann, y era natural de Leipzig. Yo creo haber oído en vuestra casa hablar de un pariente que habia partido á América. El Sr. Schilmann ha muerto sin testamento, y el cónsul alemán llama á los parientes del difunto para hacerles entrega de la herencia. Me alegraría de que Mr. Schilmann fuese tío ó abuelo, en fin, pariente vuestro. Yo os lo digo por lo que pueda conveniros. Os advierto que en caso de que sea como yo pienso, será bueno que vengais vos y no os fieis de mandar poderes á nadie.»

—¡ Dios mio! qué fortuna. Sí, sí, el tío Pedro! Yo no le he conocido porque partió muy joven; pero he oído hablar mucho de él; era hermano de mi padre y no queda de la familia nadie mas que yo. Ya somos ricos, Alejandro!

—Mejor, dijo éste sencillamente.

—Ahora á ver qué hacemos?

—Mira, atiza un poco la lumbre de la fragua para que se caliente bien este pedazo de cobre, mientras yo arreglo los clavos para el remiendo de esta caldera.

—Pero hombre, ¡ quién piensa ahora en la caldera!

—Yo que necesito de este remiendo para el día de hoy.

Se hizo preciso que Teresa partiera á América, y Alejandro acabó de vender lo poco que tenia para los gastos de documentos que debia llevar y pasaje en el buque.

Saliendo hácia América de cualquier punto del Norte, los gastos de viaje son asequibles á la mas modesta fortuna.

Teresa pensó llevar á Alejandrino, á quien no quiso dejar en la corta edad que tenia el niño.

Ambos se despidieron del calderero, y Teresa partió con la ansiedad natural

en su corazón por lo que dejaba en Alemania y lo que esperaba encontrar en América.

Alejandro se quedó tan pobre, tan solo y tan tranquilo.

Teresa tomó el camino de Berlín, desde donde se dirigió á Hamburgo para embarcarse.

A los doce días de su partida Alejandro recibió esta carta :

« Hamburgo.

« Querido Alejandro: he tomado pasaje en el bergantin *Federico*. Cuando recibas ésta, me hallaré ya en la mar.

« Alejandrito bueno. Ruega á Dios por la felicidad de nuestro viaje.

« TERESA. »

Un día, pasados quince de la partida de Teresa, un vecino entró en el taller de Alejandro, al que encontró forjando en el yunque una asa para un cántaro de cobre.

— Buenos días, señor Alejandro.

— Buenos días.

— ¿No deciais que vuestra mujer habia partido en un buque de Hamburgo, el bergantin *Federico*?

— Sí.

— Pues leed lo que dice este periódico, en este suelto.

Alejandro tomó el periódico y leyó el suelto que el vecino le señalaba, el cual decia :

« El bergantin *Federico*, de Hamburgo, que iba hácia América, ha naufragado en las islas Azores, sin que haya podido salvarse nadie de la tripulación ni de los pasajeros, ni nada del buque que se estrelló en una roca, quedando dividido en pedazos que llevaron las olas. »

— Desgracia es, despues de un momento dijo Alejandro.

Quedó pensativo volvió á leer el suelto y luego exclamó :

— ¿Pero cómo á de ser? son cosas del mundo y es preciso conformarse con la voluntad de Dios.

— Yo os acompaño en el sentimiento, señor Alejandro, y dispensadme el que os haya dado tan triste noticia.

— Uno ú otro habia de ser el que me la diera.

El vecino salió, y Alejandro luego de puesta el asa al cántaro, de cuya tarea no se interrumpió sino el tiempo preciso de leer en el periódico la desgracia del bergantin *Federico* y el que empleó en las cortas palabras con el vecino, se fué él mismo á devolverlo.

Al retirarse mas tarde á su casa llevaba dos thalers (como veinte y nueve reales) recogidos del trabajo devuelto, y se metió en la casa del cura de la parroquia á quien se los entregó para misas en sufragio del alma de Teresa.

Aquella noche Alejandro no cenó, habiendo entregado todo su dinero al cura; pero durmió tranquilamente, ni mas ni menos que le sucedia las demas noches.

II.

Ocho años habian transcurrido de la desgracia del bergantin *Federico*, y durante este tiempo el calderero se rehizo casi por completo de cuanto habia perdido y gastado en los años anteriores.

Desahogado ya en su posicion, volvió á pensar en que se encontraba solo, en que le era necesario buscar una compañía, y, en una palabra, en casarse otra vez.

La segunda boda estaba ya ajustada.

Llegó el dia del casamiento, y en una de las iglesias de la ciudad, sentados en un banco esperando la llegada del cura para la ceremonia, estaba Alejandro, la novia y todos los parientes de esta que la acompañaban.

Presentóse el cura, y en el acto de hacer al novio la primera pregunta, una voz le interrumpe gritando:

— Un momento, señor cura!

La voz era la de un vecino de Alejandro.

— ¿Qué pasa pues? preguntó el cura estrañado, mientras los demás miraban estupefactos al recién venido.

— Pasa que ningun hombre puede tener dos mujeres á un tiempo.

— Ya se ve que no, respondió sonriendo Alejandro.

— Pero es que el señor es viudo... observó el cura.

— No es viudo, porque yo vengo á noticiarle la llegada de su mujer que vive aun.

— Cómo! exclamaron todos asombrados, menos Alejandro que preguntó, sin alterarse:

— Mi mujer vive y ha llegado?

— En vuestra casa está. Venid al momento conmigo.

— Señora, dijo entonces Alejandro dirigiéndose á la novia, ya conoceis que esto es un caso raro en que yo no tengo parte y que deploro por vos, al paso que me alegro de él por la pobre Teresa. El destino que me tenia reservado para hoy el fin de mi viudez, me trae otra vez la misma mujer; con vuestro permiso voy á reunirme con ella. Adios, señores.

Y salió, saludando á todos y sin apresurar en lo mas mínimo el tranquilo paso que tenia de costumbre.

Al llegar á su casa Teresa se arrojó en sus brazos.

Alejandro la recibió con dulzura, diciéndole:

—Si por casualidad tardas media hora mas, en buen compromiso me hablabas.

Teresa, á quien sus vecinos tuvieron la prudencia de no decirle la nueva boda de Alejandro, no oyó las palabras de su marido sobrecogida de gozo y pesar á un tiempo, recordando la pérdida de su hijo.

Pasados los primeros momentos, Teresa esplicó á su marido el modo milagroso como se salvó, que fué en una tabla del buque de la cual la recogió una fragata norte-americana que la llevó á Nueva-York, donde habia permanecido hasta entonces medio loca y perdida por completo la memoria.

—Nuestro hijo, concluyó Teresa llorando, no tuvo la fortuna de su madre!

—Pobrecillo, exclamó Alejandro, pero quién sabe el destino que en la tierra le aguardaba. Respetemos la voluntad de Dios.

Repuesto, como hemos dicho, Alejandro en su pequeña fortuna, y con trabajo suficiente, el matrimonio vivia una vida feliz, y el calderero se encontraba lo que se llama perfectamente de alma y cuerpo.

Así pasaron algunos años.

Un dia se hallaba Alejandro sentado en su taller y componiendo una tetera que tenia sobre las piernas, cuando entra Teresa con una carta abierta.

—Alejandro, ay! no sé que me dá el corazon. Mira, lee esta carta que acaban de traer, es de América tambien...

—A ver?

—Va dirigida á tí.

Alejandro empuñó su lente, pues era ya algo viejo, y tenia bastante cansada la vista, y leyó para sí, no queriendo impresionar á Teresa con lo que tal vez dijera la carta.

«Mis queridos padres: Un tejido de felicísimas circunstancias me ha hecho conocer que vivís y que yo soy vuestro hijo. En Leipzig es público lo que aconteció á mi querida madre y á mí en el naufragio del bergantín *Federico*. A mí me recogió un buque que se dirigia á Lima donde he pasado todos estos años hasta que la persona que yo creia mi padre y me tenia como hijo me lo esplicó todo antes de morir. Por un oficial de marina, que es hoy amigo mio y que fué empleado en la comandancia á cuya matrícula pertenecia el *Federico*, tengo pruebas que están conformes con las que me dió mi protector y que acreditan la identidad de mi persona. En breve estará á vuestro lado vuestro hijo que posee hoy una de las mejores fortunas de Lima.

Os abraza con el alma, queridos padres, vuestro hijo —*Alejandro Hartzel*.

—Qué dice la carta al fin, preguntó Teresa, que hace una hora que lees?

—Como la letra es un poco difícil y yo no tengo ya muy buena vista...

—¿Pero qué dice por fin la carta?

—Nada, cosas estrañas que pasan en el mundo.

— Veamos de una vez.

— Dice que el cielo no quiso librarte á tí sola del naufragio.

— Cómo! Acaba! acaba!..

— Sí, ya te puedes figurar...

— Con que vive! Hijo mio!

Y Teresa cayó al suelo sin sentido.

Alejandro la levantó procurándole los auxilios necesarios, y la buena madre pudo al fin soportar tan grande alegría.

Pasáronse tres meses, y una mañana, estando Alejandro trabajando como de costumbre en su taller, se presenta un caballero jóven á la puerta preguntando en aleman nada castizo :

— Vive aquí el señor Alejandro Hartzel?

— Qué se os ofrece?

— Sois vos? pregunta el jóven balbuceando.

— Yo, para serviros.

— Es que le traigo... continuó el caballero con acento entrecortado, una visita de su hijo...

— Vamos y esa visita será el hijo mismo tal vez, eh?

— Padre mio, exclamó el jóven lanzándose en los brazos de su padre.

Aquí Alejandro perdió su calma por primera vez. Hay escenas para las cuales no existe calma posible.

Sus ojos se arrasaron en lágrimas, y despues de abrazar fuerte y repetidamente al jóven, gritó :

— Teresa! Teresa!

Esta se presentó súbitamente.

— Toma, le dijo lanzándole el jóven á los brazos, ahí tienes á tu hijo.

A. Altadill.

EL CARRO DE HENO.

(CUADRO DE WOUWERMAN.)

Wouwerman nació en Harlem en 1620, y no se tiene noticia que abandonara jamás su ciudad natal, sino para visitar las poblaciones mas importantes de su país. Pablo Wouwerman, su padre, mediano pintor de historia, le dió las primeras nociones de la pintura, que continuó y perfeccionó su hijo bajo la dirección de Juan Wynats, á quien debió sobre todo el conocimiento de la perspectiva y de los coloridos del paisaje. Su afición se fijó principalmente en la pintura de caballos y de batallas: de modo que el caballo es frecuentemente la primera y mas notable figura de sus cuadros, figura que hace olvidar las demás, á pesar de su riqueza y de su ingenio. Así es que el caballo fué el objeto predilecto de sus estudios, así como puso mayor cuidado en conocer todos los detalles de las monturas, arneses, armas, tiendas de campaña, ejercicios y maniobras militares, facilitándole oportunamente los medios mas propios para sus observaciones la famosa guerra de treinta años, que asoló la Alemania hasta la paz de Westphalia. Wouwerman era extraordinariamente modesto en la venta de sus cuadros, que enajenaba á precios módicos á los especuladores que á su vez los hacían valer en países extranjeros. A este propósito se cuenta que un comerciante de Harlem llamado de Wite encargó un cuadro á Pedre de Laer, conocido por Bamboche; pero no pudiendo adquirirlo por el valor de doscientos florines, se dirigió á Wouwerman que, por un precio muy inferior, le vendió una obra maestra que le dió sin embargo un alta reputación. El resultado de su modestia fué el origen de su estado siempre precario y casi menesteroso. Al frente de una numerosa familia tuvo de necesidad que trabajar sin descanso: pero dotado de un carácter apacible y aplicado hasta el exceso, pintó siempre con esmero, de manera que



Luschnersberg G.

U. Ziemann

sorprende verdaderamente el gran número de cuadros que dejó , á pesar de haber fallecido á los 48 años de edad , pero sin que se le pueda censurar por falta de correccion ó de esmero en sus producciones.

Salvos , empero, algunos cuadros de grandes dimensiones , la altura de sus figuras escede rara vez de algunas pulgadas ; pero al copiar la naturaleza , jamás olvida sus detalles por insignificantes que aparezcan.

Si los artistas de todos los tiempos se convencieran , por el ejemplo de Wouwerman , de las ventajas que resultan de la observacion del espíritu de su siglo, hallarian en sus obras una instruccion útil asaz bajo otros conceptos. Comprenderian desde luego hasta qué punto se puede representar en los grandes cuadros la delicadeza y armonía de los tonos , sin perder el efecto plástico de todo el conjunto. La cuestion principal consiste siempre en saber subordinar los detalles al conjunto y no detenerse abrumados por una penosa ansiedad.

Wouwerman habia comprendido perfectamente esta ley , y marcando con delicadeza los tintes del aire , las sombras de las nubes , el caballo , y el gineete, no hacia mas que indicar con unos toques firmes y seguros las bridas, las espuelas y otros accesorios.

El cuadro que representa el carro de heno debe colocar entre sus obras dramáticas un lugar muy importante por la composicion y los efectos del colorido. En vez de la vida tumultuosa de la guerra , observamos una escena idílica, ó mejor dicho , un trozo de la historia labriega del siglo XVII. La escena es tan sencilla y se ostentan tan caracterizadas las cualidades de Wouwerman , que nos dispensan todo su análisis.

¡ Qué contraste ofrece este cuadro inocente , que respira toda la suavidad de unas costumbres sencillas , con otro de los numerosos lienzos del mismo Wouwerman ! por un contraste admirable nos trasportamos de los campos cuyas mieses se acaban de recoger, á esas sangrientas escenas de guerra, de caza, de fiestas y de torneos, tales como se reproducian casi diariamente en los estensos patios de esos palacios feudales, de esos castillos pintorescos que embellecen con sus negras y colosales formas las márgenes del Mossa ó del Ourthe , ó en otros términos nos entregamos al placer de recordar aquel mundo brillante que representan estos cuadros , y estamos casi tentados de figurarnos al artista mismo , como uno de aquellos alegres caballeros , que tan bien sabia caracterizar , sentado sólidamente sobre la silla lujosamente caparazonada , vestido de cota de malla , con los bigotes retorcidos y el casco sombreado por una pluma , colocada con estudiada coquetería. Es sin duda el mismo Wouwerman ese gallardo caballero que echa pié á tierra para apagar su sed en la apacible corriente de un arroyuelo. El caballo se inclina tambien para lamer las aguas que bañan sus cascos , mientras el caballero bebe despues con avidez el jarro de vino que le ofrece una graciosa vivandera , cuyos sonrosados labios besaria el caballero con mas ardor que los

bordes del jarro rústico que sostiene con la mano. La jóven, alarmada prudentemente por una espresion de galantería demasiado atrevida, hace un movimiento brusco hácia atrás; su guardapiés azul asombra al caballo y cae al suelo el jarro de vino. El noble caballero no cede por tan poca cosa; y asegurándose en su posicion llega á acariciar las mejillas de la niña con la mano izquierda, mientras que se esfuerza en beber con la derecha. Con semejantes incidentes continúa su camino el guerrero de cantina en cantina, levantando erguida la cabeza y repitiendo con orgullo estas palabras: el mundo pertenece al guerrero y los favores al vencedor.

¿No es cierto que creéis ver bajo esta figura al artista Wouwerman? Si no es este su retrato, vedle sino en aquel jóven escudero que ocupa el segundo término del cuadro, y que desmontado, como su señor, sostiene con una mano la brida y con la otra sujeta al noble bruto, que piafa con impaciencia. A su lado se admira el rostro delicioso de su amada, que, montando un lijero alazan, guarda la caza que ella misma ha conseguido. En lontananza se ve una bandada de pájaros que se levanta de un grupo de rosales. A través de un celaje delicioso se ve cruzar una ave de rapiña, que traza en el aire círculos estraños antes de precipitarse en busca del objeto que descubre desde la elevada region en que se cierne; y la noble dama la contempla un momento y suelta su alcon que, haciendo sonar los anillos que cuelgan de su cuello, hiende el aire mas rápido que un relámpago en direccion de la presa, que trata de escapar. Nuestro escudero está en ademan de seguirle con la vista; pero observamos que sus lindos ojos se fijan en el hermoso semblante de la bella cazadora, á quien contempla con una espresion de la mas cariñosa dulzura.

Encontrais á este mismo escudero en otro cuadro, en que, concluida la caza, aparece sentado allá en el fondo del valle, á la sombra de un molino y á la orilla de un arroyo que serpea entre las flores. El escudero de la caza ha abandonado el servicio de la ingrata castellana para vestir el uniforme del guerrero, envuelto en una capa ó manto flotante, bordado de oro. El caballo blanco, que antes vimos piafar junto á la graciosa cantinera, se presenta ahora mas orgulloso con el nuevo uniforme de su amo. En este momento el animal disfruta de completa libertad. Atado de la brida al pié de un arbol recela apenas de un gozquecillo de cabeza estúpida, que camina en compañía de su amo, de una apariéncia grosera y que se permite ladrar á las piernas del caballo. El molino, cuyas aguas se ven saltar entre abundante espuma, ocupa una situacion fresca y deliciosa. Allí se percibe una figura de mujer, oculta en la sombra, que deja distinguir una mirada curiosa, pero risueña. El guerrero no tarda en dirigir sus pasos hácia aquel asilo que le ofrece, en medio de las fátigas de la guerra, una hora tranquila de reposo. Al fin entra en el lleno de las ventajas á que puede aspirar en calidad de soldado, imponiendo y haciendo respetar sus caprichos; pero la molinera no es una altiva

castellana, los mozos del molino no son unos celosos é importunos espías, y en este caso ¿dejará el viejo dueño de aquella morada esponer á su nieta en un encuentro idílico con el formidable caballero? La guerra sigue destruyendo, hace ya treinta años, las vastas regiones de la Alemania y de los Países Bajos, y por una susceptibilidad moral ¿dejará perecer sin embargo el pobre molino, único recurso que le queda en su avanzada edad? Pensándolo mejor, permite la entrevista de los dos jóvenes, medio oculto en el alféizar de la ventana, murmurando palabras que él cree de consuelo, porque al fin los débiles dicen que sí. Pero esta situación no puede prolongarse mas: en las sendas de las colinas inmediatas se levantan nubes de polvo y se distingue el brillo de las armas. Son tropas sin duda; no se ve á los soldados, pero está seguro de que no llevan la capa bordada de oro. Pero son guerreros indudablemente, declarados enemigos de la paz y del amor. Pronto, el de la capa bordada, vuelve á la aldea, y dá la señal del combate, donde el corazon del hombre palpita con mas violencia que en los brazos de una mujer.

Pasemos á otro cuadro. El tiempo está sombrío, algunos rayos del sol en su ocaso derraman una vacilante claridad sobre las nubes. A la derecha se estiende un paisaje, que ofrece en lontananza una choza, que sin duda es la misma cerca de la cual se hallaba el molino de que acabamos de hablar. El espacio principal termina en un pequeño valle: en el centro del primer término se ve un edificio antiguo que proyecta su sombra á través del camino: los bajos de esta casa están abiertos en toda su estension por la violencia del fuego de los cañones. El interior, mitad caserna, mitad cuadro, presenta una verdadera confusion de hombres y caballos, camillas y literas. Entre los caballos se reconoce fácilmente nuestro caballo blanco, visto ya en los prados del molino: encuéntrase lijeraente herido, porque un pedazo de lienzo envuelve su rodilla, mas no debe padecer mucho, pues come con gusto el heno de su pesebre. Reclinado en una camilla encontramos tambien al apuesto lancero, cuyo rostro está ya tostado por el sol y las fatigas. Sufre sin duda, porque está pálido. Una dama, cubierta con un rico manto y seguida de un negro que lleva en brazos un perrito, está de pié junto al lecho en una actitud aristocrática, pero sin disimular el vivo interés que le inspira el enfermo, el cual acepta de buen grado los alimentos que le presenta una criada. Estos alimentos son sin disputa mas delicados que los de la cantinera; pero ¿parecíanle tan deliciosos como los que le servia la hermosa molinera? Tal vez; porque el amor está ligado á Marte y gracias á sus encantos cada bella se transforma en una Venus.

La señora del manto se halla en una ventana, cuando los lanceros, replegados á una aldea, sostienen á la entrada un combate sangriento, dispuestos á perecer. La dama tiene los ojos fijos en un jóven caballero que monta un caballo blanco de clines flotantes, y que por un acertado golpe dado en el pecho del jefe enemigo, consigue contener el ardor de los contrarios. En su fisonomía se ob-

serva el terror, cuando vió caer una bala en la espalda del guerrero lanzada por un soldado fugitivo. El objeto de su simpatía es conducido por sus camaradas al hospital de campaña que nos presenta el cuadro. Tal es el interés que lleva á aquel punto á la dama del manto. Sin embargo, el herido sueña en un porvenir de oro, y ascenderá de grado en grado. Pero ¿quién sabe, si entre el flujo y reflujo de la fortuna llegará un día en que, á pesar de las dulces y cariñosas frases de la dama, buscará, pobre inválido, un miserable sustento de puerta en puerta invocando la piedad de los paisanos?

No seguiremos la historia de su suerte y terminaremos aquí la reseña de algunos cuadros característicos que constituyen la gloria de Wouwerman. A pesar de la variedad de objetos y situaciones, en todas ellas se nos presenta sin embargo el atrevido caballero ávido de aventuras, y en quién vemos siempre al mismo artista, cuyos recuerdos parecen copiados en sus lienzos.

Los grandes Mecenas del arte, los príncipes y los grandes se disputan hoy la posesion de las obras de Wouwerman, único pintor, segun ellos, que ha descrito los usos y costumbres, las pasiones y los placeres de los tiempos feudales. Sus obras constituyen un libro de historia, donde se ven perfectamente representadas las aventuras, los vicios, y la indolencia de los nobles y guerreros de otros tiempos. Ora encontrais caballos de pura raza, ora veis escenas admirables en las salas de armas ó vivaques; ora asistís á las citas de cazadores y bellas amazonas, y ora sonreís ante los juegos de los soldados y de las cantineras, porque Wouwerman no conoce el amor mas que en los goces que ofrece, y no ofrece sacrificio á la ilusion sentimental de una pasion delicada.

Adquiérense hoy á peso de oro los cuadros de Wouwerman; y sin embargo causa sentimiento el saber que el mismo Wouwerman, en vísperas de su muerte (acaecida en 19 de mayo de 1668) mandó quemar cuanto poseía en bocetos y planos, temiendo que su hijo siguiera la misma carrera, con cuyos productos se habia podido mantener con dificultad.

Para valer en otro tiempo, era preciso que el artista tomára uno de estos dos caminos: ó sujetarse, en cuanto al sistema de pintura, al capricho del momento, siguiendo el capricho que estuviera mas en boga, ó cautivar la atencion por golpes personales brillantes ó maneras seductoras. El charlatan reunia casi siempre estas dos condiciones, que ofrecian un éxito seguro. El verdadero artista pocas veces reúne sus encantos personales al gusto que domina en el vulgo. Wouwerman tuvo la desgracia de vivir en una época en que los salones de Amberes, Bruselas y Amsterdam se adornaban con escenas de taberna, mejor que con las representaciones de la vida elegante de las clases elevadas de la sociedad, como las pintaba Wouwerman. Su mérito se reconoció mas tarde; la posteridad le ha hecho justicia y las artes le han colocado entre sus mas dignos y beneméritos sacerdotes.

G^o DE MUNICH P. 2



Enfants comptant de l'argent.
Children counting Money. Kinder Geld zählend.
Drzwi liczący pieniądze.

MUCHACHA Y MUCHACHO QUE CUENTAN DINERO.

(CUADRO DE MURILLO.)

Concepcion y Juanito eran hermanos, y aquella era mayor que este. No obstante de que uno y otro se habian criado en la casa paterna y vivido con las mismas costumbres, podemos decir que en nada se parecian. Juanito era travieso y un si es no es desobediente á su madre; pero tenia un corazon bonísimo y aun conservaba pura la inocencia de los primeros años. Concepcion era taimada, caprichosilla y algo hipócrita, sabiendo ocultar perfectamente al que no la conocia á fondo las inclinaciones de su corazon, que distaban mucho de ser tan buenas como las del corazon de su hermano. Desde luego tenia el feísimo vicio de mentir, y añadia á esto una tenacidad muy grande en sostener las mentiras. Algunas veces se habia atrevido á sacar algunas monedas del cajon en donde su madre solia guardarlas, gastándolas en golosinas, que descubrian la ratería cometida. Ocioso es decir hasta qué punto todo esto affligia á su pobre madre, mujer excelente, y viuda de un cerrajero que al morir le dejó un caudal suficiente para que viviendo económicamente como Teresa sabia hacerlo, pudiese mantener á sus dos hijos y dar alguna carrera ú oficio al muchacho. Ya Teresa habia apurado todos los medios de persuasion y dulzura de que es capaz el corazon de una madre, mas veia con dolor que sus esfuerzos no bastaban para corregir las malas inclinaciones de la hija, por cuya suerte futura temblaba. Habia acudido á un hermano suyo, que á fuer de tio y padrino quiso corregir á Concepcion con medios mas duros que las maternales amonestaciones; mas el rigor no produjo mejores resultados que la blandura de Teresa. Aquejábale ademas á esta el pesar de que Concepcion comunicaria sus vicios á Juanito, que si bien durante el dia estaba fuera de casa como que era aprendiz cestero, todas las noches

dormía con la familia y pasaba con ella los días festivos. Bien afeaba la madre delante de Juanito las condiciones de su hermana y le predecía graves disgustos y pesadumbres si no se enmendaba; pero ¿quién era capaz de asegurar que los avisos de la madre tuviesen mas eficacia que el mal ejemplo de Concepcion, de la cual no sabía Juanito separarse? Luchaba Teresa entre el temor y la esperanza con respecto al hijo, y vertía con frecuencia ardiente llanto al ver que Concepcion crecía y continuaba sin corregirse.

Vino un día de domingo, y la madre envió á los dos hijos á un huerto vecino para que trajeran peras, manzanas, uvas y otras frutas, dándoles para satisfacer el importe mas dinero del que debía valer la fruta á cuya compra los enviaba. En efecto compraron y pagaron, y aun les quedaron muchos cuartos, que Concepcion no quiso en manera alguna entregar á Juanito, quien se empeñaba en dar él la vuelta á la madre, puesto que á él se le habia confiado el todo. Cuando estaban ya cerca de la casa, Juanito deseó reposar un momento porque en realidad el canasto lleno pesaba. Concepcion le ayudó á descargarlo, pero con malísima traza, puesto que una parte de la fruta se derramó por el suelo. Juanito se sentó de puro cansado, y aunque rogó á la hermana que recogiese la fruta caída, esta no quiso hacerlo, sino que sentándose tambien, sacó del bolsillo las monedas que habian quedado y comenzó á contarlas, á mirarlas, á volverlas por el anverso y reverso y á ponderar su belleza, de manera que consiguió fijar en ellas la atencion de su hermano que nunca se habia ocupado de semejante cosa. ¿No te gustaria tener algunas, Juanito? — A mí no, y ¿qué quieres que haga yo con eso? — Toma, comprar dulces ó pelotas, ó un trozo de pan de bollos, que es tan rico. — No lo necesito, y en cuanto á golosinas, madre siempre nos dice que dan lombrices, y por lo que toca á pelotas todavía me quedan dos de las que me regaló el padrino en el día de mi santo. — Pues mira, yo soy muy aficionada á tener dinero, y ahora de buena gana me quedaria con este. — Harias muy mal, porque no es tuyo, y además ya sabes que madre te regañó mucho un día porque se figuró que le habias sacado del cajon de la mesa no sé que moneda. — Madre regaña siempre, y por lo que toca á este dinero ya ves que podemos decir que es nuestro, porque madre sin duda queria que lo gastásemos todo y yo á puro de regatear, he conseguido que la fruta costara menos de lo que sin duda se habia figurado madre: de manera que este dinero puedo decir que yo me lo he ganado, y si tú no quieres que lo partamos, me voy á quedar con él. — ¿Y si madre nos pregunta cuánto ha costado la fruta? — Le diremos que todo lo que nos ha dado. — Oh! es que yo no quiero decir mentiras, yo no soy como tú que las dices todos los días. — Pues bien, tú no digas nada, yo contestaré á madre, y basta que tú no me hagas quedar mal. — Mientras madre no me pregunte yo no diré una palabra. — Y si te pregunta, tampoco, porque sino yo diré que tú me lo has aconsejado. —

Otra mentira.—Tanto mejor: lo mismo me llamareis embustera por una mentira mas que por una menos.

Disgustados el uno del otro llegaron á casa los dos hermanos, y como la madre les preguntó al momento si habian gastado todo el dinero, Concepcion contestó antes que la madre terminase la pregunta, que no les habia sobrado ni un maravedí. Juanito no abrió la boca pero sus mejillas se pusieron encendidas de vergüenza por ver como su hermana mentia, y de temor de que la madre no le creyese cómplice en la mala accion de esta. Todo lo comprendo, dijo la madre, os ha sobrado dinero, Concepcion te ha propuesto que os lo quedarais, tú no has querido y ella se ha encargado de mentir diciendo que lo habeis gastado todo.— Pero madre!..— Calla, bribona, ya sabes que te conozco; embustera y ladrona. ¡Virgen del Cármen! ¿qué será de esta criatura? A esta escena sucedieron las lágrimas de Juanito, la confesion de la hermana, el interceder del muchacho, el perdonar de la madre y las promesas de Concepcion que nunca mas incurriria en semejante vicio, y de que jamás mentiria. Mas á pesar de todo continuó mintiendo, y asaltando el cajon en donde su madre tenia algun dinero.

Mas como mas ó menos tarde llega siempre el castigo para los hijos que no se corrigen con las amonestaciones de los padres, y Dios envia siempre esos castigos por los medios que menos se temian, aconteció que al cabo de unos cuatro meses, y en un dia tambien de domingo, Concepcion fué á casa de su padrino á llevar un recado de la madre: entró en la tienda, vió encima de una mesa algunas monedas, pero no las tocó, y subiendo la escalera dió el recado al padrino, no sin que este la despidiera con un sermoncito, segun solia hacerlo. A eso de media tarde mientras Teresa peinaba á Juanito, y Concepcion vestia una muñeca, entró de repente y con rostro muy airado el padrino provisto de una gruesa correa; y viendo á Concepcion, comenzó á sacudirle de recio en las espaldas y en la cara, pero con una ira tal que parecia resuelto á matarla á latigazos. Juanito echó á llorar, y con sus lágrimas y gritos invocaba á favor de su hermana la compasion del tio. Teresa juzgó desde luego que Concepcion habria hecho alguna travesura muy grande; mas no acordándose entonces sino de que era madre se levantó volando y fué á detener el brazo de su hermano. Pero este ardia en cólera, y antes que su hermana pudiese contenerlo, habia ya zurrado fuertemente á Concepcion, cuyo desesperado llanto revelaba muy bien los dolores que sufría. Cuando por fin el padrino cesó de pegarle, se acabó de desahogar tratándola de ladrona y diciendo que cuando por la mañana fué á su casa á llevar el recado de Teresa le habia robado nada menos que seis escudos que tenia encima de una mesa de la tienda. En vano Concepcion juraba que si bien los vió no los habia tocado; en vano su madre, sin negar que era propensa al robo, sostenia que era imposible se hubiese atrevido á quitar una cantidad tan crecida, asegurando al hermano que todas las raterías de la niña eran de maravedises para comprar al-

guna golosina: el hermano insistía en lo dicho, y como Concepcion era reputada por muy mentirosa, ninguno de los presentes, ni su misma madre, daba crédito á sus protestas de inocencia. El padrino juraba que en su casa no habia entrado nadie mas que la chica, y la madre comenzó á temer que el robo fuese cierto, y se estremeció al considerar que su hija no se contentaba ya con lo necesario para comprar dulces, sino que se atrevía á cosas mayores.

El padrino se marchó tan irritado como habia venido y jurando que si antes de la noche Concepcion no sacaba el dinero la habia de matar á palos. La madre derramando abundantes lágrimas conjuraba á su hija para que entregara los escudos. Juanito la acariciaba pidiéndole lo mismo y recordándole las amenazas del padrino que era en su concepto muy capaz de cumplirlas, y Concepcion continuaba protestando de su inocencia sin que su madre ni su hermanito la creyeran. Finalmente Teresa, temiendo que su hermano maltrataria cruelmente á la muchacha, la sacó de casa llevándola á la de una amiga y determinó suponer que Concepcion habia confesado y entregar á su hermano la cantidad que le faltaba. No tenia la madre una seguridad absoluta de que su hija hubiese quitado tanto dinero, ó por mejor decir, procuraba creer que no era capaz de tanto; mas como quien conocia el carácter de su hermano y no dudaba que este tenia á su ahijada por autora del robo, pensó que no le quedaba mas salida que devolver el dinero.

Cumplió el tío la palabra y al anochecer se presentó en la casa, armado de un grueso palo, y con ánimo, segun dijo, de romper con él la cabeza á la bribona que preparaba una grande deshonra á la familia. La madre le detuvo, le entregó la cantidad que habia desaparecido, y los dos hermanos quedaron en ocuparse muy maduramente de los medios que era forzoso adoptar para corregir á esa desgraciada niña. Convenidos ya en esto y mas tranquilo el padrino dió un beso á Juanito que se habia dormido encima de un banco, é iba á marcharse cuando al poner el pié en la puerta entró un vecino, amigo y contemporáneo suyo, con quien se trataba con absoluta franqueza.—Dios sea en esta casa, dijo, perdonad, Teresa, si vengo á interrumpiros, pero he ido á casa de Antonio y el aprendiz me ha dicho que se habia venido por acá, y he echado á andar hasta esta casa.—Muy bien venido siempre, dijo Teresa, ya sabeis que mi casa está siempre abierta para los amigos.—Estimando, contestó Francisco, lo mismo, porque no nos conocemos de la semana pasada.—No por cierto, dijo Antonio, mas tiempo hace del que nosotros quisiéramos. ¿Y qué es ello?—Nada, que este medio dia compré en la plaza dos quintales de aros de hierro para el almacen, y no llevaba encima bastante dinero para pagarlo, y como mi mujer cerró la puerta y se fué á misa no he podido entrar en casa. Entonces he dicho, calle, pues si allí está la casa de Antonio, y he ido allá, y llamo en la tienda y grito en la escalera y nadie me responde, mas como he visto encima de una mesa seis escudos los he

tomado, y con ellos, con lo que ya llevaba y con tres mas que me ha dejado el montañés de enfrente, he pagado los aros. Con que, luego vino mi mujer, y despues de haber comido, he andado por ahí á unas diligencias, y luego á tu casa á llevarte el dinero, y como el aprendiz me ha dicho que estabas aquí, me he venido y pago mi deuda. Y diciendo esto entregó seis escudos á Antonio, que estaba como alelado y por cuyo rostro corria mas de una lágrima. No es necesario decir cuantas y cuan amargas fueron las que bañaron el de la madre, que si experimentó un dolor cruel al recordar el inmerecido castigo que en aquella tarde sufrió su hija, sentia tambien un placer inefable al ver que no era tan mala como habia imaginado, y que no obstante de haber visto aquellas monedas no se habia dejado llevar de la tentacion que sin duda tuvo de arrebatárselas.

Francisco era un buen amigo y hombre de años y de prudencia, y como por otra parte le admiró mucho la inquietud con que los dos hermanos escucharon su relato y el modo particular como Antonio recibió el dinero, juzgaron oportuno referirle todo el suceso, y opinaron que en el acto se llamase á Concepcion para decirle con cuanta injusticia habia sido castigada. De ningun modo, dijo Francisco, todo lo echariais á perder; lo sucedido no tiene remedio y nadie puede quitarle el escozor de los latigazos, que si bien dados injustamente, tal vez serán para ella una fortuna. Persistid en lo mismo, no manifesteis dar crédito á sus palabras; y ella misma se convencerá de que el vicio de mentir le ha ocasionado el castigo de hoy, y el pasar por ladrona. Le servirá de saludable escarmiento, y no dudeis que se corregirá del vicio de mentir, y mas adelante al paso que tenga juicio abandonará el otro, continuando su madre las amonestaciones y su padrino las amenazas. El consejo fué admitido aunque con mucho pesar de la madre, cuyo corazon no podia con el sentimiento de tratar como criminal á la hija que era inocente.

Concepcion volvió á casa, protestó, juró, su madre afectó no creerla, el padrino con mas tenacidad que la madre; y aunque Juanito se sentia inclinado á favor de la hermana, la firmeza de la madre y del tio le resolvieron á creerla culpable. ¿Y qué haré yo, dijo Concepcion viendo que sus juramentos de nada servian, que haré yo para que me creais inocente? Si dentro de un año no me has dicho una sola mentira, ni has repetido lo otro que no quiero nombrar, creeré que otra persona y no tú se llevó los escudos del padrino, y el padrino creerá lo mismo. Pasó un año, y el dia en que lo cumplia, el padrino se presentó en casa de su ahijada, le besó la frente, le hizo un regalo y le dijo:—Eras inocente, lo supe despues de haberte castigado, el castigo fué injusto, pero te ha ahorrado castigos mas terribles y tal vez el oprobio tuyo y de toda la familia. Hoy estás corregida de ambos vicios, y ya tú ves que si no nos hubieras tenido tan acostumbrados á que mintieras habríamos dado crédito á tus juramentos.—Ay padrino! exclamó Concepcion, Dios le trajo á V. á esta casa para que me castigara, yo te-

nia un placer en mentir, y todo lo que no era mio me agradaba; durante tres meses hube de hacerme mucha violencia para no mentir ni quitar cosa alguna, y desde nueve meses acá lo ageno me repugna, y todas las violencias del mundo no lograrían de mí que faltase á la verdad ni aun en chanza.—Dios te bendiga, hija mia! mucho has hecho sufrir al corazon de esta madre; pero infinitamente mayor que todos mis sufrimientos es el placer de verte corregida. Juanito lloraba, lloraba Concepcion, y la madre y el padrino lloraban de la misma manera que los niños.

La enmienda de Concepcion fué verdadera, en su vida mintió mas, y lejos de querer lo ageno fué muy dadivosa y caritativa. La debilidad de la madre la habria perdido, Dios dispuso las cosas de modo que una circunstancia inesperada la salvara.

Cuando se trata de un cuadro de Murillo, todo elogio es pálido, porque el hombre menos entendido al echar una ojeada á cualquiera obra de ese grande artista vé mas que cuanto puede decirle un elogio escrito. No sé si debe uno alegrarse ó condolerse de que la obra de donde está sacado este cuadro se encuentre en la galería de Munich. En esto hay la satisfaccion del orgullo nacional, y un dolor: este porque no poseemos nosotros tan hermosa joya, aquella porque solo así puede ser bien conocido en la capital de Baviera el mérito de nuestro compatriota, y estimados cual merecen serlo los pintores españoles dignos de figurar al lado de este, de quien tan pocos pueden atreverse á ser rivales.

Juan Cortada.

GE DE MUNICH. P. 60



L. Schindler.
Black hunting. P. 60.
Munich.

EL AGUACERO.

(CUADRO DE W. BARKEL.)

Nada hay mas sublime para la poesía, lo mismo que para la pintura, que esos grandes cuadros de la naturaleza, ora los dibuje sobre la estensa superficie de la tierra, ora los ofrezca en momentos solemnes, rodeados del imponente aparato de los fenómenos físicos. El album eterno, en que están bosquejadas las obras de Dios, presenta en cada página una lección para el sábio, una grande armonía para el alma del artista ó del poeta.

Las estepas de la Siberia, las cordilleras de Himalaya, la inmensidad del Oceano, confin del hombre pensador por su espantosa magestad; y el huracan, la tempestad, y el terremoto hacen temblar por su aparato de terror. Las cimas de las altas cordilleras, los precipicios, las cavernas profundas, las masas de vapores lanzadas desde el seno de los mares ó desde la cumbre espantosa de las montañas, y el rugido de los vientos en las noches sombrías de invierno, ostentan formas fantásticas y sonidos estraños que no pueden verse, ni escucharse, sin sentir un estremecimiento involuntario, que la ciencia y la filosofía no bastan á impedir.

¿Qué llevan consigo esos terribles fenómenos que así conmueven el corazon humano? ¿Qué presiente nuestra alma en esas grandes destrucciones de la naturaleza física y en esas solemnes interrupciones de la armonía universal? Y sin embargo de su aspecto tenebroso, algo hay en ellos de bello y de sublime, porque el artista y el poeta hallan en su fondo la fuente de una inspiracion. Sus espíritus se levantan por cima de esas rocas graníticas, que nacieron con la primera formacion, para cruzar un espacio mas estenso todavía, porque su vuelo necesita una inmensidad. En medio del estruendo ó sacudimiento de los huraca

nes perciben inusitadas melodías que el oído de los profanos no puede escuchar, y que el alma enmohecida de los impíos no sabe distinguir. La sabiduría incomprendible de Dios ha derramado sobre sus obras un encanto misterioso, velado á los ojos vulgares, y que revela únicamente al espíritu contemplador, que sabe leer, á través de las sombras, en el gran libro abierto de la naturaleza, cuyas hojas se desplegan en el espacio infinito de la creacion.

¿Cuándo buscan el poeta y el artista esas soledades de la tierra? Observad los contrastes.

El hombre fútil, el egoísta, el corrompido, el sensualista, el ignorante, nada ven, nada escuchan en el silencio de los bosques, en los vapores que envuelven las montañas y los valles, en los sitios salvajes de los torrentes y de las cañadas, en los brillantes colores de la aurora, cuya luz deslumbra la sonrisa del día; en la apacible calma del crepúsculo de la tarde, cuyo gemido canta el ruiseñor, y en las horas que el corazón consagra á la contemplación de Dios. En cambio el alma sensible, apasionada y que se baña en los perfumes de la inocencia ó en las suaves lágrimas del arrepentimiento, se eleva en medio de la soledad, como una hermosa flor en los oasis del África, como un pensamiento de caridad entre los restos sangrientos de un combate. Para ella tienen encantos el día, la noche, la luz y las sombras, los vientos y las tempestades, porque en todas partes y sobre todos los cuadros contempla magestuosa la omnipotencia de Dios. Se identifica con los objetos que se le ofrecen á la vista, y se derrama por doquiera, mecida por el viento que la orea. Comprende la armonía pastoril de los tiempos homéricos; la lucha de la naturaleza primitiva, con la cínica destrucción moral de los lustres de Virgilio; los ayes desesperados de aquel diluvio de sangre y de fuego, que inundaba en horrores el calabozo de Boecio; la soledad de Casiodoro y las lamentaciones de Salviano y de Prudencio; los gritos de Atcuino que contemplaba la Germania rodeada de sus dolmens, arrullada por los cánticos salvajes de Withikindo, y á los lejanos ecos de las armonías funerarias de los piratas normandos; la voz severa de Benito y las salmodias de los primeros anacoretas de Cluni; las revelaciones tímidas de los bardos; los arranques de los trovadores; la inmensidad de las amarguras de Abelardo y de los clamores de San Bernardo; la audacia del espíritu de Juan Hus; las fantásticas visiones del Dante y del Ariosto; los sueños de Froaissard; la salvación magnífica de la poesía en el corazón del Tasso; el recuerdo de la primera naturaleza en el alma de Mitton; el materialismo de los poetas de Luis XV; los rugidos de la humanidad, mordiendo los mantos de grandes tiranías, en los cantares que arrojaba la revolución del 93; el hastío fúnebre que ha marchitado la juventud del siglo XIX, y el materialismo de esta edad viril, que alcanza con una ojeada las estremidades del globo, buscando un no sé qué mas allá de nuestros horizontes, demasiado limitados para la inteligencia humana.

La literatura y las artes no son mas que el reflejo de la época que alcanzan y alcanzaron en sus respectivos períodos de existencia, ó representan exactamente el espíritu de su siglo, ó retroceden espantados, invocando otros tiempos, que creen mejores, porque se ha perdido su ruido, porque en su sepulcro crecen flores silvestres, siempre bellas porque son flores.

Homero cantaba la primitiva naturaleza, porque su vida errante y menesterosa se parecia algo á las emigraciones solitarias de las primeras familias humanas. Píndaro volaba á las cumbres de la poesía, porque su genio desdeñaba la pequeñez de las nacientes repúblicas de las tribus petásgicas. Virgilio, abrumado por la pesadumbre de la misma gloria de su pueblo rey, que principiaba á tenderse sobre su lecho formado de todas las grandezas del mundo antiguo, suspiraba en sus geórgicas por las apacibles soledades de los viejos campos de Lavinia. Ovidio, al contrario, seducido por la brillantez de los placeres, lloraba por exceso de sensualismo; pero en medio de sus deliquios amorosos exhala algunos gemidos de desesperacion, semejantes á los que vierte el vicio cuando se lamenta de la debilidad humana, que echa de menos la inmortalidad de los goces. Horacio, medio cortesano, medio filósofo, ó adula á los poderosos y al pueblo que le daba nombre, ó arroja sus carcajadas en la frente del vulgo, que comenzaba por creer en la apoteosis de Julio César para dejarse abofetear por las manos de Neron y por las concubinas de Heliogábalo. Salviano y Prudencio, que eran testigos del horrible naufragio de la raza latina, y que escribian á la luz de los incendios que producía el paso de las hordas del norte, se abrazaron á la cruz como el arca única de salvacion, y cerraban los ojos á su época para abrir los del alma á la claridad de la esperanza y de la religion. Los bardos y los trovadores hacian oír sus cánticos melancólicos en medio de una sociedad de hierro, como el ruiñeñor aprisionado en las habitaciones del hombre. Dante y Ariosto se crearon un mundo nuevo, para apartar la vista de sus siglos, que caminaban siempre á son de guerra, de castillo en castillo y de cueva en cueva, con la muerte por compañera, la fuerza por lábaro y las cadenas por condecoracion. El Tasso, testigo del principio de la gran lucha, que empezó la osadía de Lutero y que dió comienzo á las grandes venganzas, que se llaman reacciones, creó nuevos campos, abrió nuevos horizontes y formó otros héroes, para ver si todo aquello era mejor; se desprendia de sus harapos, para presentarse á sus semi-dioses y olvidar en sus mesas la copa en que bebia sus lágrimas. Milton, escuchando las feroces controversias religiosas, se remontó á la cuna del mundo, en pos de la verdad, oscurecida siempre, y de aquella naturaleza tan espléndida como silenciosa que no podia encontrar bajo el cielo nebuloso de Albion, ni á las plantas de Cromwel, ni de Carlos II. Fenelon, en medio del refinado materialismo de su época, crea tambien unos reyes semejantes á su alma, unas costumbres hijas de su organismo especial, y una sociedad que estaba muy lejos de parecerse á la so-

ciudad de Pompadour y de la Maintenon. Voltaire y Rousseau, que asistieran á las grandes comedias y farsas político-religiosas de los asalariados de Luis XV, época en que la prostitucion era una admirable y honorífica grangería, despechado el uno y sarcástico el otro lanzaron sus lamentaciones y su hiel, preparando el camino que conducia hasta los piés del patíbulo de Luis XVI, y las orgías del templo de la Diosa Razon. Cuando la revolucion habia arrancado hasta los cimientos de la sociedad pasada y se sentaba desfallecida al borde del inmenso osario en que habia arrojado tronos, altares, báculos y coronas, se dejó cegar por el polvo que levantaban las botas de Napoleon y el humo de las cantinas establecidas en medio de París por los ejércitos de los aliados y por el aliento estúpido de Luis XVIII, se oyó el canto de Chateaubrian, cuya mano quiso tender un velo sobre todas las ruinas para crear una sociedad, medio religiosa, medio ascética, medio filosófica, y acumular las mas bellas de estas ruinas para formar un monumento. Los recuerdos eran su inspiracion, pero la sociedad se hallaba fatigada, porque lo habia visto todo: tronos derrumbados, reyes sentados en el patíbulo, héroes que habian conquistado la tierra y que morian sin embargo en el destierro, rotos los pergaminos de los privilegios, desiertos los nidos de los señores feudales, agotadas las cuestiones religiosas y políticas, y rasgado el velo que ocultaba los misterios, y cogió una copa, se reclinó en su lecho de descanso, bebió, sonrió y se durmió en medio de todos los escombros. En vano se la llamaba á la vida, á las sensaciones y á la discusion: indiferente, cansada y desdeñosa nada quiso escuchar. Nada veia mas allá de su lecho: lo pasado se habia perdido; lo porvenir le era indiferente. Si algo la sacudia era la aparicion de un nuevo placer.

Pero he aquí que desde el fondo de la misma sociedad se levanta silencioso, pero firme, audaz, vigoroso el pueblo, que era de las montañas de Atenas, del monte sacro de Roma, de los siervos del fisco y de la gleba de los reyes merovingios, de los plebeyos de los últimos siglos feudales y de los operarios del siglo XIX, y al ver su sombra ruda, despierta la sociedad que dormia, contempla aquella sombra, observa su direccion y esclama: adelante! Y al dar este grito, la inteligencia sale al encuentro y le presenta la electricidad y el vapor. Su aparicion promueve luchas de otra clase, suscita nuevas cuestiones, se evocan todos los recuerdos, y á ese estadio, nuevamente abierto, todos, el rey, el pontífice, el noble, el plebeyo, el rico y el pobre han acudido, para hacer escuchar su historia, sus títulos, sus honores y sus mártires. Esta gran lira ha levantado un inmenso clamor, que está atronando el mundo, haciendo perder el rumbo al hombre pensador, que vaga errante, sin saber á donde podrá dirigir sus pasos. Admira á la humanidad en su nueva marcha magestuosa, que la conduce á un mundo desconocido, y teme sin embargo y duda si debe cogerse á su manto flotante, agitado por el vapor, ó dejarse caer al pié de las ruinas antiguas, para morir abrazado con la cruz de piedra de un olvidado cementerio.

En esta duda, en este inmenso vértigo el alma, desasosegada, febril y dolorida busca la soledad, para consultarla, para preguntarla el camino verdadero de la paz, y halla al menos un apaciguamiento, que en vano invocaría en el seno de la muchedumbre.

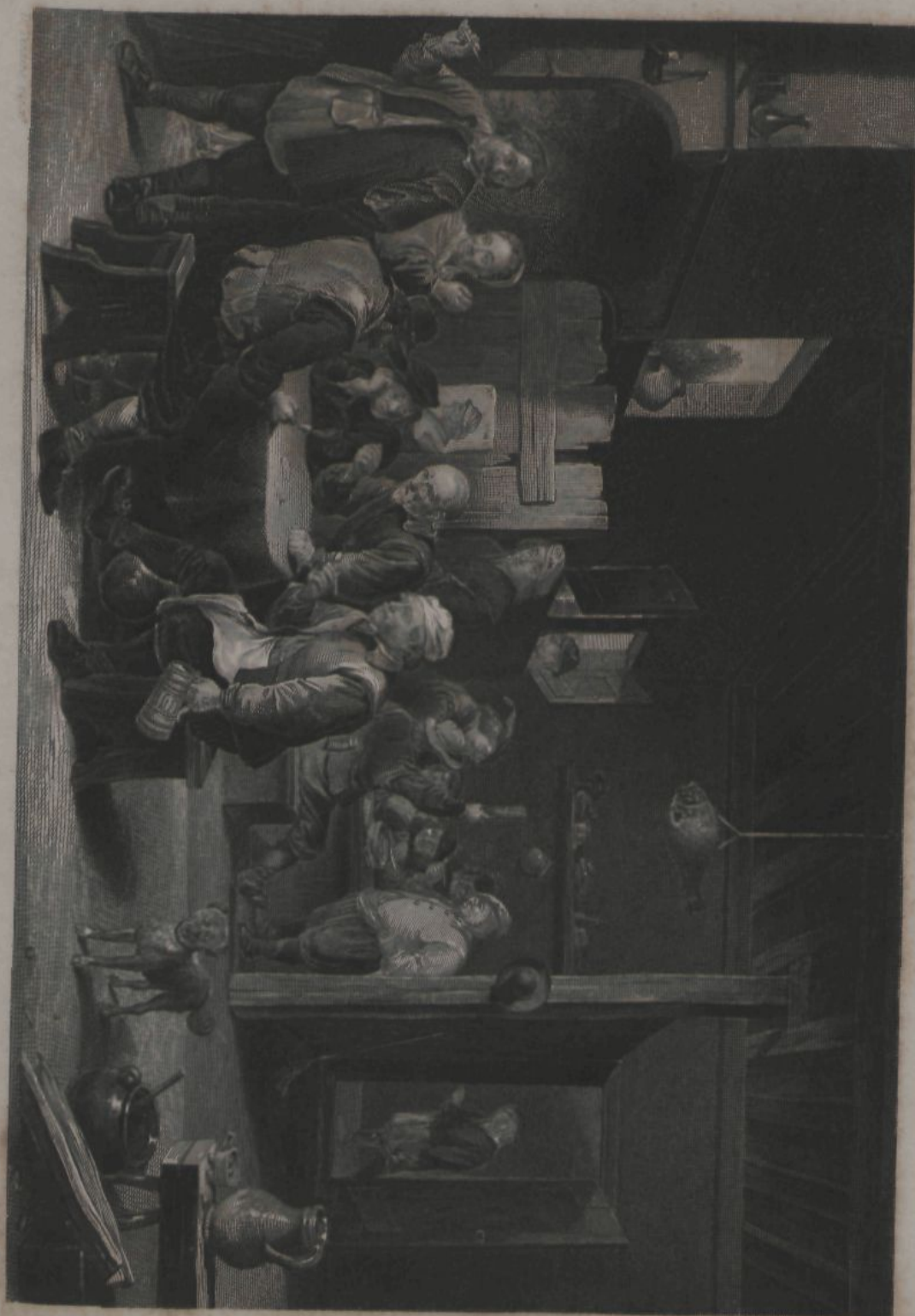
¿No hay, por otra parte, almas viudas, cuyo amor no se satisface mas que con el amor inmenso que las ofrece la inmensidad de Dios? ¿No han de encontrar estos espíritus elevados y contemplativos mayores encantos en las grandes escenas de la naturaleza que en los nuevos y variados goces de las sociedades modernas? Por eso al contemplar esos magníficos paisajes de Barkel, nos trasportamos deliciosamente á los encantados valles de los Alpes, de los Apeninos y de los Balkanes, ora inundados por los torrentes de luz de un sol de estío, ora envueltos en las densas capas de vapores que ocultan sus masas de granito como imponentes sudarios, desprendidos de la cabellera de nieve del invierno. Plácenos observar desde una altura los profundos barrancos que serpean hácia los abismos vestidos sus flancos de espesos matorrales; descubrir las elevadas rocas que ocultan sus ásperas cabezas en el seno de las nubes; escuchar el rugido del viento que lame furiosamente las cumbres de una áspera cordillera, y admirar, desde el fondo de una cueva, los torrentes de agua que bajan rodando de precipicio en precipicio sus ondas atronadoras, entre cuyos pliegues se arrastran los peñascos que servían de asiento á las águilas y aves de rapiña. La voz humana suena en aquellas soledades aéreas, como un grito de profanacion; y solo destacan bien del fondo de ese gran cuadro, las chozas de los pastores envueltas en la niebla, las vacas que huyen, y los pobres aldeanos que tiemblan de horror y conjuran el espíritu de la tempestad con las plegarias del cristianismo. Dificil es delinear esas masas gigantescas que ruedan en la atmósfera; los contornos de las montañas, cuyos perfiles se confunden en la bruma de la lluvia, las sombras de los barrancos, en un día sin luz; la aldea lejana, que se destaca sin colores, y la belleza que debe descubrirse sobre ese lienzo y que el artista ha de buscar en su propia inspiracion.

Cuando el artista ha conseguido su objeto; cuando contempla su obra con satisfaccion, ¿qué es lo que siente entonces? ¿Qué siente el poeta al lado del artista? oh! eso no puede explicarse; eso se concibe; eso vive dentro del alma; eso despide luz, abre los cielos y hace abandonar la tierra; pero la palabra del hombre no lo puede explicar. Es un placer que desciende de regiones ignoradas, y baja al espíritu para llenarle de claridad. Necesita el silencio, para saborearlo; necesita el reposo, para no perder una sola de sus delicias, desconocidas en la tierra. Si todo acabára con el hombre; si sus pensamientos, sus esperanzas, sus vuelos se hundieran con él en el fondo del sepulcro, desgraciada humanidad! Horroriza la idea de los que han materializado la vida del espíritu! Por fortuna no ha muerto la inspiracion; porque á falta de los grandes cuadros de la

naturaleza, Dios abriría otras regiones, á donde penetraría la inteligencia del hombre para probar la inmortalidad del alma, que no vive para morir en la tierra, sino para llegar hasta comprender en su día la omnipotencia de Dios.

Vicente Bolix.

GE DE MUNICH P. 41



*To Captain:
Brew drinking
Munich*

LA TABERNA.

(CUADRO DE TENIERS.)

La palabra *taberna* despierta en nosotros una idea poco agradable, sino repugnante, y al oír pronunciarla no solo ve uno el almacén en que se despacha vino al por menor, sino que al momento se presenta en la imaginación el espectáculo de una tienda con una docena de pipas de distintas cabidas, y colocadas en pisos, con su especie de armario dentro del cual hay su armatoste, por lo común de hoja de lata, lleno de aceite, con un par de bancos sucios, y todo ello alumbrado por un mal quinqué que deja la tienda medio oscura, y sentados algunos hombres de mala traza y holgazanes que vacían vasos de vino, si ya no disputan y riñen, y en el mostrador una mujerona no sobrado limpia que cobra y cuenta aprisa, y suele estar mal agestada. La atmósfera es por lo común pesada y hedionda, á causa principalmente del infame tabaco que fuman los parroquianos. Este es en suma lo que nos ocurre al oír nombrar una taberna, y sin embargo esta idea no es justa, porque hoy día la mayor parte de las tabernas presentan un aspecto aristocrático, sobre todo en las ciudades populosas, en donde se ven que rayan en magníficas, y en las cuales no hay concurrencia, ó si la hay es de gente mas granada de la que se ve en las otras de mas bajo quilate. Y las tabernas tal como nosotros las comprendemos y segun estamos acostumbrados á verlas, son en España muy antiguas, pues ya en el siglo xvi decia nuestro poeta Baltasar del Alcázar:

Si es ó no invención moderna
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fué
La invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dámelo, bebo,
Págolo y voyme contento.

Por donde se ve que hasta esa época nuestras tabernas fueron una tienda en donde se vendia vino al por menor y en la cual entraban á echar un trago los aficionados de poca aprension. En los tiempos modernos nuestras tabernas se han engrandecido y elegantizado; al paso que las mas humildes han debido retirarse á los arrabales, y cambiar su primitivo destino, convirtiéndose en tabernas-figones, en donde se guisan y venden manjares ordinarios. Allí campean en un grande lebrillo las judías secas ya cocidas y sin condimentar, en una fuente de barro pintarrajeado sendas tajadas de bacalao frito, á que hacen costado un plato de buñuelos y otro de sardinas rebozadas en harina y fritas. Como parte de ornamentacion, y á fuer de despertadores de la colambre, figuran tambien el bote de aceitunas, y los pimientos en conserva. Todo esto ha hecho perder á las tabernas su antigua fisonomía, y en rigor hasta debiera hacerles perder el nombre, á menos que los diccionarios se resignen con definir la palabra taberna de un modo diferente de lo que hasta ahora lo han verificado.

Es pues indudable que nuestras tabernas de hoy, con muy raras escepciones, no pueden llamarse tales; las unas porque han echado humos de magníficos almacenes de vino, las otras porque han admitido artículos que desdicen de su originario objeto. No me arriesgo á dar por seguro que en otros paises haya sucedido lo mismo que en el nuestro; mas tengo para mí que si han experimentado metamorfosis no ha sido tan grande, sino que en ellos las tabernas han sido siempre lo que son hoy, en cuyo concepto debiéramos llamarlas figones ó bodegones, porque mas son tales que tabernas. En muchos de esos paises el vino anda por las nubes, y con esto basta para ver que aquellas tabernas no fueron nunca lo que las nuestras antiguas, y para conjeturar que las actuales son un verdadero facsimile de aquellas, esto es, figones ó bodegones. Figon es sin duda alguna el que está representado en la adjunta lámina, y á no equivocarme la escena pasa en los Países Bajos, á juzgarlo por el trage y la apostura de los concurrentes y aun por los utensilios que en la lámina figuran. Las tabernas en ese país como en todos los del norte son verdaderos figones, y aun por esto representan papeles mucho mas distinguidos que las tabernas nuestras. Son por lo comun muy espaciosas, se dividen en varias secciones, tienen manjares ordinarios, pero los sirven de mas alta esfera; y hé aquí la razon porque acuden á ellos no solo los que allí representan á los parroquianos de nuestras tabernas, sino tambien otras personas que pujan mas alto. En las tabernas de Inglaterra se celebran meetings, en donde se tratan graves asuntos mercantiles, industriales, políticos y religiosos, y hacen gala del biendecir algunos oradores de meetings; allí se habla del ministerio y se resuelve acudir al gobierno con representaciones en este ú en el otro sentido. Todo esto se bautiza allí con abundante cerveza, porque ese es uno de los paises en donde el vino anda por las nubes.

Pues ¿y qué diremos de Alemania y del imperio de Austria? en las tabernas

ó bodegones de esos países se reúnen militares, que si no llevan entorchados están en camino de lucirlos, y en amable y tranquila conversacion disertan acerca de operaciones militares y hablan de guerras pendientes con mucho mas criterio y mas ciencia que nuestros tácticos de café, los cuales, aunque del todo ignorantes en el arte de guerrear, dan batallas y las ganan, y conquistan, sea el Lombardo Véneto, sea la Cochinchina, sea Marruecos, ó cualquier otro imperio por vasto y poderoso que parezca. En otra mesa de esos mismos bodegones suele apurar cuatro botellas de cerveza una comitiva de estudiantes, que alternan los tragos con los problemas, con discusiones filosóficas de muchos intrínquilis, y cuyo fondo pocos de nuestros escolares comprenderian. Allí acude el tendero con ínfulas de comerciante, el propietario de humildes pretensiones; y nunca hacen corrales los artistas que solos alrededor de una mesa hablan de artes, y de cuadros, y de esposiciones y de restauros, un poco mas de lo que hablan de esas cosas los artistas nuestros. Algunas veces tercia con ellos la mosquetería de los literatos, que á fuer de jóvenes se hallan bien con los otros jóvenes: y allí se engendran amistades que mas tarde producen aquellas obras magníficas en que se ostenta el hermoso consorcio de las bellas artes con la amena y con la grave literatura. No digamos que la atmósfera de esos figones sea la mas pura, pues lo que en nuestro país son cigarros, son pipas en esos, y una pipa huele á un mal cigarro. Pero el frio del clima hace mas soportable esa atmósfera, que se renueva á cada instante con la bocanada del helado aire de la calle que entra en compañía de cada parroquiano.

En los Países Bajos vienen á tener los figones una concurrencia de la misma clase que en Alemania, y tal es sin duda la que nos representa el cuadro de Teniers, cuya copia tenemos á la vista. Allí está en segundo término la mesa de los artistas y literatos, gentes de buen humor que brindan á cada ocurrencia feliz, y cuya chispa y travesura tienen encantado al voluminoso y succulento bodegonero que no sabe pasar adelante, embobado en la contemplacion de esa juventud lozana y bulliciosa, que un filósofo diplomático diria que es el orgullo y la esperanza de la patria.

El grupo del primer término lo forman esos tratantes en carnes, tenderos y hacendados de módica renta, que tienen en la sociedad muchos puntos de contacto, y en el cuadro hay además un personaje que en materia de negocios productivos puede dar lecciones á todos los presentes. Ese es un judío, honrado como todos ellos, pero hombre de muchas agallas, y á quien es menester oír, dejando para otra hora dar crédito á lo que dice. El cocinero del bodegon, que tiene cierta franqueza con los parroquianos antiguos, se ha instalado cerca de la mesa, y aunque tiene el jarro en una mano y la pipa en la otra, ni bebe ni fuma, ya porque no es hombre que jamás dé tiempo á la sed para que llegue á molestarle, ya porque todas sus confecciones culinarias le parecen una bicoca comparadas

con las confecciones mercantiles que el hebreo está explicando. El jóven que está en pié detrás de ese Samuel es el mancebo mayor de su almacén, á quien el amo permite venir al mismo figon que él frecuenta para que oyendo á los hombres de experiencia, la vaya adquiriendo en los negocios. Le tiene prometido que cuando le proponga uno cuyos beneficios sean de treinta por ciento, le permitirá sentarse á esa mesa y terciar en la conversacion con sus compadres.

Mientras tanto acuden por allí cerca de la puerta de la izquierda una mujer de la vecindad, y un individuo que no pierden el tiempo. El es quien cuida de todos los artículos de bebida y lleva las cuentas de la venta, y ella una tendera de enfrente, á la cual siempre se le ofrecen cosas del bodegon, y casi siempre cuando el tenedor de libros anda por entre las mesas. El ha servido en la marina y es pájaro de cuenta, siempre tiene alguna flor que echar á la tendera, y ella las entiende, las huele y no será extraño que con el tiempo acabe por recogerlas.

Este cuadro representa la hora en que están en el bodegon las gentes dichas; si el pintor hubiese escogido otro momento hubiéramos visto militares y estudiantes. En ese solo cuadro no hay espacio para todo. Teniers es un gran pintor para esta clase de obras, y trabajó tanto que en las principales galerías hay cuadros de ese grande artista.

Juan Cortada.

La Galería de Masdeu



Cabaret de Paysans en Hollande
Dutch Peasants drinking. Holländische Bauernschenke

Karczma holenderska

UN FUMADERO.

(CUADRO DE TENIERS.)

Ante todo consignamos que las personas no fumadoras harán muy bien en no leer este artículo: va á apestar á tabaco, y es muy fácil que les cause mareo y náuseas. Para un fumador el tabaco es un elemento de primer orden, un artículo de primera necesidad; es un amigo, un guía, un consejero, una musa, cuasi una esposa. Quedarse sin comer es una cosa fácil para muchos, quedarse sin fumar es una privación que la resisten pocos. Para el no fumador, por el contrario, el cigarro es una especie de calamidad social, un mal aire que se introduce artificialmente á ciencia y conciencia de las juntas de sanidad, un amago de incendio que amenaza de continuo á las poblaciones que se llaman cultas, un veneno que consume lentamente la vida, un emético que no se despacha en la botica, una contribucion indirecta de la misma naturaleza que la de puertas y consumos, una epidemia, en fin, que no se diferencia del cólera sino en que se ha hecho endémica ó estacionaria, como el tífus.

Entre estas dos opiniones encontradas, yo empiezo por declarar que fumo. Esto no quiere decir que suplique á mis lectores me manden cajon alguno de legítimos habanos; sino que puedo escribir este artículo porque, contra toda la costumbre de los autores modernos, sin esceptuarme yo, que además de este artículo soy autor de dos niños como dos soles, conozco á fondo la materia de que se trata.

De todos los países de Europa en ninguno se fuma mas descaradamente que en España: el interior de las casas, de los teatros, de las salas de baile, hasta la atmósfera de la calle está impregnada de humo de tabaco. El abogado que no tiene cajetillas de cigarrillos encima de su bufete, el comerciante que no tiene ca-

jones de habanos encima de su escritorio, el artista que no tiene unas cuantas pipas colgadas en su taller, deben ir con mucho cuidado en sus negocios, porque un hombre que no fuma es una especie de menor que nunca sale de la patria potestad.

El tabaco es un objeto tan respetable y particular que hasta ha revolucionado la legislación criminal. Yo he defendido reos de hurto, cuyo cuerpo del delito apenas valia una chupada de un buen habano; y sin embargo meterse en el bolsillo, sin permiso de su dueño, uno ó dos ó tres cigarros de á veinte duros el ciento, no es delito, ni existe ejemplo de que ningun fiscal haya procedido de oficio en semejantes casos.

Hay mas: la costumbre de fumar ha introducido una ley social digna de aquel célebre galo que tuvo la rara habilidad de sacar dinero á la antigua cuanto orgullosa Roma, ó de aquellos comunistas que establecen como muy grande la máxima *de cada uno para todos*, como si en tal caso le llegara el producto á un diente. Saca un fumador su petaca delante de veinte personas: se guardará muy bien de meterla nuevamente en el bolsillo sin haber distribuido tabacos á todos los presentes, así amigos como desconocidos. Esto solo me basta á mí para que declare las petacas mueble perjudicial, contra cuyo uso debieran elevar sentidas quejas al gobierno todos los herederos presuntos.

Un salteador de caminos se toma, cuando menos, la molestia de pedir á los transeuntes la bolsa ó la vida: el fumador tiene la facultad de tomar sin pedir, y ni tan siquiera deja la alternativa ó eleccion de obtener entre la renuncia de la vida ó del tabaco.

Un gorrista de cigarros es el censo mas cuantioso que puede gravar las fincas de un fumador de tabacos. Un hambron descarado puede comer en casa de un amigo una vez, diez veces al año; pero un fumador de gorra es un cuerpo sólido unido á la petaca ajena, con la fatal circunstancia de que fuma como quien no paga.

Esplicados estos antecedentes y establecido además que no es delito el envenenamiento público por medio de una cosa que se llama tabaco y se debiera llamar arsénico ó ácido prúsico, réstanos solo decir, con respecto á España, que el cigarro es el único amparo de los amigos de la igualdad de clases. Todos los españoles son iguales ante la ley y ante el consabido --¿*Me hace V. obsequio de la candela?*

En Francia ya es otra cosa: esta nacion participa en sus hábitos fumadores de la influencia de sus vecinos, los de aquende el Pirineo y los de allende el Canal de la Mancha. En Francia, como en España ni mas ni menos, se fuma bastante malo y bastante caro; y como en Inglaterra hay cierto retraimiento fumador en provecho de los dueños de *estaminets*. El *estaminet* es un clup de hombres libres compuesto de gentes que no tienen bastante valor para serlo siem-

pre, ó al menos en todas partes. Desgracia es que los hombres de esta naturaleza no se limiten simplemente á fumar toda su vida. En Francia hay la costumbre de anunciar la facultad de fumar en los cafés; en España no es así: seria menester anunciar lo contrario, en cual caso tanto valdria cerrar el establecimiento. Esto esplica, quizás, el por que la industria de las copillas para fuego se halla tan poco generalizada en el vecino imperio, sustituyéndola la de las fosforeras, que es un mueble auxiliar de los fumadores *de occultis*.

Además el pueblo bajo y los artistas se han dedicado á fumar en pipa, y algunos dignos émulos de Rinconete y Cortadillo se ocupan en la delicada operacion de *culotar* dichos instrumentos, que empiezan á ser buenos cuando saben á carbon y han hecho volver tísicos á unos cuantos *culotadores*, que hacen merced de su baba á los sardanápalos de la pipa. La del francés, empero, dista aun mucho de haber sido elevada á la categoría de la del aleman.

Aleman y pipa, son dos ideas tan juntas, como causa y efecto, como cuerpo y sombra. El busto de un aleman sin pipa seria como un retrato de Napoleon sin el *petit chapeau* y sin el consabido redingote, ó bien como la figura de un andaluz pintada por un francés sin una descomunal navaja, ó como un sacerdote protestante sin la esquilmada Biblia debajo del brazo. En España el tabaco es una necesidad del cuerpo, en Alemania es una necesidad del alma: no se concibe á Schiller sino presuponiendo una pipa como un calentador de camas. La pipa es la muela décimo séptima de los alemanes; arrancársela de la boca es una operacion de dentista con su correspondiente auxilio de llave inglesa.

Mis lectores habrán oido hablar alguna vez del fuego sacro de las vestales: la estincion de esa llama importaba irremisiblemente la muerte de la descuidada guardadora: pues bien, el culto de Vesta ha pasado á ser incumbencia de los alemanes, y nunca la diosa del fuego ha estado mejor servida. Estamos seguros de que Klopstock veia subir á los ángeles de su *Mesiada* desde la tierra al cielo, envueltos en la nube producida por el humo de su tabaco. Esto, que parece una observacion fútil, es causa sin embargo de que se me despierte una idea especial, una adición al problema de los caprichos que no se esplican. ¿Cómo se define, sino, que una raza tan profundamente filósofa como la alemana, un pueblo tan esencialmente materialista y racionalista, concentre su nacionalidad, simbolice su autonomía, en un gusto tan ligero como es hacer humo, y en una bebida tan insustancial como la cerveza? Y sin embargo, á la cerveza y á la pipa se deben indudablemente las grandes obras del ingenio aleman.

La historia no dice si Lutero fumaba; nosotros opinamos afirmativamente, en cual caso estamos en la creencia de que si no hubiere caido en desuso aquella disposicion eclesiástica que declaraba poco menos que herejes á los fumadores, el mundo religioso se hubiera evitado muchos disgustos. Martin Lutero cometió el error de confundir los tizones del infierno con la ceniza de una pipa, y tuvo

la insigne desfachatez de creer que una Bula del Sumo Pontífice se quemaba como una hoja habana. Insigne equivocacion que le hará arder por los siglos de los siglos, como si fuera un tabaco legítimo de la vuelta de abajo.

Existe, empero, un pueblo mas fumador que el pueblo de Alemania: este pueblo es el pueblo árabe. Los libros antiguos nos hablan de unos monstruos, mitad mugeres y mitad serpientes, ó bien mitad hombres y mitad cabritos. El árabe es un compuesto de dos mitades y un apéndice esencial. En la mitad inferior de su cuerpo es camello, en la mitad superior es hombre, y de los lábios para el exterior es pipa. El árabe no tiene piernas: cuando está sentado pega los talones en el vientre á guisa de alpargatero; cuando monta á caballo hace todos los esfuerzos imaginables para tocarse con las rodillas en la barba; cuando está de pié... El árabe raras veces se encuentra en esta incómoda postura: el que no tiene palanquin no se mueve de su sitio, el que no tiene divanes donde tenderse, se acomoda buenamente en mitad de la calle, que parte amistosamente con los perros vagabundos. El árabe sufre con resignacion todas las privaciones, escepto la privacion del tabaco: no bebe, no come tocino, no nombra diputados ni concejales, no posee garantía alguna de seguridad individual, no se pertenece á sí mismo, no tiene nacionalidad; es una negacion completa del hombre y del ciudadano; pero tiene pipa.

El emperador puede moler á palos un hombre, puede ahorcar dos hombres, empalar tres hombres, decapitar un número ilimitado de hombres; pero no puede quitar de la boca de un hombre el tubo de su pipa. El tabaco es el único derecho social constituido, y aun estamos por decir constituyente: el árabe no es libre sino para tener todas las mugeres que pueda bien tratar y todas las pipas en que pueda arder tabaco; de manera que así como en Francia se simbolizó una vez la libertad en el gorro frigio, en Turquía y Marruecos deberá simbolizarse en un puñado de escafarlata. En una palabra, suprimanse las pipas, y de hecho queda suprimido el Islam.

Puestos respectivamente en su cafés ó tabernas, el español habla, el francés discute, el inglés lee, el alemán medita..., el árabe fuma. ¿Qué hace cuando fuma? fumar. ¿Qué piensa en el acto de fumar? piensa que no piensa, puesto que fuma.

¿Les parece á ustedes poco haber encontrado un remedio para no pensar?

Los europeos encuentran ideas entre las espirales del humo de su cigarro habano; el árabe por al contrario siente desvanecerse las suyas, y es feliz. Y como el hombre feliz procura serlo todo el tiempo posible, de ahí que los árabes fumen la mayor parte de las horas del día. Esto explica al propio tiempo la especial construccion de sus instrumentos auxiliares del acto *fumable*: hay pipa en África y en Asia donde cómodamente se puede fumar la cosecha de una plantacion americana, lo cual prueba que por muy extraño que nos parezca un objeto de uso

personal, la filosofía puede destruir una gran parte de aquella extrañeza. Todo tiene su explicación en este mundo.

Cuando habia *juicios de Dios*, parece que la mala fé campaba á sus anchas, como desgraciadamente campa aun mas de lo necesario; y como, además de esto, los señores que administraban justicia no se despestañeaban gran cosa estudiando el Fuero Juzgo ó las leyes de San Luís, los perjudicados encontraron muy natural que las faltas de los hombres de toga las remediaran los hombres de armas. De aquí los combates singulares.

Aplíquese el cuento, y si no se le encuentra aplicación, dejarlo para otro día.

En reasumidas cuentas, la humanidad es un fumadero de grandes proporciones, y el que no fuma de un modo, fuma de otro. La utilidad de la rica planta americana es tan generalmente reconocida, que ha dado lugar á un refrán apologetico de sus virtudes como remedio para el cuerpo y el alma. Este refrán dice: *à mal dar, tomar tabaco*.

De modo que sin tabaco doblaria la desesperacion de aquellos á quienes *da mal*, que no son pocos.

Y ahora se me ocurre una duda. ¿Cómo se las componia la humanidad antes del descubrimiento de la América? ¿Qué era de los fabricantes de pipas? ¿Qué era de los vendedores de cigarros de contrabando? ¿En qué ocupaba el gobierno á la respetable y numerosa clase de los pretendientes de estanquillos?...

Esto es grave, gravísimo, trascendentalísimo.

Mi espíritu se sumerge en un mar de confusiones. Tabaco.... mundo... Turquía.... humanidad.... estanqueros....

No me cabe mas medio: he de terminar este artículo y encender un cigarro.

Manuel Angelon.

LA ENCAJERA.

(CUADRO DE LUCKS.)

Una familia entera, que ciertamente vive con modestia de su trabajo, ha suspendido su tarea para ocuparse de un espectáculo bien trivial, un gato que juguetea con un ovillo. ¿No es verdad que en el fondo del alma de los tres personajes que constituyen esta sencilla escena, debe de existir un manantial inagotable de tranquilidad, un equilibrio perfecto entre el corazón y la conciencia?

Y sin embargo, ni en el ajuar, ni en los personajes, se descubre indicio alguno de esos objetos que el hombre rico hace inseparables de la dicha. Hay trabajo para el día, luego hay pan para mañana; hay una maceta con flores y un rayo de sol que alegra y vivifica la estancia... Es cuanto necesita el alma tranquila de esa familia de encajeros.

¡Cuánta virtud, empero, no es necesaria á esta anciana cuyo cuerpo hace medio siglo se dobla incesantemente encima de su trabajo, á esa niña cuyo porvenir es tan triste como el de su madre, para emplear su vida en la fabricación de un objeto cuyo uso les está privado y cuya vista les dá, no obstante, á comprender que existen en el mundo palacios muy distintos de las chozas, trabajos que se emprenden con el simple objeto de entretener una hora perdida del día, trajes que al enredarse en una silla dejan colgando de los clavos girones de damasco y blonda, hasta animales domésticos cuyo apetito se mima y para los cuales se destina una mullida cama; ínterin despues de muertos se proporciona á su embalsamado cadáver un lecho de terciopelo y oro debajo de un monumento de cristal de Venecia!..

En la vida de la mujer pobre debe haber momentos muy tristes. La niñez en ella es el retoño de una semilla sembrada al azar, que crece porque el sol la



Lucke pinx.

W. Fraatz sc.

La Dentellière.
The Lace Maker. Die Spitzenklöpplerin.
Koronkarka.

fecunda, el agua del cielo la baña y el céfiro la acaricia. Su juventud es una flor apenas abierta que abre su cáliz debajo de una atmósfera que empalidece el color de sus hojas y evapora sus aromas, hasta que una vejez prematura la hace caer del tallo, cuando una mano imprudente no la lleva de la planta á los labios para abrassarla con el aliento de la impudencia. Su vejez, por último, es una de esas postreras hojas que durante el invierno quedan pegadas á las ramas sin jugo de un árbol, que á la menor sacudida vienen al suelo, y aun despues de desprendidas son juguete del huracan que las arremolina. Y con todo se cree feliz, y es mas, puede serlo, lo es comunmente mucho mas que esas damas deslumbrantes que hacen arrastrar en carroza su persona y su fastidio.

La anciana del cuadro de Luck casó con el padre de su hija por amor, no ese amor ardiente de la llama que brilla tanto mas cuanto mas cerca se halla de extinguirse; sino con ese cariño respetuoso, imperecedero, de la débil yedra que se enlaza al olmo, de la esbelta palma que deja de producir fruto cuando no puede respirar el mismo aire que su compañero.

Su esposo no dejó de amarla un solo instante, y cuando dió el primer beso á su tierna hija, bendijo á Dios porque le hacia presente de aquel lazo de amor que tiene una punta en la tierra y otra punta en el cielo.

En cuanto á la hija de este matrimonio feliz, poco hay que decir de ella. Conoce el mundo por lo que de él ha descubierto desde su humilde morada. Alguna vez se ha preguntado á sí misma qué clase de gentes serian las que habitan la suntuosa casa de campo que se descubre desde la ventana de su pequeña morada; pero cuando á la salida del sol ha visto un dia y otro que las ventanas del palacio estaban cerradas, y cuando al recogerse ha escuchado el rumor de la fiesta que tenia lugar en sus salones, ha compadecido ingenuamente á sus habitantes, creyéndoles privados de presenciar el bello espectáculo que presenta la naturaleza bañada por los primeros rayos del astro del dia, y condenados á un insomnio perjudicial, incomprensible para ella, niña sin pasiones ni necesidades, que duerme todas las noches el sueño de la inocencia.

Conoce á Dios por sus bondades, á la naturaleza por su hermosura, á los hombres por el amor de sus padres.... ¡Ojalá nunca se rompa el cendal de su pureza! ¡Ojalá los autores de sus dias puedan, como ahora, interrumpir siempre su trabajo para contemplar la pura sonrisa de este ángel!....

Un dia, no obstante, bajará su padre al sepulcro: su anciana madre, no pudiendo resistir al dolor de tal separacion, irá en breve á reunirse con su esposo: una misma cruz se estenderá entonces sobre dos féretros.... ¿Qué hará en este caso la pobre niña abandonada?

¡Oh! No la faltará nunca uno de esos génios celestiales, que compadecido de tanta desgracia, satisfecho de tanta virtud, venga á la hora de sus ensueños á murmurar á su oido palabras de consuelo y de esperanza. Entonces al rayar



del alba se descubrirá desde el cielo á una tierna jóven emprender lentamente el camino del cementerio, escogiendo al paso aquellas flores mas bellas en cuyas hojas tilila aun el rocío de la mañana. Estas flores serán esparcidas sobre la tierra que guarda dos cadáveres, y la jóven despues de haber murmurado una oracion, besará la cruz, y regresará tranquila á su morada, su morada donde aun se conserva en su sitio el libro de oraciones en que leía el padre en voz alta, y la rama de laurel bendito que una madre piadosa colgaba todos los años á la cabecera del lecho de su hija. ¡ Oh ! no tema la jóven mientras conserve intactas estas santas tradiciones.

Mas si un dia dejan de ser renovadas las flores sobre las tumbas; si á la caida de la tarde se ve á la niña dirigirse á su morada, caida la cabeza sobre el pecho y pisando sin reparar las amapolas que alfombran el camino; si la niña no reposa el cuerpo, durante la noche, en el lecho de la vírgen, y la luz blanquecina del alba refleja en su frente semejante al de una fria estatua herida por la luna, entonces es señal de que el ángel de las purísimas alas ha tendido su vuelo junto al trono de Dios, y la criatura se habrá manchado con el fango del mundo.

Quizás un dia se dejó deslumbrar por los trenes de los dueños del vecino palacio; quizás un gran señor, en una hora de displicencia, hizo brillar á sus ojos la imágen seductora de la vida fastuosa de las grandes ciudades; quizás uno de esos jóvenes, que llaman amor al deseo, cansado de las conquistas de salon, murmuró alguna palabra nunca oida por la indefensa niña....

¡ Ay ! que las amapolas crecen siempre lozanas, y el color de la niña ya no las sonroja. La aurora llueve perlas sobre las flores, y de los ojos de la niña pende una lágrima, una gota de hiel, rocío del dolor. .. Un dia desaparece del campo; aquel dia un insecto deja la huella de su baba en el cáliz de una violeta.

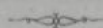
¡ Felices los padres de la niña cuando murieron ! Ellos no tuvieron que sonrojarse por su hija....

Manuel Angelon.



ÍNDICE

DE LOS ARTICULOS DE ESTE TOMO.



Titulos de los articulos.	Autores.	Pág.
La Santísima Trinidad.	D. Joaquín Roca y Cornet.	1
La Cantatriz.	D. Victor Balaguer.	17
Belisario.	D. Joaquín Rubió.	34
Las bodas de una aldea.	D. Juan Cortada.	48
El panadero previsor.	D. Manuel Angelon.	51
El Marinero.	D. Antonio de Bofarull.	63
El cantor ambulante.	D. Gregorio Amado Larrosa.	73
Cristo en la cruz.	D. Victor Balaguer.	83
Cimon y Pera.	D. Joaquín Rubió.	90
La intercesion fraternal.	D. Joaquín Roca y Cornet.	97
Los cantores.	D. Juan Cortada.	105
La abertura de un testamento.	D. Manuel Angelon.	112
La inocencia.	D. Joaquín Rubió.	123
Lavinia, hija de Ticiano.	D. José Puiggari.	129
Nacimiento de N. S. Jesucristo.	D. José Leopoldo Feu.	139
Muchachos que comen melon.	D. Juan Cortada.	146
El anacoreta.	D. Joaquín Roca y Cornet.	153
La conversion de San Pablo.	D. Joaquín Rubió.	164
La tarde.	D. Francisco J. Orellana.	173
Paisaje.	D. Victor Balaguer.	183
El bandido.	D. Juan Cortada.	191
El charlatan.	D. Manuel Angelon.	197
El naufragio.	D. Gregorio Amado Larrosa.	205
Riña de gallos.	D. José Puiggari.	215
El cirujano.	D. Victor Balaguer.	228
Tancredo en la selva encantada.	D. Juan Cortada.	238

Titulos de los artículos.	Autores.	Pág.
La ofrenda.	D. José Leopoldo Feu.	246
Una dama en su tocador.	D. Manuel Angelon.	255
María de Médicis	D. Juan Cortada.	271
La cocinera.	D. Juan Cortada	273
El muchacho y el perro.	D. J. R. Soto	282
La mañana	D. Antonio Altadill.	292
Medio día.	D. Vicente Boix.	300
Una siciliana madre.	D. Juan Cortada.	306
El martinete.	D. Vicente Boix.	311
El desayuno.	D. Joaquín Roca y Cornet.	322
El perro de caza.	D. José Puiggarí.	332
El amolador.	D. Juan Cortada.	349
El calderero de Leipzig	D. Antonio Altadill.	355
El carro de heno.	D. Vicente Boix.	364
Muchacho y muchacha que cuentan dinero.	D. Juan Cortada	369
El aguacero.	D. Vicente Boix	375
La taberna.	D. Juan Cortada.	381
Un fumadero.	D. Manuel Angelon	385
La encajera.	D. Manuel Angelon.	390

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS CORRESPONDIENTES Á ESTE TOMO.

Láminas.	Pintores de los cuadros.	Pág.
Le Sainte Trinité.	Rubens.	1
La chanteuse.	Mieris.	17
Belisaire.	Francisco Gerard.	34
La noce de village.	Theniers.	48
Le Boulanger prévoyant.	C. Krenl.	51
Le Matelot.	Simonsen.	63
Le chanteur ambulant.	Felipe Van Schlighten.	73
Le Christ en croix.	Rubens.	83
Cimon et Pera.	Gerard Honthorst.	90
Intercession fraternelle.	Laar.	97
Les chanteurs.	Rombouts.	105
Ouverture d'un testament.	Sir d Wilkie.	112
Innocence	Carlos Dolce.	123
Lavinia , fille du Titier.	Ticiano.	129
Naissance du Christ.	Poussin.	139
Garçons mangeant des melons.	Murillo.	146
L'anachorete.	Gerardo Dow.	153
Conversion de Saul.	Rubens.	164
Le soir.	Vander Leeuw.	173
Paysage.	Antonio Vaterloo.	183
Les brigands.	Hess.	191
Le charlatan.	Gerardo Dow.	197
Le naufrage.	Peters.	205
Combat de cogs.	Houdekoeter.	215
Le chirurgien.	Eglon Van Der Neer.	228
Tancred.	Tiarini.	238

Láminas.	Pintores de los cuadros.	Pág.
L'offrande.	Maes.	246
La dama á su toilette.	Gerardo Dow.	253
Marie de Médicis.	Juan Fasalo.	271
La cuisinière.	Gabriel Metzú.	273
Le garçon et le chien.	G. Terbourg.	282
Le matin.	Wynauts.	292
Midi.	Van-Rooz.	300
La mere sicilienne.	Leopoldo Robert.	306
Le Martinet.	W. Burkel.	311
L'dejuner.	Mieris.	322
Le chien de chasse.	Stubbs.	332
Le gagne petit.	Weenix.	349
Le chaudronnier.	Schleissner.	353
Le chariot de foin.	Wouverman.	364
Enfants comptant de l'argent.	Murillo.	369
L'averse.	Burkel.	375
Le cabaret.	Teniers.	381
Le club de fumeurs.	Teniers.	383
La Dentellière.	Lucks.	390





4r



Biblioteca de Catalunya

Reg. 1.001.591

Sig. 096 Soc

75

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



1001958814